



# LA COMPOSITORA

EMMA ROS

**Umbriel**

Emma Ros

La compositora



**Umbriel Editores**

Argentina • Chile • Colombia • España  
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay • Venezuela

1.ª edición Octubre 2014

© 2014 by Emma Ros Martín

© 2014 by Ediciones Urano, S.A.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

[www.umbrieeditores.com](http://www.umbrieeditores.com)

Depósito Legal: B-18121-2014

ISBN EPUB: 978-84-9944-791-9

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.



# Contenido

[Portadilla](#)  
[Créditos](#)  
[Dedicatoria](#)  
[Primera parte](#)  
[Capítulo I](#)  
[Capítulo II](#)  
[Capítulo III](#)  
[Capítulo IV](#)  
[Capítulo V](#)  
[Capítulo VI](#)  
[Capítulo VII](#)  
[Capítulo VIII](#)  
[Capítulo IX](#)  
[Capítulo X](#)  
[Capítulo XI](#)  
[Capítulo XII](#)  
[Capítulo XIII](#)  
[Capítulo XIV](#)  
[Capítulo XV](#)  
[Capítulo XVI](#)  
[Capítulo XVII](#)  
[Capítulo XVIII](#)  
[Capítulo XIX](#)  
[Capítulo XX](#)  
[Capítulo XXI](#)  
[Segunda parte](#)  
[Capítulo XXII](#)  
[Capítulo XXIII](#)  
[Capítulo XXIV](#)  
[Capítulo XXV](#)  
[Capítulo XXVI](#)  
[Capítulo XXVII](#)  
[Capítulo XXVIII](#)  
[Capítulo XXIX](#)  
[Capítulo XXX](#)  
[Capítulo XXXI](#)  
[Capítulo XXXII](#)  
[Capítulo XXXIII](#)  
[Capítulo XXXIV](#)  
[Capítulo XXXV](#)  
[Capítulo XXXVI](#)  
[Capítulo XXXVII](#)  
[Capítulo XXXVIII](#)  
[Capítulo XXXIX](#)  
[Capítulo XL](#)  
[Capítulo XLI](#)  
[Capítulo XLII](#)  
[Capítulo XLIII](#)  
[Capítulo XLIV](#)  
[Epílogo](#)  
[Nota de la autora](#)

## PRIMERA PARTE

Las velas de las enormes lámparas de araña iluminaban el salón palaciego. No quedaban rastros de aquel incendio que, según me contaran, había provocado la furia de los naturales, desatada por el hambre. La intrincada yesería del techo, las armoniosas escenas campestres de los cuadros de las paredes, enmarcados en madera dorada, e incluso las patas de la mesa sobre la que reposaba el clavicordio, chapadas en Carey con incrustaciones de hueso, hacían que el espacio tuviera un aspecto magnífico. El vestuario de los invitados, entre sedas y terciopelos que tenían el lugar de colores tan suaves como dispares, completaba la suntuosidad del salón. «Águeda me ha dicho que será algo íntimo.» El recuerdo de las palabras de mi hermano Álvaro, días antes de aquel encuentro, me hizo sonreír mientras, oculta tras una columna, observaba. Entre la distinción de la Marquesa de Villaverde y la delicadeza de doña Leonor de Silva, esposa del nuevo Virrey, mi tía se veía exuberante, y no exenta de elegancia, con un brillo orgulloso en sus oscuros ojos. «¿Íntimo?» A mis dieciocho años jamás me había visto obligada a asistir a una fiesta tan concurrida. Podría haberme fingido enferma, pero mi hermano había insistido: «Sería más injusto de lo que ya resulta si te lo perdieras». Y la verdad es que tenía curiosidad por observar la reacción del maestro Nuño.

Mi prima Adelaida, maquillada con exquisitez para empalidecer su rostro moreno y resaltar sus rasgos huidizos, abrió el clavicordio. A su lado, Álvaro, que a pesar de mi tía, había escogido una peluca color castaño oscuro, como su cabello, colocó la viola da gamba entre sus piernas en un abrazo erguido que realizaba sus regios hombros y lo hacía aún más apuesto. La mayoría del público seguía charlando, pero las doncellas y las damas del círculo de mi tía ensiguada prestaron atención.

La música empezó con una melodía presentada por cuatro acordes que conformaban una textura limpia, una evocación de la pureza. Entonces, una parte de los invitados se cerró alrededor de los músicos mientras el resto seguía disfrutando del vino y la conversación a la espera del baile. Sólo llegaba a mí la dulce voz de la viola, pero sabía que ya había acabado la introducción, por lo que tuve que salir de mi escondite para poder escuchar con claridad el clavicordio, demasiado tenue para la amplia sala. Sin necesidad de abrirme paso entre el tumulto, me quedé a un lado. De reojo reconocí al maestro Nuño, con su eterna gola blanca alrededor del cuello, justo cuando un *crescendo* convirtió a la viola en un galante caballero y al clavicordio en la discreta dama que recibe la flor. La melodía se tornó vívida y la textura se espesó en adornos que llevaban a los enamorados a festejar la llegada de la primavera.

Observé el rostro de mi maestro. Se encontraba al lado de otro caballero de quien apenas distinguía su peluca blanca y el traje, también negro. Sus espesas cejas se esforzaban para no mostrar su disgusto, pero sus labios lo delataban. «¿Qué podía esperar?», me dije a mí misma. Álvaro era su alumno, debería sentirse orgulloso y, sin embargo, cada vez le costaba más. Entonces advertí una disonancia en el acompañamiento e incluso desaparecieron las partes más elaboradas. Mi irritación crecía a medida que escuchaba: alguien había simplificado la partitura del clavicordio. Perdí brío, la pasión de los enamorados quedó reducida a un capricho pasajero... Miré hacia Nuño, pero él mantenía la expresión contenida. «Jamás se hubiera atrevido, mi hermano no le hubiera dejado. ¿Habrá sido ella?» Tuve que contener el impulso de apartar a la gente para sacar a Adelaida del clavicordio, pero la pieza acabó y el público aplaudió entusiasmado. Sólo lo había notado yo, aunque eso no me consolaba en absoluto.

Intenté abrirme paso para llegar hasta Álvaro: su interpretación había sido impecable, como siempre, pero ¿cómo había consentido aquello?

—Estimada señorita Gabriela —dijo Nuño interponiéndose en mi camino—. No la había visto, ni siquiera sabía que estaba aquí. Como siempre, tan discreta.

El hombre de la peluca blanca seguía a su lado, pero esta vez podía verle el rostro y sentí que se me aceleraba el corazón. Con un leve movimiento de cabeza a modo de saludo, sin poder evitar una mirada de soslayo hacia su compañero, conseguí responder:

—Maestro Nuño, mis respetos.

—Gabriela, quiero presentarle al señor Manuel de Sumaya. Maestro Sumaya, la señorita De Oristrell, hermana de Álvaro, a quien ya le presenté antes. Tiene un gran talento.

—¡Vaya, una familia de músicos! —exclamó Sumaya—. Señorita, la felicito por su hermano. Había oído de él, pero no había tenido la oportunidad de gozar de ninguna de sus piezas.

—¿Y qué le parece ahora? —me atreví a preguntar.

—¿Como concepto? Maravillosa. El diálogo entre instrumentos, los *tempi*... Coherente y pasional. ¡Difícil equilibrio y muy bien logrado!

Sentí que el rubor asomaba a mis mejillas. ¿El director del coro de México, el segundo maestro de capilla de la catedral, había dicho lo que acababa de oír? Sus piezas habían conmovido lo más profundo de mi alma, casi tanto como los villancicos de Salazar. ¿Y alababa aquella obra? No podía creerlo. Entonces añadí:

—Lástima de la interpretación, el clavicordio parecía..., digamos inseguro.

Evidentemente, se había dado perfecta cuenta de los errores y la palabra «inseguro» era sólo una manera diplomática de describir lo ocurrido.

—Es algo que intento que la señorita Adelaida mejore —intervino el maestro Nuño—. En ese sentido, Gabriela tiene mayor dominio del instrumento y su interpretación es más rica en matices.

—Entonces, disculpe mi osadía, pero ¿por qué no toca usted con su hermano? —preguntó Sumaya.

—Se la reserva el maestro Nuño para sus propias piezas —dijo de pronto Álvaro a mi espalda—. Disculpen, caballeros, la interrupción.

—Señor De Oristrell, una sonata magistral. Mejor de lo que me habían hecho esperar. Esa entrada de la viola, interesante y arriesgada —comentó Sumaya.

—Si le digo la verdad, no es mío el mérito, sino de mi hermana, la compositora de la familia.

Los dos hombres rieron mientras yo miraba a Álvaro a la par que intentaba reprimir mi indignación y él se encogía de hombros. Aunque sabía que no era su intención, me sentía herida. Había convertido aquello en una burla que invadía el único ámbito de mi vida donde había conseguido que jamás entrara, hasta aquel momento. Las ganas de huir se hicieron apremiantes, aún más al ver que Adelaida se acercaba, pero, precisamente por ello, me contuve. Felicité a mi hermano, no sin una mirada que le hiciera ver que teníamos una conversación pendiente, y me disculpé antes de que ella llegara para escabullirme hasta la puerta más próxima.

\* \* \*

Voluptuosa y exultante en aquel maravilloso vestido, con el recato de ceder todo protagonismo a Álvaro, como joven doncella que sabe ocupar su lugar a pesar de atraer todas las miradas. Adelaida, ya en edad casadera, rozaba la perfección para la cual su madre la había formado. Cuando Álvaro mostró su interés por aprender a tocar la viola da gamba, ella jamás imaginó que llegarían a aquello: no sólo tocaba con su primo, sino que interpretaban composiciones originales que la hacían partícipe de aquel delicioso momento. Mucho mejor que los encuentros musicales en el palacete de los De Oristrell, aunque de ellos hablara toda la ciudad. Aquella actuación, solicitada directamente por la anfitriona, esposa del Virrey, como un favor personal, le había dado una oportunidad inigualable: estaban ante lo más selecto de la sociedad, no sólo de México, sino de la Nueva España. Y los aplausos al acabar su interpretación, su gracilidad al saludar de la mano de su primo, superaban toda expectativa.

Águeda se había asegurado un puesto en la primera fila del público, que al poco quedó encandilado. Pero no le interesaba la reacción de cualquiera, y se sintió aliviada al observar que había conseguido su propósito. Diego no se saldría de la suya: su propia hija era mucho más indicada para sus planes, y Águeda se lo pensaba demostrar. Aquella actuación iba a ser el inicio. En cuanto acabaron los saludos, vio complacida que los músicos recibían la felicitación personal del mismísimo Virrey, don Fernando de Alcañete, Diego, al lado, se veía henchido de orgullo y, a pesar de las arrugas que habían aforado con los años y las cargas de la vida que habían curvado sus hombros, le recordó a aquel joven alto, de duros rasgos y amplia sonrisa con el que se casó. Pero no pudo intervenir ni observar mucho más: como madre y como tía, le llegaron las felicitaciones, desde la Condesa del Valle de Orizaba hasta la Virreina. Todos alababan las virtudes de su bella hija, la gentileza de su apuesto sobrino y el talento de ambos.

Cuando al fin recuperé el ángulo de visión, divisé a su marido charlando con unas personas que le seguían con mucha atención: el virrey don Fernando, su hijo menor y el Marqués de Villaverde, pero Adelaida y Álvaro habían desaparecido. La decepción no pudo ser mayor. Ahí radicaba la verdadera oportunidad. ¿Cómo lo había pasado por alto Adelaida? Miró a su alrededor. Entre los invitados, pudo distinguir la peluca castaña de su sobrino. Seguro que, como siempre, encontraría a su hija lo más cerca posible de su primo. Avanzó decidida a enmendar la situación.

\* \* \*

—Entonces, ¿queda confirmado? ¿Zaragoza se entregó? —preguntó Diego mientras exhalaba el humo de su cigarro.

—Sí, el cuatro de enero, sin lucha —respondió don Fernando llevándose las manos a la solapa dorada de su casaca—. Por fin han reconocido que el único y verdadero Rey de España es don Felipe de Anjou y no Carlos de Habsburgo.

Diego dio otra calada a su cigarro, pensativo. Desde Navidades no recibía carta del tío Eusebi. De pronto, sintió que el Marqués de Villaverde le daba unas palmadas en la espalda mientras, con una sonrisa, comentaba:

—Tranquilo, hombre. Esto pronto se va a acabar. ¿Cuánto puede quedar para que Cataluña entre en razón? Si hasta los ingleses, sus grandes aliados, quieren pactar.

—Claro, usted debe ser de los pocos hombres de negocios que quiere que acabe esta larga guerra, ¿no? —comentó Tomás, el hijo menor del Virrey—. Al fin y al cabo, el vino con el que nos ha obsequiado para esta fiesta es de tierras catalanas.

—Sí, debe ser un incordio pensar en los suministros —convino su padre.

—Lo compran desde Sevilla y es allí donde yo lo obtengo. Si no viniera de Cataluña, lo traerían de Castilla. ¿no cree?

Don Fernando asintió con una sonrisa. Todos sabían que el comercio con la Nueva España estaba controlado por la Casa de Contratación de Sevilla, y catalanes, valencianos, aragoneses y demás no podían comerciar directamente con las Indias Occidentales. Si Diego de Oristrell obtenía sus mercancías de otro modo, no podía decir otra cosa. Pero aun así Fernando de Alcañete no tenía duda de la integridad de aquel hombre. Antes de aceptar su regalo para la inauguración de aquel salón, el primero de lo mucho que le quedaba por reconstruir del Palacio Virreinal, había comprobado sus cuentas con la Hacienda Real de la mano del Marqués y, para su gran satisfacción, había observado que los tributos de sus tres minas de plata eran pagados sin escatimar un real a la Corona. De Oristrell era honrado, y una de las mayores fortunas de la Nueva España.

—Sus padres eran catalanes, ¿no? —preguntó don Fernando.

—Mi madre era hija de hidalgos toledanos y el linaje de mi padre es el de un antiguo condado gerundense —respondió Diego, llevándose el cigarro a la boca.

—¿Y su esposa?

—Desciende del marquesado del Valle de Oaxaca —intervino el Marqués de Villaverde.

Diego frunció el ceño. Aún perduraban los rumores que tanto dinero le costó acallar a la muerte de su suegro. ¿Habrían llegado ya al Virrey, que apenas llevaba unos meses en la Nueva España? No podía dejar de sentirse incómodo. Sabía que don Fernando había comprobado todas sus cuentas con la Hacienda Real y suponía que también había preguntado por su linaje. Lo que no podía saber era qué le habían dicho respecto al de su mujer.

El Virrey sonrió satisfecho, lo cual alivió a Diego, y aún más al ver que su esposa se acercaba a ellos. Sin embargo, no pudo dejar de sentirse contrariado cuando se dio cuenta de que venía con Adelaida.

—Señora De Oristrell, justo ahora me comentaban que pertenece al linaje que conquistó estas tierras para nuestro glorioso Reino —dijo don Fernando mientras Águeda fingía turbación—. Creo que no conoce a mi hijo pequeño, Tomás.

El joven hizo una reverencia y Águeda aprovechó la ocasión:

—Esta es nuestra hija mayor, Adelaida.

Tomás se inclinó ante ella y dijo:

—Permitame felicitarla por su interpretación.

Don Fernando rió:

—Mi hijo ha heredado de su madre la pasión por la música. De hecho, no han dejado de insistir un instante para que encargara una ópera a Manuel de Sumaya.

Águeda clavó los ojos en su hija y esta, con un sutil pero coqueto ademán, intervino:

—Mi agradecimiento infinito, entonces, pues hasta el momento no hemos tenido la oportunidad de ver representada una ópera.

—Mi sobrina Gabriela también está entusiasmada con ello —comentó entonces Diego—. Es la hermana melliza de Álvaro, el compositor.

Águeda miró a su esposo, él le dedicó una sonrisa mientras, satisfecho, daba una calada a su cigarro, y ella contraatacó:

—Querida Adelaida, ¿por qué no la buscáis y se la presentas a Tomás? Si alguna vez tenemos el honor de que acuda a uno de los encuentros musicales que organizamos en nuestra casa, podrá también escucharla.

—Desde luego, el honor será mío —respondió el joven.

Ofreció su brazo a Adelaida mientras miraba a Diego en busca de aprobación y, cuando él asintió, ambos abandonaron al grupo. Entonces Águeda devolvió la sonrisa a su esposo.

\* \* \*

La quinta Marquesa del Valle de Orizaba era una anciana viuda, cuyo gusto por la buena mesa había agrandado su silueta, aunque no su talla menuda ni la jovialidad que se reflejaba en el brillo de sus ojos. De gestos vigorosos, le plantó un sonoro beso en la mejilla, como si fuera un chiquillo, y le susurró al oído:

—Con nuestra querida Gabrielita hubiera sonado mucho mejor.

Luego se separó de él, le sonrió y añadió:

—Y ahora ve a disfrutar, jovencito. Ya falta poco para que empiece el baile.

Álvaro se inclinó ante doña Graciana con teatralidad caballeresca y le dio un sonoro beso en la mano. La anciana rió y prácticamente le empujó para que se marchara. El joven se acercó a un indio vestido con librea y tomó una copa de vino de la bandeja que portaba.

—¿Otra? —preguntó una voz ronca tras de sí, en tono burlón.

—Me podría beber tres jarras enteras y no estaría a tu altura —respondió él mientras se volvía.

Ernesto, con una prominente barbilla rematada por un hoyuelo, asintió para darle la razón y alzó su copa para brindar.

—Por el gran músico. ¡Jamás pensé que tu fama vendría tan bien a nuestros planes! —comentó. Se apoyó en una columna y miró hacia la vieja Marquesa—. Y además, tienes a todas las beldades de la fiesta a tus pies.

—Envidioso —le susurró Álvaro antes de dar un buen trago a su copa.

—Desde luego. Hay que ver cómo está pendiente de ti Adelaida cuando tocas. Yo no lo resistiría...

—¡Idiota! Es mi prima.

—Bella igual.

—Tú no la conoces bien.

—Me encantaría. Mi padre me ha hecho insinuaciones. El marquesado de Villaverde y los De Oristrell somos buenos aliados. Tu tío y mi padre, tú y yo... Creo que la tiene en cuenta para un futuro matrimonio. Eso también nos vendría perfecto.

—Pero, entonces, ¿no la dejarías tocar en público?

—Ni hablar. ¿Crees que soy el único que se fija en sus voluptuosos encan...?

Ernesto se interrumpió con la mirada fija en los invitados.

—Mejor, así podría tocar con Gabriela —dijo Álvaro.

El futuro Marqués de Villaverde ni lo escuchó. Tenía los ojos clavados en Adelaida, del brazo del hijo del Virrey. Álvaro le dio una palmada y dijo:

—Vamos, no dejaremos que ese recién llegado te la quite. Hay que luchar por nuestros negocios, y mejor si te resulta placentero, ¿no?

\* \* \*

Las risas de Nuño no le importaban. Sentía que era un hombre carente de honestidad. Lo percibía en sus obras, recargadas para su gusto. Su excesiva ornamentación no tenía mayor finalidad que lucir sus conocimientos, en lugar de conectar con el alma. Pero me habían herido las risas de Manuel de Sumaya, que se repetían en mi cabeza mientras avanzaba sin rumbo por aquel pasillo. Comprendí que me estaba dejando llevar por algo irracional, pero no podía evitarlo. Di a un patio interior rodeado de estancias. La zona sur aún presentaba las huellas de aquel incendio, pero las estrellas titilaban y el hermoso jardín yacía adormecido por el invierno. De pronto me di cuenta de que no sabría volver sobre mis pasos. «Deberías haberte quedado a escuchar lo que hablaba con tu hermano, al fin y al cabo lo importante es la partitura», me decía a mí misma. Pero ¿para qué? Tampoco hubiera sido un juicio sobre la verdad.

Al otro lado del patio se abría un pasillo del que venían voces. Yo no debía estar allí y aún no quería confesarme perdida para que me devolvieran a la fiesta. Estaba demasiado contrariada, enfadada, para ser la dama comedida que Águeda pretendía. Pero ¿qué era peor? ¿Soportar las consecuencias de haber desaparecido o las de perder la compostura en algún momento? Las voces se aproximaban: enseguida llegarían al patio. Debía tomar una decisión. Entonces vi aquel cuadro, una representación de Santa Cecilia muy diferente a la que tanto llegué a amar en la iglesia de la hacienda: esta estaba sola, sin ángeles con laúd, con sus manos sobre el teclado elevando su plegaria musical al Señor. Miré la puerta que estaba al lado, oí un estruendo de cristales rotos en el otro extremo del jardín y me metí dentro de una habitación en penumbra.

Mis ojos tardaron un poco en acostumbrarse. En la chimenea quedaban algunos rescoldos que iluminaban la silueta de una butaca. En el lado opuesto de la habitación había una mesa alta con una banqueta cuyas policromías destellaban. Me acerqué, encima había un candelabro y encendí sus velas con la lumbrer mortecina de la chimenea. Me volví de nuevo para examinar la habitación. Lejos de la ostentación del salón de la fiesta, aquella estancia presentaba un aspecto austero, pero acogedor. El suelo estaba totalmente cubierto por una mullida alfombra de motivos vegetales que, junto a los cortinajes cerrados, de un azul pálido, parecían querer tranquilizarme. Cerca de mí había una estantería atiborrada de libros y, entonces, me di cuenta de que la mesa de la que tomé la vela no era normal: su forma parecía triangular, con una banda curvada que formaba una hermosa cola, toda decorada con incrustaciones de hueso en armonía con la reluciente madera de la repisa que sobresalía por delante.

Me acerqué fascinada. Había oído hablar de aquello, pero jamás había visto uno. Sin dudar, abrí la repisa y el teclado se descubrió ante mis ojos. Era más amplio que el del clavicordio y, si lo que me había contado Nuño era verdad... Pulsé una tecla. La cuerda sonó aprisionada y, sin dudar, dejé el candelabro sobre la parte delantera para acercarme a la curva de la cola. Levanté la tapa, pesaba mucho, pero logré fijarla arriba con la barra que había en el interior. Por dentro, la tapa era el lienzo de una delicada pintura, probablemente del mismo artista del cuadro de Santa Cecilia, pues allí estaba el resto: los ángeles con sus laúdes, flotando en el paraíso.

Me senté frente al teclado. ¿Qué otra oportunidad tendría para tocar un clavecín? Pero entonces oí unos pasos solitarios. Tuve el impulso de esconderme, presa de viejos recuerdos. Sin embargo, quien quiera que fuera pasó de largo y me dejó llevar. En cuanto las primeras notas dieron respuesta a la viola da gamba que fluía en mi cabeza, toda la frustración que me había llevado hasta allí se disipó.

\* \* \*

—No sé si esto es prudente, señorita De Oristrell.

—Mi prima tiende a esconderse, y yo tengo una misión —respondió Adelaida con una sonrisa coqueta—. No se preocupe, sólo echaremos un vistazo. No creo que noten nuestra ausencia, por lo menos hasta que empiece el baile.

Y de nuevo se entrelazó al brazo de Tomás, aunque en esta ocasión él no se lo ofreciera. Antes de salir, ella miró hacia atrás. ¿Surtía efecto? Sí, Álvaro y Ernesto mantenían los ojos sobre ellos. Y quería que la vieran abandonar la fiesta, aunque fuera por unos instantes, con el hijo del Virrey, precisamente porque este tenía razón y podía considerarse imprudente. Además, era un joven apuesto, de rasgos equilibrados, quizás algo finos para su gusto, y unos ojos de un color oscuro indefinible, aunque no había nada opaco en su expresión. Ideal para provocar celos, e inofensivo. A Adelaida le hacía gracia su pudor, nada forzado, tan sincero en comparación a los otros jóvenes que se acercaban a ella.

Tomás no supo cómo resistirse a aquella bella doncella y se dejó guiar. Su recato inicial había desaparecido y parecía saber usar sus encantos naturales tanto como sus miradas, lo cual la hacía aún más atractiva. Sin embargo, podían meterse en un lío y, aunque sabía que su padre estaba interesado en los De Oristrell, no tenía claro si aquella conversación sobre el origen de la familia estaba orientada a lo que él imaginaba. Hablaría con él. No quería que aquella situación acabara desembocando en un desenlace forzado por honor y no deseado por su progenitor. Mientras su hermano mayor combatía en Castilla, él ya era un hijo bastante decepcionante como para empeorar las cosas. Tras doblar un par de esquinas por los laberínticos pasillos del palacio y responder con corrección a las preguntas de Adelaida sobre su llegada a México, Tomás tenía las manos sudorosas y temió la reacción de su cuerpo. Estaba a punto de decir algo para volver hacia atrás cuando, a través de una arcada, vio la silueta de un hombre apoyado en la pared. Lo reconoció y se sintió aliviado. Estaba absorto y enseguida entendió la razón.

—No sé dónde se habrá metido mi prima —dijo de pronto Adelaida—. Quizás ha regresado al salón. ¿Quiere volver, señor De Alancastre?

—Vayamos a saludar —respondió, siendo esta vez él quien guiaba.

\* \* \*

Se encadenaron los acordes, al principio tal y como deberían de haberse sucedido en la fiesta. Cerré los ojos y me entregué a la inusitada riqueza que le daba el clavecín, de sonido más brillante que el clavicordio. Pronto mis manos tomaron las riendas por su cuenta y exploraron aquel teclado mayor. La sonata inicial se difuminó y se transformó en una pieza nueva. Aparecieron fugas gozosas de la libertad que le daba el instrumento y, a la par, en mi mente crecía la melodía de la viola y respondía con un halo de luces trenzadas.

Cuando acabé y mis ojos se abrieron de nuevo en aquella habitación, se me apareció el camino a la fiesta con claridad. Cerré el teclado y la tapa. Me despedí del clavecín con una caricia y apagué las velas para salir.

—¿Usted?

En la puerta, Manuel de Sumaya me miraba sorprendido y se me encendieron las mejillas. A su lado había un joven de aspecto delicado acompañado por mi prima Adelaida, que enseguida borró su expresión de sorpresa y desagrado para adoptar aquel aire relajado y sonriente que tanto ensayaba frente al espejo.

—¡Por fin te encontramos! Ella es mi prima, Gabriela de Oristrell. Espero que no os haya ofendido que deambule así por vuestra casa.

—¡Por Dios, no! —respondió él inclinándose ante mí—. Tomás de Alancastre, a sus pies, honrado de que mi salón privado le haya servido de cobijo.

Le devolví la reverencia, muda, sin saber qué decir. Adelaida se lo diría a su madre, para eso no había remedio. Pero ¿Sumaya allí? Me palpitaba el corazón, acelerado.

—Jamás imaginé que sería usted —dijo ofreciéndome su brazo. Temblorosa lo tomé y volvimos hacia el salón.

\* \* \*

Era una joven de movimientos pausados, cuya mirada cobriza adquiría una extraña mezcla de resignación y vivacidad. El rubor de sus altos pómulos desapareció tan rápido como asomó una sonrisa a sus rasgos,

cincelados con elegancia. Había algún motivo, demasiado terrenal para él. Por eso mantuvo la discreción, a pesar de las muchas preguntas que acudían a su mente durante lo que le pareció un largo retorno hacia el salón. En cuanto pudo, se disculpó, aún demasiado emocionado. Había reconocido en aquel patio la pasión que lo impulsó a él a seguir su propio corazón. Y aguardó pensando: «Este es el intérprete que necesito para mi ópera». La decepción se mezcló con la incredulidad cuando de aquella habitación salió Gabriela de Oristrell. Le hubiera gustado contar con ella, pero era una idea descabellada. Primero, porque se trataba de una mujer, y segundo, porque pertenecía a la nobleza. Una cosa era tocar en una velada íntima, otra participar en una orquesta. En la jerarquía de una casa señorial, los músicos estaban al mismo nivel que los criados. Y sin embargo... Había reconocido la melodía básica, pero bajo las manos de Gabriela había adquirido nueva dimensión. ¿Por qué no era aquello lo que sonó en la fiesta?

En busca de alguna respuesta, Manuel de Sumaya se acercó a Nuño, que estaba dando buena cuenta del jamón de una fuente. Le resultaba imposible obviar lo que había oído.

—Nuño, disculpe, ¿le puedo hacer una pregunta?

El maestro de la familia De Oristrell tragó rápido mientras asentía.

—¿Desde cuándo toma clases de clavecín la señorita Gabriela?

—No, no, maestro. Los De Oristrell no tienen clavecín en casa. Toma clases de clavicordio desde hace unos seis años.

Manuel de Sumaya no pudo ocultar su sorpresa. «¡Es extraordinario! —pensó—. Eso no es talento, es un don de Dios.»

María recorrió los cortinajes y el sol matinal irrumpió en la habitación. Yo ya estaba vestida y sentada frente al tocador, con mi melena castaña aún suelta. Procuraba ignorarla, concentrarme mientras las notas bailaban en mi mente. Pero el frufrú de sus movimientos se colaba con insistencia en mi cabeza como una suerte de canto arrítmico. Tras separar el vestido que me pondría aquella tarde para el paseo, recogí los que estaban extendidos encima de la cama. Cada mañana me preparaba una cuidadosa selección para evitar que me pusiera el primero que estuviera a mi alcance, sin importarme si estaba arrugado o descosido: «No provoques a tu tía», solía decirme. Teníamos la misma edad y, aun así, desde la infancia me parecía mayor que yo. Me había resignado a que fuera mi doncella, pero a pesar de los años seguía preguntándome si aquel, de veras, debía ser su hogar. Era lo más parecido a una hermana que tuve jamás, sin embargo, no era la primera mujer india a la que quería y a menudo aún acudía a mi aquella reprimenda de la abuela destinada a ponerme en mi lugar: «Era una mujer a tu servicio. Está bien que le tuvieras cariño, igual que ella os amaba a ti y a Álvaro, pero era una india». Y por su raza, por su origen, ¿podía condicionar su vida, pero no admitir que la necesitaba? Por dentro me seguía sublevando mientras María, incansable, continuaba con su trabajo y yo intentaba mantener la concentración.

El maquillaje, los perfumes y los postizos para mi peinado habían quedado arrinconados sobre un arcón para dejarme espacio sobre el tocador. La pluma entre mis manos se deslizaba por los márgenes de aquella partitura y anotaba lo que mi mente dictaba, demasiado alterada. Debía acabar antes de reunirme con el maestro Nuño, pero en el aire parecían flotar aún las sensaciones que me despertara el clavecín, y por segunda vez en mi vida, la idea de las clases de clavicordio me resultó un pobre consuelo.

—Te mancharás los volantes de las mangas —dijo de pronto María.

Levanté enseguida el brazo que bordeaba el papel y los examiné. No había de qué preocuparse.

—¿Anoche viste a Francisco? —pregunté mientras dejaba la pluma en el tintero, dando por imposible los arreglos.

Me volví hacia María. Ella negó, sonriendo con un asomo de rubor que llenaba de encanto el lunar de su mejilla derecha.

—Con vuestra fiesta en el palacio del Virrey se hizo más difícil. Además, Adolfo, el nuevo ayudante del mayordomo, no sé si es de fiar. Un día nos pillará tu tía...

—¿Y? Tienes derecho a hacer tu vida, María.

—No me refería sólo a mis salidas —respondió mientras fruncía el ceño.

De pronto, alguien llamó a la puerta. Rauda, agarré la partitura y la escondí bajo el colchón mientras, a toda prisa, María recolocaba los afeites. Los golpes sonaron de nuevo, insistentes, y me apresuré a sentarme frente al espejo. María ya sostenía el cepillo, cuando de detrás de la puerta se oyó una voz:

—Soy yo, Tea.

—Pasa —respondí mientras María me empezaba a peinar.

Mi prima pequeña, con un vestido amarillo pálido que realzaba los reflejos rojizos de su cabello, parecía ya toda una dama a sus quince años. Con las formas de mujer recién dibujadas en su cuerpo, mucho más grácil que Adelaida, entró con las manos a la espalda y miró alrededor.

—Muy logrado —dijo mientras se acercaba.

Cuando llegó hasta nosotras, mantuvo una mano a la espalda mientras con la otra señalaba el tintero que había quedado entre los afeites. Noté que mis músculos se tensaban cuando añadió con una sonrisa:

—Excepto por esto. Conmigo no hace falta que disimules, Gabriela. No soy mi hermana. Ya sé que haces cosas a escondidas. ¿Cuándo confiarás en mí?

Estiré mi mano y le acaricié la mejilla, empolvada para disfrazar sus pecas.

—Cuando no signifique meterte en un lío —respondí, ya más relajada.

Tenia razón. Desde mi llegada a aquella casa, seis años atrás, Tea había sido mi único consuelo, sobre todo en mis peores momentos con Álvaro.

—Soy la pequeña, la gente habla delante de mí como si no estuviera. Excepto tú, claro. Aun así, me enteraré, como me entero de todo —aseguró.

Sacó las manos de la espalda y, al ver lo que llevaba, el corazón me dio un vuelco, mientras a María se le caía el cepillo al suelo. Tea dejó sobre mi tocador una flauta de arcilla, de seis agujeros, decorada con líneas onduladas color turquesa.

—Ni siquiera sé si se parece a la que tenías, pero escóndela bien esta vez.

—Tea —balbuceé mientras notaba que las lágrimas se agolpaban a mis ojos. El turquesa me recordó al colibrí con el que estaba decorada la que me regalaron mis padres antes de fallecer.

Ella llevó su dedo a mis labios para hacerme callar y me dio un beso en la frente. Luego tomó el camino hacia la puerta mientras decía:

—Te espero en la clase de Nuño. Sé buena y acapara su atención, así me hará tocar menos a mí y me ahorraré sus regañinas.

\* \* \*

Álvaro anotó la última cifra y dejó la pluma en el tintero. No dejaba de ser un trabajo que pudiera realizar cualquier secretario, pero cuando menos aquel resumen de cuentas era, por primera vez, fruto de sus propias decisiones y esperaba que su tío Diego estuviera de acuerdo con el modo de mejorar los beneficios de la hacienda de Santa Cecilia. ¿Lo hubiera aprobado su padre? Él fue quien la compró para dar honor a la familia y, según la abuela, estaba tan orgulloso y había amado tanto aquellas tierras... El joven sacudió la cabeza para borrar aquellos pensamientos. Su padre llevaba quince años muerto y, aunque la función de las tierras era, sobre todo, dar honor a la familia, el tío Diego no estaba de acuerdo con ello. Él era el administrador hasta que Álvaro pudiera hacerse cargo de su herencia y, mientras tanto, el joven se había convencido de que su padre aprobaría que hiciera lo necesario para evitar las iras del tío.

Se puso en pie, se alisó la casaca y tomó los papeles antes de salir de su estudio. De la tercera planta descendió el sonido repetitivo de las notas que su hermana daba para que Nuño afinara la viola da gamba. Álvaro torció el gesto: podía haberse demorado algo más, pues le gustaba trabajar mientras así cómo arriba Gabriela tocaba. Con poco sabía si la pieza le gustaba o no, y se sentía acompañado. Pero al salir al pórtico de la segunda planta que bordeaba el jardín recordó la razón de su presteza. Desde el patio de servicio oyó el relincho de un caballo e imaginó sus corcoveos. Quizá su tío le dispensaría antes de sus quehaceres aquella mañana.

Álvaro sólo podía pensar en el paseo de la tarde por la Alameda. El tono burlón de Ernesto de Villaverde siempre tenía un trasfondo afectuoso que no dejaba lugar a confusiones sobre su amistad, pero no el de los gemelos Monterrey. Los aguantaba por Ernesto, pero aquel día los acallaría. Y todo gracias a su propio esfuerzo y a su iniciativa, no a un padre acaudalado que les procuraba las mejores monturas para que ellos las maltrataran con las fustas y su falta de pericia.

El joven dobló una esquina y entró a un estrecho pasillo que le condujo a la antesala del estudio de su tío. Miró con acritud una pequeña mesa de pino, pegada a la pared como si jamás hubiera tenido otra función que la de sostener aquel jarrón de flores. Pronto, de una estancia contigua apareció Antonio, un hombre poco más joven que su tío, rollizo e inexpresivo, con las manos sobre la peluca para comprobar que estuviera en su sitio, como siempre. Se quitó los anteojos y le saludó con una reverencia.

—¿Nuevos? —preguntó Álvaro.

—Parece que no sólo yo estreno propiedad —respondió el secretario de Diego. Sólo entonces se permitió sonreír y añadió—: Pase, su tío le espera.

El joven entró sin llamar al luminoso estudio. La alfombra, con aquel roído escudo de armas, cada día desentonaba más con la exquisita mesilla frente a la chimenea, las estanterías, las butacas y la gran mesa de cedro sobre la que Diego escribía.

—¿Ya has acabado? —preguntó su tío sin levantar la mirada del papel que tenía entre manos.

Álvaro no respondió. Se acercó y le dejó el resumen sobre la mesa. Diego lo tomó y pasó un papel tras otro. Se detuvo en el último. Luego se levantó, rodeó su mesa, fue hacia la chimenea, en el extremo opuesto del estudio, y lo tiró dentro. La llama se reavivó mientras devoraba el documento y Álvaro se contuvo ante esa muestra de menosprecio a su trabajo, otra más de las que su tío le dispensaba.

—Nadie debe saber qué parte de la cosecha, prevista o real, no entrará a la alhóndiga. Así nadie podrá demostrar qué parte del quinto real nos ahorramos. ¿entiendes? —explicó, seco, su tío mientras se volvía hacia él—. Quiero que ajustes también el número de indios: no incluyas a los de temporada. Sobre lo que les vendemos a ellos también pagamos tributo.

—¿Lo quiere para esta mañana, tío? —preguntó Álvaro disimulando su fastidio. Tendría que haber caído en la cuenta de aquello él solo. ¿Cuántos años le había tocado reparar, número a número, las cuentas de Santa Cecilia bajo la amenaza de aquella vara?

Diego se apoyó en el respaldo de una de las butacas que rodeaban la mesilla frente al fuego, se cruzó de brazos y escrutó a su sobrino mientras decía:

—Supongo que esperabas ir a ver cuanto antes tu caballo nuevo. ¿De dónde lo has sacado? Tu asignación no da para un corcel así, y ya hemos tenido problemas antes por tus caprichos.

Álvaro sintió que la rabia se apoderaba de él. ¿Cómo se atrevía aún a culparle? Las imágenes de sus pesadillas acudieron a su mente, pero se controló y ni siquiera cerró los puños. Tenía la respuesta pactada, aunque brotó de su boca con sequedad:

—Es un regalo de Ernesto de Villaverde.

Diego sopesó aquellas palabras. Le convenía, más que le gustaba, su relación con Ernesto y, a pesar de ella y probablemente de sí mismo, su sobrino había mejorado mucho desde su llegada de la hacienda, aunque aún le costaba controlar su insolencia.

—Esta vez lo dejaré pasar, pero no te confundas, chico. Por el bien de nuestros negocios, nosotros somos quienes hacemos regalos a su familia. No en vano su padre se encarga de la Hacienda Real en estas tierras. He invertido mucho para que tú ahora le cuestiones dinero, y no quiero acabar pagando yo esa montura.

Álvaro movió los labios a punto de soltar la verdad, pero unos golpes en la puerta se lo impidieron y enseguida abrió Antonio sin esperar respuesta. «¿Cuántas veces me ha salvado sin enterarse?», pensó el joven, consciente de pronto de lo que hubiera significado no callar a tiempo.

—Un regalo de la casa del Virrey, señor —anunció el secretario tendiéndole una nota.

Diego se incorporó de golpe mientras Álvaro enarcaba una ceja. Su tío rasgó el sello De Alancastre y leyó sin poder evitar sonreír, orgulloso. Salió de su estudio y su sobrino lo siguió, junto al secretario. Atravesaron la antesala, dejaron atrás el pasillo que llevaba al pórtico del jardín y tomaron el que conducía a las amplias escaleras que descendían a la platería. Se detuvieron en la baranda de mármol. Abajo, en el zaguán principal, Álvaro reconoció en aquella especie de mesa triangular el clavecín que, la noche anterior, le había salvado de una regañina más severa de su hermana.

—¿No éramos nosotros quienes hacíamos los regalos? —murmuró Álvaro, irónico.

Su tío sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Subidlo a la tercera planta, a la sala de música —dijo Diego.

Se volvió hacia su estudio mientras ordenaba a Antonio que le acompañara para dictarle la carta de agradecimiento. Álvaro, sin embargo, no pudo moverse, aún estremecido por el contacto físico de su tío.

\* \* \*

La tía Águeda entró como una exhalación a la sala de música, con las mejillas arboladas, y Nuño y yo interrumpimos aquella sonata con la que él pretendía deslumbrar en el próximo encuentro musical de los De Oristrell, ya que Adelaida y Álvaro no tocarían.

—Abren las dos puertas, ¡por Dios! —ordenó Águeda a los dos lacayos que la seguían.

Estos se apresuraron a obedecer, mientras Tea y yo intercambiamos una mirada divertida. No era habitual ver a su madre tan exaltada. «Una dama siempre comedida.» ¿Cuántos desaires y burlas me había valido su máxima?

—¡No cabrá, aquí no cabrá! —exclamó con una mirada impaciente alrededor de la estancia, una de las más pequeñas del palacete.

Tea no pudo evitar una risilla y se levantó de su butaca, al lado de la chimenea, para acercarse a su madre.

—¿Qué no cabrá? —le preguntó mientras le ponía una mano en el hombro.

—¡Ay, hija! —se sobresaltó tía Águeda, y nos miró a Tea, a Nuño y a mí como si de repente se diera cuenta de que estábamos en la sala. Enseguida añadió entusiasmada—: Tenemos un clavecín. ¡Es un regalo de la casa del Virrey! Tu hermana ha conseguido un gran honor para esta familia.

Nuño me miró con un extraño brillo en los ojos que me incomodó por unos instantes. Sabía que se sentía frustrado, pero no me podía culpar. Luego dejó la viola y se acercó a Águeda mientras decía:

—Si cambia la mesa que sostiene el clavicordio por una más pequeña, cabrá, mi señora.

—¡Claro, claro! A ver, Tea, por favor, di a los que traen el clavecín que esperen en el pasillo. —Luego se dirigió a los lacayos que estaban en la puerta y añadió—: Vosotros dos, dejad el clavicordio un momento en el suelo y sacad la mesa. Llevadla a mi salón personal y traed la pequeña que está allí, contra la pared. Vamos, Gabriela, ¿qué haces aún ahí? Levanta.

Me puse en pie como un resorte y me aparté para dejar hacer a los mozos del servicio. Entonces, por la puerta, apareció Adelaida.

—¿Qué es todo este alboroto? ¿Me ha hecho llamar, madre?

Águeda se acercó a su hija mayor. La estrechó con un abrazo, luego la besó repetidas veces y por fin la dejó respirar mientras decía:

—Hija querida, no sé qué le dijiste anoche a Tomás de Alancastre, pero lo dejaste impresionado, de eso no cabe duda. ¡Nos ha enviado un clavecín!

Adelaida, sorprendida, me miró por encima del hombro de su madre y por primera vez caí en la cuenta de que... ¡No podía ser! Mientras mi tía no paraba de dar instrucciones a Nuño para que preparara una pieza para el clavecín y así invitar al hijo del Virrey en agradecimiento, yo me escabullí hacia el pasillo. Y allí estaba. Sin aún dar crédito, abrí la tapa de la cola y los ángeles de Santa Cecilia parecieron sonreírme. Era exactamente el mismo. Él había llevado a mi prima del brazo, apenas si recordaba sus ojos y aquel aspecto delicado, incluso frágil. Toda mi atención había sido para Sumaya, quien apenas habló. Y, sin embargo, era el clavecín que yo había tocado.

—Esto no es mérito de Adelaida, ¿verdad? ¿Me lo contarás? —susurró Tea a mi espalda.

El pánico me llevó a cerrar la tapa de golpe. ¡Mi tía no se podía enterar de aquello!

\* \* \*

Águeda apenas bajaba a la segunda planta de palacio, dedicada por completo a la administración de los negocios. Por ello, Diego se sorprendió al verla entrar en su estudio con expresión triunfal. A pesar de las arrugas mal disimuladas por el maquillaje que se arremolinaban bajo sus ojos y en la comisura de sus labios, aquel día resplandecía con la belleza que le había llevado a desposarla. Pero no fue suficiente para desenterrar unos sentimientos que, a aquellas alturas, ya dudaba de que alguna vez hubieran existido.

—Habrá que celebrarlo —dijo ella dirigiéndose hacia las estanterías—. Aún guardas aquí el aguardiente, supongo.

Él no respondió. Simplemente, sonrió y abrió un armario bajo su escritorio. Sacó dos pequeñas copas. Ella se hizo con la botella y sirvió un poco para cada uno. Diego alzó la copa el primero, sin apartar la mirada de su esposa y sin borrar la sonrisa.

—Al final, estás de acuerdo conmigo en que es lo mejor para Adelaida y para la familia, ¿no? —comentó Águeda.

Diego asintió e hizo chocar su copa contra la de ella. Ambos bebieron.

—Entonces, ¿no me vas a pedir perdón? —insistió su esposa con su parloteo.

—¿Por qué? —habló por primera vez Diego, mientras se sentaba de nuevo.

Águeda rió.

—Ayer te enfadaste mucho cuando empujé a Adelaida para que estuviera a solas con el hijo del Virrey. «¡No puedes desobedecerme así! Eso no es lo que tengo dispuesto para Adelaida», dijiste. Pero mírate ahora, qué contento.

—Porque aún muy a tu pesar, querida, mis planes van viento en popa, incluso mejor de lo previsto. Ese clavecín no es para ella —Diego saboreó sus propias palabras en el rostro desconcertado de su esposa—, para quien tengo pensado un gran futuro, no lo dudes.

Águeda dejó la copa en el escritorio a la espera de una explicación:

—El gran maestro Manuel de Sumaya quiere dar clases a nuestra adorada Gabriela, de clavecín, claro. Y Tomás de Alancastre lo recomienda pidiendo encarecidamente que aceptemos el que él tenía para su uso personal, leo textualmente. —Diego tomó un papel de la mesa y continuó—: «... pues ha quedado sin razón de ser que permanezca en mi casa, preso, cuando sólo las manos de su discreta sobrina, bajo la tutela del gran maestro, pueden dar libertad a la música que guardan sus teclas. Sólo ansío poder ser testigo de ello cuando usted estime oportuno».

Águeda tragó saliva y exclamó:

—¿Cómo!

Diego lo sabía, pero se limitó a encogerse de hombros y respondió:

—Dios dispone que el hombre sea el cabeza de familia, tú has intentado contrariarme, y ahora él pone las cosas en su sitio. Después de todo los caminos del Señor no son tan inescrutables.

—Pues exijo que el maestro Sumaya también dé clases a Adelaida —dijo Águeda—. Puedes pagarlo y es tu hija. Lleva muchos más años y lo merece más que...

—Ni hablar —la interrumpió Diego—. ¿No me has oído? Es Sumaya quien lo solicita, y no pide nada a cambio. No pienso insultar al segundo maestro de capilla de la catedral exigiéndole eso, sería insultar también a quien lo recomienda. Dejaremos las cosas como están. Después de todo, Adelaida disfruta con su primo.

Luego tomó la copa y la alzó frente a su esposa, quien se volvió y salió a grandes zancadas del estudio dando un portazo.

«No es posible», se decía mientras atravesaba la antesala. Gabriela, siempre tímida y huidiza, tanto que a veces parecía un fantasma pululando por la casa, había llamado la atención del hijo del Virrey, a pesar de ser delgaducha, demasiado alta; nada que ver con su Adelaida. «Es culpa mía», se recriminó ya en las escaleras. El sigilo de su sobrina jamás le había disgustado, al contrario. Desde que la pusiera en su sitio como debía, lo consideraba una victoria: había extirpado todos los males traídos de aquella maldita hacienda y la había convertido en lo que quería, un alma sometida a su voluntad, siempre obediente, incluso falta de palabras, con apariencia de dama para que su esposo no pudiera reprocharle nada a ella. Pero ahora se daba cuenta de que aquella sumisión, aquel sigilo, podía ser justo lo contrario; aquellas ausencias de Gabriela que tan poco le habían importado, centrada en realzar a sus propias hijas, delataban su falta de control sobre la joven. «Tendré que acabar con ello», concluyó.

\* \* \*

Adelaida se sentó frente al clavecín y miró sus manos. Había crecido, habían pasado años, sin embargo sus dedos le parecieron de nuevo demasiado regordetes, como cuando era niña, como antes de empezar a tocar el clavicordio para acompañar a Álvaro. Suspiró y miró al maestro Nuño.

Este guardaba su viola con parsimonia. La señora Águeda había prohibido años atrás que el instrumento quedara allí, en la sala.

—Estaba tan cerca. Había esperado tanto —farfulló.

—¿Decía algo, maestro? —preguntó Adelaida.

Nuño sacudió la cabeza y se volvió hacia la joven. Ella enseguida leyó en el rostro del maestro, hacía años que intuía sus pretensiones, por lo que intentó animarlo:

—Esto no anula sus interpretaciones con mi prima. No creo que mi madre quiera mezclar trigo y maíz en un costal.

En la mente de Nuño resonó la pregunta: «¿Desde cuándo toma clases de clavecín Gabriela de Oristrell?» La tenía que haber oído. Se la iban a quitar. ¿Qué más daba que no se anulara nada si no podía seguir utilizándola para su repertorio personal? Quizá por ello se atrevió a responder a Adelaida:

—Lo cual la deja sola.

—En esto nunca estaremos solos, querido maestro. O busca la manera de que no quede en ridículo, o quedaremos en ridículo los dos. Sólo que a mí: «¡Ay, los nervios, qué sofoco!» Tomás de Alancastre vendrá a abanicarme, seguro. Pero ¿usted? ¿Qué hará mi madre cuando descubra que no es tan buen maestro como le hemos hecho creer?

Nuño suspiró. Tenía razón, podía perder mucho más que a la mejor intérprete jamás soñada, pero entonces le vino una imagen fugaz a la que la noche anterior no dio más importancia: Adelaida entrando en la sala con Tomás que, arrebolado, miraba a Gabriela, del brazo de Sumaya. La había oído ahí, en aquella ausencia, no le cabía duda: ¡la habían oído todos! «No tendrá tiempo para ella, ¿cómo va a tenerlo? ¡ES una simple mujer! Esto es cosa de De Alancastre», se dijo más animado. Entonces se puso el sombrero de tres puntas que descansaba sobre una silla, tomó la viola da gamba y se dirigió hacia la puerta:

—No se preocupe, señorita Adelaida. Sabe que no llegará a quedar en ridículo.

Se acercaban las primeras Navidades que pasaríamos en aquella ciudad extraña. Poco antes de alcanzar la Acequia Real, la tía Águeda despachó a los mozos con los paquetes y bordeamos el canal. El sol tibio de invierno, ahora presente, ahora ausente entre nubes grisáceas, me erizaba la piel a pesar de la mantilla que me cubría cabeza y hombros. La cotilla que ajustaba el peto me aprisionaba, y el recargado vestido al que aún no me acostumbraba, con grandes pliegues a la espalda, no hacía que me sintiera más abrigada. Las mangas apenas llegaban a los codos y, a pesar de los volantes que sobresalían de las mismas y la camisa que llevaba debajo, sentía frío. La tía Águeda y Adelaida iban delante y, de vez en cuando, se giraban para comprobar que las siguiera. Yo procuraba mantenerme erguida para que no me llamara la atención por mi postura demasiado laxa. Detrás de mí caminaba el otro lacayo, que se había quedado para protegernos, pero me hacía sentir reclusa y acrecentaba mi deseo de lanzarme sobre una de las barcazas que pasaban por la Acequia, tras haber descubierto el maíz en la alhóndiga, para que me llevaran al lago del Chalco, cerca de la hacienda, mi verdadero hogar.

«Si al menos hubiera venido Tea con nosotras», pensé. Pero se había quedado en el palacete, con el tutor. Con ella, mi vida anterior a Ciudad de México parecía tener algún valor. Siempre entusiasmada, me pedía que le contara cosas de la hacienda, de la abuela, el coro, leyendas de los indios... Al poco de llegar, compartía todas las clases con Tea y luego Adelaida se nos añadía, risueña y locuaz, tal y como se mostraba en las reuniones o al entrar a misa con sus amigas. Pero en cuanto el tutor descubrió que ayudaba a mi prima pequeña, me puso las mismas lecturas de la Biblia que a Adelaida y los mismos horarios. Desde entonces esta apenas me hablaba y ya no me incluía en las conversaciones como cuando llegamos, un mes atrás. Sólo me interpelaba para que reprodujera alguna de las anécdotas que había oído que le contaba a Tea, lo cual siempre despertaba la hilaridad de sus amigas.

Cruzamos la Acequia Real por un concurrido puente y desembocamos en la Plaza Mayor. Estaba ocupada en gran parte por un bullicioso mercado de centenares de puestos encajonados en una austera construcción cuadrangular, aún en obras. Aspiré el griterío de voces dispares y animales quejosos, los aromas de exóticas especias de tierras lejanas mezclados con los hedores de animales y el sudor, el color de tejidos de seda y vasijas de cerámica... Todo ello me hizo sentir aún más sola. Entonces la tía Águeda se volvió hacia mí y me tomó del brazo. Señaló con la cabeza un sobrio edificio a nuestra derecha que bordeaba todo el extremo de la plaza y comentó:

—Este es el palacio del Virrey, don Francisco Fernández de la Cueva. Gracias a Dios, ha traído color a la Nueva España y hoy puedes ponerte estos maravillosos vestidos que lucen en la misma corte del Rey de Francia.

—Pero el palacio está quemado, tía —comenté señalando los balcones del ala sur.

—Baja el brazo, querida —repuso mi tía sin dejar de sonreír—. Los gestos de una dama, siempre comedidos.

—Los quemaron los indios de los arrabales, ¿verdad, madre? —intervino Adelaida.

—Cierto —respondió ella mientras avanzábamos, recorriendo la fachada del edificio —. ¡Fue horroroso! Yo estaba embarazada y a tu madre, Gabriela, le debía faltar poco. Aquel año llovió mucho, las cosechas fueron malas y los indios se amotinaron por el precio del maíz. Llegaron incluso a quemar el palacio del cabildo, incluida la alhóndiga. Tu padre lo pasó muy mal, porque allí estaba el poco grano de la hacienda. Por eso, querida Gabriela, debes medir las historias que cuentas a Tea. Los indios tienen una parte salvaje, aunque eso en verdad lo sabes, seguro, tras lo sucedido a tu pobre Nana. Lupe, se llamaba, ¿no?

Dolida en lo más profundo, por primera vez callé al ver la sonrisa triunfal de Adelaida. ¿Aquella historia había sido de nuevo una reprimenda o puro desprecio? ¿A cuántos indios habían conocido ellas? ¿A los del servicio? Callé, pues era mejor no darles armas, tal y como me recomendaba María, para evitar que me castigaran con más desdén.

La tía Águeda se detuvo de pronto y señaló a su izquierda mientras decía:

—La catedral. Ya que pasábamos por aquí, pensé que sería bueno que la conocieras.

Miré el edificio, aún con el resquemor de las palabras llamadas atragantado en mi garganta. Las nubes ocultaron el sol por completo y sentí un escalofrío. Una gran cúpula coronaba el templo y la fachada gris me pareció lúgubre, con hornacinas que guardaban esculturas en loa al Señor. E indios, indios por doquier que hacían posible la magnificencia de aquel templo. Los canteros trabajaban cerca de una torre a medio construir, la única, mientras los carpinteros se afanaban en cortar tablas y listones para los andamajes. Entonces lo vi.

—Aquí asisten a misa los grandes señores de la Nueva España —explicó mi tía. Su voz me sonaba lejana; yo sólo podía mirar hacia un lugar—. Nosotros, tu tío y yo, venimos cada domingo. Vosotras aún sois muy jóvenes, pero cuando entréis en edad casadera, nos acompañaréis.

—Madre, habías dicho que este año podríamos ir con vosotros a la misa del gallo, en la catedral.

Su espalda parecía más ancha, su rostro más enjuto. Dudé.

—Sí, claro, mi niña. Mira, me has dado una idea. Entraremos y así, Gabriela, te puedes familiarizar. Llegado el día, no quiero que te quedes con la boca abierta como una provinciana. Recuerda, siempre comedida.

Noté que me sujetaba el brazo y me arrastraba hacia la puerta. Pasamos cerca de un montón de tablas y mis dudas se desvanecieron. Me desprendí de mi tía, sin pensar, y me acerqué.

—¿Francisco?

Él me reconoció y un brillo iluminó sus ojos. Sentí ganas de abrazarlo, de besarlo, como si fuera mi propio hermano, pero entonces el lacayo de mi tía me arrastró hacia ella.

—¿Estás loca, niña? —exclamó Águeda en cuanto la alcancé. Miraba a su alrededor con aire exasperado—. Menos mal que nadie nos ha visto. ¡Acercarse así a un indio!

Se volvió airada y, sumisa, la seguí hacia el interior de la catedral, dominada por un intenso olor a cera. El alto techo abovedado se erigía sobre la titilante penumbra, sólo rota por los dorados del coro y del silente órgano. Desde fuera llegaba el eco de los trabajadores y el repicar de martillos alimentaba la esperanza de recuperar algo de mi misma si lograba buscar una forma de entablar contacto con Francisco sin la perpetua escolta de mi tía. Tendría que recurrir a los códigos de nuestra infancia. Rodeamos el coro y las seguí hasta unas bancadas donde tomamos asiento. Detrás, una reja de madera encerraba dos majestuosas hileras de sillería.

—Con lo que amaban la música, a tus padres les hubiera encantado ver el coro —murmuró la tía Águeda.

Parecía que todo enfiado se le había pasado, pero yo sabía que no, pues sólo mencionaba a mis padres antes de reprenderme o poco después de ello, como si quisiera hacerme sentir que era una pobre huérfana y que debía estarle agradecida por acogerme. Sin embargo, lo único que conseguía era enfurecerme, pues sentía que utilizaba su recuerdo y, con ello, lo mancillaba. ¡Tan diferente de la abuela! En un intento por ignorarla, fijé mi mirada en unos niños ataviados con finas túnicas, blancas y doradas, que entraban a la nave central mientras ella insistía:

—¡Una verdadera lástima! La sillería la acabaron justo el año 1695, poco después de que fallecieran tus padres. Eso sí, tu tío pagó una buena suma por una misa cantada en su honor, aunque fuera más cara, para que las voces les llegaran al cielo. —Y volviéndose hacia delante, añadió—: Fíjate en el altar mayor. Es una delicia, de lo más refinado.

Me volví. A mi espalda, la reja del coro crujió en lo que me pareció un lamento. Una dama enlutada rezaba en las primeras bancadas, ante un abigarrado retablo donde me costaba hallar las imágenes de la Virgen, ángeles o santos. Sólo podía ver el colorido retablo de Santa Cecilia en nuestra pequeña iglesia. «Tu padre lo hizo traer de Italia. ¿No es maravilloso?», me recordaba la abuela siempre que tenía oportunidad. Tenía trece años, sólo llevaba un mes allí, y la añoranza y la soledad me hacían sentir tan ajena a mí misma en México...

De pronto, una única voz angelical entonó una «Salve» al que enseguida se le unieron voces en su mismo tono. Como si despertaran a una mariposa en mi interior, volvió la esperanza con la que había entrado al templo tras ver a Francisco. Las notas emprendieron un vuelo en ascenso y a sus aleteos se unió un liviano coro infantil, «Salve Regina». Mi esperanza se tornó en algo más, no sabía definirlo, pero podía ver un campo de flores que sobrepasaba los muros de la catedral mientras la mariposa se convertía en un ave blanca de vuelo arrollador, capaz de surcar océanos. Cerré los ojos y me dejé llevar. La melodía se aferraba a mi piel, me acariciaba, me fortalecía. En el amor a la Madre del Señor que fluía de aquellas notas sentí a mis padres cerca, a la Nana, a la abuela, a Álvaro, a todos los que me habían hecho ser yo, y tuve la certeza de que jamás desaparecerían mientras siguiera respirando. Todo iría bien, el mundo estaba en paz. «Dulcis Virgo Maria», se diluyó el canto, pero su palpito seguía en mi corazón.

—Sólo era un ensayo —apuntó Adelaida—. Ni siquiera estaba el coro al completo.

Abrí los ojos. Una sonrisa plácida asomaba a mis labios mientras decía:

—Ha sido hermoso igual.

—Limpíate las lágrimas, querida —sonrió la tía tendiéndome un pañuelo. De pronto, noté mis mejillas húmedas—. Espero que puedas controlar tus emociones llegada la misa del gallo. ¡El coro es espectacular!

—No creo que pueda, tía —suspiré mientras ellas se levantaban. Me daba igual que me llamara la atención, no pensaba ni intentarlo.

Águeda no respondió, quizá ni me oyó. Me sentí ligera al seguirlas, casi flotaba. Fuera, el sol resplandecía sobre las poleas en la torre, que subían y bajaban. Y desde el mercado llegaba el armonioso trajín de vendedores pregonando la bondad de sus mercancías y compradores regateando los precios.

—Madre, ya que tanto le ha emocionado, podría recibir clases de música conmigo —comentó Adelaida.

La tía pareció recapacitar al respecto y noté que se me aceleraba el corazón. Ahora sabía que con el coro o la flauta entonaba sencillas melodías. Pero si las clases me ayudaban a entender lo que había sentido en la catedral, aprendería a no perderlo jamás, incluso a reproducirlo allá donde estuviera... ¡Podría acabar con aquella sofocante añoranza! Necesitaba aquellas clases, aunque fueran una excusa de Adelaida para otra de sus burlas.

—Bueno, puede probar, pero al final dependerá del maestro Nuño, claro. No todo el mundo tiene tu talento, hija.

\* \* \*

El maestro Nuño era un hombre enjuto, vestido de negro, con una pequeña gola blanca alrededor del cuello que me recordaba a los retratos de nuestros antepasados, colgados por las paredes de palacio. Abrió la puerta de la sala de música, completamente a oscuras, y el olor a cera salió como si huiera de una prisión. Adelaida, tras de mí, me dio un ligero empujón para que entrara mientras el maestro abría los pesados cortinajes. El sol entró e iluminó el polvo flotante sobre una mesa de nogal en cuyo extremo reposaba una caja.

Apoyado en la misma mesa, al lado de una silla, había un instrumento similar a una guitarra, como la de los músicos ambulantes que venían por la hacienda, pero mucho más grande, con las cuerdas más abombadas en el vientre, y siete en lugar de las seis que conocía.

—¿El clavicordio? —pregunté con las manos entrelazadas, sin saber qué hacer o dónde sentarme.

Para mi sorpresa, Adelaida no señaló el instrumento que me recordaba a la guitarra, sino la caja que estaba sobre la mesa.

—¿Está dentro?

—¡Es la caja! —respondió mi prima con una carcajada.

Al oír su risa, me supe atrapada en una tela de araña. Ahora entendía su generosidad cuando el maestro mostró sus recelos a la hora de que tomara clases junto a Adelaida: mi prima pretendía ridiculizarme de nuevo. Y más lo sentí cuando él intervino con fastidio:

—O sea que no sabe ni qué es un clavicordio —Se acercó a la mesa y abrió la tapa de la caja—. Sepa, señorita, que es un instrumento de teclas, como puede ver. De hecho, el más antiguo de la familia. Este, en concreto, tiene unos pocos años y es de excelente hechura, fabricado en Alemania. Existe un instrumento de teclas mayor y más potente, el clavecín. Pero de momento observe a su prima y veremos.

Me hubiera gustado preguntar por el otro instrumento, el de cuerdas. Pero me abstuve dado su tono altivo y la determinación con que me indicó que me sentara en la silla que estaba al lado de la chimenea. Si permanecía callada, quizá tuviera una oportunidad sin que Adelaida lograra burlarse de mí. Y tras lo descubierto en la catedral, sólo Dios sabía cuánto ansiaba aprender, cuánto lo necesitaba.

Adelaida tomó asiento frente al clavicordio, mientras el maestro se dirigía a la silla que estaba al lado del otro instrumento. Se sentó y lo agarró. Pero para mi sorpresa, se la puso entre las piernas, apoyando la base sobre sus pantorrillas.

—Bien, ensayaremos el villancico, señorita Adelaida. Pero antes, por favor, ayúdeme a afinar la viola.

¿Así se llamaba? El maestro, con sus espesas cejas en constantes movimientos de aprobación y desaprobación, pidió a Adelaida notas que ella le dio con las teclas mientras él ajustaba el sonido de las cuerdas de la viola. Yo no perdí detalle y me acordé agradecida del padre Julián, que siempre había insistido en que yo debía saberme la escala, aunque no me hiciera falta para cantar.

Cuando por fin empezaron el villancico, tuve que reprimir una exclamación. El clavicordio enriquecía su sonido cuando mi prima presionaba varias teclas a la vez. Y, en cambio, para tocar la viola da gamba, el maestro tomó un arco y transformó las cuerdas en una voz profunda y suave, llena de matices e intensidad, que convertía el nacimiento del Señor en un milagro de poder redentor para el alma. La viola pintaba de color y esperanza el establo mientras que el clavicordio traía a los pastorcillos a sus pies. De pronto, el maestro se detuvo.

—Otra vez en el mismo lugar. Se le ha desviado el dedo anular y ha acabado tocando con dos teclas la misma cuerda. Sé que es un pasaje particularmente difícil. Debe practicar más.

—Lo siento, maestro —dijo Adelaida con la cabeza baja. Suspiró y añadió—: ¿Puedo descansar un poco? Aproveche para probar a mi querida prima.

El maestro asintió, aunque las arrugas de su frente mostraban disgusto. Mi prima se levantó e intercambiamos los puestos. Me temblaban las manos.

—Pruebe a tocar algo —dijo el maestro.

Miré el teclado y apreté los labios. Mi prima podía tocar varias notas a la vez, pero eso para mí era imposible. ¿Era aquí donde haría el ridículo y perdería la oportunidad? Entonces a mi mente acudió la tonada, aquella única canción que había compuesto mi hermano para la flauta: «La Llorona», la ***Chocacihuatl*** de Lupe. Me froté las manos y las llevé, tecla a tecla, al clavicordio, sin la gracia del ritmo que la melodía requería, pero con cada nota en su sitio.

—Bueno —dijo el maestro—. Es un comienzo.

\* \* \*

El maestro y su prima.

No había salido como planeó, al contrario. Adelaida avanzaba por el pasillo con expresión agria y apenas pudo esbozar una sonrisa cuando, al final del mismo, se cruzó con Álvaro. Apuesto y caballeroso, su sola presencia le despertaba hormigueos por todo el cuerpo, pero él prácticamente la ignoraba. Y de nuevo, por mucho que había intentado dejar de hacerlo durante semanas, volvió a pensar en Gabriela con rabia. Por miradas suspicantes en la cena, por algunos encuentros casuales en los pasillos, a Adelaida le resultaba obvio que Álvaro buscaba la atención de su hermana y que esta lo despreciaba. ¡Si tuviera ella la oportunidad!

La joven dobló la esquina y vio la puerta cerrada del salón privado de su madre, al fondo. Había esperado a que se retirara de la cena para abordarla. No podía quitarse de la cabeza el cambio de Nuño: «Creo que será bueno que la señorita Gabriela tome clases junto a la señorita Adelaida. Aprenderá rápido, mi señora, y para su hija será bueno convertirse en ejemplo de su prima, una motivación extraordinaria que hará evolucionar sus talentos naturales».

Y con eso la había embaucado, como siempre. Ante su madre, el maestro la dibujaba como una criatura celestial llamada para la música, que sin duda sería aclamada por damas y caballeros de la corte virreinal. Pero Adelaida sabía que no era cierto. Sus dedos regordetes no fluían y casi nunca era capaz de acabar una pieza sin un error, por no hablar de las ocasiones en que perdía el ritmo y se retrasaba al acompañar a la viola da gamba. Cuando era más pequeña, pensaba que el maestro la alababa para animarla. Ahora entendía que era por el dinero que recibía de su madre, no sólo por las clases, sino por sus composiciones, las cuales le habían dado cierto renombre en la ciudad.

A Adelaida jamás antes le había molestado que el maestro Nuño embaucara a su madre, pues después de todo ella también salía beneficiada. Pero desde que Águeda había querido lucir el talento musical de su hija ante sus amistades, la joven no soportaba la idea de ser el instrumento que pusiera al músico en el vulgar lugar de un pícaro. Sería ella quien haría el ridículo. El maestro lo sabía, por supuesto, por lo que había elegido un villancico donde la viola luciera, y que ella pudiera acompañar sin dificultad. Aun así, tenían problemas y ambos estaban juntos en aquello. Por ello pensó que rechazaría a Gabriela, y ella se complacería al ver su rostro cariacontecido. Pero, aunque Adelaida superara la prueba de tocar en público, Gabriela lograría en menos tiempo lo que a ella le había costado años. Llamó a la puerta del salón privado de su madre y oyó que su voz la invitaba a pasar.

—¿Estas disgustada, mi niña? —observó Águeda en cuanto la vio.

Sin maquillaje, las mejillas se veían sonrosadas. Estaba sentada frente al fuego, en su butaca favorita, con los pies apoyados en un montón de cojines. Dejó la copa de vino en la mesilla que tenía al lado, donde descansaba su tablero de damas. Adelaida se acercó y se inclinó para recibir un abrazo salpicado de besos. Luego se sentó a los pies de su madre, como tantas otras veces, y se apoyó en los cojines:

—No quiero que Gabriela haga las clases de música conmigo.

La madre se incorporó y Adelaida alzó la cabeza para que observara nuevamente su disgusto.

—Pero fue idea tuya, querida. ¿A qué viene este cambio?

—Pensé que ello me ayudaría a que me cayera mejor, mamá —mintió—. Pero lo he pensado bien, y no será así.

—Pues ahora no podemos hacer otra cosa, hija. Ya me he comprometido con el maestro Nuño.

—¿Y quién es más importante, el maestro Nuño o yo? Que haga clases sola, o con Tea.

—¿Sola? —Su madre soltó una carcajada y volvió a tomar la copa de vino—. ¡Demasiado caro! Tu padre no querrá que me gaste un real más en Nuño, por mucho que quiera que eduque a Gabriela como a vosotras. Y con Tea, el maestro no lo aceptará; considera que os irá muy bien hacer juntas la clase. Y en eso estoy de acuerdo con él.

—¿Y papá no se gastaría lo que fuera por mi felicidad?

—Claro, mi niña, te adora. Pero no es necesario —respondió Águeda. Dio un sorbo al vino y añadió—: Gabriela nunca te hará sombra, ya te lo dije. Cuando lo creas de verdad, te caerá mejor. Y quizá no estabas tan errada, quizá las clases de música sean una buena oportunidad para que te des cuenta de ello.

—¿Y si me la hiciera, mamá? ¿Y si fuera mejor que yo? Come con elegancia, como un pajarillo, aunque estemos en familia; lee más rápido, y siempre con esa mirada dulce consigue hasta que papá sonría.

Águeda no pudo evitar reirse ante una envidia tan ingenua mientras Adelaida se cruzaba de brazos, enfurecida.

—Es demasiado huesuda, parece débil, carece de ingenio... Ya te lo he dicho antes, pero si quieres te lo repito. ¿Te hará sentir mejor? —Águeda se inclinó sobre su hija y le acarició la mejilla—. Hay cosas que se pueden aprender, otras nos las da la naturaleza. Y tú eres más hermosa, ¿o no has observado cómo te miran ya los muchachos? En eso jamás podrá hacerte sombra, y ya descubrirás que, al final, esa es nuestra mejor arma como mujeres.

\* \* \*

El maestro y su prima.

Íbamos descalzos para no hacer ruido, con los brazos entrelazados, como cuando de niños, en Santa Cecilia, nos escabullíamos en plena noche para gastar bromas a la cocinera. Nos habíamos reconciliado al fin, y esta vez era yo quien lo había incitado a él al contarle lo que había descubierto aquel día. El servicio se había recogido ya y el palacete dormía cuando entramos en la sala de música. Álvaro sostenía un candelabro y me reconfortaba haberlo recuperado después de tanto tiempo sintiéndome incapaz de hablar con él. Dejó las velas en la mesa ovalada y abrió el clavicordio mientras yo me fijaba en un bulto cubierto por una fina tela, apoyado en la pared. Me acerqué y agarré la viola da gamba.

—¿Es eso? ¿Me muestras cómo va?

Asentí, deseosa de probar. Tomé el arco que estaba en una silla y me senté mientras preguntaba:

—¿A ti no te gustaría asistir a clases de música?

Él se encogió de hombros y tomó asiento frente al clavicordio:

—Bueno, desde luego, me serviría para librarme por unas horas del tío.

Sonreí e intenté sujetar el arco con la palma hacia arriba, el dedo índice en la madera, el anular libre entre esta y la cuerda, y el tercer dedo por debajo de la misma. Era algo incómodo, pero sentí un cosquilleo de emoción. Luego deslicé la mano para que el arco rasgara las cuerdas con suavidad, sólo para oír cómo sonaba. Probé de nuevo, ahora poniendo el índice sobre una cuerda en el mástil, y el sonido cambió. Rei y repetí la operación, ahora sin dedos, ahora con ellos en diferentes puntos, ahora cambiando la velocidad de la cuerda que conducía el arco. Álvaro se incorporó. Probó a tocar una nota con el clavicordio y luego otra. El conjunto sonaba horroroso, pero la dicha que había quedado olvidada en la hacienda se apoderó de los dos.

De pronto, se abrió la puerta de la sala. Dejamos de tocar y nos volvimos.

—¡Santo Dios! —exclamó mi tía mientras se persignaba una y otra vez, con la cara desencajada. A su lado, Adelaida sonreía—. Deja eso, Gabriela, ahora mismo.

Obedeci y me levanté para poner la viola en su sitio.

—¡Qué horror, encima en camión! —insistió Águeda, alterada.

—Tía —dijo mi hermano con la mejor de sus sonrisas—, ha sido idea mía. Gabriela me estaba enseñando estos instrumentos, que yo no había visto jamás. Pero no los hemos dañado, se lo aseguro.

—Me da igual si están dañados o no! ¿No lo entendéis? —exclamó mi tía llevándose las manos a la cabeza—. ¡Es absolutamente inapropiado! Una dama no debe tocar jamás la viola da gamba. ¿Cómo va a tener algo entre las piernas en público? Me da igual que seáis hermanos.

Me acerqué a Álvaro, dispuesta a excusarme, pues esta vez no se llevaría la culpa. Pero él se adelantó:

—Tía, insisto en que, si nuestro comportamiento ha sido inadecuado, es culpa mía, de mi ignorancia.

—Y de tu interés por la música —intervino Adelaida—. Madre, ¿quizás él también debería asistir a clases con nosotras? Así se evitarían estos malentendidos.

Álvaro se volvió hacia mí, pero yo estaba tan extrañada como él ante el comportamiento de nuestra prima.

—¿De verdad te gustaría aprender música, Álvaro?

—Pues sí, tía, me siento impresionado. Ya sabe, en la hacienda estas cosas no se ven.

—Intentaré convencer a Diego, aunque no le gustará. Lo cierto es que sería bonito verte tocar la viola da gamba y que tu prima Adelaida te acompañara al clavicordio. Tomarás clases con ella.

—Y con mi hermana —se apresuró a añadir Álvaro.

—Tu hermana no asistirá a una clase donde haya una viola, por lo menos de momento. Es un instrumento de hombres, Gabriela, ¿cómo te has atrevido?

\* \* \*

El maestro y su prima.

Tea no se había opuesto a quedarse en un rincón, y en sólo una hora... ¡Oh! El maestro Nuño salió por la puerta de la sala de música con una ilusión que lo tenía sorprendido. No le gustaba dar clases, pero a falta de un puesto de músico en la corte virreinal o en la Iglesia, era el mal menor que debía asumir para componer y tocar sus propias piezas. Por eso, antes de hacerle la prueba, ya tenía claro que aceptaría a Gabriela, pues al fin y al cabo era de la familia de sus principales benefactores. Pero poco imaginaba lo que iba a hallar. Se apresuró hacia la escalera de servicio pues, aunque fuera raro en él, no deseaba cruzarse con la señora Águeda. Sabía que alabar a sus hijas era la clave para mantener la dotación económica que le asignaba, a pesar de que Adelaida no tenía nada de talento y Tea carecía de interés. Sin embargo, con Gabriela era diferente. De haberse cruzado con Águeda, se hubiera deshecho en halagos y, por primera vez, serían verdad, pero ¿en qué estima tenía a su sobrina? ¿Por qué al final, airada, había impuesto que hiciera clases con la pequeña y no con Adelaida? Mejor evitar riesgos. Se sintió aliviado al alcanzar la escalera de servicio.

«¿Me estará precipitando? Es sólo la primera clase», se dijo mientras bajaba con paso ligero. Pero no, sabía que se hallaba ante algo especial, más extraordinario si cabía tratándose de una mujer. En la prueba con Adelaida, Gabriela había asociado una melodía básica de su voz a un instrumento que jamás antes había visto. Y en su primera clase había conseguido recordar las notas de una manera sólo posible para un oído excepcional.

Nuño llegó al final de las escaleras y salió al patio trasero. Se lamentaba por la decisión de que Gabriela hiciera clases con Tea y no con Adelaida. Podría estar practicando acordes, como ahora, pero con piezas concretas, no con meros ejercicios, y con él a la viola. Aun así, no perdía la ilusión: «Si la enseño bien, me puede llevar lejos. Con ella podré tocar mis composiciones más ricas y complejas en las reuniones de la señora De Oristrell. Y esto me abrirá puertas, seguro».

El retrato de aquel antepasado de cuidada perilla y cabello rubicundo le seguía con la mirada, y sus pequeños ojos acuosos, con las finas cejas alzadas, otrora añbles a su paso, ahora parecían burlarse de él. Le habían pedido que aguardara en la antesala del gran salón del palacete, y Nuño no estaba acostumbrado. La golilla, que enlataba a los grandes compositores de otros tiempos, se le hacía incómoda, y no sabía dónde poner las manos. Águeda apareció por el pasillo de la derecha y en sus ojos se reflejó cierta sorpresa al verlo.

—Ah, es usted, maestro Nuño —dijo tendiéndole la mano enguantada—. No le esperaba. Le mandé una nota para cambiar la hora de la clase de Tea.

Él tomó la mano y se inclinó ante ella. Luego se explicó:

—Cierto, pero pensé que era una clase más, que Gabriela...

—No, no, no... Gabriela dará clases con el maestro Sumaya —dijo con voz fría—. Supongo que le debo a usted ese gran honor, a sus enseñanzas, me refiero.

Nuño aspiró como si el aire pudiera ayudarle a digerir la sospecha hecha realidad. Pero el disgusto que ella no ocultaba le dio esperanzas. Quizás aún pudiera recuperarla, por lo que dijo:

—Pero no es justo, mi señora. Si yo le he enseñado, ¿por qué no puede seguir conmigo? Además, ella conoce mis piezas, y mi estilo no tiene nada que ver con el de Sumaya.

—Bien, entonces no dará la talla, ¿verdad?

Nuño bajó los ojos por un instante, dolido. La daría, sin duda.

—Usted se ha empeñado siempre en ella, no crea que no me he dado cuenta. A Adelaida jamás le hizo tocar una pieza suya y, en cambio, a Gabriela, desde el principio. Si no fuera por Álvaro y sus composiciones, mi hija jamás hubiera llegado al palacio virreinal. Pero ¿de qué ha servido? De nada. Tendría que haberse esmerado más con Adelaida. Bien, pues aún tiene oportunidad: consiga que Sumaya le dé clases a mi hija y haré que Gabriela vuelva con usted, ya que tanto le importa. ¿Puede hacerlo?

El hombre se encogió de hombros, vencido.

—Puedo intentarlo, mi señora.

—Pero mi hija tiene talento, siempre me lo ha dicho.

Nuño miró directamente a los ojos oscuros y hundidos de Águeda. ¿Qué contestar? Mejor nada. Si lo perdía todo, por lo menos lo haría con dignidad, ni que fuera por una vez en su vida.

—No el suficiente, ya entiendo —suspiró la mujer—. Y otro tanto debe pasar con Tea, claro. Le aliviará saber que se libra de usted, ella por lo menos es sincera. Y como Adelaida ya tiene a Álvaro y sus otras cualidades, no le requeriremos más. Por supuesto, olvídense del resto del dinero que le dábamos. Así mi marido también estará contento. Buenas tardes, Nuño. El maestro Sumaya debe estar a punto de llegar.

\* \* \*

Por fin de nuevo a solas con él. Acaricié la suave superficie, el hueso incrustado, repasé su contorno dejando que mis manos absorbieran su espíritu. El clavecín me había liberado, pero no sabía si era por la situación o el instrumento en sí, y ansiaba descartar la primera opción.

—Después de esto, Águeda no nos dejará tocar juntos en público jamás.

Me volví. Mi hermano estaba apoyado en el marco de la puerta y me miraba con una melancolía como la que asomó por primera vez a su rostro durante la época en que me era imposible hablarle sin temer mis palabras. Pero aquello había quedado atrás, por lo que respondí en tono jocoso:

—Hay una posibilidad: que compongas piezas para clavecín.

Él entornó sus ojos, claros como los míos, en un gesto que me recordó a la abuela.

—Eso no depende de mí —respondió.

—Cierto, Nuño siempre puede hacer arreglos para que la composición se pueda adaptar al clavicordio y a Adelaida —convine—. Aunque cuanto más aprendamos, más difícil le será. El clavecín tiene más posibilidades..., creo.

Álvaro se irguió con una sonrisa que dibujaba dos hoyuelos en sus mejillas y dijo mientras se acercaba:

—Eso ya lo intentamos y no funcionó. Pero esta vez, por lo menos, el sabor es más dulce. Tu talento se ha visto recompensado y ella no puede impedirlo.

—Lo que no entiendo es por qué Adelaida no ha dicho nada. Es obvio que su madre sabe que el hijo del Virrey nos lo ha regalado para que el maestro Sumaya me dé clases, pero está claro que no sabe cómo ha pasado. No sé, no me fio de todo esto... La Nana siempre decía que el ocelote herido es más peligroso.

Álvaro soltó una suave carcajada y me dio un beso en la mejilla.

—Tú y la música, hermanita. Tu único amor, ¿verdad? No temas, Adelaida no puede decir nada, porque abandonó la fiesta con el hijo del Virrey a solas. Lo que me extraña es que Diego ni te haya preguntado al respecto... En fin, negarse no pueden —suspiró—. Por eso esta es una dulce victoria al fin, si señor.

—Ya, pero ¿cómo lo haremos, Álvaro? —pregunté apoyándome en su hombro.

—Como lo hemos hecho hasta ahora, Gabriela. Conseguiré otro clavecín para la casa de la Marquesa, no te preocupes. Sólo debes tener cuidado por si les da por vigilarte.

Entonces María entró en la habitación y anunció:

—Ya viene.

Mi hermano y yo nos separamos y rodeé el clavecín para ponerme en el extremo de la cola. Enseguida apareció por la puerta tía Águeda acompañada del maestro Sumaya, que portaba bajo el brazo una carpeta.

—Esta es la sala, espero sea de su agrado —dijo ella.

El maestro se quitó el sombrero y me miró sonriente:

—Por supuesto.

—Maestro —saludó Álvaro tendiéndole la mano. Sumaya se la estrechó mientras mi hermano añadía—: Le agradezco enormemente que reconozca con su atención el talento de mi hermana.

—No hay de qué. Espero que usted se una alguna vez a nosotros con su viola —respondió.

Yo no daba crédito a lo que acababa de oír y mi hermano no pudo evitar volverse con una sonrisa.

—Pero eso tendrá que esperar —intervino la tía Águeda—. Primero Gabriela debe aprender algo, supongo, es un nuevo instrumento.

—Claro, claro —dijo Sumaya.

—Aun así, me pongo a su disposición para cuando usted crea oportuno, maestro.

Me alegré de que mi hermano dejara la puerta abierta, pero se podía colar por ella tanto nuestra oportunidad como la fiera aún más herida.

\* \* \*

María cerró la puerta de la sala de música a sus espaldas. Álvaro se puso el gorro de tres puntas y se dispuso a enfilear el pasillo repleto de retratos de su linaje cuando Águeda le alcanzó y le agarró del brazo.

—No dejarás a tu prima sin compañero, ¿verdad?

Álvaro acarició la mano que lo sujetaba y sonrió.

—Claro que no, tía. Adelaida y yo somos como un mismo espíritu cuando tocamos.

Águeda sonrió y le soltó.

—Eso me parecía.

Entonces Álvaro se disculpó y fue hacia las escaleras más cercanas, aunque fueran de servicio, para intentar alejarse lo antes posible. Mentir se había convertido en parte de sí mismo, el único modo de aguantar aquellos últimos seis años, y no quería que un ataque de sinceridad súbita arrebatara a Gabriela aquella oportunidad de evolucionar en lo que más amaba. A pesar del tiempo, aún sentía que por su culpa le habían arrebatado demasiadas cosas.

Al llegar abajo, oyó cómo su prima daba instrucciones sobre dónde plantar los bulbos de dalia de aquel año, por lo que en lugar de atravesar el jardín hacia el patio de servicio, decidió rodearlo por el pórtico, con el fin de no perder tiempo. Ernesto había oído rumores sobre la Laguna de Términos y le había pedido que se reunieran lo antes posible. Sin embargo, las precauciones de Álvaro de poco sirvieron, pues Adelaida se interpuso en su camino.

—¿Ya te vas para la Alameda? —le preguntó mientras se le acercaba—. He visto que ensillaban tu caballo.

—Puede...

—No será por Beatriz, ¿verdad? —dijo acariciando la solapa de su casaca—. Sabes que padre no aprueba que la rondes, por lo de su familia en España.

En realidad era Federico Monterrey quien estaba interesado en ella, pero Álvaro no consideraba oportuno aclararle tal punto a su prima, por lo que apartó su mano mientras respondía:

—Me da igual que su familia luche a favor de Carlos de Austria y no del rey don Felipe. —Se acercó a la oreja de su prima y susurró—: Beatriz es hermosa, muy hermosa.

Adelaida entendió aquella provocación como su propia oportunidad y de pronto giró la cara hacia él. Sus bocas casi se rozaron cuando preguntó:

—¿La has besado?

Por un instante, Álvaro se sintió tentado al ver cómo ella se humedecía los labios con la punta de su lengua.

—Adelaida, ¿no te preparas para el paseo?

Álvaro dio un paso hacia atrás al oír la voz de su tía.

—Ya voy, madre —repuso ella, sonriendo a su primo antes de alejarse sin prisa—. Aún queda una media hora.

Águeda, con los brazos cruzados a la altura del pecho, la observó pasar por delante de ella hacia las escaleras. Entonces Álvaro se dio cuenta de lo que había estado a punto de suceder y se odió por ello. Su tía se volvió de nuevo hacia él. Sus ojos lo atravesaban con una mirada que iba más allá, en una extraña expresión que no supo cómo interpretar. Aun así, era mejor no tentar a la suerte, por lo que, antes de que ella tuviera oportunidad de agarrarlo por el brazo de nuevo, se alejó en dirección a las caballerizas.

Cuando su sobrino desapareció del jardín, Águeda aún no daba crédito. ¿Había visto lo que creía? ¿A qué se refería Álvaro cuando decía que Adelaida y él eran como un mismo espíritu? «Siempre está Nuño con ellos, nunca...», se interrumpió, pues su intento de calmarse fue peor. Sí que estaban a solas, y a menudo. De hecho, cuando Álvaro empezó a tocar la viola da gamba seis años atrás, Adelaida aumentó las horas que practicaba fuera de las clases. Y ella siempre los había animado, e incluso Diego mostraba satisfacción al verlos practicar... Se interrumpió de nuevo. Ya se equivocó al considerar como una victoria la sumisión de Gabriela. ¿Cuánto tiempo llevaba cometiendo un nuevo error?

\* \* \*

Manuel de Sumaya se desprendió lentamente de su casaca marrón y la colgó. Con un gesto caballeroso, me invitó a que me sentara frente al teclado del clavecín mientras él tomaba asiento en una butaca al lado. Se apoyó en el respaldo y emitió un suspiro. Me observaba. Debía tener algo más de treinta años, aunque su peluca blanca, recogida detrás de la nuca, le hacía parecer mayor y resaltaba su cara alargada. A pesar de su mirada franca, el silencio me incomodó. Miré por encima de sus estrechos hombros, hacia María. En una silla junto a la chimenea, vi en su rostro el reflejo de mi propio desconcierto y entonces mis ojos se desviaron hacia la carpeta que debía contener las partituras, cerrada ante mí.

—Me sorprendió que en la velada mensual de su tía, la semana pasada, no tocara el clavecín con Nuño. Me temo que al hijo del Virrey también le sorprendió —dijo al fin—. Pensamos que su tío Diego nos había invitado expresamente para oírla.

—Espero que no se sintieran agraviados —respondí a modo de disculpa—. Habíamos practicado la pieza con clavicordio.

El maestro asintió y de nuevo se hizo un silencio. Resultaba obvio que él sabía que yo podía trasladarla, aun sin clases, al nuevo instrumento, por lo que mi incomodidad aumentó. No quería entrar en una conversación que dejara al descubierto mi vida aparte de la música; de hecho, siempre que entraba a aquella sala la dejaba fuera, y quería que siguiera así. Pero tampoco quería mentirle.

—¿Y qué le pareció? La sonata, me refiero.

—Gustó mucho, maestro —respondí con alivio.

Sumaya se incorporó y se acercó a mí. Su ropa desprendía un intenso aroma a incienso.

—No quiero ofenderla, señorita De Oristrell, ¿me permite que la llame Gabriela? —Asentí desorientada—. No le pregunto por la opinión del público, le pregunto por la de usted. Quizá no pueda decidir muchas cosas acerca de su vida, pero sí lo que piensa.

Huí de sus oscuros ojos desviando la vista hacia la carpeta cerrada. ¿No era algo así lo que había esperado durante años? Sin embargo, la sinceridad, fuera de mi hermano o María, se me hacía extraña. Él mantuvo la cercanía expectante y me armé de valor: no tenía por qué reirse como en la fiesta, antes de que me oyera al clavecín.

—Creo que el maestro Nuño se esforzó demasiado con el clavicordio y, para que la viola no quedara reducida al acompañamiento, quitó naturalidad a la pieza. Había demasiadas florituras forzadas al final.

—Claro, usted es más del gusto de su hermano.

Asentí con una sonrisa tímida.

—¿Perfecto! Él está cerca, pero no llega, posiblemente porque no ha oído... —exclamó Sumaya de pronto. Y abrió la carpeta ante mis ojos para añadir—: ¿Y qué le parece esta sonata? Es de estilo italiano y usted, con Nuño como maestro, está más acostumbrada al francés.

Mi mirada recorrió aquella partitura de la que parecía brotar la sencillez en una limpia disposición. Sí, veía diferencias: las frases simétricas y cerradas a las que estaba habituada aquí se tornaban formas abiertas. Pero en cuanto empecé a recorrer las notas y a mi mente acudió el sonido, frunci el ceño. Los arpeggios eran rápidos, muy rápidos, en progresión, y...

—Es imposible tocarla, maestro —dije convencida mientras señalaba un punto de la partitura.

Él lo miró y respondió en tono jovial:

—Sólo ha de cruzar las manos sobre el teclado.

Lo miré sorprendida.

—¿Se puede? —pregunté. Jamás se me habría ocurrido.

—Claro que se puede, y con la práctica se consigue, aunque hasta hace poco no se ha empezado a utilizar. ¿Por qué? Porque no se necesitaba, pero sí con esta partitura —respondió él. Se recostó de nuevo en el respaldo y, sonriente, añadió—: Pruebe, Gabriela, pruebe. Ya ajustaremos los ritmos.

\* \* \*

Las campanas de iglesias y monasterios aún no habían anunciado las cuatro de la tarde cuando Álvaro y Ernesto hicieron girar a sus monturas para tomar una de las calzadas interiores de la Alameda. Los álamos blancos y negros plantados en sus orígenes habían desaparecido a causa de las inundaciones que se habían sucedido en la ciudad en épocas anteriores, y ahora los pájaros revoloteaban entre los fresnos, cuya tupida sombra escondía el sol primaveral. A aquellas horas aún no habían acudido la mayoría de nobles y caballeros de la ciudad, por lo que podían cabalgar el uno al lado del otro, sin estar obligados a ir en hilera para ceder el paso a los carruajes.

—No creo que sea importante —concluyó Álvaro—. Su objetivo debe ser el campeche, el palo de tinte que emplean para dar color a los tejidos.

—¿Es lo mismo! Su objetivo son los ingleses. Seguimos estando en guerra, por mucho que digan que se acerca el final —repuso Ernesto—. El Virrey ha decidido aumentar la presión sobre la Laguna de

Términos para frenar el contrabando de palo de tinte. Mi padre ya está haciendo cálculos de lo que puede sacar la Hacienda Real.

—Entonces me das la razón, Ernesto. Sube la presión para financiar los últimos coletazos de la guerra. Luego todo volverá a la normalidad; no hay de qué preocuparse.

—Guerra o paz, es igual. Con las negociaciones, a lo sumo concederían a los ingleses la trata de esclavos. Pero ¿se conformarán con ello? Son uno de los grandes comerciantes de tejidos, ¿y qué es un tejido sin tintar? Te digo que, venga o no la paz, debemos buscar alternativas.

Álvaro tiró de ambas riendas para detener su caballo. En el extremo de la calzada ya se veía la fuente octogonal y, bajo el tilo de la esquina, los hermanos Monterrey aguardaban. Ernesto se detuvo a su lado.

—Hablaré con Antonio.

—¿Lo crees prudente?

—Hombre, desde que mi tío obtuvo la tercera mina él se encarga básicamente de la plata y, hasta ahora, jamás nos ha fallado. Diego valora mucho la lealtad de sus empleados —respondió sin poder evitar un deje de ironía—. Pero sigo pensando que exageras. Si los ingleses pueden entrar barcos legalmente cuando acabe la guerra, aunque sea con esclavos, se nos abrirán nuevas vías. Seguro que tu padre te dirá lo mismo, y lo notaréis en vuestros bolsillos. Por cierto, necesito uno de los carros. He de transportar un clavecín.

—¿Tus tíos lo han rechazado? —preguntó Ernesto esperanzado.

—Ese no, tonto, otro.

—Entonces seguirá yendo Tomás de Alancastre a vuestra casa.

—Ya te dije que no te preocuparas por eso. Era un regalo para mi hermana, no para Adelaida. Aunque no entiendo tu obsesión por ella.

—¿Te has fijado en sus labios?

Álvaro no respondió. Dio dos talonazos a los costados de su montura y esta avanzó al trote hacia los hermanos Monterrey.

\* \* \*

Al salir de nuevo a la calle, el sol le cegó por unos instantes. Se quedó a solas con aquel aire polvoriento y las sombras que acompañaban voces que jaleaban a las mulas y se saludaban a las puertas de las casas. Desde una taberna le llegaba el eco de risas y cantos soeces y también un olor a vino rancio que le hizo sentir náuseas. Se desabrochó el botón del cuello de su chaqueta grisácea que, demasiado áspera, le había irritado la piel. Pero no se tocó, mejor no rascarse, y al cabo sus ojos se acostumbraron a la claridad y las náuseas dejaron paso a la esperanza de un paseo tranquilo.

Avanzó por la calle embarrada, sorteando las heces de los animales y serpenteando, anónimo, entre hombres y mujeres de rasgos variados, indios, mestizos, zambos o simplemente curtidos por el sol; ojos vivos bajo sombreros de paja, pillos disfrazados de caballeros con pelucas desaguisadas, vuelos de faldas multicolores y de capas a los costados... Debía apresurarse, pero no tenía prisa por llegar. La calle rebosaba actividad y llevarse la mano al bolsillo de la chaqueta para acariciar aquel frasco avivaba su esperanza.

Un carromato tirado por un borrico pardo le hizo apartarse a un lado. Entre su carga llevaba guitarras sin cuerda, violas, violines y otros instrumentos de madera mutilados que crujían con los baches y la prisa del conductor. Le hicieron pensar en los carros de cadáveres recogidos tras una batalla, pues aquellos también tuvieron alma antes de ser despojos. El carro se alejó entre las quejas de algunos caminantes al verse salpicados de barro, y entonces los vio. Enfrente de él. El instinto le llevó a esconderse tras una pila de leña que unos mozos se afanaban a entrar al patio de una vecindad. Se había agachado ante un crío harapiento al que le revolvió el pelo, pero era ella, no le cabía duda. Aquel esbelto cuello había alimentado sus fantasías desde que la conociera y, aunque vestía una tosca falda con dos bolsillos y una amplia blusa, y llevaba la cabeza cubierta por un pañuelo, seguía emanando aquella elegancia natural que le daba un aire inalcanzable. ¿Cuántas veces había deseado estar a solas con ella, ni que fuera un instante, para saber cómo era en realidad?

Pero en su lugar estaba aquel indio, de pelo lacio y mentón huidizo. Debía contar más o menos la edad de ella, unos dieciocho años. Y le sonreía, Gabriela de Oristrell le sonreía con familiaridad. ¿Sabían de aquello sus tíos? La joven tomó el brazo del indio y lo arrastró hacia delante, en un andar ligero. ¿Por qué no estaba en la Alameda, donde le correspondía, con su familia? La curiosidad, aguijoneada por los celos, le llevó a salir de su escondrijo y seguirlos, ignorando sus propios compromisos.

Ella soltó al muchacho y vio que otra india, con un lunar en la mejilla, lo tomaba del brazo. Pero aun así se sintió mortificado. Se la veía diférente, relajada, lejos de aquella joven comedida y huidiza, aún más bella con aquellas sonrisas que hacían brillar sus cálidos ojos. ¿Por qué no podía ser él quien la acompañara? Sintió punzantes los pálpitos de su corazón cuando Gabriela se detuvo unos instantes ante un anciano sentado a la puerta de su casa y lo tomó de la mano mientras hablaban. No era la primera vez. Aquello debía hacerlo a menudo, pues la saludaban a su paso. Lupita, la llamaban. Su identidad era un secreto para aquellas gentes. Pero ¿cómo podía ella mantener aquel secreto entre los suyos? Doblaron una esquina y aguardó antes de seguirlos. No podía arriesgarse a ser descubierto. La callejuela fue dejando de lado las casas de piedra para meterse entre chabolas húmedas y humeantes. ¡Y entró en una!

Se detuvo en seco. Las campanadas anunciaron las cinco. Se le hacía tarde. No podía aguardar. Tomás dio la vuelta para volver sobre sus pasos mientras pensaba: «¿Qué debo hacer? Un caballero se lo comunicaría inmediatamente a su tío, pero ¿eso me ayudará?»

Nubes ralas tamizaban la luz del sol que se colaba por los ventanales cuando Diego dejó la carta sobre su amplio escritorio de cedro. Desde el inicio de la guerra por la sucesión al trono de España, hacía cuatro años, las noticias de Barcelona ya no le parecían tan lejanas o anecdóticas, y menos con la llegada de aquel Virrey, tres años atrás. Pero ninguna antes le había causado aquel efecto. Lo que decía aquella última misiva, unido a lo acontecido en mayo, le parecía tan alarmante como irritante porque, al fin y al cabo, ¿qué tenía que ver él con aquella ciudad?

Diego se apoyó en el mullido respaldo de su butaca y entrecruzó las manos, haciendo girar los pulgares uno alrededor del otro, mientras su mirada recorría la gran alfombra que cubría la zona central de su estudio. En el medio había representado un viejo escudo de armas, el que su mujer quería en la puerta de palacio. Era de unos antepasados que poseyeron un condado lejano en Cataluña, y cuyo título había pasado, mucho tiempo atrás, a la Corona. Sólo un primo de su padre, al que conocía como tío Eusebi, conservaba el apellido De Prades de aquella época. Nada más. Él no había pisado jamás la Barcelona que abandonó su progenitor cuando casó con una dama castellana para venir a la Nueva España, junto a Eusebi, a hacer fortuna y recuperar las glorias del que fuera su noble linaje. Y pensar ahora que aquellos vínculos podían poner en riesgo todo lo que había conseguido.

«No, no», se dijo Diego. Se puso en pie y empezó a dar vueltas por el despacho con las manos a la espalda. Debía calibrar bien la situación. ¿Qué era mejor, actuar ahora como prevención o esperar el devenir de los acontecimientos? ¿Qué haría en esta ocasión don Francisco? Cuando llegó a la Nueva España como virrey, confiscó los negocios y bienes de ingleses, holandeses y portugueses a causa de la guerra en Europa. Al fin y al cabo, eran enemigos, pues procedían de países que defendían los derechos al trono de Carlos de Austria, en contra del ya coronado Rey de España, Felipe V de Borbón. Aquella medida y el conflicto en sí beneficiaron entonces a Diego, ya que con un buen donativo a la causa de don Felipe consiguió los derechos sobre la ansiada mina de plata. Además, aunque el rey Borbón tampoco había permitido el comercio directo entre catalanes y sus reinos al otro lado del océano, fue bien recibido en Barcelona, y su tío Eusebi pudo operar con normalidad, a pesar de seguir con la necesidad de intermediarios para sus envíos de aguardiente y vino. Pero aquel año las cosas habían cambiado. Primero, con los Pactos de Génova firmados en mayo, en que los catalanes se pusieron a favor de Carlos de Austria a través de una alianza con los ingleses, en el bando opuesto. Y ahora, con la entrada de Carlos a una Ciudad Condal que lo reconocía como su rey. A Diego no le preocupaba que Eusebi hallara dificultades para mantener los suministros: era viejo zorro y, a pesar de la salud delicada que lo devolvió a Barcelona poco después de que nacieran los mellizos, el negocio siempre había sido floreciente. Lo que le preocupaba era la mina: ¿qué haría el Virrey con aquellos que tenían relaciones tan estrechas como la suya con una ciudad en rebeldía? ¿Los trataría también como enemigos?

Podía hacer otra donación para dejar clara su conveniente lealtad. Pero ¿y si Felipe perdía? Además, consideraba que ya apoyaba su causa con el pago del quinto real entero, por lo menos el de la mina, no como la mayoría. Y eso a pesar de los costos que le implicaban la poca visión de los Reyes de España: cada año gastaba una buena suma en intermediarios por no poder comerciar con Cataluña de forma directa. Pero tampoco quería arriesgarse a no hacer nada. Diego se detuvo ante la puerta de su estudio. Lo más barato y discreto sería acudir a la Hacienda Real, y sabía a qué funcionario acometer con dádivas para que lo mantuviera informado de las intenciones del Virrey o hablara a su favor.

Abrió la puerta y llamó a su secretario, en la estancia contigua. Antonio salió presuroso, con las manos en la peluca, mientras en su rostro cuadrado, habitualmente inexpresivo, se reflejaba cierta alarma.

—Quiero que redactes una carta para el Marqués de Villaverde. Le vamos a mandar un presente.

Diego vio que Antonio relajaba sus hombros, aliviado, mientras decía:

—Sí, señor. ¿Hago llamar al mozo para que lo lleve?

A la par, apareció Álvaro. Diego miró hacia atrás, a la esquina de la antesala: la silla vacía y los papeles de la mesa revueltos. Se volvió hacia su sobrino. Sin duda, con él sería más efectivo, daría más importancia al «regalo».

—No, lo llevará Álvaro —dijo—. Antonio, tú entra a mi despacho, te dictaré la carta. Y tú, Álvaro, baja a la platería y dile al encargado que te prepare el juego de copas de plata con la jarra grande labrada con el escudo de Castilla. Luego ven, te diré dónde las debes llevar, ya que tanto te cuesta mantenerte sentado donde deberías.

—No llevo tanto fuera. ¿Acaso soy un pri...?

El joven se interrumpió al ver, por encima del hombro de su tío, que el secretario negaba con la cabeza.

—¿Decías? —preguntó Diego.

Álvaro lo miró a los ojos:

—¿Acaso soy un sirviente? ¿No es ya bastante castigo habernos traído a México obligados?

Diego acalló un suspiro e hizo una tranquila señal al secretario para que se retirara. Luego mudó el rostro, severo, y se acercó a su sobrino tanto que notó su aliento dulce.

—¿Ser servil es un castigo? No, chico, no. Eres el heredero de los De Oristrell, de la hacienda y el comercio del vino que te dejó tu padre, y de las minas que yo he conseguido para nuestro linaje —masculló—. Y para mandar, sea sobre un pobre indio como ese Pancho o sobre todos los empleados que te he presentado, primero debes aprender a obedecer sin cuestionar. Te hará falta, te lo aseguro.

\* \* \*

Álvaro caminaba solo, sin un lacayo que lo acompañara para llevar aquella caja de madera. No era muy grande, pero pesaba y le resultaba molesto cargarla con aquella chupa bajo la casaca, que le venía un poco justa de hombros, a pesar de que hacía poco que la tenía. Dobló la esquina al alcanzar la Acequia Real, tal y como su tío le indicara. Seguía castigándolo, sin duda, pero ¿quería disfrazar el castigo de prueba o todo castigo en sí era una prueba? «¿Y por qué tengo que probar nada?», pensó. Las cifras de la hacienda que le había hecho reparar le hacían pensar que, quizá, no era suya toda la culpa de lo sucedido en Santa Cecilia. Cruzó el primer puente a su derecha y no pudo evitar repulsión ante el hedor que desprendía el agua. Aun con el día fresco, notaba que, bajo la peluca y el tricómico, la frente se le perlaba de sudor. Deseñó en una calle amplia, ensombrecida por la altura de los palacios, y examinó los portones a su paso hasta que halló uno con el escudo de armas que le había descrito su tío.

El portón estaba abierto y su malhumor se tornó indignación. Dentro se podía ver un amplio patio con heces de caballo que un esclavo negro se apresuraba a limpiar, mientras dos mozos indios acercaban a los sudorosos animales al abrevadero. «Todas las indicaciones eran para que entrara por la puerta de servicio», se dijo con rabia. Tres muchachos calzados con botas de la mejor piel se desprendían de sus casacas y sus gorros entre risas. Los reconoció de los paseos por la Alameda. Él, en carruaje con las damas de la familia y el tío; los tres chicos, más o menos de trece años, como Álvaro, siempre sobre magníficas monturas, como jóvenes caballeros. De buena gana hubiera tirado la caja al pozo que estaba en medio del patio, pero la orden era entregársela directamente al Marqués de Villaverde. Suspiró y entró con paso decidido.

—¿Eh, tú! ¿Qué buscas? —le espetó uno de los muchachos, flanqueado por los otros dos.

Su prominente mentón parecía agrandarse más con aquella sonrisa burlona. Y razón tenía para la burla, pues entrando por aquella puerta parecía un simple criado. Aun así, Álvaro contuvo su rabia en aumento y respondió:

—Al señor Marqués de Villaverde.

—¿Tú no eres el sobrino que De Oristrell se ha sacado de la manga? —continuó el chico en el mismo tono mientras se acercaba a él con los brazos en jarras.

—¡Menudas tetas le han salido a tu prima! —exclamó el más grandullón de los tres, mientras los otros dos se reían.

—Sí es su prima —añadió el que llevaba la voz cantante, girándose hacia sus amigos.

Álvaro dejó la caja en el suelo y agarró al chico por la chorrera de la camisa con tal fuerza que le obligó a ponerse de puntillas.

—¿Qué insinúas?

—Vienes por la puerta de atrás haciendo recados como los indios, apareces convenientemente de una hacienda... —replicó sin borrar su sonrisa burlona. Incluso se atrevió a rascarse la cabeza antes de añadir—: ¿Bastardo?

El puño de Álvaro voló, no supo bien cómo, e impactó sobre la mandíbula del otro muchacho. El dolor le subió por el antebrazo hasta el codo mientras su oponente caía al suelo. Rápidamente, los otros dos se abalanzaron sobre Álvaro y los mozos indios ayudaron al caído a levantarse.

—¡Fuera de aquí! —gritó a sus lacayos—. ¡Esto no va con vosotros!

Los mozos se alejaron mientras los otros dos chicos agarraron a Álvaro de los brazos con fuerza, obligándole a llevarlos hacia atrás hasta que le empezaron a doler los hombros.

—Todo tuyo, Ernesto —dijo uno.

El chico, con el labio sangrante, se acercó y dejó ir su puño en el estómago de Álvaro. Este se dobló por unos instantes, sin apenas resuello, pero su orgullo lo irguió y consiguió musitar:

—¿Tres contra uno? ¡Qué valiente!

—Soldadito —ordenó Ernesto.

Obedecieron sin rechistar.

—¿Qué está pasando aquí? —tronó una voz de pronto, desde el porche que bordeaba el patio.

Ernesto se volvió mientras de las sombras aparecía un hombre elegantemente vestido, con un enorme anillo de plata en la mano que acariciaba su prominente barbilla con aire inquisitivo.

—Nada, padre —respondió Ernesto.

—¿Señor Marqués de Villaverde? —preguntó Álvaro mientras se adelantaba para ponerse a la altura de quien le había agredido haciendo una reverencia.

—Sí. Y tú eres Álvaro de Oristrell, según tengo entendido.

—A su servicio, señor Marqués. Mi tío me manda a presentarle sus respetos y a... —se volvió y tomó la caja—. Disculpe, a entregarle esto.

—¿Solo y por la puerta de atrás?

Las manos de Álvaro apretaron la caja.

—¡Interesante! —añadió el Marqués con una sonrisa mientras se acercaba—. Muy interesante. Espero que mi chico no te haya causado problemas. A veces es un poco...

De soslayo, Álvaro vio que Ernesto bajaba la cabeza.

—Oh, señor Marqués, si no hubiera sido por su hijo creo que no podría haber cumplido con el encargo de mi tío. Justo me atacaron fuera y él me ayudó.

El Marqués no pudo evitar unas carcajadas y pensó que, entre los jóvenes, la solidaridad surgía espontáneamente cuando se enfrentaban a la autoridad. Dio unas palmadas en el hombro a Álvaro y repuso:

—Sí, tan caballeroso como tu difunto padre. Pasa, que no se diga que no te hemos tratado como es debido.

Hizo una señal a un mozo, que salió del porche y tomó la caja mientras el Marqués se adelantaba. Álvaro se dispuso a seguirle cuando notó que una mano le aferraba el hombro dolorido. Se volvió, con un puño cerrado.

—Gracias —dijo Ernesto. Álvaro enarcó una ceja y el chico añadió—. Y siento el recibimiento. No será así la próxima vez, te lo aseguro.

Los aplausos debían resonar incluso fuera del palacio del Virrey cuando acabó la representación de *La Parténope*. El maestro Sumaya tuvo que salir tres veces junto al elenco de cantantes para saludar al público en pie. Era su primera ópera, en extremo compleja, con un libreto de amores y desamores, de promesas rotas e intrigas políticas en el lejano reino de Nápoles. Pero su música la había hecho cercana a aquellos nobles señores de México. Al principio apenas hice caso al escenario, pendiente de la orquesta en busca de las formas cada pieza: sonata, fantasía o suite según la expresaran mejor. Pero la ópera narra una historia entera donde las emociones se encadenaban, de las piezas que hacían avanzar el argumento a las arias que generaban puro placer musical; de las danzas al son de la orquesta desnuda al palpitante coro en sus armónicos juegos. El maestro me había insistido: «Todo es posible si resulta necesario». Pero ¿quién establece qué se necesita o no? ¿Ahí radicaba la clave del talento? ¿Cómo preguntarle al maestro sin descubrimiento demasiado?

Tras los aplausos, el público abandonó sus asientos, pero yo estaba tan impresionada que apenas me di cuenta y me dejé caer de nuevo en la silla, de pronto agotada. Fue mi hermano quien me tomó del brazo para que saliera, y me dejó guiar hasta el salón donde el Virrey había preparado una fiesta para celebrar tan magno acontecimiento. Sin embargo, las personas eran sombras en medio del murmullo, ininteligible por la fuerza de mis pensamientos. Hasta aquel momento la música para mí había conectado con la emoción que me ofrecía cada pieza: sonata, fantasía o suite según la expresaran mejor. Pero la ópera narra una historia entera donde las emociones se encadenaban, de las piezas que hacían avanzar el argumento a las arias que generaban puro placer musical; de las danzas al son de la orquesta desnuda al palpitante coro en sus armónicos juegos. El maestro me había insistido: «Todo es posible si resulta necesario». Pero ¿quién establece qué se necesita o no? ¿Ahí radicaba la clave del talento? ¿Cómo preguntarle al maestro sin descubrimiento demasiado?

De pronto, sentí que mi hermano se desprendía de mi brazo y la falta de su contacto me devolvió a la realidad. Tomás de Alancastre, ataviado con una elegante casaca con bordados plateados, se aproximaba a nosotros, y de repente me vi en el mismo salón donde Álvaro había tocado unos meses antes junto a Adelaida, con el mismo decorado y los mismos actores. Pero yo me sentía diferente. Apenas conocía a Tomás y, aun así, me generaba una confianza a la que no estaba acostumbrada. Invitado por Águeda a nuestro palacete en agradecimiento por el clavecín, no hizo mención de mi intrusión en un espacio privado de su palacio. Podía ser por el mismo motivo por el que Adelaida callaba, pero no era eso lo que me decían sus cálidos ojos, aquellos con los que durante todo el encuentro me crucé, a pesar de que él estuviera hablando con la Marquesa del Valle de Orizaba, el Marqués de Villaverde o mi tío.

—Señor De Alancastre —saludó Álvaro—. Otro motivo para darle las gracias. Me consta que usted ha tenido mucho que ver en este encargo, y la ópera ha sido un gran descubrimiento.

—¿Quiere decir entonces que se animará a probar alguna composición operística?

Álvaro sonrió y se encogió de hombros.

—Eso nunca depende de mí. Y ahora, con el clavecín en casa, estoy en plena exploración.

—Me honra ese comentario. ¿Ayuda usted a su hermano, señorita De Oristrell?

—Siempre que puedo.

Mientras yo respondía, reparé en que el rostro de Álvaro, por un instante, se tornaba serio, con la mirada por encima del hombro de Tomás. Observé que Ernesto se acercaba a Adelaida. Mi hermano recuperó la sonrisa y se excusó:

—Si me disculpan, iré a buscar un poco de vino. ¿Usted tomará, señor?

—No, gracias. Pero vaya, por favor. Y entre tanto, quizá no le resulte inoportuno si acompaño a su hermana a saludar a su maestro, siempre, claro, que usted quiera, señorita De Oristrell.

—Será un honor —respondí tomando el brazo que me ofrecía.

Mi hermano asintió y Tomás me condujo hacia un lateral.

—Por detrás de las columnas está menos concurrido —dijo—. He observado que no le gustan las muchedumbres, por lo menos de las fiestas.

De pronto me sentí cohibida. En algún momento tenía que salir. Aun así, agradecía que no fuera ante mi tía.

—Le debo una disculpa por haber entrado en...

—¿Mi salón privado? —me interrumpió él con una sonrisa. Se detuvo y me miró, de pronto serio—. No, no me debe disculpa alguna. Realmente fue revelador oírlo. Mas, por curiosidad, ¿qué la empujó?

Estaba cerrado, no podía saber que dentro se hallaba el clavecín.

—Me crié en una hacienda llamada Santa Cecilia, y usted tiene su retrato en la puerta —suspiré, reconfortada al comprobar que apreciaba la música por encima de las formas.

—Pensé que era osadía.

—¿Osadía? —sonreí—. Más bien lo contrario. Ya me gustaría poseer una poco del arrojo de Rosminda.

Él me tomó de nuevo el brazo y retomamos nuestros pasos. Me extrañé, complacida, al sentir su contacto como algo familiar, como si nos hubiéramos conocido antes, en la época en que aún no me era necesario protegerme con una coraza.

—Lo posee, sé que posee el arrojo de Rosminda —aseveró.

Desconcertada ante su seguridad, pregunté:

—¿En qué se basa?

—Descubrirlo sería descubrirme ante usted. Y spongo que ninguno de los dos quiere que se sepa de nuestras escapadas a los arrabales, por eso vamos a escondidas.

Lo solté y me detuve. ¿Cómo podía ser tan tonta? ¿Acaso no había aprendido nada en los últimos seis años? Tomás había buscado que nos quedáramos a solas para decirme aquello. A mi mente acudió el aria de Eurimene presentándose ante la reina Parténone como príncipe misterioso. ¿Se hubiera atrevido a sacar el tema si yo fuera hombre? Pero no era así. ¿Cómo querría utilizarlo?

—Oh, vamos, señorita De Oristrell. No se enfade. Aunque debo confesar que siento...

—Disculpe —le interrumpí. No le daría oportunidad: ya tenía bastante con mi propia familia—. ¿Por qué tendría yo que ir a los arrabales? Se habrá confundido.

Incliné la cabeza ante él y le di la espalda en busca de mi hermano.

\* \* \*

Diego se acercó a una fuente repleta de piña procedente del virreinato de Perú, perfectamente cortada y dispuesta con esmero a modo de pirámide. Tomó un trozo y lo saboreó mientras a su espalda ya se habían acallado las conversaciones entre caballeros acerca del deleite que había proporcionado la ópera.

—No hace ni quince días. Fue el diecisiete de abril. Y lo mejor es que José de Habsburgo ha muerto sin hijo varón que pueda acceder al trono.

—Entonces por fin nos quitaremos de encima a su hermano Carlos. No queda otro para sucederle como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

—O no. Quizá Carlos de Austria quiera emular a su antepasado Carlos V, el que consiguió estas tierras para la Corona española.

Diego se volvió con la intención de indicar que ni ingleses ni holandeses ni portugueses aceptarían que se repitiera algo así, con lo que los aliados de Carlos se volverían en su contra y apoyarían a Felipe V. Pero en el otro extremo de la sala vio a Gabriela del brazo de Tomás de Alancastre y olvidó todo equilibrio entre las fuerzas políticas en Europa para complacerse ante la buena marcha de sus planes.

Con la llegada de Fernando de Alancastre, procuró que Águeda se informara de los gustos de su hijo. Y muy a pesar de su esposa, desde el principio Diego vio claro que la delicada belleza de Gabriela y su exquisita elegancia podían captar mejor la atención del joven Tomás. Desde luego, Águeda intentó interponer la exuberancia de Adelaida, a pesar de que ello pusiera en peligro todo por lo que Diego había trabajado. Miró alrededor en busca de su hija, la vio junto a Álvaro y Ernesto y sonrió. Aún sin saber cómo, ahí estaba el resultado. Tomás y Gabriela caminaban resguardados entre las columnas; sólo podían buscar cierta intimidad y apenas recordaba una sonrisa así de su sobrina. Sería perfecto que al interés de la familia se uniera su felicidad. «Mi difunta madre no podría reprocharme nada. Quizás, incluso por primera vez, me hubiera felicitado», se dijo Diego con cierta amargura, sin poder evitar pensar que todo reconocimiento de sus méritos, al final y como siempre, hubiera recaído en el difunto primogénito.

—Te saldrás con la tuya —dijo de pronto Águeda a su lado, mirando hacia Gabriela y Tomás. Se habían detenido y charlaban—. Aunque sígo sin entender qué ve en ella.

—Nos saldremos con la nuestra —respondió Diego—. ¿Qué mejor modo de obtener el escudo de armas que tanto ansiabas en la puerta?

—Pues a través de tu propia hija. Pero no, a ella la relegas, como hubieran hecho tu madre o tu hermano.

Diego sintió aquel comentario como una bofetada, pero mantuvo la compostura mientras ella insistía con un tono de voz relajado que contrastaba con sus envenenadas palabras:

—¿Marquesa de Villaverde? ¿Nada más? Tú la has engendrado, Diego, y tú eres el cabeza de familia desde hace dieciséis años ya. No le debes nada a tu hermano. Adelaida debería casarse con Tomás de Alancastre, y Gabriela con Ernesto de Villaverde. Al fin y al cabo, él y Álvaro son buenos amigos.

—Tomás de Alancastre no es el primogénito. No heredará ni el ducado de Linares ni el marquesado de Valdefuentes.

—Pero su hermano mayor está en la guerra y, aunque sobreviva, Tomás sigue siendo hijo del Virrey.

—¿Durante cuánto tiempo? Y además, te dije que casar a Adelaida con Ernesto de Villaverde es sólo una segunda opción.

—¿Y por qué no me dices la primera, Diego? Soy su madre... —le imploró.

—Cuando me sea posible, aún no lo tengo todo atado. Pero puedes estar tranquila, Águeda, que aseguraré la posición y la felicidad de mi hija.

De pronto, vieron cómo Gabriela se volvía con expresión adusta y dejaba tras de sí al hijo del Virrey, desconcertado.

—Pues yo pondría a Ernesto como tercera opción —susurró entonces Águeda al oído de Diego.

\* \* \*

Aquel clavecín era de madera desnuda, sin incrustaciones de hueso, pero con juncos labrados alrededor de la cola y, en el interior de la tapa, la pintura de un riachuelo, manso, con una pareja de hermosos gansos disfrutando de sus aguas turquesa. Más recuerdos. Las montañas del fondo reproducían fielmente el horizonte desde la hacienda de Santa Cecilia. ¿Cómo lo había conseguido Álvaro?

—Querida, perdona que no haya podido recibirte inmediatamente —dijo doña Graciana a mi espalda—. La edad no perdona.

Me volví y vi que cojeaba ligeramente mientras se acercaba.

—¿Se encuentra bien? La echamos de menos ayer en la ópera.

—¡Ah, sí, y lo lamento! Una caída, de lo más estúpido, pero me dolía a rabiar. No puedo llevar las chinelas con tanto tacon como antes. Pero ya estoy mejor.

Ya a mi altura, me incliné para darle un beso en la mejilla y sentí que ella me acariciaba el brazo. La Condesa del Valle de Orizaba había vivido en Puebla hasta la muerte de su esposo. Fue entonces cuando decidió regresar a su palacio de México, cerca del nuestro, hacía poco más de tres años. Tras la bienvenida que le ofreció mi tía, preguntó si Adelaida podía acercarse alguna vez a tocar el clavicordio para ella, pues calmaba el duelo por su difunto marido. Pero pronto mi tía sugirió que fuera yo. Y en cuanto vi aquel salón entendí por qué no había querido mandar a su hija a casa de aquella dama algo excéntrica. Estaba salpicado de mesitas con incontables tallas de aves multicolores, tan fieles que parecían vivas, y sentí un escalofrío que se repitió mientras ella me las presentaba, «reinita grande, mosquero cardenal...», como si fueran parte de su familia. Sin embargo, pronto descubrí que aquel salón era su lugar más íntimo y querido y, a lo largo de los últimos tres años, me sentí bendecida por la complicidad de aquella anciana. Su pasión y la mía en un espacio, con alas para volar.

—¿Por qué no tocas algo para mí antes de que venga tu hermano y os pongáis a lo nuestro? —propuso mientras se sentaba en su butaca, rodeada de sus pajarillos.

—¿Intento reproducirle algo de la ópera? No será lo mismo, pero podría hacerse una idea.

—Ay, si no te importa, preferiría la fantasía de la tangara gris y azul. Jamás la he oído en clavecín.

Mientras me sentaba ante el teclado, caí en la cuenta de que yo tampoco la había tocado jamás en clavecín y ello me trajo la imagen de Tomás. Sin él jamás hubiera tenido la oportunidad de aprender con el

gran maestro Sumaya, pero sus palabras en la fiesta... La música las expulsaría, por lo que alcé las manos para entregarme a ella. Pero la zozobra me hizo dudar.

—¿Estás bien, querida? ¿De nuevo te ha hecho algo tu tía?

Dejé caer mis manos sobre el regazo y me volví hacia doña Graciana con un suspiro.

—No, pero podría... Y seguro que esta vez la vara no se quedaría en sus manos.

—¿Tan grave es?

—Alguien sabe mi secreto —musité.

—¿Quién? Todo tiene arreglo y yo, muchos contactos.

—¿El hijo del Virrey?

—¿Ah, sí? —sonrió—. ¿Y cómo lo sabe? ¿Te ha hecho seguir?

—No, no. Dijo que me vio, que... —Entonces caí en la cuenta.

—Él también va a Santiago Tlateloco a escondidas.

—Es un hombre, puede hacerlo.

—Pero debe cuidar su posición, y más con su padre como Virrey. El poder genera muchos enemigos. En verdad, se descubrió ante ti, Gabriela. Ahora, pregúntate por qué.

Me quedé desconcertada, con la mirada perdida en el teclado en busca de respuestas. Doña Graciana se levantó y se acercó a mí. Me puso la mano en la barbilla y, con suavidad, me obligó a alzar el rostro para darme un beso en la frente.

—No te das cuenta, ¿verdad, mi niña? Vi cómo te miraba en vuestro palacio, te ha regalado su clavecín personal y, desde que te conozco, has crecido, te has convertido en una hermosa joven de dieciocho años, aunque tú no le des importancia. ¿Quizá se ha enamorado? A veces pasa: la flecha de Cupido.

\* \* \*

Águeda no daba crédito a lo que oía. Sin duda, llevaba años engañada, pero lo había descubierto a tiempo y la suerte le sonreía. Despidió a Adolfo encomendándole que siguiera tras sus pasos y se sirvió una copa de vino. Necesitaba más información. El aplomo y la valentía que tanto impresionaron a su marido años atrás en la hacienda aún debían residir en ella, bajo la docilidad y la sencillez que ahora se descubrían ante sus ojos como una mascarada. Y doña Graciana la cubría, claro, pero ¿hasta qué punto estaba al tanto de adónde iba Gabriela usando como excusa las visitas a la vieja marquesa? ¿Y estaría enamorada de ese indio? «¡Qué más da! —pensó mientras se recostaba en su butaca, frente al fuego—. El solo hecho de que escape a los arrabales a escondidas para verse con él, aunque vaya acompañada de su doncella, ya es suficiente escándalo.» Si conseguía que llegara a oídos de Diego, estaba segura de poder manejar la situación para que su sobrina acabara en un convento. «Mas no puedo decírselo directamente. Podría pensar que todo lo he urdido yo para que sea Adelaida quien se case con el hijo del Virrey.» Bebió un sorbo de vino y notó su dulce sabor en la punta de la lengua mientras escrutaba las llamas. Tenía que parecer que era Diego quien lo descubría por sí sólo. «Pero ¿cómo?»

Sillas de postas y carruajes sin caballos daban un aspecto espectral a aquella placeta, poblada por las sombras que proyectaba el monasterio franciscano y aquellos enormes palacios abigarrados, tan juntos que apenas dejaban espacio para que se viera el cielo. Las flores de los balcones me trajeron a la mente mis propios pies descalzos entre los cempasúchiles de su tumba, mientras tocaba para ella un último homenaje fúrtivo que ahora me parecía más una despedida a mí misma. Quizá por ello dejé la flauta que me regalaran mis difuntos padres en la habitación de los juguetes de la hacienda, pues sentía que ya no tenía más remedio que abandonarlos del todo.

El carruaje se detuvo frente a un portón coronado por un arco. Los goznes crujieron al abrirse mientras los caballos piafaban.

—Bienvenidos a nuestro nuevo hogar —anunció el tío Diego sin entusiasmo.

Por un momento, sin darme cuenta, crucé la mirada con Álvaro. Él me esbozó una leve sonrisa. Intentaba tranquilizarme, pero lejos de ello, su expresión hizo que se me formara un nudo en la garganta. Durante los últimos días, había ignorado a mi hermano, demasiado dolida, temerosa de lo que pudiera brotar de mi boca si cruzábamos una palabra. Esperaba que el tiempo mejorara mi predisposición, que me enseñara a aceptarlo como lo veía tras lo sucedido. Pero mientras atravesábamos aquel arco de piedra gris, roto en el centro por el intrincado relieve de una vid de mármol, sentía que se me endurecía el corazón. Él había obrado mal. ¡Todo por un caballo! Su castigo se había convertido en el mío, y si por lo menos sólo nosotros dos hubiéramos sido los afectados... Pero no. En el pescante se oía al mayoral ordenando a los caballos que se detuvieran. Sabía que María iba a su lado.

Un hombre se adelantó para abrir la puerta del carruaje y, con lo que me pareció un mohín de disgusto, el tío Diego nos indicó que bajáramos tras él. Estábamos en un gran patio de tierra. Frente a un pórtico se alineaba el servicio, todos calzados con finos zapatos de hebilla dorada, los hombres con peluca, las mujeres tocadas. Me sentía abrumada, jamás había visto tantos criados para una casa, una treintena o más, por lo que, con mayor preocupación, volví la cabeza hacia la parte de atrás del carruaje. Del pescante descendía María, ayudada por el mayoral. El temor se dibujaba en su rostro, pero sonreía mientras la conducían hacia una puerta al lado de las caballerizas. «Cuidamela», me había pedido su hermana cuando me fui a despedir. Entonces no entendí a qué se refería. No supe nada hasta el momento de partir. Di un paso dispuesta a acercarme a María, pero Álvaro me tomó de la mano y me frenó. Me volví enfurecida: ¿no había hecho ya bastante? Con un suspiro, me soltó y entonces percibí la tensión de mi tío cuando nos ordenó seguirle.

Dejamos el patio atrás y, a grandes zancadas, atravesamos un jardín porticado hasta llegar a un gran vestíbulo presidido por una escalera de mármol repleta de volutas. Diego apenas nos dejó tomar aliento ante la magnificencia del palacete, ni terció palabra alguna hasta llegar a la tercera planta, a un vestíbulo decorado con sobrios retratos que daba a dos grandes puertas de roble finamente talladas. Las abrió con ímpetu y entró mientras exclamaba:

—¡Aquí están mis preciosas damas!

En el salón, una mujer entrada en carnes sentada en un canapé retuvo a una niña risueña y delgaducha, mientras otra joven vestida con ostentación nos observaba con expresión tensa. El tío Diego se acercó a la dama, la besó en la mejilla y le tendió la mano para invitarla a levantarse.

—Querida —dijo—, estos son Álvaro y Gabriela. Y ella es vuestra tía Águeda.

En una reverencia, flexioné ligeramente las rodillas, con la cabeza baja, tal y como me había enseñado la abuela, y mi hermano se inclinó como correspondía a un varón. La tía se acercó a nosotros mientras decía:

—Mejor de lo que pensaba. Pero alzaos, por Dios, somos familia.

Abrazó a Álvaro y luego añadió:

—Alto, buen mozo. ¡Todo un De Oristrell, sí señor!

Se volvió hacia mí y me acarició la mejilla. Sus manos estaban sudorosas.

—Se nota que vienes del campo. Demasiado sol —comentó mientras, sonriente, me miraba de arriba abajo—. Pero no hay nada que el maquillaje no pueda arreglar. Te encontraremos un buen vestido para la cena, Gabriela, bienvenida.

—Gracias, tía —musité. «Si debo cambiarme, María me tendrá que ayudar», pensé esperanzada.

—Seguro que enseguida te acostumbrarás a la disciplina de las mujeres en esta casa —concluyó—. Niñas, venid a saludar a vuestros primos.

\* \* \*

Álvaro se sentó en el borde de la cama de su nueva alcoba, con las manos entrelazadas sobre su regazo y la mirada fija en los arcones que habían bajado del carruaje. Debía arreglarse para la cena, se suponía que no podía acudir con aquel traje polvoriento. Pero sabía que cambiarse de ropa no le quitaría de encima la sensación de suciedad, y sólo podía pensar en Gabriela. En la hacienda, él había respetado la distancia que su hermana había impuesto; ella tenía razón al culparlo y su indiferencia era un castigo merecido. Pero tras sus gestos durante el viaje, se daba cuenta de que algo se había roto y no se sentía capaz de soportarlo.

Antes de partir, en un intento por consolarle, su abuela le había dicho que, si él no hubiera vendido aguardiente, Dos Dedos hubiera obtenido pulque de cualquier otro lado, pues era un borracho. Pero a Álvaro no le servía de nada. No dejaba de preguntarse una y otra vez cómo un deseo, un capricho, había acabado en desgracia. Las lágrimas brotaron de su rostro y a su mente acudió él mismo, escondido entre los cipreses, mientras Gabriela se despedía en la tumba con aquella melodía... «La deberíamos de haber tocado juntos, como siempre hacíamos», sollozó.

De pronto, Álvaro se puso en pie. No podía resignarse, no con aquello. No en aquel palacio enorme, no rodeados ambos de extraños, no cuando sus vidas iban a cambiar bajo el control de sus tíos, lejos de los campos donde corrían a su antojo. Que le gritara, que le abofeteara cuanto quisiera, pero no se lo quitaría de encima. Darse por vencido sí que sería fallar del todo y, entonces, lo sucedido jamás desaparecería de sus pesadillas. Con decisión, se dirigió a un arcón, lo abrió y buscó entre las camisas más suaves y delicadas.

\* \* \*

María entró en mi alcoba con los hombros encogidos y recorrió con la mirada las finas molduras del techo. Se acercó a la cama, acarició los bordados dorados de las telas que bajaban del dosel y miró sorprendida la cantidad de botellas de perfumes y cajetillas de maquillaje que reposaban sobre el tocador. Yo la observaba con el corazón en un puño. ¿Le gustaba lo que veía o quería salir corriendo? Ella se acercó y acarició el filo del tocador.

—¿Qué vamos a hacer con esto? Ni siquiera sé para qué sirven la mitad de estas cosas —dijo.

—Yo tampoco —sonrei con amargura.

—¡Entonces me echarán!

La tomé de la mano y ella me miró.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a venir? Yo... Podría haberlo impedido, podría haber hablado con mi tío. —Bajé la cabeza—. Tú no tienes por qué sufrir este castigo.

María se agachó y apoyó sus manos en mi regazo.

—¿Qué dices, Gabriela? Lo pedí yo. Si no te lo conté fue porque no quería que te hicieras ilusiones, pues no tuve respuesta hasta el último momento.

La miré extrañada.

—¿Por qué? ¿Por qué abandonar a toda tu familia, el pueblo, los campos...?

Ella se sentó en el suelo y suspiró:

—Sé que tú adoras la hacienda, y lo entiendo. ¡Eres una De Oristrell! Pero yo, sin ti allí, sólo puedo aspirar a trabajar la tierra y rezar para que no nos falte maíz. Como mis abuelos antes, como mis padres, mis hermanos... Contigo he aprendido que no quiero esa vida.

—Soy tu oportunidad —musité.

—¿Te molesta?

—Me alivia. Pensé que te habían obligado por mi culpa, pero ahora que sé la verdad, también me duele un poco. Prefiero ser tu amiga a tu señora.

María sonrió:

—Ya, pero sólo podemos ser amigas si eres mi señora. Mi familia siempre me lo ha repetido: sois diferentes. Sin embargo, eso no impide que nos queramos. Y por eso, honestamente, creo que yo también soy tu oportunidad: ¿qué ibas a hacer tú aquí sola?

—Tienes razón, te necesito más que nunca, María —afirmé mientras me arrodillaba en el suelo para abrazarla.

Ella respondió a mi abrazo y, al poco, me dio unas palmadas en la espalda y dijo:

—Vamos, has de cambiarte para la cena. Y aquí no hay excusas: debes ponerte tontillo y cotilla bajo el vestido, sí o sí.

Nos pusimos en pie y ella me ayudó a desabrocharme la ropa que llevaba. De pronto, llamaron a la puerta.

—Igual es el vestido que me manda mi tía. Parece que no le gusta el que llevo —comenté y luego subí la voz—. Pase.

La puerta se abrió y sentí que se me aceleraba el corazón al ver entrar a mi hermano. Se sujetaba las solapas de la casaca con las manos, como si temiera que se le desabrochara, lo cual le daba un porte elegante y orgulloso. Pero había estado llorando, se le notaba en los ojos. Miré a María y me apiadé de él.

—Aguardaré fuera, en la puerta —dijo ella.

—No —murmuré suplicante mientras la tomaba del brazo.

Ella me ignoró y abandonó la habitación, dándole unas palmadas en el hombro a Álvaro antes de salir.

—Gabriela, no podemos seguir así, y menos aquí.

—No estaríamos en México si no fuera por ti.

Las palabras brotaron solas de mi boca, con una voz seca que no reconocía como mía. Álvaro dio unos pasos hacia mí y mi mano se alzó pidiéndole que no se acercara más. Él se detuvo y preguntó con un suspiro:

—¿Estás segura? Nos hubieran arrancado de la hacienda igual, lo sabes, la abuela siempre nos lo advirtió. A ti para casarte y a mí para...

—¡Pero no ahora! ¡No tan pronto! Podríamos haber seguido allí un tiempo más, y las cosas hubieran seguido como siempre o hubieran cambiado más despacio; quizá podría haber venido también la abuela...

—¿Y qué debo hacer para que me perdones, Gabriela? Porque te aseguro que me arrepiento con toda mi alma por no haber pensado.

Los sollozos le interrumpieron. Aquel era un rasgo del Álvaro al que conocía, sensible, incluso frágil, de buen corazón. Pero aun así, sentía que tenía ante mí a un extraño: ¿cómo no se había dado cuenta de que obraba mal? Vencida, me dejé caer en la butaca.

—Dame tiempo, Álvaro —dije.

Él recuperó la compostura a duras penas y asintió.

—Sigo siendo tu hermano, y lo seré siempre, aunque me quieras dejar atrás. Te suplico que no lo hagas, Gabriela.

Se llevó las manos a los botones de la casa mientras se volvía hacia la cama, se inclinó sobre ella y salió. Miré hacia el lecho y la vi. La flauta, con su arcilla reluciente y la banda blanca sobre sus seis agujeros, una nube para aquel colibrí moldeado sobre la abertura inferior. «Vuela cada vez que tocas», decía a menudo Álvaro. Me acerqué, la tomé y dejé que su suave silbido acunara mis lágrimas.

\* \* \*

Su esposa se retiró inmediatamente después de la cena, pero Diego no pensaba dejar pasar aquello. Un mozo empezaba a apagar las velas del pasillo a sus espaldas mientras él avanzaba. Llamó a la alcoba de Águeda, mas entró sin esperar respuesta. La habitación estaba apenas iluminada por la lumbré y ella parecía guardarle sentada frente a la chimenea, con la espalda apoyada en el respaldo, las piernas descubiertas y la fina bata cayendo por los bordes laterales de la butaca. Al verla con la melena suelta sobre los hombros desnudos, recordó por breves instantes a la joven que lo sedujo. Pero lejos de añorar los tiempos en que ella deseaba que la tomara entre sus brazos, Diego se sintió más molesto. ¿Lo había enjaulado como a un vulgar pato? Jamás había dejado de preguntarse si ella lo supo siempre, al fin y al cabo era su padre.

—¿Quieres que haga traer vino? —preguntó Águeda con voz melosa.

—No, no he venido a eso —respondió Diego avanzando hacia la chimenea, de espaldas a ella.

Águeda se cubrió y se incorporó en la silla. Le había extrañado oír sus pasos en el pasillo, la alcoba de Diego estaba en el ala opuesta. Pero ahora, ante aquella negativa, se sentía desconcertada.

—Pensaba que habías aceptado la situación de buen grado, Águeda.

—Y lo he hecho. Acaso no te has fijado en lo detalles: las velas en la parte noble de la casa, la cubertería de plata, la mantelería de...

—El servicio sin librea... Y lo peor, tú y las niñas arriba, en lugar de bajar a recibimos.

—¿Al patio de servicio? ¡No seas ridículo! ¡Eres tú quien se ha empeñado en entrar por la puerta de atrás! —exclamó ella con un par de carcajadas forzadas. Luego, seria, se puso en pie y añadió—: Si hubieras conseguido ya el permiso real para que el escudo de armas estuviera en la puerta, hubiéramos hecho el recibimiento en la sala de audiencias, y todos de punta en blanco.

Diego se volvió y sacudió la cabeza sin poder evitar cierto desprecio.

—No cambies de tema —le advirtió—. Hemos entrado por donde era más práctico, pero eso no hace a mis sobrinos menos de lo que son.

—Ay, Diego, ellos ni lo han notado, y ya estaban bastante abrumados.

—¿Y el desprecio hacia Gabriela? Sutil, como siempre, pero la has despreciado. —Se acercó a su esposa y la tomó por los hombros con suavidad mientras añadía—: Debo estar seguro de que en esto estamos de acuerdo.

—Te dije que la educaría como a nuestras hijas y eso haré, por el honor de la familia. No voy a dejar que nos avergüence. Haz tú otro tanto con el chico. —Águeda se zafó de su esposo—: Si eso es todo...

Diego bajó la cabeza y abandonó la habitación. Ella azuzó el fuego con rabia y las chispas revolotearon alrededor de los leños. ¿Cómo se atrevía? Los había acogido bajo su techo, a pesar de que Álvaro evidenciaba su fracaso personal y el de su matrimonio, y Gabriela se le dibujaba como una amenaza para el futuro de sus hijas. Si no habían venido diez años atrás, tras la muerte de sus padres, era porque Diego había respetado, o tolerado, sus deseos de que se criaran lejos, a la espera de un hijo varón propio que heredara todo lo que él había aportado a la fortuna familiar, aunque Álvaro en el futuro fuera el llamado a ocupar la cabeza de familia. Pero después de Teodora, sus entrañas se habían quedado secas y Diego apenas acudía a su lecho. Águeda había intentado que sólo trajera al chico, ya que era él el heredero de los De Oristrell, y no ella. Además, ya tenían a sus propias hijas para trazar alianzas mediante matrimonio. Pero su esposo se había negado en redondo, con lo que sólo le había dejado una opción para asegurar el futuro de sus niñas: ser ella quien controlara a Gabriela. Para eso, tuvo que imponer una condición: «Sin tu madre, Diego. Yo soy la señora de esta casa. Si viene, querrá disponer a su voluntad y no podré eliminar de tu sobrina los estragos de esa infancia asilvestrada de la hacienda». Él había cumplido, y ella no sería menos. Pero no podía exigirle que la amara.

\* \* \*

Apenas llevábamos un mes en México cuando por primera vez salí a la calle de los Plateros sin mi tía. Tampoco iba sola, pero los botines me hacían sentir ligera a pesar del alto tacón. María iba a mi lado y un lacayo, cejijunto y de ojos acuosos, nos seguía vigilante. Pero no tenía que estar pendiente de ser comedia, de caminar con la espalda recta o de cualquier otra de las constantes observaciones de Águeda. Había sido fácil, mucho más fácil de lo que creía, librarme de ella. Después de lo que había descubierto al sentir el coro en la catedral, después de saber que podría tomar clases de música, me sentía capaz de todo, pero me bastó con pedirle que me dejara ir a la iglesia para agradecerle al Señor aquel recibimiento de mis tíos.

«—Es la hora del paseo por la Alameda —se quejó el tío Diego.

»—Déjala —respondió ella—. Que la acompañen su doncella y un lacayo. Es bueno que se dé cuenta de lo que tiene, ¿no?»

María lo sabía todo y caminaba con las mejillas sonrosadas a pesar de que, para mi sorpresa, al principio pareció molestarse porque Francisco abandonara la hacienda. ¿Acaso no podía tener los mismos motivos que ella? Deseaba de todo corazón reunirlos, sabía que las fantasías románticas de María siempre habían girado alrededor de él. Pero temía que Francisco no se hubiera podido escapar de la obra de la catedral con alguna excusa, o que al salir no hubiera oído mi mención a San José el Real, o que ni siquiera hubiera visto que me tiraba del lóbulo de la oreja indicándole las campanadas para convenir la hora, tal y como hacíamos de niños en la hacienda con nuestras chiquilladas. No sabía si podría volver a conseguir una oportunidad como aquella, pues la mayoría de grandes señores y damas estarían en la Alameda, con lo que había menos posibilidades de que mi tía se enterara. Llegamos a la puerta de la iglesia y me detuve un instante bajo el sol grabado con las letras IHS en su interior. Me volví y miré al lacayo. «No me puedo fiar», pensé.

—Espérenos aquí fuera —ordené haciendo acopio de una convicción que no sentía.

—Como usted diga, señorita —respondió él inclinandose.

María y yo entramos en el templo justo cuando las campanas repicaban. Una dama rezaba ante el altar mayor, mientras otra permanecía arrodillada en el confesionario. En una bancada lateral, un muchacho indio con su gorro entre las manos parecía orar arrodillado. María y yo intercambiamos una sonrisa mientras avanzamos hacia él. De pronto, la retuve y me paré. La dama que se confesaba se retiró, mientras del confesionario salía un fraile de la Compañía de Jesús. Su pronunciada nariz aguileña y su afilada barbilla eran inconfundibles: se trataba de fray Felipe, mi confesor. Aproveché una columna para esconderme detrás y, con un gesto de la cabeza, indiqué a María que siguiera.

Ella se arrodilló junto a Francisco mientras yo observaba los pasos del fraile. Su piel tostada con tonos rojizos, el pelo liso y negro, sus ojos rasgados, sus pómulos... Siempre me pareció que tenía rasgos indios, pero según mi tía era descendiente de los primeros castellanos llegados a la Nueva España, un linaje con abolengo, y en mis confesiones había aprendido que consideraba a los indios como a niños a los que había que aleccionar, fuera cual fuera su edad. No podía acercarme a María y Francisco en su presencia. Se habían sentado y me inquietó ver a María enfadada mientras negaba con la cabeza. ¿Discutían? Fray Felipe se santiguó ante el altar mayor y luego se dispuso a ordenar los cirios. Sentí rabia pues, a través de él, persistía la presencia de mi tía.

María miró hacia mí, claramente disgustada. Por señas, creí entender que Francisco quería hablar conmigo. ¿Necesitaba ayuda? No tenía otra opción. Asentí y me escabullí, por detrás de los asientos, hasta el confesionario. Me metí dentro y corrí la cortinilla con el corazón acelerado por el riesgo que corría. Era una falta grave, pero quedaba oculta y no podía evitar una sonrisa al imaginar la cara que pondría la tía Águeda si descubría mi fechoría. Casi deseaba que me pillaran.

—Esto es una locura, Gabriela —sonó la voz de Francisco al otro lado de la reja de madera.

—Lo sé, pero no hay otro modo. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo? Sabes que haré todo lo que esté en mi mano.

—Estoy bien, me colocó el sobrino de Genaro, que es cantero. He tenido suerte, aunque el trabajo es duro. Es que, María... Me ha pedido que te cuente algo importante. Dice que es por Álvaro.

Lo que me contó me dolió en lo más hondo. ¡Qué injusta había sido con mi hermano! ¡Él había obrado mal, pero no tenía la culpa de todo! Noté que las lágrimas acudían a mis ojos cuando, de pronto, alterado, Francisco me apremió para que saliera. Descubrí un poco la cortinilla y vi que María entretenía a fray Felipe, que se había acercado al pasillo lateral. Lo mantenía de espaldas a nosotros, pero ¿durante cuánto tiempo?

—Tápame para que no me vea —le dije a Francisco.

Este se colocó ante la puerta del confesionario y pude salir al amparo de su espalda mientras le decía:

—Cuando salgamos, síguenos. Así sabrás dónde vivimos, por si quieres ver a María o por si algún día tú, o el sobrino de Genaro o quien sea necesitáis algo.

Y me escurrí hasta un banco, cerca del confesionario, mientras Francisco se alejaba un poco. Si el fraile había visto a mi doncella, sería mejor dejarme ver. Así tía Águeda sabría que había estado en San José, tal y como le había dicho. ¿Podía ser aquella una manera de escabullirme en el futuro?

Las llamas de las velas en los candelabros se agitaban a su paso y la falta de ventanas condensaba una fragancia impregnada de cera que le reconfortaba por la familiaridad, a pesar de que no conseguía disipar sus dudas. El segundo maestro de capilla de la catedral de México seguía al mayordomo por el largo pasillo alfombrado, dispuesto a abordar desde un nuevo prisma su clase con Gabriela de Oristrell. Y aun así se preguntaba si se había equivocado.

De pronto, desde algún salón del palacete le llegó la delicada melodía de una viola da gamba que parecía deleitarse en una textura musical diáfana y, a la vez, sinuosa, como un sentimiento incipiente, recién descubierto, que se intuye arrollador si se le da rienda suelta, pero que permanece sujeto como un caballo con las bridas tensas. En aquellas notas, Manuel de Sumaya sintió el reflejo de lo que le pasaba con Gabriela de Oristrell. Practicaba mucho más que cualquier otro alumno que hubiera tenido, las ejecuciones de la joven rayaban la perfección, y en las partes abiertas de las partituras, sus improvisaciones ornamentales eran técnicamente perfectas, y aun así... El maestro se detuvo para escuchar con detenimiento. Quizás aquella pieza, que debía de haber compuesto su hermano, le diera alguna idea mejor que la que llevaba entre manos. Álvaro había cambiado, los contrapuntos rígidos habían desaparecido para dejar paso a formas más abiertas, justo lo que al principio había pensado que Gabriela necesitaba para avanzar. ¿Por qué él había asimilado en sus composiciones lo que el maestro no conseguía que Gabriela liberara al tocar? Sentía que la respuesta estaba ahí, flotaba en la casa, pero de pronto, cuando la música parecía conducirlo al punto álgido, se detuvo en seco. Decepcionado, reemprendió sus pasos por el pasillo y alcanzó al mayordomo, que se había detenido para esperarle. Las dudas se renovaron con el silencio. Quizá sí, se había equivocado, y debían volver a empezar por los temas que para Gabriela eran más familiares, para ver si conseguía superarlos. Sentía que Dios quería decirle algo, pero ¿lo ponía a prueba o quería que lo dejara?

\* \* \*

Colocado en un extremo de la alargada mesa de caoba, donde su padre solía sentarse durante almuerzos y cenas, el clavicordio sonaba más apagado de lo habitual y el canto de la viola parecía huir por la puerta abierta del gran comedor. Pero Adelaida no echaba de menos la pequeña sala de música, ahora sólo para Gabriela y su clavecín, ni desde luego a Nuño. Tenía a Álvaro para ella sola y lo podía observar sin la presión de la presencia del maestro. Él tocaba a su lado, con los ojos cerrados, entregado a aquella nueva pieza repleta de una sensualidad inusitada. Sus dedos, ágiles y delicados, se deslizaban por los trastes de la viola, sujeta entre sus vigorosas piernas, mientras el movimiento de su muñeca al conducir el arco le permitían soñar con las caricias que hacían gemir las cuerdas.

De pronto él se detuvo, abrió sus cautivadores ojos y la miró. Su cuerpo respondió con aquel hormigueo que se había tornado su segunda piel desde que Álvaro viniera de la hacienda.

—¿Por qué has dejado de tocar? —preguntó el joven.

Adelaida miró las teclas de su clavicordio, de pronto consciente de que las había abandonado sin saber desde cuándo, y respondió:

—Es preciosa, Álvaro. Pareciera que te has enamorado.

—¿De veras crees que es eso lo que transmite? A mí me parece más como un sueño inalcanzable; lo que imaginas que es el amor.

Ella bajó la cabeza y acarició el suave borde de la mesa.

—¿La has compuesto por Beatriz? Dicen que va a ingresar en el convento de la Concepción.

—Adelaida, a mí no me gusta especialmente Beatriz, ni mucho menos estoy enamorado.

Ella sonrió y se inclinó hacia él para susurrarle al oído:

—Entonces, ¿quién es tu sueño inalcanzable?

Álvaro, incómodo, volvió la cabeza hacia Adelaida para cortar la situación: «Yo no sueño». Las palabras no pasaron de sus pensamientos, pues su boca quedó sellada por los labios de su prima, mientras sentía cómo sus pechos rozaban su brazo. La excitación de su entrepierna subió hacia el estómago y, al notar la lengua de ella buscando una entrada, se tornó náusea. El joven se retiró con brusquedad y la apartó:

—¿No te gusta? —preguntó ella desconcertada.

—¿Somos primos!

—Y hombre y mujer, Álvaro.

Él no sabía si estaba más sorprendido que indignado ante aquella declaración. Se puso en pie y le dio la espalda para guardar la viola. No podía olvidar las lágrimas que había vertido su hermana a causa de las burlas y desaires de Adelaida, siempre guardándose de hacerlo en público. Lágrimas cuyo sólo recuerdo le devolvían aquellas punzadas de culpabilidad que no conseguía superar, a pesar de que Gabriela ya no lo culpaba.

—Yo no siento lo mismo —dijo con sequedad.

Y salió del comedor sin mirarla. Adelaida recorrió sus labios con la lengua, como si esta quisiera retener el sabor a vino dulce de aquel beso. ¿Cómo podía ser que él no hubiera sentido la misma sed, la misma pasión? Incredula, se acodó en la mesa, su brazo deslizó el clavicordio y la tapa cerró el teclado con un golpe seco. De estar flotando había pasado a dar de bruces contra una inesperada realidad. Y dolía.

—¿Estás bien, querida? —preguntó su madre desde la puerta—. ¿Y Álvaro? Habéis acabado pronto hoy.

Adelaida no pudo reprimir los sollozos.

\* \* \*

—Pare un momento, Gabriela, por favor.

Mis manos obedecieron al maestro Sumaya, que se volvió de espaldas y recorrió la cola del clavecín hacia la ventana, en silencio. Repasé la partitura. Sólo venían indicadas las notas más bajas, cuyos acordes yo debía completar con una improvisación que, en realidad, había estado preparando durante días. Estaba segura de no haber errado y no entendía por qué me había mandado parar. Él exhaló un suspiro y, con la mirada sobre el monasterio franciscano que colindaba con nuestro palacete, dijo como si pensara en voz alta:

—Quizá no sea el maestro adecuado para usted.

«¿Cómo?!» , exclamó una voz en mi interior. Las sonatas que me había traído abrían un mundo de progresiones y cadencias totalmente nuevo, antes inimaginable para mí. Aun así, cuando él se volvió y me miró con un brillo melancólico en los ojos, sólo pude responder:

—No sé por qué dice eso. Dígame en qué he errado y...

—Jamás se equivoca, Gabriela. Aprende rápido. Con sus improvisaciones embellece el bajo continuo y, desde luego, muestra su exquisita técnica. Pero falta algo, y no sé cómo hacer que alore.

—¿El qué, maestro? —pregunté desconcertada.

Él se acercó al clavecín y se apoyó en el extremo.

—Que se deje llevar, que lo sienta, Gabriela. La primera vez que la oí tocar, a solas, no ornamentaba, era pura creatividad. Pero en las clases ha desaparecido. ¿Por qué? He venido convencido de que me había precipitado con las piezas anteriores, por eso le he traído un tiento que recoge formas más parecidas a las que solía trabajar con Nuño, para ver si la familiaridad la ayudaba, y ha sido aún peor. ¿La ha disfundado?

Mis ojos recorrieron el pentagrama mientras negaba con la cabeza, apesadumbrada. ¿Que lo sintiera?

—¿Y las anteriores?

—Scarlatti en especial. Lo que propone con el clavecín parece tan sencillo y luego, al tocarlo, te das cuenta de que es como si explorara los límites del instrumento sin hallarlos —comenté sin atreverme a levantar la vista. ¿Cómo no había podido transmitir todo lo que me bullía cuando me entregaba a la música?—. Usted no se ha equivocado, maestro.

Sumaya se acercó y noté que se sentaba a mi lado.

—¿Por qué toca? ¿Por qué practica horas y horas? No tiene obligación.

A mí mente acudió aquella Nana que nos tocaba mi padre de pequeños con la flauta. Mi único recuerdo de él. Mis dedos, uno a uno, se deslizaron por el teclado y dejaron que tintineara al son de las cuerdas, lúcida y plácida. ¿Que por qué tocaba? ¿Porque con la música no era huérfana ni acogida, no era la sobrina a la que enmendar ni la joven que escapaba, porque tenía un camino, pasado y futuro?

—¿Gabriela?

Dejé de tocar y lo miré.

—Amo la música.

—Pero el amor no puede ser una prisión. Cuando la descubrí en el palacio del Virrey, sola, la sentí libre. Debe dejar que esa libertad alore siempre. Y yo no le puedo enseñar a ello. Eso sólo depende de usted.

Me sonrió con amargura, bajó la mirada y se levantó. ¿Cómo se hacía eso? Mi única forma de liberar mi amor por la música había sido esconderlo, encerrarlo. Tomó su sombrero, sobre una silla a la entrada. Si él no me daba clases, ¿podía volver a lo que yo creía libertad cuando practicaba lo que Nuño me enseñaba? «No, ya no es lo mismo.» Sumaya había abierto puertas y sentí que si se iba quedarían del todo cerradas y entonces sí que estaría presa de por vida.

—Maestro... —dije cuando él ya agarraba el pomo de la puerta. Se giró hacia mí—, ayúdeme.

\* \* \*

Habían trasladado el clavecín de la sala de las aves y habían traído banquetas y sillas que se distribuían por el salón como al azar, entre las mesillas con fuentes repletas de duplicaciones, mazapanes envinados, tortitas de Santa Clara traídas de Puebla y todo tipo de dulces. Los invitados tomaban asiento mientras se servía el chocolate en finas jicaras, dispuestas sobre mancerinas en las que no faltaba el pan dulce para mojar. No era la primera vez que la Marquesa del Valle de Orizaba poblaba aquella estancia de escritores, pintores o músicos de la ciudad en uno de aquellos encuentros que incrementaba su fama de excéntrica, pero sí la primera en la que me sentía incómoda. Apostada en una esquina, cerca del instrumento mudo, tomé una alegría y dejé que el sabor del amaranto mezclado con la miel me devolviera los sabores de las hormigas meleras con las que nos obsequiaba la Nana a escondidas de la abuela, pero el recuerdo no me reconfortó.

Doña Graciana estaba sentada en el canapé junto a Tomás de Alancastre y me sentía observada. No podía dejar de pensar que lo había invitado por mí, para que nos encontráramos fuera del alcance de mis tíos o, peor, para privarme de cualquier posibilidad de rehuirlo. Con lo que, cada vez que me cruzaba con sus ojos, recordaba lo que me había dicho doña Graciana y se me aceleraba el corazón.

Y por sí aquello no fuera poco, aquel día también había venido Manuel de Sumaya, que charlaba con mi hermano mientras este daba buena cuenta de su bebida sin probar bocado. El maestro, de vez en cuando, me dirigía una mirada profunda, quizá pesadosa... O puede que lo que veía reflejado fuera mi pesar. «Espero que Dios me diga cómo.» No me dolía que me dejara de dar clases, si al final aquella era su decisión, sino haberle decepcionado. Exceptuando a mi abuela, jamás había despertado el suficiente interés en nadie como para defraudarle, y tampoco había sentido tanto la necesidad de ser aprobada. Y aquello me devolvía los ojos de Álvaro, implorantes ante los silencios a los que lo sometía a nuestra llegada a México, y reverdecía en mí cierto sentimiento de culpabilidad.

De pronto, doña Graciana dejó su mancerina y, con ayuda de Tomás, se levantó. Tomó el bastón, que ya no dejaba desde su caída, y se acercó a mí.

—¿No tomas chocolate, querida? —me preguntó.

—No tengo hambre —repuse mirando la alegría a la que sólo había dado un bocado.

—Pues podrías tocar algo. Así animas el encuentro.

Negué con la cabeza sin, aun así, atreverme a contestar. Jamás había tocado sola y recordé el mal trago que pasé cuando mi abuela y el padre Julián se empeñaron en que hiciera un solo con el coro de la hacienda, en memoria de mis padres, para la festividad de Santa Cecilia. No llegó a suceder: los acontecimientos no me dieron oportunidad.

—Estimados invitados —dijo de pronto doña Graciana tras dar unas palmadas para llamar la atención del público—. Hoy, el acompañamiento musical vendrá de la mano de Gabriela de Oristrell, alumna del gran maestro Sumaya, con quien tenemos el honor de contar entre nosotros.

Y con la mano me invitó a sentarme frente al clavecín. Todos los ojos se posaron en mí, expectantes. No tenía opción. Miré a mi hermano de soslayo mientras me acercaba al instrumento; su viola estaba en la sala de los pajarillos. Él entendió mi ruego mudo, estaba segura, pero se limitó a encogerse de hombros y levantar un tímido aplauso. A su lado, Sumaya me observaba sin parpadear. Me senté frente al teclado, abrí la tapa. ¿Cómo iba a tocar en público después de nuestra última conversación? De pronto, era incapaz de recordar cualquiera de las partituras trabajadas con el maestro. «Cierra los ojos y guíate sólo por la música y tu corazón», sonaron las palabras de mi abuela, tiempo atrás pronunciadas para darme valor. Y silencio. La canción de cuna que nos tocaba mi padre emergió, en un suave tintineo cordado que tomó vida propia, la de los recuerdos de los paseos por el riachuelo de Santa Cecilia, la de las travesuras que mi padre no llegó a ver, la del camino por andar que había en las partituras escondidas bajo el colchón de mi alcoba para que mi tía no las encontrara.

\* \* \*

Las primeras notas se mezclaron con el sonido de la vajilla y algunos susurros que zanjaban conversaciones interrumpidas por la llamada de doña Graciana. Pero con un arpeggio jovial, el público enmudeció y sólo quedó el canto del clavecín, rico, rápido y evocador, que fluía de aquella joven, de pronto, resplandeciente en una belleza etérea cuya entrega la llevaba más allá del salón y, con ella, hacía imaginar a todos lo que debían ver aquellos deliciosos ojos cerrados al tocar.

Allí estaba. Sumaya no daba crédito y, a la par, no podía pensar. Sólo dejarse llevar guiado por la interpretación de Gabriela. En cuanto la pieza acabó, el público le dedicó un cálido aplauso, pero el maestro no pudo. ¿Cómo? ¿Por qué ahora? Sólo reconocía el principio de aquella pieza, la que sonó cuando él le preguntó por qué tocaba. Pero ¿de dónde había salido el resto? Era aquella creatividad pasional, y no sólo técnica, lo que buscaba en sus clases. ¿Por qué no había salido con Scarlatti?

—¿No le ha gustado, maestro? —preguntó Álvaro en cuanto los aplausos se acallaron.

Sumaya miró hacia Gabriela, rodeada por doña Graciana y Tomás de Alancastre.

—Me ha fascinado —respondió. Se volvió hacia el hermano de su protegida y añadió—: ¿La ha compuesto usted? No sabía que compusiera piezas para teclado.

—No, no lo hago —repuso Álvaro.

Sumaya bajó la mirada hacia la mesa de dulces que estaba entre ambos.

—Entonces, no lo entiendo. Se me acababa de ocurrir que quizás era porque interpretaba una pieza de su hermano, que lo que necesita es cercanía.

—Disculpe, pero soy yo el que no entiendo.

El maestro alzó de nuevo la mirada hacia el joven.

—¿Ha visto usted alguna vez tocar a su hermana con técnica, pero sin riesgo, sin pasión?

—Siempre que tocaba con Nuño. La gente no lo nota, porque su habilidad es... —Álvaro sonrió con un suspiro—. Pero a solas era otra cosa, como hoy. Estoy muy orgulloso de ella, y se lo agradezco.

Desde que hace clases con usted es más luminosa.

—Pero en las clases no me lo muestra, Álvaro. Es disciplinada, mucho, y embellece los giros, ornamenta, pero no se suelta.

Álvaro asintió. Ella siempre había sido tímida. Aún recordaba las discusiones con su abuela por obligarla a hacer aquel solo en la iglesia de la hacienda. Ahora se daba cuenta de cuánta razón tenía ella: con la abuela lo hubiera superado, pero con Águeda había ido a peor.

—Tenga paciencia, maestro —dijo—. Piense que las cosas no han sido fáciles para nosotros. Que yo toque con Adelaida en público es mandato de mis tíos, si fuera por mí... Y para Gabriela lo importante es tocar y sabe que, para ello, no debe destacar. Si usted hubiera pedido a mi tío darle clases sin la recomendación del hijo del Virrey, no sólo se hubieran negado, sino que posiblemente Águeda hubiera hecho lo posible para que Gabriela no se acercara más al clavicordio.

—¿Quiere decir que ha tenido que mantenerse a la defensiva?

—Durante seis años. Siempre sometida a sitio, con lo que siempre se cuelan cañonazos, y a cada uno, se redoblan las murallas. Pero dentro... Ya lo ha escuchado.

Sumaya dio unas palmadas a aquel joven, de pronto melancólico.

—Gracias por su sinceridad, Álvaro.

Ahora lo veía claro. No era música lo que le debía enseñar. Esta sólo era un instrumento. Él mismo lo había aprendido a lo largo de los años.

\* \* \*

—Maravillosa, querida —dijo doña Graciana. Me dio un beso en la mejilla y en un susurro añadió—: ¿Ves cómo no ha sido tan malo?

—Un regalo para los sentidos —comentó Tomás, pálido, con la mano en el pecho.

—Señor De Alancastre, explíqueme la razón, o mucho me temo que nos costará que otro día vuelva a tocar para nosotros —rió doña Graciana.

Luego me sonrió y nos dejó para ir a saludar al maestro que, con expresión grave, hablaba con mi hermano.

—He guardado su secreto, como confío que usted habrá guardado el mío —dijo Tomás.

Sin desviar la mirada de la conversación entre Álvaro y Sumaya, contesté:

—Creo que le debo otra disculpa. No lo entendí bien.

—Y lo comprendo, se asustó. Yo no tenía derecho, pero es que no puedo evitarlo. Sólo quiero saber más de usted, conocerla mejor. Aunque tenga claro, ante todo, que en mí tiene un amigo leal. O más...

Me volví hacia él. ¿Más?

—¿Por qué? Yo no soy nadie, no....

Él me tomó la mano y se la llevó a su pecho. El corazón le latía con fuerza.

—Por esto. Empezó cuando la oí tocar por primera vez, y desde entonces... Sé que es algo más que una joven tímida, de lo contrario no podría tocar así, como hoy. Toda su belleza interior resplandece en su piel cuando toca, cuando...

Aparté la mano, nerviosa, extrañada. Nadie me había dicho jamás algo tan bello, pero no podía ser verdad. ¿Cómo alguien podía enamorarse de mí?

—¿Y no le importa que vaya sola a los arrabales? —pregunté por no descubrirme más.

—Me gustaría saber por qué lo hace, solo eso. Pero es cosa suya, como mía es lo que hacía yo.

Miré alrededor sin saber qué decir. Más que en el amor, había pensado en el matrimonio como una amenaza que me podía quitar lo que realmente amaba.

—Quisiera pedir permiso para visitarla, pero sólo si usted lo desea.

—No lo sé, yo...

—Sólo deme una oportunidad, se lo ruego. Conozcámonos...

Asentí. Sabía uno de mis secretos, y no sólo lo había callado, sino que no me exigía más explicación. Era mejor probar que dejar todo mi futuro en manos de mis tíos.

\* \* \*

Sabía que estaban reunidos en casa de doña Graciana y por eso era el momento perfecto. No podía correr el riesgo de que ella lo viera, y ya era hora de dar el paso definitivo. El indio entró, se quitó el sombrero de paja y su cabellera negra y algo ondulada ocultó el rostro, que mantenía bajo. Águeda examinó sus pies, calzados con aquellas sandalias que los dejaban polvorientos. Pero por lo demás, iba aseado y desprendía cierto aroma a hierbas, fruto probablemente de uno de aquellos deleznable baños de vapor de los que tanto gustaban en los arrabales. Adolfo estaba tras él, con su pelo negro recogido en una desaguisada cola y la mugrienta casaca que sólo llevaba cuando cumplía órdenes para ella.

—¿Está seguro de que los domingos nunca falla? —preguntó la dama.

Adolfo dio un suave toque en el hombro del indio y este respondió:

—No, señora. Siempre se encuentra con Francisco.

—Bien, pues deme los detalles de su recorrido y tendrá el dinero.

Los grandes ventanales que daban a la calle de los Plateros se veían algo polvorientos, pero la luz del sol ya anunciaba la pronta llegada de una época radiante para los De Oristrell. O así lo sentía Diego, a pesar del calor que había pasado a la salida de la catedral. Sudoroso tras la misa, se quitó la peluca y la casaca y las dejó sobre el canapé de su salón antes de aflojar el cuello de la camisa. Aún tenía tiempo antes del almuerzo. Se dirigió al bargueño, lo abrió y tomó asiento. Los cajones chapados con carey desprendían brillos amarillentos y rojizos sobre el roble de fondo. «Colores de pasión», pensó animado, y abrió uno para sacar la tinta y la pluma. Las dispuso sobre la tapa que le servía de mesa y, de otro cajón, extrajo la carta de Eusebi recibida el viernes con el cargamento de aguardientes y vinos.

La desplegó, sin poder evitar un suspiro inquieto al leer nuevamente en su alargada caligrafía aquella referencia a la reina doña Isabel Cristina. ¿Reina? El tío Eusebi jamás se había referido a ella así, como si en sus cartas quisiera transmitir neutralidad, pues tampoco hablaba de don Felipe como rey. Pero en aquella última epístola, aunque fuera en sólo una de las muchas veces en las que nombraba a la esposa de Carlos de Austria, se delataba. Cuando la leyó el día anterior, le gustó saber lo que se decía en Barcelona: Carlos dejaría la Ciudad Condal en septiembre para ser coronado emperador. Esto aceleraría el final de la guerra, Diego estaba convencido. Pero en el siguiente párrafo, el tío Eusebi anunciaba que, al parecer, Isabel Cristina quedaría como gobernadora general de Cataluña durante su ausencia, y era aquí cuando se refería a ella como reina. Al hecho de que Carlos de Austria no se diera por vencido, Diego sumaba la preocupación de que Eusebi estuviera a su favor, y no al lado del rey legítimo. Eso podía perjudicar sus negocios, pues, sin duda, Felipe, que había hecho retroceder a las tropas del bando contrario, podía castigar la obstinación del Principado e incluso querer aplicar el derecho de conquista, dada su rebeldía.

Pero todo ello no consiguió nublar su buen ánimo. Al fin y al cabo era domingo, y de los negocios se ocuparía al día siguiente. No valía la pena anticiparse al desenlace de las cosas, por lo que sacó una hoja nueva de un cajón y tomó la pluma para responder a Eusebi con la mejor noticia que le podía dar: Gabriela, la ahijada que viera por última vez como niña de pecho, era mujer casadera pretendida por el hijo del mismísimo virrey, que personalmente le había solicitado visitarla. Aquello alegraría a Eusebi, sin duda, ya que, a pesar de la distancia, siempre preguntaba por los mellizos. Mas Diego apenas había redactado tres líneas cuando unos golpes a la puerta le interrumpieron.

—Adelante —dijo mientras dejaba la pluma en el tintero y se volvía de espaldas al bargueño.

El mayordomo entró y se inclinó.

—Disculpe, mi señor, pero Manuel Pérez solicita verle con urgencia.

El rostro grave del fiel sirviente le recordó su expresión cuando le trajo aquella terrible nota que anunciaba la muerte de su madre, años atrás, y aunque procuraba mantener la compostura, Diego observó que sus manos, a ambos lados del cuerpo, se abrían y cerraban, nerviosas. Aun así, respondió:

—No le conozco.

—Es un indio, señor. Dice que su padre trabajó en la hacienda de Santa Cecilia y se siente en deuda con su difunto hermano. Por ello solicita decirle algo que... debería escuchar de su boca, señor, pues, de ser verdad, es en extremo grave.

—Bien, hágalo pasar.

\* \* \*

Estaba obligada. Apenas había probado bocado durante el almuerzo, y aun así sentía el estómago revuelto. Pero no podía retirarme a descansar antes del paseo por la Alameda, y ni siquiera podría excusarme de darlo. Tomás de Alancastre me había pedido que le diera una oportunidad para conocernos, y en su momento entendí que con ello dejaba la puerta abierta para que me echara atrás. Pero ahora sabía que jamás podría. Sentada en un banco al pie de una de las columnas del pórtico, con el aroma de jazmines y claveles ajeno al susurro de la brisa que se oía por encima del patio interior, me arrepentía de haber accedido a su acercamiento. Lo que creía una puerta abierta para escapar de mis tíos, de pronto se había convertido en lo contrario.

Tomás entró por la puerta que quedaba tras la gran escalera de mármol del vestíbulo. Se había cambiado, su ropa era más colorida y fina que la que llevó a misa, con exquisitos bordados de oro y plata en aquella casaca color cielo que entonaba con su natural palidez. Sus ojos parecían risueños y respondía animado a Tea, a pesar de que su mirada estaba centrada en mí. «Por lo menos no es Adelaida la que nos acompañará», pensé en un intento de consolarme. Pero la expresión alicaída de María me devolvió a la realidad. Con resignación, me puse en pie y los alcancé.

—Gracias por venir, señor De Alancastre —dije.

—Tomás, por favor. Y en todo caso, soy yo el agradecido por su recibimiento —respondió inclinándose ante mí. Luego se irguió—: Me comentaba su prima que ella nos acompañará durante este encuentro.

—Pero no se preocupe —intervino Tea dedicándome una sonrisa—, caminaré junto a María y así ustedes podrán charlar tranquilamente.

Tomás se inclinó de nuevo dándole las gracias y luego me ofreció su brazo para pasear por el jardín.

—¿Está todo bien? —me preguntó en cuanto nos alejamos un poco de nuestras acompañantes.

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Tea es una joven risueña, y no sé si inocente o muy lista. Me comentó, extrañada, que su padre, con expresión inusualmente grave, le había pedido que nos acompañara. Sólo espero no ser inoportuno.

—No, desde luego no lo es, mucho menos para mí tío.

—¿Y para usted?

Me detuve bajo un naranjo y lo miré. Su rostro era estrecho, de pronunciados pómulos y ángulos marcados, y la expectación que reflejaban sus ojos le daba un aire dulce y vulnerable a un tiempo. Pero ¿podía fiarme sólo porque se hubiera enamorado de mí y su apariencia no resultara amenazante? Hasta nosotros llegaba el sonido del agua al resbalar por la fuente de taza que se hallaba en el centro del jardín. Podía haber sido él, para no dejarme salida, dada mi sinceridad al mostrarme indecisa en casa de doña Graciana.

—¿Me ha guardado usted el secreto? —pregunté, seca, aunque enseguida me arrepentí. Si mi tío se enteraba...

—¿Está acostumbrada a desconfiar?

No respondí, me pareció lo mejor. Tomás tampoco me había dado respuesta y tenía las consecuencias de no poder ser lo que él esperaba. Tenía que recuperar la compostura, dejarle hablar, como siempre me había alocionado Águeda que debía hacer una doncella. Pero me costaba. Me volví y, pausada, tomé el caminito empedrado que giraba entre naranjos y cipreses, siguiendo aquel pequeño canal. Otrora vago consuelo de mi amada hacienda, de pronto me parecía la burlesca ilusión de un riachuelo. Tomás me alcanzó. Me había regalado el clavecín y, con él, las puertas a un nuevo mundo sonoro, pero a la vez, su enamoramiento me iba a arrancar una parte de mí, la que me había ayudado a mantenerme cuerda sobre las firmes raíces de mi infancia.

—Está bien ser prudente, pero en exceso la desconfianza se convierte en una prisión, y se lo digo por experiencia —comentó prácticamente en un susurro—. Nuestra posición nos obliga en ciertos aspectos y es difícil el equilibrio, pero desde que la vi en las calles de Santiago Tlateloco con aquella naturalidad con la que se desenvolvía, sentí que con usted podía ser diferente. Yo fui en busca de un frasco de hierbas, mi padre gasta mucho dinero en médicos, y si se entera de que compro medicinas indias... Yo tampoco puedo explicar lo que hacía allí. Así que compartimos un mismo secreto. Jamás lo contaría, se lo aseguro. Pero deduzco que la han descubierto.

Su sinceridad me desmontó. Era demasiado el peso que sentía en mis hombros.

\* \* \*

Los zapatos de fino cuero negro eran nuevos y no se habían adaptado aún a la forma de cada pie. Le molestaban al caminar y la hebilla, demasiado alta, le rozaba. Aún acabaría rompiendo las medias, todo ¿y para qué? Empezaba a dudar de su credulidad. Los llantos de un niño bramaban ensordecedores desde el interior de una de las casas de adobe cuando la mujer salió y tiró el contenido de aquel cubo a la calle. El lodo le salpicó y el hedor a heces hizo que Diego sacara un pañuelo de la manga para cubrirse la nariz. Miró a su mayordomo y le hizo una señal con la cabeza: se volvían para casa. Pero este negó y señaló hacia delante.

El tal Manuel Pérez, quien desde luego conocía Santa Cecilia dadas las explicaciones que le había proporcionado, estaba unos pasos por delante de ellos. Desde el final de la callejuela llegaba el sonido de los cortidores, que a orillas del lago, golpeaban las pieles rojeadas en agua para eliminar los restos de carne y grasa. A medida que se acercaban, el olor del orin empleado para ablandar el pelo se le hacía insoportable. Y entonces vio, justo por delante de una hilera de pieles tendidas, a la doncella de Gabriela del brazo de un muchacho. Estaban a la puerta de una casucha torcida, que en cualquier momento podía desmoronarse hacia el lago. Su actitud era afectuosa, pero no le parecía reprochable, pues ambos eran indios y era lógico que la joven buscara marido. Incluso podía equivocarse, podía ser su hermano. ¿Quién lo sabía? Él no conocía a todos los indios de la hacienda ni tenía necesidad, y no le importaba demasiado lo que hiciera María en domingo, siempre que se quedara en los arrabales y no trajera la deshonra a su casa.

—Esto es una pérdida de tiempo. Nos ha engañado —dijo el mayordomo—. Consigue que te devuelva el dinero y vámonos de aquí.

Diego se volvió, deseoso de llegar a una calle que, cuando menos, estuviera adoquinada. Pero entonces lo oyó. El son de la flauta lo llevó bruscamente al pasado, a aquella complicidad entre su madre y su hermano mayor, ya cabeza de familia entonces. Él tocaba la flauta, ella se deleitaba y bromeaba, ambos reían... y le ignoraban. En aquel arrabal, Diego oyó la canción de un antiguo rencor y se giró de nuevo hacia aquella casucha, furioso. Apartó a María de la puerta con brusquedad y entró. Nadie pareció percibir su presencia en el umbral. La única sala de la casa estaba en una penumbra sólo rota por el fuego del hogar. Una joven india repartía chocolate en bastos cuencos a dos indios sentados en el suelo con la mirada al otro extremo, donde se hallaba Gabriela. Al verla, a su mente acudió el día en que halló a su ya anciana madre arrodillada junto a aquel indio, ¿cómo le llamaban? El Dos Dedos. Su brazo alrededor de los hombros de aquel asesino, junto al cuerpo de su delito. Pero esta vez le pareció peor. Gabriela, vestida como solía de niña en la hacienda, estaba sentada en aquel suelo mugriento, junto a aquella anciana moribunda a la que parecía acariciar con el son de su flauta. Diego no daba crédito. Había envidiado a su hermano tanto como lo amó, y jamás se perdonaría si Gabriela moría igual que él o su madre.

Se acercó a ella en tres zancadas y la apartó con violencia.

\* \* \*

Tomás levantó los volantes de la manga y en mi antebrazo vio las señales moradas. Su rostro plácido se demudó y yo, pudorosa, la bajé de nuevo mientras, a mis espaldas, oía la risilla contenida de Tea ante el atrevimiento de mi acompañante. No la veíamos, nos habíamos sentado en el banco de mármol jaspeado en grises, ante la fuente, donde el agua fluía transformando en tonos plata las vetas de ambas tazas.

—Supongo que su reacción es lógica.

—Eso no le disculpa, Gabriela, no a mis ojos.

Sus palabras me reconfortaron. Mi tío juzgaba a Tomás por su linaje, por su posición. Pero no lo conocía, ni yo tampoco. Aun así, me resistía a considerarlo como una puerta abierta a otro mundo. ¿Podía ser todo aquello parte de su juego para seducirme?

—Si yo estuviera bajo su tutela, ¿no hubiera reaccionado igual? ¿Me dejaría ir a los arrabales? —le pregunté mirándole a los ojos.

Él no rehuyó la mirada.

—Querría saber primero por qué lo hace, cómo empezó, quién es ese indio que la acompaña...

—¿Y si supiera que me crié con él, que para mí es como un hermano?

—¿Un indio? —se sorprendió retirándose levemente hacia atrás.

—Francisco, así se llama. Me crié con él en la hacienda, jugaba con él, con María, con los niños indios. No había otros, y para mí no eran diferentes —respondí sin ocultar mi añoranza—. Cuando nos trajeron

a México, me hicieron entender que no era lo mismo. Y aun así, cuando Francisco me pidió ayuda para su primo, se la brindé. Al principio eran gentes ligadas a la hacienda de Santa Cecilia, y respondía como creía que mi abuela me había enseñado. Muchas veces la ayuda no es dar dinero, ¿sabe? Luego no hice distinción.

—Pero ya ayuda a través de la caridad, y los frailes son los que se encargan de llevarla a los arrabales. ¿Por qué arriesgar su posición?

Suspiré.

—¿La mía o la de mi familia?

—¿No es acaso lo mismo?

—Usted habló antes de prisión, ¿no? —me toqué la mejilla que, por suerte, ni se había hinchado—. Siempre hay carceleros y, ¿qué les debe el preso? ¿Acaso la placidez de su encierro? Yo venía de entrar y salir de la casa señorial cuando quería. Y sí, podía ser la señorita, aunque yo no me diera cuenta entonces. Pero aquí no. Aquí soy... O era una amiga en posición de ayudar. Sin corsés, sin obligación de guardar las formas, sin contener un abrazo ni que me robaran las ganas de darlo.

Tomás bajó la cabeza y la peluca castaña le ocultó el rostro.

—¿Le escandalizo? —temí de pronto.

Aunque su reacción fuera tan parecida a la que tuvo mi hermano cuando supo lo que hacía, quizá me había excedido, y ni yo sabía a qué me arriesgaba si Tomás no volvía a visitarme. Mi tío me culparía, y todo sería aún peor.

Él negó con la cabeza, pero su gesto no me alivió, pues no podía imaginar qué pasaba por su mente. Alzó la mirada y vi sus ojos brillantes, húmedos, cuando respondió:

—No. Sólo me apena que le hayan robado las ganas de abrazar, Gabriela. —Su respuesta me sorprendió con el deseo de sus brazos—. Supongo que su tío le habrá impuesto un duro castigo.

Sonrei y respondí por lo que hasta aquel momento sabía:

—No se preocupe, Tomás. Mientras sólo quede en mí, es posible que sea más llevadero de lo que creía.

\* \* \*

Ni siquiera tuve tiempo de asustarme al verme en pie por la fuerza.

—¿Es que no sabes cómo murieron tus padres? ¿Acaso estás loca?!

—No es viruela, sólo vejez —respondí.

Él me dio un bofetón en la cara y las lágrimas asomaron a mis ojos, pero me resistí a llorar.

—¡Déjela! —exclamó el anciano marido de la enferma mientras su hijo se dirigía hacia Diego.

—No hagas nada, Manuel. Es mi tío —supliqué.

El joven se detuvo y entonces rogó a mi tío:

—Señor, no la castigue. Lupita ha sido tan buena con nosotros. Ayuda a los enfermos y necesitados.

—Y también ha pagado los estudios de mi hijo en la universidad —añadió el anciano y...

Se interrumpió bruscamente al comprender que sus palabras habían empeorado la situación. Mi tío, furioso, me quitó la flauta que me regalara Tea y la tiró al suelo con rabia. La pisó y la arcilla crujió a sus pies, trayéndome el doloroso recuerdo de la que perdí años atrás. Luego me sacó a rastras de la casa. ¿Cómo había llegado él allí? ¿Cómo lo sabía?

—¿Lupita? ¿Te conoce todo el barrio? —masculló ya en la calle—. Esto es un escándalo. ¡Tienes una posición! No puedes venir sola a los arrabales. ¿Llevas haciéndolo mucho? Te lo ha sugerido alguien, tu tía, claro.

—¡No! —exclamé zafándome de él. Me detuve—. Lo hago desde siempre.

—Y yo me entero ahora, qué casualidad —murmuró para sí. Luego añadió—: Pues nadie más se enterará. Mucho menos Tomás de Alancastre. Llevo demasiado tiempo preparando esto. Serás amable con él, y más vale que te pida en matrimonio, niña.

Empezó a caminar ante mí y, sorprendida por sus últimas palabras, le seguí mientras él continuaba:

—¿Es que no tienes bastante con la caridad?! Y tú no te guardas dinero para ti, lo sé, en San José el Real te adoran. ¿De dónde has sacado el del médico? ¿Y el de la universidad para ese indio?

Se detuvo y me miró. Bajé la cabeza y vi que él cerraba los puños, pero no contesté.

—No esperaba esto de ti, Gabriela, de tu hermano quizá... —su rostro se iluminó—. ¡Claro, Álvaro!

—Él no tiene nada que ver —me apresuré a contestar alzando la cabeza.

—Excepto que te da el dinero, ¿no?

¿Rabia porque no me dejaran entrar a verla? ¿Rabia porque hubiera muerto? Los sollozos por ella se habían quedado fuera de mi alcoba. Con el cuerpo resignado y el alma incrédula, me habían tumbado en la cama. Otrora, el techo del dosel había sido parte de un carruaje alado para volar entre las historias que me contaba la Nana antes de dormir: amantes prohibidos convertidos en montaña y volcán, doncellas transformadas en vainilla por el conjuro de un dios despechado... Pero de pronto sus telas se habían vuelto pesadas, recargadas de bordados vegetales que me mantenían atada a la realidad. Aquella transformación me pareció insoportable y me senté para pasear mi mirada por mi habitación: los arcones apostados en una pared cubierta por un tapiz con una dama cantando a la luna llena, la flauta que perteneció a mi padre encima de la chimenea, el crepitar ansioso de las llamas, el tocador con un espejo que me devolvía el reflejo de una alcoba que se había tornado extraña...

Me levanté. La rabia se había convertido en un dolor que no podía localizar en ninguna parte de mi cuerpo y que, a la vez, me hacía consciente de cada músculo al dirigirme hacia la ventana. Por detrás del extremo este de la iglesia se distinguían los cipreses que rodeaban el cementerio parroquial. Hasta entonces, aquel lugar para mí estaba plagado de cierta ilusión, amarga, pero que siempre anhelaba, pues allí estaban enterrados mis padres. Según mi abuela, dada su posición, su destino debería haber sido la capilla de Santa Cecilia, en la iglesia de la hacienda, o con el abuelo, en México. Pero ellos habían querido yacer bajo la tierra que amaron, y descansaban rodeados de compasichiles anaranjados y amarillos, en un panteón de abigarradas esculturas con una sola tumba libre. Mi abuela se encargaba personalmente del cuidado de aquellas flores y, a menudo, la acompañaba. Entonces me hablaba de ellos. Rebosante de orgullo, me contaba cómo mi padre había hecho crecer el negocio de mi abuelo hasta llegar a poseer aquella hacienda; me explicaba cómo había cortejado a mi madre tocando una flauta al pasar bajo su balcón, en Ciudad de México... Y yo, ilusionada, me llenaba de recuerdos que no tenía hasta que la emoción la embargaba, e incapaz de hablar, me pedía que la esperara fuera. Al alejarme, oía entre lamentos cómo le decía a mi padre que se reuniría con él en cuanto el Señor no la necesitara en la tierra y sus hijos hallaran su camino. ¿El dolor de la pérdida superaría también al recuerdo cuando visitara la tumba de alguien a quien sí había conocido y amado?

De pronto, la luz del mediodía se me hizo molesta y cerré el pesado cortinaje de la ventana. La alcoba se llenó de sombras huidizas bajo el movimiento de las llamas de la chimenea. Fui hacia uno de los arcones y lo abrí. Estaba lleno de los vestidos que mi abuela había ordenado hacer para mí desde mayo, desde que cumpliera los trece años. Me arrodillé y los saqué, uno a uno. Todos eran claros, de alegres colores pálidos, bordados, dorados... Los deseché uno tras otro. No tenía ninguno apropiado. Entonces la puerta de mi alcoba se abrió:

—¿Qué haces, mi niña?

—¡Abuela! —corrí hacia ella y la abracé. Las lágrimas se escurrieron por mis mejillas, en sollozos mudos, cuando añadí—: No tengo ningún vestido negro.

Noté cómo la abuela me acariciaba el cabello mientras respondía con suavidad:

—No puedes llevar luto, querida, no es apropiado.

Me separé de ella, desconcertada.

—¡Pero era Lupe!

La abuela frunció el ceño y suspiró. Se dirigió hacia la ventana y abrió las cortinas. Luego se volvió, con las manos entrecruzadas a la altura de su pecho, y dijo:

—Era una mujer a tu servicio. Está bien que le tuvieras cariño, igual que ella os amaba a ti y a Álvaro, pero era una india.

—Abuela, no lo entiendo. ¿Cuántas veces me has dicho que ante Dios todos somos iguales? Tú, siempre que puedes, ayudas a cualquier vecino del pueblo, y me has enseñado que yo también debo hacerlo.

La abuela rodeó la cama y se sentó en el borde. Dio unos golpecitos con la mano en el colchón para que me sentara a su lado y me acerqué, cabizbaja.

—Gabriela, sí que ante Dios somos todos iguales. Pero aquí abajo el Señor ha dispuesto un orden. Cada uno tiene su lugar, y ese lugar implica deberes y obligaciones, entre ellas, ayudar a quienes están a nuestro cargo, que son los indios de la hacienda.

—¿Y eso implica que no puedo ponerme de luto por Lupe?

—Llevarás el luto en el corazón. Irás al entierro y a la misa que nosotros pagaremos en su memoria. Ella lo sabrá, y también Dios.

Aparté la mano y la miré incrédula mientras exclamaba:

—¿Y el velatorio?

—Debes dejar espacio para su familia —respondió la abuela con suavidad.

Las lágrimas me resbalaban de nuevo por las mejillas. ¿Por qué no podía despedirme de ella como yo considerara? La abuela me abrazó de nuevo, y me dejó. Pero el olor a flores que siempre me había reconfortado de pronto me parecía demasiado empalagoso.

—Teresa, al final, ha tenido un niño. Le llamará Gabriel, en tu honor. Has sido muy valiente hoy, querida. Sin ti, quizás hubiera tenido a su bebé sola, en el campo.

Me sacudí en sollozos. Había ayudado a Teresa porque la quería, como a María, me había criado con ellas, eran mis amigas. Pero las palabras de la abuela habían añadido una sombra a mi alma dolida por la pérdida.

¿Teresa ponía aquel nombre a su hijo porque yo vivía en la casa señorial? ¿Eran amables conmigo porque mi hermano iba a heredar la hacienda?

De pronto, Álvaro irrumpió en la habitación, casi sin resuello. Iba sin la casaca, pero aun así sudaba. Había venido corriendo. Se acercó a nosotras, se arrodilló a mis pies y me acarició el hombro.

—Lo acabo de saber. ¿Cómo estás?

Él apretaba la mandíbula para intentar disimular su temblor. La abuela le acarició el cabello revuelto y se levantó mientras decía:

—Os dejo solos. —Se dirigió a la puerta y añadió—: Pero Gabriela, querida, cámbiate de ropa para el almuerzo con el tío Diego, por favor. Y que sea un vestido apropiado.

Asentí y ella cerró la puerta. Miré a Álvaro y abrí los brazos. Él se apoyó en mi vientre y se dejó acunar mientras rompía en un suave llanto y yo entonaba aquella nana de nuestra infancia.

\* \* \*

El almuerzo había sido una pesadilla tan horrible como real. Y ahora, aquel silencio que llegaba a la alcoba no consolaba a la abuela. Aún con el vestido negro puesto, reposaba tumbada en la cama, con un vaso de agua en la mesilla. Su marido primero, su primogénito después, y ahora Álvaro, llamado a ocupar el lugar de su padre en su corazón... No había muerto, cierto, pero sentía más que nunca el luto como su segunda piel. El corazón le palpitaba desacompañado, y no podía dejar de pensar que todo, en verdad, era culpa de ella. No había sabido criarlos como debía, a ninguno de los dos. Eran muchachos confundidos. Aun así, ¿qué iba a hacer sin ellos, sin los niños de su queridísimo Alvarito?

La puerta se entreabrió y apareció el rostro de Diego, de fuerte mentón como lo fuera su hermano, pero sin su bravura, sin su sonrisa, con una nariz demasiado aguileña. Se acercó a ella, se sentó en el borde de la cama y preguntó:

—Madre, ¿cómo se siente?

—Mal —musitó ella mirándolo con amargura—. No es por lo del aguardiente, ¿verdad? Te los ibas a llevar de todas maneras.

Diego le tomó la mano con un suspiro:

—Usted sabía que este momento llegaría. Sabía que me llevaría a Álvaro para enseñarle a administrar sus bienes, y Gabriela debe aprender a comportarse en sociedad para poder casarla bien.

—Pero no sin mí, hijo. Es por ella: Águeda no quiere que vaya.

—¡Mi esposa no tiene nada que ver en esto! Es porque no quiero que acudan a usted cada vez que tengan un problema.

—¿Por qué no? ¡Los he criado!

Diego se exasperó.

—Y lo ha hecho muy bien, madre, pero la superan. ¡Por Dios! ¡Mire lo que ha provocado Álvaro! Y Gabriela... No sé si le sobra valentía o se cree que es una india más.

La abuela apartó la mirada de su hijo.

—Esto me matará —murmuró.

Diego se puso en pie y aseveró:

—Puede tomárselo como quiera, pero es por el bien de sus nietos y por la memoria de su queridísimo primogénito, madre.

Diego se había aseado cuidadosamente aquella mañana, pero aún sentía el recuerdo de la confusión y de la piel sudorosa con la que había despertado, y la angustia de la pesadilla pesaba en su ánimo. Y todo por Gabriela. Ella le había devuelto aquella recriminación mal disimulada: «Y lo ha hecho muy bien, madre, pero la superan. ¡Por Dios!» ¿Le estaba pasando lo mismo a él? ¿Era un castigo de Dios?

Inquieto por la espera, se acercó al bargeño y guardó la respuesta al tío Eusebi, aún a medio escribir. No había tenido ánimos el día anterior para acabarla, ni siquiera para tomar las medidas necesarias. Sentía que había contenido la situación pues, aunque al despedir a Tomás de Alancastre, el joven le pareció algo distante, le había anunciado su propósito de volver el siguiente domingo. Sin embargo, una semana era mucho, y más si sus sospechas eran fundadas.

Por fin, llamaron a la puerta y, sin aguardar respuesta, Águeda entró al salón privado de su esposo invadida por una grata sensación de alivio. Desde el almuerzo del día anterior, al que él acudió con expresión rígida y parco en palabras, ella había esperado que la reclamara. Sin embargo, su silencio y que se mantuviera el encuentro entre Tomás de Alancastre y Gabriela la inquietaron hasta rozar el arrepentimiento. ¿Hasta dónde pretendía llegar su esposo? Si se sabía que una De Oristrell se encontraba con un indio a escondidas y aun así el cabeza de familia persistía en casarla con el hijo del Virrey, más que un escándalo, sería la ruina de todos. Pero sabía que su marido necesitaba tiempo para digerir las situaciones. Escrutó, complacida, la cara fatigada de su esposo y preguntó:

—¿Pasa algo, querido? No tienes buen aspecto.

Diego se llevó las manos a la espalda. No le apetecía entrar en juegos con su esposa y, si al final no era cosa suya que él se hubiera enterado de lo de Gabriela justo en aquel momento, tampoco quería darle armas, por lo que respondió:

—Una mala noche, eso es todo. Sé que el servicio es cosa tuya, pero quiero que te deshagas de la doncella de Gabriela y le asignes una de tu total confianza.

A Águeda le sorprendió tal demanda, pues no era aquello lo que esperaba, sino ayuda para cortar de raíz los problemas que pudiera acarrear la actitud de su sobrina. Ya había tanteado incluso a la abadesa del convento de las monjas de la Concepción. ¿En qué estaba pensando su esposo? No podía descubrirse, pero sí icitarle a hablar.

—María es de mi total confianza, sobre todo porque lo es de tu sobrina, virtud esencial en toda doncella personal.

—Entonces, ¿de quién es el criterio desacertado, tuyo o de Gabriela?

—No te entiendo, Diego.

—¿Seguro?

Águeda levantó una ceja para simular desconcierto y se dirigió hacia el canapé para sentarse, a la espera de una explicación, mientras Diego se volvía hacia el bargeño y de un cajón extraía un cigarro. Había mantenido a la doncella por compasión hacia su sobrina, pero ahora sabía que debía de haber hecho caso a su mujer cuando reclamó su derecho a decidir quién entraba en el servicio de la casa. ¿Y Águeda no aprovechaba la oportunidad? Sus sospechas iniciales se le hacían fundadas, por lo que se encendió el cigarro con una vela, se giró de nuevo hacia su esposa y dijo:

—Ayer descubrí que Gabriela lleva tiempo escapando a los arrabales, disfrazada, con la complicidad de su doncella, claro. ¿No sabías nada de ello?

—¿Escapar?! ¿Para qué? ¿Qué hay en los arrabales?

Diego tomó asiento en su butaca y dio una calada. Ella estaba disimulando, le delataba la tranquilidad con la que había reaccionado.

—Ayudar a los indios. Es responsabilidad tuya controlarla —la provocó Diego.

Águeda bajó la mirada, para sopesar la situación eludiendo el escrutinio de su esposo. ¿Cómo podía ser que Gabriela lo hubiera engañado? ¿Qué había de aquel Francisco? ¿El plan era que los descubriera juntos!

—¿E iban solas, María y ella? —preguntó. Tenía que llevar a Diego al terreno deseado. Como fuera, debía entender que lo más seguro para la familia era que Gabriela acabara en un convento.

—Bueno, María estaba muy acaramelada con un indio. Con lo cual, más razón para echarla. A saber la naturaleza de su relación. Estos indios no siempre necesitan el matrimonio para consumar sus deseos.

Águeda tuvo que hacer un esfuerzo para digerir aquello. ¿Cómo había errado tanto? Se puso en pie, indignada, y exclamó:

—¿Y sólo la vas a castigar a ella, y no a tu sobrina! Al contrario, a Gabriela la recompensarás con una boda que merece mucho más tu propia hija.

Diego exhaló el humo de su cigarro, mas no sintió la satisfacción de otras ocasiones, cuando acorralaba a su esposa en sus propias artimañas. Había demasiado en juego.

—La recompensa será para todos —dijo—. ¿O crees que la mancha que tu padre dejó sobre tu linaje no perjudicaría a Adelaida en este caso?

—Si se entera el Virrey de que...

—No se enterará. ¿verdad? —la atajó poniéndose en pie. Se acercó a ella y la agarró del brazo, pero con serenidad, añadió—: Gabriela, al fin y al cabo, ha confundido la caridad y, en todo caso, insisto en que eso es una falta tuya, tú debías educarla. Mas dada tu ineffectacia, me encargaré yo.

Águeda se zafó de su esposo y se acercó aún más a él, hasta rozar su mejilla, para preguntar en un susurro:

—¿Sabes dónde está ahora?

—En casa de doña Graciana —respondió él dando un paso atrás.

Águeda sonrió y se volvió hacia la puerta para, antes de salir, preguntar:

—¿Seguro?

\* \* \*

Había pensado en llevar un ramo de flores, pero una vez en el mercado de la Plaza Mayor, decidió no hacerlo y, ahora, ante la gran escalera de mármol del palacete de los De Oristrell, sentía cierto arrepentimiento. Aunque probablemente su padre tenía razón, y era mejor hablar primero con Diego. ¡Cuánto había cambiado todo desde el pasado domingo! Por fin un atisbo de sinceridad. Sabía que lo conseguiría, aunque ella le había hecho padecer más de la cuenta.

Con la desazón palpitando en su pecho, siguió al mayordomo escaleras arriba y en la segunda planta este lo condujo por un amplio pasillo hasta la antesala del estudio. Álvaro estaba allí, en pie, comentando con Antonio unos papeles. El joven sonrió al verlo.

—¿Que sorpresa, Ernesto! —exclamó. Se acercó a él y le dio una palmada en la espalda—. ¿Qué haces por aquí?

Ernesto suspiró, nervioso, mientras dirigía una mirada de soslayo al mayordomo. Álvaro se dio cuenta y le invitó a retirarse. Sólo entonces respondió:

—Tu prima me insinuó que le agradecerían mis visitas, y pensé que lo más correcto era hablar primero con tu tío.

—En estos momentos no está. Y quizá sea lo mejor...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ernesto, serio.

—Que vete a saber lo que quiere mi prima. Debes asegurarte de que no está jugando contigo.

—¿Jugar? A la salida de la catedral me tocó la mano, me la acarició, ¡y sin guantes! Nadie lo vio, pero fue clara: «Espero su visita», dijo.

—Y no lo dudo, pero... —Álvaro se interrumpió. No podía contarle lo sucedido entre él y su prima, pero le parecía demasiada coincidencia que se acercara a Ernesto justo tras su rechazo—. La conozco bien y eres un buen amigo. Sólo asegúrate, por favor.

—¿Por qué? ¿Tiene a algún otro en mente? —Álvaro bajó la mirada, sin contestar, y Ernesto sintió la punzada de los celos—. ¿Quién? ¿El hijo del Virrey? Visita a tu hermana, toda la ciudad lo sabe ya.

Álvaro rodeó con un brazo los hombros de Ernesto y lo hizo girar hacia el pasillo.

—Habla con ella primero. De todos modos, no sé cuándo volverá mi tío, ha salido y estaba de un humor de perros. Vamos, que te acompaño.

\* \* \*

Leonor de Silva no necesitó levantar la mirada del bordado para saber quién había entrado al salón. Cerró los ojos y aguardó unos instantes. Enseguida notó su beso en la frente, suave, inocente como cuando era niño, y agradeció al Señor poder disfrutarlo aún, mientras el deseo de su corazón se disfrazaba de plegaria en su mente para rogar que durara muchos años más. Luego abrió los ojos y miró a su hijo, ya hombre, vestido con una ligera casaca que realzaba su talle, aunque careciera de corpulencia. Llevaba el sombrero entre las manos.

—¿Sales? —preguntó.

—Sí, la Marquesa del Valle de Orizaba me ha invitado a que la visite —respondió Tomás.

—¿Y estará Gabriela?

—No creo, pero la Marquesa la conoce bien —respondió con el rostro más sonrosado de lo habitual—. Hasta el domingo se me hará eterno y los paseos por la Alameda... En fin, que me hablen de ella es un consuelo.

—Entonces nunca fue por cumplir.

Tomás se agachó frente a su madre mientras preguntaba:

—¿A qué te refieres?

—Bueno, tu padre dejó claro que la dote de una De Oristrell nos vendría bien y has elegido a la más discreta de las dos. ¿La Amas?

—Sí, madre.

—Pues... quizá no sea una buena idea, hijo.

—¿Por qué?

—Lo sabes perfectamente. Le harás daño.

Tomás se puso en pie e inhaló con fuerza, como si le faltara el aire. Luego respondió:

—No más del que ya le han hecho, eso seguro. Por una vez escucharé a mi corazón.

\* \* \*

Las aventuras cortesanas de *Las harpias en Madrid* no conseguían distraer a Adelaida. Cerró el libro con impaciencia y lo dejó sobre la mesilla. Miró la puerta, lo tomó de nuevo y lo abrió, pero apenas leyó dos líneas cuando en su mente se dibujó de nuevo la expresión hosca de su madre al comentarle que Ernesto de Villaverde vendría a visitarla. «No es una opción, hija, no dejaré que seas segundo plato», le dijo. Ella se extrañó, pues que supiera, Ernesto andaba loco por ella y jamás lo había visto mirar a otra. Por eso pensó en él, por eso y porque, dada la relación de ambas familias en los negocios, su padre no se podría negar a que lo recibiera.

—Ya ha llegado —la interrumpió la voz de su madre. Esta se acercó y tomó asiento en la butaca blanca que había a su lado—. Está hablando con tu primo abajo, me lo ha dicho el mayordomo. Por suerte, tu padre ha salido.

—¿Por qué por suerte? —preguntó Adelaida dejando a un lado el libro mientras se complacía al saber que todo marchaba como esperaba.

—Mira hija, es normal que te pretendan, eres bella y Ernesto probablemente será el primero de una larga cola. Pero...

—Mamá, tampoco es que me quiera casar con él.

—Por eso es mejor que no esté tu padre, no queremos que le haga una petición formal. Si él aceptara, te sería difícil negarte. He hecho llamar a Tea para que nos acompañe, así parecerá que viene a saludar a la familia.

Adelaida asintió. Las voces de los dos jóvenes se oían ya. Si Ernesto le había dejado claro a Álvaro que era ella la que había mostrado interés, quizá no necesitara más visitas. Si no..., ya pensaría en algo.

—Querida tía —dijo Álvaro jovial—, mira quién ha venido de visita.

—Señora De Oristrell, señorita —se adelantó Ernesto haciendo una reverencia mientras miraba a Adelaida—. Disculpen que venga así, sin anunciarme...

—Ha sido culpa mía, tía —interrumpió Álvaro—. Yo despedí al mayordomo y decidí hacer su trabajo.

—Bien hecho. Ernesto es como de la familia, ¿verdad? Y desde luego, siempre bienvenido en esta casa —dijo Águeda devolviéndole el saludo con una inclinación de cabeza.

—Gracias, señora —respondió él mientras repetía la reverencia ante Adelaida.

—Bien, siéntese —dijo Águeda señalando el canapé, que quedaba junto a ella.

De soslayo, se percató de la expresión de su hija: era un mohín sutil, pero suficiente para una madre. «Ya entenderá que no le dejo sentarse a su lado por su bien», se dijo.

—Álvaro, ¿no te quedas con nosotros? —preguntó Adelaida al ver que su primo permanecía de pie.

—No, no, si me disculpan, tengo trabajo que atender.

Adelaida perdió la sutileza del disgusto en su rostro por un instante, pero recuperó la compostura en cuanto notó la mirada de su madre. Con ella delante, y sin Álvaro, no podía ejecutar su plan, y él sólo la había mirado para marcharse. Tendría que ir más allá.

\* \* \*

Doña Graciana había añadido unos postizos negro azabache a su recogido pelo canoso en un alarde de coquetería que podía rayar el ridículo, pero le daba igual. Estaba en su casa, podía actuar como le apeteciera y, en todo caso, enterarse de las habladurías que por ahí circulaban acerca de sus rarezas, e incluso imaginarlas, le resultaba muy entretenido.

Tomás de Alancastre aguardaba en el vestíbulo, absorto con aquella pintura de una Venus desnuda, de espaldas, que el difunto Marqués no hubiera permitido tener tan a la vista, aunque estaba púdicamente tapada. De joven, doña Graciana jamás se hubiera fijado en un muchacho tan refinado, de apariencia tan débil... Aunque debía admitir que era bello, de facciones rectas y proporcionadas. Y precisamente por su falta de vigor, y por sus gustos por la música y el arte, claro, le parecía de lo más adecuado para Gabriela.

En cuanto Tomás se percató que se aproximaba por el pasillo con la ayuda de su bastón, se acercó a ella y, tras una reverencia, dijo:

—Doña Graciana, no hacía falta que saliera usted hasta aquí para recibirme.

—¿Y cómo no? Me gusta atender a mis invitados desde la puerta. Me parece poco hospitalario que recorra mi casa detrás del servicio. Vamos, vamos al salón.

La Marquesa agarró al joven del brazo y avanzaron. Al doblar la esquina, la viola da gamba irrumpió con un lamento y doña Graciana se conmovió.

—¿Está aquí Álvaro de Oristrell? —preguntó Tomás a la espera de que sonara el acompañamiento del clavecín.

—Pues para serle sincera, no lo sé. Los mellizos pueden entrar en mi casa cuando quieran, sin necesidad de ser anunciados.

—Su relación es muy estrecha.

—Son la alegría de mi vejez.

De pronto, un carraspeo se interpuso a la música melancólica que dejaba oír la viola y ambos se volvieron.

—Disculpe, señora Marquesa. Diego de Oristrell pregunta por usted —dijo el mayordomo.

Doña Graciana miró a su joven invitado con una sonrisa:

—Ya sabe mis costumbres. Vaya, pase usted mismo al salón.

—Gracias, Marquesa, por su confianza.

—Doña Graciana, querido —dijo ella, ya de espaldas.

Ambos desaparecieron por la esquina y Tomás retomó el camino. Pero no pudo evitar detenerse ante la puerta de donde provenía la música. Esta se había convertido en una danza repleta de nostalgias, como si la alegría que buscaban imprimir las notas se desvaneciera en un paraíso perdido. La sensibilidad de Álvaro le evocó a Gabriela. ¿Le habría contado lo sucedido? ¿Lo habría compartido hasta tal punto que él pudiera reflejar de aquella manera los sentimientos de su hermana? Sin pensar, en un impulso, entreabrió la puerta. No quería molestar, pero la curiosidad por ver la expresión del intérprete le superaba.

Mas cuando vio lo que había dentro, sintió que el corazón se le aceleraba y tuvo que ahogar una exclamación. Mantenía la postura, con la viola entre las piernas, pero su torso se movía poseído por la música al seguir el recorrido del arco, el sudor perlaba su frente y su expresión apasionada rebosaba sensualidad. Tomás jamás había visto algo tan inapropiado, ni cuando descubrió a Gabriela en los arrabales.

De pronto, le sorprendió el mayordomo avanzando hacia él a toda prisa y, por detrás, al otro lado de la esquina, oyó la voz de doña Graciana más fuerte de lo normal:

—Claro que está, pero no vaya tan rápido, por favor. Soy una anciana, tenga consideración.

\* \* \*

Águeda entró en su salón privado y se descalzó. Se acercó a la mesa y se sirvió un poco de vino, pero su aroma le recordó a Ernesto: «¿Tan temprano y ya había bebido?» Sabía lo que significaba aquello, lo había vivido en sus carnes, por lo que dejó la copa y se fue hacia el ventanal. Suspiró ante el día claro que iluminaba la deslucida fachada del palacio de la Marquesa del Valle de Orizaba y se dijo que no podía esperar a que Gabriela hubiera sido tan tonta como para volver a hacerlo una vez descubierta. Tenía que tomar cartas en el asunto, y más después de que la visita de Ernesto le abriera los ojos.

Por suerte, Tea, con su habitual buen ánimo, había animado la conversación, pues Adelaida se había mostrado esquiva, aunque intentara disimular. Si no hubiera observado otras cosas, estaría contenta: le había dejado claro al hijo del Marqués de Villaverde que gozaba de pocas oportunidades. Y dado que Diego no lo tenía como primera opción, se sentía aliviada, pues todos sabían de la fama de aquel chico. Pero intuía algo que la inquietaba: los sorprendió a punto de besarse, y aquel día en que Adelaida lloraba amargamente frente al clavicordio sin poderle explicar la razón cuando siempre se lo contaba todo... Por suerte, Álvaro no parecía estar interesado. Pero estaba casi segura de que su hija lo amaba, y no como una prima se debe a un primo que es casi un hermano. Ella era bella y, si se lo proponía, podía seducirlo, no le cabía duda. Quizás incluso Ernesto era parte de su plan, pero estaba jugando con fuego: si Diego lo descubría, podía llevar a su hija a un matrimonio desdichado.

Águeda se volvió y, al final, tomó la copa de vino. Debía acelerar las cosas y, dado que su esposo ni siquiera le había comunicado a quién tenía en mente para Adelaida, sólo le quedaba Tomás de Alancastre para que su hija se dejara de tonterías. «El Virrey no se enterará —pensó—, pero su hijo... Sólo he de facilitar que Gabriela salga una vez más.»

\* \* \*

Toda mía. La viola da gamba no imponía distancia, se aferraba a mí para convertirse en parte de mi cuerpo. Y, como tantas otras veces, vaciaba mi alma de todo pesar para guardarlo en su vientre abultado cuando no tuviéramos más remedio que separarnos. ¡Cómo la necesitaba aquel día! No podía creer que mi tío se conformara con que me dejara pretender por Tomás, aunque el castigo era obvio y no podría ni siquiera despedirme de la anciana Pura.

De pronto, la puerta se abrió con brusquedad y apareció Tomás. Su rostro parecía desencajado. Sin darme tiempo a reaccionar, se acercó a grandes zancadas y me arrebató la viola y el arco, mientras por detrás de él entraba el mayordomo de doña Graciana.

—¡Dámela! —ordenó.

Obedecí, ruborizada, pues ni siquiera me había dado cuenta de que podía ver mis medias blancas, casi translúcidas. Debía darle una explicación, si no mi tío...

—Tomás, yo...

—Calla —dijo mientras se sentaba en una butaca frente a mí.

Sujetó la viola entre las piernas e, inquieto, miró hacia la puerta, por donde aparecieron doña Graciana y Diego.

—Mírela, aquí está, como le dije, en buena compañía.

—Señor De Oristrell, espero que no le moleste, ha sido una coincidencia —se apresuró a decir Tomás.

—Por supuesto que no —respondió Diego, complacido—. Sólo quería avisar a Gabriela de que su clase con el maestro Sumaya ha quedado pospuesta.

Mentía, no tenía clase con el maestro, ni siquiera sabía si la volvería a tener. Había venido por desconfianza. Miré a Tomás, que cogía torpemente el arco de la viola, y sonreí. Me había rescatado de su furia.

—Gracias, tío, por avisarme. ¿Me puedo quedar entonces un rato más?

—Claro —dijo él—. Te espero para el almuerzo, y si se nos quiere unir, señor De Alancastre, para nosotros será un honor.

Apenas quedaban algunos arbustos y el terreno se había convertido en un pastizal, donde se repartían los pozos que daban entrada a la mina. El día se había levantado soleado, pero las nubes tomaban ya el cielo y amenazaba lluvia de nuevo. Aun así, hacía calor. El capataz se quitó el sombrero de paja y se secó el sudor de la frente. Bajo sus pies ya se empezaban a formar laberínticos túneles donde los mineros, todos esclavos negros comprados de contrabando a los ingleses, estarían más frescos. Había reducido el número que debía bajar aquel día, aunque no por gusto, sino porque no tenía otro remedio. Sin embargo, pensaba que así protegía la inversión de su señor, aunque en la mina nadie conocía su identidad. El capataz ordenó al encargado que estuviera atento para cubrir los pozos, no quería que un chaparrón inundara los túneles como ya le sucedió la semana anterior. Luego se puso a la cabeza de los trajineros indios, dio la señal y las carretas llenas de mineral veteadas de plata avanzaron hacia la zona boscosa.

Aquel sistema era más lento de lo habitual, obligados a avanzar en hilera entre los árboles, pero él no era quien para contravenir órdenes, y menos con lo que le pagaban por su trabajo y por su discreción. A medida que avanzaban, el senderillo se hacía más transitable a fuerza del uso dado los últimos meses, pero esto no le evitó dar algún que otro latigazo al aire entre los lamentos de los indios, que tropezaban con las raíces. Pero evitaba dañarlos, pues eran frágiles por naturaleza, no como los esclavos. Y aunque el negocio había empezado renqueante, la buena inversión y la calidad que al final había demostrado la mina hacía que no le sobraran trabajadores, al contrario. Además, se le había prohibido explícitamente contratar a nadie más para que no se extendiera el rumor de lo que hacían allí y, por ello, todos los indios eran jóvenes, solteros y sin familia, tal y como se le había ordenado.

El sonido de las mazas se hizo cada vez más intenso y al fin alcanzaron el claro, donde el olor de la sal, el azogue y la piedra húmeda se mezclaba con el hedor de las heces de las mulas y la letrina. De entre las chozas donde dormían trabajadores y esclavos sobresalía un techado de ramas hacia el que avanzaron por un amplio camino. Sin embargo, el barro les dificultaba el avance y el capataz no pudo reprimir un reniego. Pasaron por delante del granero, la única construcción sólida, hecha a base de madera. Por suerte, el maíz jamás faltaba; en ninguna de las minas en las que había trabajado antes los esclavos estaban tan bien alimentados y los indios compraban tan barato. Aun así, toda precaución era poca y saludó con la cabeza al fornido vigilante, armado con un mosquete, que guardaba las provisiones.

Al fin, llegaron bajo el techado: un patio repleto de ordenados montones de veinte quintales de harina de mineral, las tortas. Hizo señal a los trajineros para que dejaran su carga al lado de la molienda y estos volvieron a avanzar en hilera para descargar. Un molino sería mucho más práctico, pero no hacía ni un año que habían empezado y no se había atrevido a hacer tal pedido al hombre en México que se encargaba de pasar sus mensajes al dueño. Por suerte, aquel día había podido reforzar la molienda con los esclavos que no había enviado a la mina, más fuertes que los indios. Pero ¿cuánto podría aguantar así sin que la extracción se resintiera?

Serpenteó entre las tortas, esquivando a los indios que se afanaban en humedecer las recién amontonadas, mientras otros las cubrían con sal. Se acercó al encargado del patio y le preguntó:

—¿Ha llegado ya?

Este negó con la cabeza y el capataz acarició su larga y espesa barba, extrañado. Observó cómo, al otro lado del patio, los indios trillaban las tortas que ya hacía un par de meses habían sido mezcladas con las últimas reservas de azogue. Aún les quedaba otro mes para ser lavadas y poder separar por fin la plata limpia. Aun así, estaba preocupado. Hasta entonces habían tenido azogue incluso en mayor cantidad de la que necesitaban. Pero el envío que esperaban no llegaba. Por eso había frenado la extracción, pues sin azogue y sin sal era imposible limpiar la plata del resto de minerales a los que venía pegada. Aun así, podían quedar parados, y entonces, ¿qué importaría que la extracción fuera más lenta o la molienda más rápida? «Debería escribir», se dijo con una mueca de disgusto. Sin embargo, le hubiera gustado hacerlo directamente al dueño de la mina, pues ¿y si su hombre de confianza, el que les proveía, hacía negocio por su cuenta con el azogue? Aquello pondría en peligro su puesto, ya que podía culparlo de robar a él, pero ¿qué otra opción le quedaba? «Si me culpara, siempre puedo amenazarlo con irme de la lengua», concluyó.

El sol entró a raudales cuando se abrieron los pesados cortinajes y me desperecé con los ojos cerrados para saborear aquella sensación diferente con la que había despertado. «Tomás.» Su nombre danzaba en mi mente y me traía una fragancia amaderada como la de los abrazos a mi viola da gamba. ¿Era posible? Tras confesarle que mi hermano me había enseñado a tocarla en casa de doña Graciana, tras explicarle que aquel instrumento me sedujo desde el principio, él había manifestado su admiración por lo que consideraba valentía y se lamentó de adolecer de ella para enfrentarse a sus inclinaciones poéticas. La conversación había transcurrido fluida, armónica, como siguiendo una partitura que descubríamos a cada momento, y me daba cuenta de cuán desacostumbrada estaba a ello dentro de los círculos en los que nuestros tíos nos habían encerrado. Esto me recordó lo que perdía al quedarme vedadas mis salidas, pero sentía que Tomás podía hacer que todo fuera distinto.

—Buenos días, señorita. El agua de la jofaina ya está lista.

Aquella voz extraña me sacó de mi ensoñación y abrí los ojos. Frente a mí, Cecilia, una joven de la limpieza con la oscura piel de su rostro picada por la viruela, me sonreía.

—¿Y María? ¿Está indispuesta? —pregunté.

La sonrisa de la muchacha se esfumó y bajó la cabeza mientras respondía:

—Ya no trabaja aquí, señorita. Pensaba que le habían dicho que yo seré su nueva doncella.

«¿¿Cómo!?» Me incorporé al instante.

—¿He hecho algo mal, señorita?

—No, tú no —respondí mientras abandonaba precipitadamente la habitación.

Mi tío no había hecho nada al verla conmigo en la callejuela de Santiago Tlateloco, al fin y al cabo, sólo cumplía órdenes. Pero debería de haberme imaginado que Águeda la utilizaría para castigarme. Jamás le había gustado nada que procediera de la hacienda, y Tea me había dicho que si María permanecía a mi servicio era por imposición de su padre. La angustia se apoderó de cada uno de mis acelerados pasos por el pasillo. Prefería mil veces la vara de mi tía a aquello. ¿Qué había sido de María? ¿Dónde estaba? ¿Por qué no me había dejado siquiera despedirme? ¿Qué iba a hacer sin ella? Los antepasados que colgaban de las paredes se tomaron imágenes borrosas y noté cómo las lágrimas resbalaban por mi rostro.

De pronto, alguien me sujetó por los hombros con fuerza y me sacudí para zafarme. Me quedé contra la pared y me cubrí el rostro con las manos para protegerme.

—Gabriela —musitó una voz dulce mientras me tomaba las manos para obligarme a mirar—. Soy yo, tu hermano. ¿Qué ha pasado?

—Han echado a María sin ni siquiera decírmelo —respondí mientras relajaba mi cuerpo y me dejaba abrazar por él.

—¿E iba a ver a Águeda en camisón? —preguntó—. ¿No ves que es peor?

Me separé de él.

—¿Qué quieres que haga? María no tiene la culpa. ¡No es justo!

—A ellos no les importa, Gabriela. ¿No te das cuenta de que precisamente eso es lo que quiere, que vayas a verla enfurecida? Como cuando la abuela... —su voz se quebró y suspiró para añadir—: No vuelvas a pasar por eso, por favor.

—Pero no sé ni dónde está.

—Dime dónde puedo encontrar a Francisco. Si no está con él, seguro que lo sabe... Soy un hombre, me puedo escabullir mejor.

\* \* \*

El gran ventanal del estudio permanecía abierto, así como la puerta que daba a la segunda planta del pórtico del patio. Aun así, no corría nada de aire y, acalorado, Álvaro se quitó la peluca y la dejó encima de la mesa. Se despeluzó el cabello, se secó el sudor de la frente con un pañuelo de algodón y volvió sobre el documento que tenía ante sí. Pero no había mirado mal, la cifra persistía, y su rostro se ensombreció.

Como una suave brisa, de la planta superior llegaron las notas del clavecín entonando dos lágrimas que presagiaban el torrente del llanto, pero la melodía se interrumpió con brusquedad y Álvaro suspiró apesadumbrado. Si Gabriela no podía ni tocar, es que estaba más afectada de lo que creía. Hasta antes del almuerzo no podría salir a buscar a María y, aun así, sabía que sería un vago consuelo para su hermana. Sin su doncella, con sus tíos más pendientes de ella que nunca, ni siquiera el palacio de doña Graciana sería refugio seguro a partir de ahora, y él no podía hacer nada por ayudar. Y aún menos podría si aquello que tenía entre manos no era fruto de un error de Antonio. «Por lo menos tiene a Tomás de Alancastre», se dijo. La noche anterior, Gabriela le había contado lo sucedido con la viola da gamba y, sumado a lo que ya sabía de ella, el hijo del Virrey se le aparecía como un buen pretendiente para su hermana. Pero no le hacía gracia que ella se casara por escapar y, dada la situación en la que se hallaba, cada vez más cercada, se podía ver impulsada a ello. «Y yo me quedaré aquí solo —pensó—. Hasta los veinticinco, cuando al fin pueda hacerme cargo de la herencia de mi padre.»

Tenía que resolver aquello, era su única salida. Se colocó la peluca de nuevo, se levantó y tomó la casaca del respaldo de la silla para ponérsela. Plegó el documento que tenía sobre la mesa y lo metió en uno de los bolsillos antes de salir del estudio. Los naranjos del patio le devolvieron el fresco aroma del azahar y aguzó el oído. Le pareció distinguir la voz de Tea en el piso superior, junto a la de su hermana, y se sintió reconfortado. Era una suerte que su prima pequeña fuera tan diferente de Adelaida.

Rodeó el pórtico con decisión. Sabía que no era prudente dirimir aquellos asuntos tan cerca de Diego, pero necesitaba una explicación y siempre podía inventar alguna excusa. Sin embargo, antes de enfilar el estrecho pasillo que conducía al estudio de su tío, se topó con Antonio.

—Justo iba avisarle —dijo este con un desenfado que irritó a Álvaro—. El señor le requiere.

—Bien, quizás antes puedas explicarme esto.

Álvaro sacó el documento de su casaca, lo desdobló y señaló la cifra correspondiente a los ridículos beneficios de la última remesa comprada a los ingleses. Antonio la miró y respondió:

—No vi útil contabilizar la cantidad real.

—¿Esta no es real? —se sorprendió Álvaro, haciendo un esfuerzo para no gritar.

—El señor De Villaverde tomó lo que falta, que era incluso algo más que la remesa anterior, pues hemos vendido más.

—¿Y por qué le dejaste?

—Yo cobro por hacer que todo parezca legal, no por decirles lo que deben hacer con el dinero, mi señor.

Álvaro arrugó el papel y se lo volvió a meter en el bolsillo. Debía controlar la situación o aquello se les podía ir de las manos.

\* \* \*

—Está en casa de una tal señora Pura. ¿Te suena?

Dejé de tocar y miré a Tea. Sus rizos parecían danzar alrededor de su pecoso rostro mientras, sonriente, rodeaba el clavecín y se sentaba al lado de la chimenea apagada. Mis ganas de llorar se disiparon, pero no el dolor. Con María se había ido la parte de mí que aún conservaba a la niña de la hacienda, raíz y simiente de la verdadera Gabriela que había crecido agazapada bajo la dama que deseaba mi tía. Tea se acodó en el brazo de la butaca. Me miraba en silencio mientras su sonrisa se desvanecía a la espera de una respuesta. Yo me levanté y cerré la puerta de la sala de música.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté con cierta suspicacia.

—Mi madre me dijo que la acompañó la cocinera. Puede haber sido desconsiderada al no dejaros que os despedierais, pero le dio buena paga y no la dejó ir sola.

Asentí mientras mi mente intentaba buscar la forma de hacerle llegar un mensaje. Seguro que entendía que la utilizaban para castigarme, pero me parecía injusto que estuviera preocupada por ello, y necesitaba saber que estaba bien.

—¿Por qué no me dijiste lo que hacías, Gabriela? Podría haberos ayudado, haber estado atenta a mi madre. Siempre me acabo enterando de todo, lo sabes.

Le sonreí con amargura y volví a mi silla, ante el clavecín.

—Y ahora, tú estarías castigada, Tea.

—O no. Conmigo no son muy severos, nadie me hace demasiado caso ni me toma en serio. Por eso me he enterado de que escapabas a los arrabales mientras decías que estabas en casa de doña Graciana. ¿Ella también lo sabía? —preguntó con tristeza.

Me levanté, me acerqué a mi prima y me agaché ante ella para acariciarle la mejilla mientras respondía:

—No es que no confíe en ti. Sólo quería protegerte.

—Ya tengo quince años, no soy tan pequeña y tú necesitas más protección. A mi madre no le has gustado nunca, y no le hace ninguna gracia que te venga a visitar Tomás. Así que, lo que sea que escondas en tu cuarto, mejor lo sacas. Yo no me fiaría de tu nueva doncella. Y ya sabemos lo que pasó cuando murió la abuela...

—Son partituras —dije sentándome en el suelo, vencida—. Ya no tengo nada más que esconder.

Tea dejó la butaca y se sentó a mi lado.

—Eso enfurecerá a Adelaida, y más si son de tu hermano. Podemos sacarlas y llevarlas a casa de doña Graciana. Yo te acompañaré a partir de ahora, es decisión de mi padre.

Asentí mientras dos lágrimas agradecidas asonaban a mis ojos.

—No te preocupes —dijo Tea tomándome las manos—. Iremos a ver a María después de tu clase con Sumaya.

\* \* \*

Diego revisó las cuentas de sus tres minas de plata y buñó al ver el precio del azogue para el derecho de patio. Aun así, no podía hacer nada o, simplemente, en aquellos momentos, no le convenía. El comercio de azogue estaba bajo el control de la Corona y, aunque el Virrey había hecho más esfuerzos que sus antecesores por controlar el contrabando, como el aumento de vigilancia en la Laguna de Términos por donde pasaba el palo de tinte a manos inglesas, era imposible controlar el flujo de entradas y salidas de mercancías en la Nueva España, incluido el valioso material, los esclavos e incluso, le constaba, la plata. Bien podría conseguir azogue de contrabando; con tres minas, resultaría más fácil que cuando empezó a camuflar las cuentas para comprar una parte legalmente y rebajar algo sus costes. Pero con Tomás de Alancastre detrás de su sobrina, desde luego, no era el momento. Además, aún le quedaba el cuarto terreno y ya ajustaría las cuentas con el comercio del vino y el aguardiente, menos vigilados y, con la ayuda del Marqués de Villaverde, por largo tiempo rebajados de impuestos.

Oyó pasos en la antesala de su estudio y levantó la vista del papel. Tenía cosas más importantes que solucionar. Antonio llamó a la puerta dos veces, como de costumbre, y anunció a su sobrino. Diego se recostó sobre el respaldo de la butaca y cruzó los brazos sobre el pecho mientras Álvaro entraba. En cuanto este se llevó las manos a la espalda y lo miró, el tío fue directo al grano:

—Le has pasado dinero a tu hermana, sé que el caballo no fue regalo de Ernesto... ¿De dónde lo sacas? Todo lo que gastas está muy por encima de tu asignación.

—Esta vez no es su dinero, tío. Me lo he ganado yo —respondió Álvaro irguiéndose.

Diego se puso en pie y rodeó la mesa para apoyarse en el borde de la misma mientras escrutaba a su sobrino. Ambos habían vivido aquello antes, sólo que el tío ahora no tenía una vara entre sus manos.

—¿Eso era todo, tío? ¿Me puedo retirar? Creo que ya ha sido suficiente castigo para Gabriela echar a María, y a mí no me puede criticar por proveer a mi hermana.

Diego se indignó ante tal insolencia.

—Sabías lo que hacía, que escapaba...

—¿De usted? ¿De su esposa? Por supuesto. Pero siempre protegida, eso se lo aseguro. Si no, jamás la hubiera dejado.

Diego alzó la mano para darle un bofetón, pero Álvaro lo sujetó antes y le miró desafiante. El tío se zafó del sobrino, y aunque le sobrepasara un palmo, se acercó cuanto pudo a su rostro y masculló:

—¿Y el escándalo que implica? Como cabeza de familia deberás velar...

—Por su felicidad. Es todo lo que haré —le interrumpió Álvaro sin moverse—. Lo demás es dinero, incluso el honor. Usted siempre me ha dicho que mi padre lo compró al adquirir Santa Cecilia. Y el dinero se gana y se pierde. Todo va por rachas, ¿no?

Diego dio un paso atrás. Debía admitirse que el chico tenía razón, pero le hirió aquel vocabulario que sólo confirmaba sus peores sospechas y, de pronto, sintió miedo. No quería que el hijo de su hermano acabara de aquel modo, ni que el trabajo de todos aquellos años se gastara en hundir el honor de la familia.

—¿Juegas a los naipes? ¿Así lo has ganado? —preguntó, seco, mientras se apoyaba de nuevo en el borde de la mesa.

—¿Cómo?

—Mira, acepto tu amistad con Ernesto porque nos conviene la influencia de su padre mientras sea miembro de la Hacienda Real. La buena predisposición no sólo se consigue con sobornos. Pero no toleraré que se diga de ti lo que se dice del hijo del Marqués de Villaverde. Ya tuvimos un jugador en esta familia y no volverá a suceder. ¿Lo entiendes? Deja los naipes y no me obligues a impedírtelo personalmente.

\* \* \*

Sumaya detuvo al mayordomo cuando este estaba a punto de abrir la puerta y le hizo una señal para que se retirara. No quería interrumpirla. Era una melodía atribulada y compungida, llena de matices en la intensidad, hasta que los acordes fueron desgranando pena y culpa para acabar en una lágrima solitaria. «Piense que las cosas no han sido fáciles para nosotros.» ¿Era aquella música un reflejo de sus sentimientos? No había vuelto a oír a Gabriela desde el encuentro en casa de la Marquesa del Valle de Orizaba, pero aquella improvisación, creativa más que técnica, persistía, aunque tal como le advirtiera su hermano, continuaba sola, entre sus propias murallas.

El maestro Sumaya abrió la puerta y entró a la sala de música. No había ningún papel frente al clavicordio que guiara el bajo continuo. De nuevo, la inventiva del alma con una pieza desconocida para él, que guardaba sus partituras de la catedral y tantas había llegado a manejar a lo largo de su vida. ¿Sería un nuevo trabajo de su hermano? Entonces le vino a la mente cómo las nuevas piezas del hermano reflejaban cuanto había enseñado a Gabriela y recordó algo que Álvaro dijo el día en que la conoció. ¿Podía ser aquel el motivo? «Eso lo explicaría todo», concluyó.

\* \* \*

Cecilia, en el rincón que ocupara María, intentó disimular un bostezo en cuanto toqué la última nota. Luego, silencio, y con él, el dolor que se había apoderado de las teclas pareció escapar del clavecín para volver a mi pecho. Pero ya no era tan punzante, tras la música se quedó en una opresión sostenida con las esperanzas que me había dado Tea. Una vez, sólo una me bastaría. No dejaría que se arriesgara más.

De pronto, la puerta se abrió y apareció el maestro con el tricordio entre sus manos. Su mirada se clavó en el instrumento, ausente por unos instantes, luego la bajó, pensativo, y al fin, con una sonrisa amable, me saludó. Me alegraba de que hubiera venido, pero con amargura, pues en aquel estado dudaba de poderle dar aquello que me demandó en nuestra última clase. Él dejó el sombrero y tomó asiento a mi lado.

—La pieza para teclado que tocaba era muy bella, Gabriela. ¿De su hermano? —Asentí con recelo y él añadió—: Parece que está más cómoda con sus composiciones. En ellas sí que se libera usted, como el día del encuentro en el palacio de la Marquesa.

—Siempre hemos estado muy unidos —me expliqué aliviada. Él sabía que era capaz de hacerlo, por eso había vuelto, por lo que añadió—: Pero sé que puedo aprender más, usted me lo ha enseñado, maestro.

Este se volvió y, por primera vez, miró a Cecilia.

—¿María enfermó? —preguntó de pronto.

—Ya..., ya no trabaja aquí. Es mi nueva doncella —balbuceé dolida y desconcertada.

—Su tía se la ha asignado, claro —dedujo mientras me dedicaba una mirada compasiva. Luego se inclinó hacia mí y añadió en un susurro—: Su hermano me dijo que la pieza que tocó usted en la fiesta no la había compuesto él, Gabriela.

Me retiré un poco hacia atrás, de pronto incómoda ante la cercanía. ¿Qué pretendía Sumaya?

—Dígame la verdad —insistió entre susurros—. Él no compone, no ha compuesto nunca. No mentía el día que la conocí, cuando dijo que usted en verdad es la compositora de la familia.

—Y usted y Nuño rieron —respondí con indignación. ¿De que servía ya ocultárselo?

—¿Por eso utiliza a su hermano, porque no la tomarían en serio?

—Es una razón, sí. ¿Hubiera juzgado la obra igual a sabiendas de que es una mujer quien la ha compuesto?

Sumaya se apoyó en el respaldo de su silla y asintió.

—Tiene usted razón, obviamente nos reímos ante la idea y le debo una disculpa. No sería la primera mujer compositora ni la última. En la corte francesa hay una bajo la protección del mismísimo rey Luis XIV. Elisabeth-Claude Jacquet de la Guerre, una gran clavecinista, por lo que tengo oído.

—¿Y me asegura que no es un juguete del Rey, una curiosidad, que no se valora su obra precisamente por ser mujer?

Sumaya se incorporó y se acercó de nuevo.

—¿Y si a ella le da igual, Gabriela? Porque ella sabe de la calidad de su obra, pues refleja lo que siente y observa, como usted. Y gracias a que todo el mundo lo sabe, puede desarrollar su talento. Es libre de hacerlo, ¿lo entiende?

Me acerqué a él. Lo entendía, o eso creí en aquel momento, pero yo no era libre, por lo que respondí:

—Con la ayuda de mi hermano y de doña Graciana puedo hacerlo yo también.

—Sin exponerse.

—Sin ponerme en peligro.

Sumaya suspiró y miró de nuevo a Cecilia, que estaba adormilada junto a la chimenea. Luego se volvió hacia mí y me tomó las manos.

—Gabriela, usted no es sólo intérprete. El poder de su creatividad radica en sus composiciones. Y la libertad no se la dará esconderse porque su tía así lo quiera. Se la tiene que otorgar usted misma. Sólo así evolucionará.

—No puedo hacerlo público, maestro —susurré asustada: ¿si no lo hacía, me dejaría de dar clases?—. No sabe cómo es ella.

—Lo sé. Pero a partir de ahora sólo tocaremos sus composiciones. Tiene usted un gran talento. Deje que yo también la ayude.

Águeda prefería que Tea no se hubiera enterado de las escapadas de Gabriela, pues excitarían aún más su ya de por sí volátil imaginación y aquella incomprensible fascinación que sentía por los indios desde que, a su llegada, su prima le llenara la cabeza con historias de la hacienda. Pero ¿qué otra opción le quedaba? Justo aquella atracción era su única arma en aquellos momentos, pues sabía que su hija pequeña, aparentemente siempre entre las nubes de sus ensañaciones, estaba atenta a todo cuanto acontecía a su alrededor si le servía para alimentar su fantasía. Más de una vez se había dicho que debía corregirla, pero se había contentado con contenerla, pues la dotaba de un aire de inocencia que resultaría seductor para más de uno, llegado el momento. Y dado que carecía de los atributos de su hermana, no podía subestimarlos.

Desde la cocina subían los aromas del pan ya horneándose para el almuerzo, el caldo de carnes y el pavo asado. Pero aún les daría tiempo. Apostada frente a una ventana en el pasillo que quedaba por encima de esta, Águeda vio cómo los mozos de cuadras dejaban la paja sucia amontonada y volvían a la caballeriza para abreviar a los animales. En cuanto el patio de servicio quedó desierto, Tea y Gabriela lo cruzaron, tal y como había previsto.

\* \* \*

No teníamos mucho tiempo, pues deberíamos asegurarnos estar de vuelta antes del almuerzo. Aunque prefería salir a horas en que sabía que la mayoría de damas y señores estarían en la Alameda, no era mal momento. Mientras yo estaba con el maestro Sumaya, Tea le había comunicado nuestras intenciones a mi hermano, que nos aguardaba en el palacio de doña Graciana.

—Sin Francisco escoltándote, iré yo mismo —dijo.

E intentamos que nuestra prima pequeña nos aguardara allí, pero ella se negó. Tras cambiamos de ropas, los tres recorrimos la zona palaciega siempre por las calles traseras, donde desembocaban los patios de servicio, hasta llegar a Santiago Tlateloco.

Tea no podía evitar asomarse a las puertas de alguna que otra vecindad para observar el patio interior y el deambular de castellanos, mestizos e incluso mulatos entre las casas que rodeaban los patios centrales de las mismas. Atravesamos una calle repleta de talleres de zapateros, que moldeaban el cuero para elaborar botas de montar, humildes sandalias o elaborados zapatos de hebilla. En una esquina, una mujer preparaba y cocía tortillas de maíz que vendía a los viandantes y su aroma llegaba hasta nosotros. Tea parecía entusiasmada más que asustada, por lo que no me pude contener más y le pregunté:

—¿Por qué lo haces? Arriesgarte así... No tienes necesidad.

—O sí, Gabriela. Quizá no sois los únicos que os sentís enjaulados —respondió ella sin perder la sonrisa—. Para mi hermana he sido un juguete toda la vida, como una muñequita, y eso estaba bien de niña, hasta que la hartaba, claro. Y a mi madre, ¡mejor no irla con demasiadas preguntas! En cambio, vosotros, incluida María, jamás me habéis recriminado por mi curiosidad. Por eso también me gustaría despedirme de ella, si ya no la he de volver a ver jamás.

Al oír aquello, mi hermano le rodeó los hombros con un brazo y la besó para luego exclamar:

—¡Primita, no dejes que te cambien nunca!

Luego se acercó a la mujer de la esquina, que enseguida me saludó, y ante el entusiasmo de mi prima no pudo resistirse a comprar tres tortillitas. Mientras las comíamos, giramos para dar a la calle de los curtidores. Las casas se iban empobreciendo a nuestro paso, a medida que se acercaban al lago. A la orilla del mismo, reconocí al hijo de la señora Pura raspando el pelo de un pellejo de vaca. Me descubrí el cabello y me acerqué.

—¡Lupita! —exclamó al verme mientras dejaba la piel—. No esperábamos verte después de que se te llevaran así la última vez. ¿Estás bien?

—Sí, gracias, Pedro. Tu madre...

El joven sacudió la cabeza.

—Ya no despierta. María está con ella, dentro. Así mi hermana puede descansar un poco.

Pedí a Álvaro y a Tea que aguardaran fuera y entré en la casa. María cambiaba un trapo de la frente de la anciana, mientras su hija dormía en una estera, en la esquina opuesta. Me arrodillé a su lado y mi amiga se llevó las manos a la boca al verme, para reprimir una exclamación. Aun así, susurró:

—¿Qué haces aquí? Tus tíos...

—María, quería saber dónde estabas, cómo estabas. Pedirte perdón por haber hecho que te despidieran.

—No seas tonta, Gabriela. No me arrepiento de haberte ayudado. Pero me preocupa tu futuro allí, y más si te sigues arriesgando de este modo. Prométeme que será la última vez.

La señora Pura murmuró entre sueños, como si acunara a un chiquillo y, con un gesto, María señaló la puerta. Yo asentí, me incliné para dar un último beso a la anciana, y salimos. Pero en la puerta descubrimos que Álvaro y Tea no aguardaban solos.

\* \* \*

No daba crédito. Después de haber sido descubierta, lo había vuelto a hacer. Tapada con aquella mantilla oscura en pleno verano llamaba mucho más la atención. Pero ella parecía no darse cuenta y saludaba a la mujer de la esquina con toda naturalidad, sin rastro de vergüenza o culpa. «¿Y por qué iba a sentirla?», se dijo cubierto él también con un amplio sombrero de ala ancha. Gabriela no hacía nada malo en sus escapadas. Todo lo contrario: su arrojo le parecía digno de admiración. Pero estaba en peligro. Que él simplemente hubiera tenido que aguardar en el lugar indicado era una clara prueba de que la joven era víctima de una encerrona.

Sin embargo, ¿sabía la señora De Oristrell que su hija pequeña estaba allí? ¿Tan mal quería a Gabriela que era capaz de sacrificar el honor de su pequeña, a pesar de la escolta de Álvaro? Avanzó tras ellos en cuanto retomaron el camino por la calle de los curtidores. No le gustaba en absoluto el cariz que estaba tomando aquello: quizá la tía no supiera nada de quien la acompañaba. Debía advertirlos. Por delante de él vio cómo Gabriela entraba en aquella casona que parecía quererse derrumbar sobre las aguas.

\* \* \*

Un hombre casi tan alto como mi hermano, cubierto con un gran sombrero polvoriento, hablaba de espaldas a nosotras mientras Tea parecía disgustarse y Álvaro se alarmaba. El chaleco, de costuras roídas, entallaba su fina silueta y lo reconocí al instante, a pesar de estar de espaldas.

—¿Qué hace aquí, Tomás?

Él se volvió hacia mí y respondió:

—Gabriela, he recibido una carta, anónima, claro. Por eso sabía que estaba usted aquí.

—Sólo puede haber sido mi madre —dijo Tea compungida—. Me ha utilizado. Sabía que yo te animaría a venir. ¡Cómo ha podido...!

Tea se interrumpió y picó los puños contra sus muslos. Álvaro la frenó mientras yo decía:

—Hubiera venido de todos modos, en cuanto me hubiera enterado de dónde encontrar a María.

—Lo que ya te he dicho que es una temeridad —intervino esta—. Estaré bien. Francisco me ha pedido que me case con él. Viviré aquí mientras pueda ayudar y luego...

—¡Oh, María! ¡Cuánto me alegro! —exclamé abrazándola.

Ella se separó de mí y, muy seria, insistió:

—Gabriela, iré a rezar a San José el Real para que podamos vernos, pero no vuelvas por aquí, por favor. No me perdonaría que...

—Está bien, María. Te haré caso, aunque te echaré de menos.

—Puede ser momentáneo —intervino Tomás—. Quizá podamos arreglarlo más adelante.

—¿Cómo? —pregunté desesperanzada.

—Hermanita... —sonrió mi hermano. Él y Tomás intercambiaron una mirada a la que Álvaro respondió con gesto afirmativo.

—Podría pedirla formalmente en matrimonio a su tío, si a usted le parece bien —dijo Tomás. Me tomó la mano y añadió—: Conmigo sería diferente, Gabriela. Quiero que recuperes tus ganas de abrazar.

\* \* \*

Águeda aguardaba en su salón privado. Se acercaba la hora del almuerzo y se demoraban. «Mejor», se dijo. Si Tomás de Alancastre descubría el secreto de Gabriela, la rechazaría, no le cabía duda, y entonces, dado que habría desobedecido de nuevo e incluso involucrado a Tea, podría convencer a su esposo para que la encerrara en el convento, tal y como había planeado desde un principio. Y, por supuesto, para deshacer el agravio ante el hijo del Virrey, estaría Adelaida. Dio un sorbo a aquel delicado vino que entraba tan dulce y lo degustó. Al tragarlo, liberaba un sabor que le recordaba a la raíz de regaliz que tanto le agradaba cuando se la daban de pequeña para paliar los catarros.

Sólo tenía que aguardar. Por la ventana veía el decrepito palacio, del que le separaba una estrecha y oscura callejuela que se conocía como el callejón de la marquesa. Desde la plaza Guardiola, a la que daba su propio patio de servicio, vio aparecer a su hija primero, junto a Álvaro, que la abrazaba mientras caminaban hacia una portezuela lateral. Sabía que su pequeña estaba dolida, podía distinguirlo en su expresión. Pero era el precio que había que pagar por el bien de la familia y estaba segura de poder compensarla en cuanto todo estuviera solucionado. Por detrás, apareció Gabriela, la cabeza descubierta, sus mejillas parecían arreboladas y, para mayor sorpresa, iba de la mano de un hombre de vestimenta vulgar. Dio un trago a su copa, saboreó de nuevo el vino y sonrió: «Mejor de lo que esperaba. No era el indio, pero hay otro. Mi hija de tستیو y su hermano, cómplice, no podrá hacer nada por ayudarla. Diego enfurecerá cuando lo sepa».

La puerta lateral ya se había abierto. Tea y Álvaro permanecían en el umbral cuando les alcanzaron su sobrina y el hombre. Entonces este se descubrió y la copa de Águeda cayó al suelo. Tomás se despedía de Gabriela con un beso en la mejilla.

\* \* \*

Diego rompió el lacre, del mismísimo Vaticano, con ansiedad. Leyó el contenido de la carta, observó el documento que la acompañaba y no pudo evitar una sonrisa victoriosa. Fue hacia una de sus estanterías y sacó el aguardiente para celebrarlo. Justo cuando se estaba sirviendo, su esposa entró en el estudio sin tan siquiera llamar. Estaba hecha una furia, no intentaba disimularlo, pero a Diego no le importó: nada podía estropear su buen ánimo.

—Tenemos problemas —dijo ella.

Águeda había perdido, lo aceptaba. Quizá Gabriela ya se lo hubiera confesado con anterioridad a Tomás de Alancastre. ¿Qué más daba ya? No quería saber nada. Su única prioridad era Adelaida, y si el hijo del Virrey ya no era candidato, debía tomar cartas en el asunto.

—Siéntate y cuéntamelo —respondió Diego tomando su copa para arrellanarse en su butaca.

Ella apoyó sus manos en la mesa y dijo:

—No quiero que Adelaida se case con Ernesto de Villaverde.

—Ya te comenté que no era mi primera opción. Aunque no lo creas, antepongo la felicidad de mi hija y ya hemos oído lo que se dice de Ernesto. Tú sabes de eso más que yo.

Águeda suspiró para disimular cuánto le dolía aquella última afirmación y se sentó en una de las sillas, frente a la mesa de su esposo. Luego bajó la cabeza y confesó:

—La ronda, se han visto aquí en casa. Y ella parecía bien dispuesta a recibirlo. Creo que es por dar celos a Alvaro. Sé cuán inapropiado es lo que te estoy diciendo, pero está enamorada de su primo. —Alzó la mirada hacia su esposo—. Aceptaré que me culpes de ello, pero hay que hacer algo, Diego, o se nos puede ir de las manos.

—¿Como qué? —preguntó él, serio.

—Tu primera opción. Hay que ponérselo ante los ojos. Yo me encargaré del resto, pero debo saber quién es.

Diego asintió y, con una sonrisa, le tendió un papel que tenía en la mesa.

—Este —dijo satisfecho.

Álvaro se detuvo ante el colgador y observó la cotilla, que representaba el perfecto contorno de mi torso, especialmente encargada para la ocasión con fero de seda en lugar de lino, y el tontillo sin estrenar que debería ahuecar la falda. Luego se volvió hacia mí, aún envuelta en mi amplio camisón, sentada de espaldas al tocador, atiborrado de afeites y maquillajes y postizos de pelo natural, de un castaño prácticamente idéntico al mío.

—Ya llegó la hora —suspiró melancólico.

—No hay vuelta atrás —convine.

—La habría si quisieras, Gabriela. Sólo tendrías que decírmelo y te sacaría de aquí en un santiamén. Tengo dinero, y con la ayuda de doña Graciana podría... ¡Si hubiera tenido un poco más de tiempo!

—¡No seas loco! —exclamé con una sonrisa—. Por una vez los planes de Diego me salen a cuenta y me gustaría que tú también lo entendieras así.

Me sentía ansiosa, quería que pasara aquel día a toda prisa, pero comprendía el pesar de mi hermano. De alguna manera me perdería, nos perderíamos: por primera vez en nuestras vidas, no compartiríamos techo. Él se sentó en el borde de la cama mientras decía:

—Lo entiendo, Gabriela, y me gusta cómo te trata Tomás. Pero no me hace gracia que te cases para huir de ellos.

—Acepté por huir —reconocí—, pero él... ¿Sabes? El maestro Sumaya me dijo un día que la libertad no estaba en esconderme. Y Tomás me permite no hacerlo. Desde que empecé a tomar clases de música, probablemente esto es lo primero que hago porque quiero, y no porque me lo manda Águeda.

—Pero ¿estás enamorada?

—Le amo. Tiene que ser amor. Y es mucho. ¿Quién se casa con ello?

Él sacudió la cabeza, poco convencido. ¿Cómo explicarle lo que me daba Tomás? Desde que Diego nos sacó de la hacienda, nos habíamos desacostumbrado a recibir amor en el hogar familiar. Sólo órdenes y desdenes y rigidez de formas, como si siempre estuviéramos en una fiesta o en misa, ante toda la sociedad. Mi única fuente de espontaneidad habían sido Álvaro, Tea y doña Graciana, cuando nos dejaban estar juntos, María y las gentes de Santiago Tlateloco. Y gran parte me lo había arrebatado Águeda. Pero la ternura de Tomás, su franqueza cuando teníamos ocasión, aquellos besos furtivos en el jardín, a la sombra de los naranjos tras los que oportunamente desaparecía Tea... Durante aquellos meses él había despertado una parte de mí que había habitado como fantasma recóndito entre recuerdos, melodías y excusas para ganar espacios. Siempre asustada, por si lo descubrían, por si me lo quitaban. Pero con él no tenía miedo. Me hacía sentir ligera. Y deseaba estar con Tomás, al fin, a solas de verdad, ansiaba que me envolviera para siempre de aquella seguridad cálida que desprendía su fragancia amaderada, pues con él podría ser yo, reirme o lamentarme o soñar sin cautelas. Pero ¿podía aquella felicidad herir a Álvaro? Me puse en pie y me senté a su lado para tomar su mano.

—Lo único que temo de todo esto, Álvaro, es dejarte aquí solo, con ellos. Porque es cierto, es una salida, pero no una huida. Y lo que me da miedo es que no tengas paciencia hasta heredar. Me da miedo que tú seas el que huya.

Él sonrió con amargura y me acarició la palma.

—No te preocupes, aguantaré. Yo soy un hombre, no me controlan como a ti, aunque se lo deje creer. Ya sólo quedan cuatro años... Y yo también me tendré que casar algún día. Entonces volveré a Santa Cecilia, lo haré mejor que él, te lo aseguro. Y se dará cuenta de que toda su fortuna nada será al lado de la que yo haya cosechado por mis medios. Su legado, sus preciosas minas, irán a parar todas a la Iglesia. Y se lo diré, me aseguraré de estar en su lecho de muerte para que lo sepa. Espero devolverle el daño que le hizo a la abuela.

Sus palabras me transmitían un profundo dolor, no sé si porque podía sentir la amargura de mi hermano como propia o por el último recuerdo de mi abuela. La mujer fuerte, enjuta y enérgica que dispensaba tantas regañinas como besos y abrazos, que se prodigaba en hablarnos de nuestro padre como si con ello lo devolviera a la vida para que recibiéramos su amor... Aquella no fue la anciana que nos despidió. Se había quedado en el lecho tras lo sucedido en la hacienda. Sólo su cuerpo se levantó, exhausto, incapaz de bajar las escaleras. Se quedó ante la ventana de su dormitorio para dejar que unos ojos vidriosos observaran cómo sus nietos marchaban para no volver a verla.

—No he sido nada oportuno —comentó. Me dio un beso en la mejilla y añadió, risueño—: A la abuela le hubiera encantado verte de novia, y a la Nana aún más. Así que alegra esa cara, hermanita.

Metió la mano entre los pliegues de su casaca y sacó su flauta, decorada con las manchas del ocelote, del cual había una linda cabeza tallada cerca de la base, con las fauces abiertas. Era la que le regalara nuestro padre, a él no se la habían pillado jamás. Añoré la mía, pero sólo hasta que su boca dibujó una sonrisa traviesa:

—¿Por ellas?

Y se la llevó a los labios.

\* \* \*

Tomás sentía los calzones y las medias demasiado prietos sobre los calzoncillos, a pesar de ser del lino más fino de la ciudad. Y lo mismo le sucedió con la camisa en cuanto la camisola que la cubría quedó ajustada por la chupa. Despidió al sirviente que le ayudaba a vestirse y repasó su aspecto, a solas ante el espejo. La guirindola que asomaba por su pecho le pareció excesiva y temió que a Gabriela no le gustara, y los botones dorados y los grandes ojales del mismo hilo que cerraban la chupa de seda azul... «Ella eligió el color, como el de la primera vez que fui a verla, me dijo.» Pero no se sintió más seguro por ello. Sus pantorrillas, aunque bien formadas, se veían pequeñas, y era poco corpulento.

—La casaca te ensanchará los hombros —observó una dulce voz tras de sí.

—Madre —se volvió él—. ¿Siempre sabes lo que pienso?

Ella se acercó, sonriente, y le dio un beso en la mejilla. Luego susurró:

—Le gustarás. Me he fijado en cómo te mira, y si al principio dudaba, hijo...

—¿También lees su mente?

—Yo tardé años en mirar así a tu padre. —Le alisó el faldón de la chupa y añadió—: ¿Has hablado con ella?

—Cuando sea mi esposa, madre —respondió él, serio.

La sonrisa se borró del rostro de Leonor de Silva y asintió. De todos modos, el mal estaba hecho desde que nació.

\* \* \*

Álvaro no dejó de tocar la flauta cuando la puerta se abrió. Fui yo quien alargó la mano para que se detuviera y él se la guardó entre los pliegues de su casaca.

—¡En ropa de dormir! ¡No habéis aprendido nada! —exclamó Águeda, flanqueada por mi doncella y la de Adelaida.

—Buenos días, tía —saludó mi hermano.

—Álvaro, por favor, márchate. Tu hermana debe prepararse.

Él asintió, se dirigió hacia la puerta y, antes de salir, acarició el brazo de Águeda y dijo:

—Ha sido la última vez, una despedida, sin mala fe. No me la regañe.

Mi doncella cerró la puerta mientras la otra tomaba las enaguas y la camisa que me cubriría hasta las rodillas. Águeda hizo una señal para que aguardara un instante y se acercó a mí.

—Espero que no comprometas el honor de la familia, Gabriela. Vas a ir a vivir en el palacio virreinal. Estos comportamientos nos avergonzarían a todos.

—No se preocupe, tía, me ha enderezado bien —respondí sin poder evitar la rabia.

Ella sonrió:

—Eso pensaba. Pero me engañaste escapando a los arrabales, ¿durante cuánto?

—No creía hacer ningún mal.

—Ese ha sido siempre el problema, querida —dijo ella mientras se volvía para acercarse al armario que guardaba el vestido—. Por eso estoy aquí, para asegurarme de que hoy vas impecable. A tus padres les hubiera encantado verte casar en la catedral. Menos mal que tu tío te rescató de esa hacienda polvorienta para pulirte. Aunque no todo se puede arreglar. Espero que la cotilla disimule bien tus huesudos hombros.

Suspiré tragándome una respuesta. Ya tenía práctica. El silencio era menos doloroso. No quería darle alas para entrar en una espiral que ella aprovecharía, como siempre, para recordarme cuán huérfana era, cuánta suerte tenía por haber desterrado mi infancia. Un día, sólo aquel día. Águeda, sin borrar la sonrisa, se acercó al tocador y se sentó. Hizo una señal a mi doncella y esta se agachó para ayudarme a que me quitara el camisón, pero yo la detuve.

—¿Se va a quedar ahí mirando, tía? —pregunté.

—Por supuesto —respondió ella tomando un bote de perfume. Y mientras lo olía añadió—: Ya te he dicho que estoy aquí para asegurarme de que vayas impecable, y pienso controlar todo el proceso. ¿O acaso crees que sin mi labor contigo durante estos años Tomás de Alancastre se hubiera fijado en ti? —Dejó el perfume y sonrió—. Además, no veré nada nuevo, ¿no?

Aquella última pregunta fue como una bofetada. Me había humillado aquella vez. No serían dos. Lo había evitado durante años, y ahora no tenía ninguna vara entre las manos y no la tendría jamás de nuevo en mi presencia. Me senté en la cama y me crucé de brazos.

—No, no verá nada. Salga, por favor.

Una lámpara de araña con pátina dorada iluminaba la habitación. Bajo un majestuoso dosel de ébano con incrustaciones de marfil, la cama se veía enorme y los arcones con mi ajuar, dispuestos contra una pared, apenas le restaban espacio a la amplia alcoba. Frente a la chimenea encendida, un canapé tapizado en terciopelo y dos confortables butacas rodeaban una mesilla en la que había dispuesta una fuente de frutas, una jarra con vino, otra con agua y dos copas de fino cristal. Una delicada jofaina aguardaba al lado del tocador, que permanecía vacío a la espera de que yo misma dispusiera mis afeites. Encima del mismo había un gran espejo de marco dorado cuyas volutas recordaban a laudes y arpas. Observé mi propia imagen, prácticamente idéntica a la que despedí aquella mañana, envuelta en seda verde clara, con motivos dorados en el peto, profusos bordados en la sobrefalda, y los pliegues cayendo al suelo en una amplia cola. Sólo su borde inferior, ya sucio por el día transcurrido, marcaba la diferencia. Y mi sensación.

Estaba casada. Había pasado el día. Las fragancia de las flores que poblaban la catedral mezcladas con el olor a cera casi me marearon, pero el coro dirigido por el maestro Sumaya me había abstraído de todas las miradas posadas en mí y me había devuelto a aquella ave libre que alzó el vuelo en mi primera visita a la catedral, siete años atrás; ya no viajaría sola. El banquete en el palacio virreinal se me hizo eterno, así como las representaciones teatrales y los juegos que se sucedieron a lo largo del día. Y el porte orgulloso de Diego y las sonrisas inacabables de Águeda entre lo más florido de la sociedad de la Nueva España me parecieron hirientes. Sólo me reconfortaron los gestos de Tomás, los guiños de Álvaro y las risas de Tea y doña Graciana. Y ahora, al fin, estaba en mi nuevo hogar. Una puerta abierta en mi corazón hizo que el reflejo del espejo me devolviera una sonrisa plácida, pero el lecho tras de mí me llevó a suspirar. Estaba nerviosa.

A la espera de que alguien viniera a ayudarme para quitarme la ropa, me acerqué al bargeño que estaba en el extremo opuesto. Sobre él reposaban pluma y tintero, dispuestos para la escritura. El papel que estaba al lado hizo renacer mi sonrisa: no estaba en blanco, pentagramas vacíos poblaban la hoja de esperanzas. Lo acaricié. «No tengo nada que temer», me dije. Tomás lo había preparado todo para mi llegada y, con él, no podía ser tan terrible aquella primera noche, como Águeda se había empeñado en hacerme creer.

Llamaron a la puerta y me volví, de nuevo inquieta, mientras daba la orden para que entraran.

—¡Estás radiante!

—¡María!

—Tu nueva doncella —dijo ella haciéndome una reverencia y, mientras nos abrazábamos, murmuró a mi oído—: Ha cumplido.

Le di un sonoro beso en la mejilla y me separé.

—¿Y Francisco?

—También lo han contratado, en las obras para arreglar las partes quemadas del palacio. ¡Es capataz!

—¡Oh, cómo me alegro! Por fin las cosas irán bien.

Ella asintió mientras metía la mano en uno de los bolsillos de su falda.

—Tengo un regalo para ti. Gloria lo rescató y ahora, supongo que ya no hay peligro.

Entonces la sacó. Su colibrí, en la parte de abajo, con las alas extendidas, apenas había sufrido daños: sólo el pico era algo más corto, pero mantenía todo su color, con brillos turquesa sobre el blanco de la nube que se extendía alrededor de los seis agujeros. Emocionada, acaricié la arcilla con cierto temor. Era la misma, la flauta que me regalara mi padre de niña, la que él tocó para acompañar a la voz de mi madre, la de mi único recuerdo vivido, aquel que creí roto años atrás.

—¿La pongo encima de la chimenea, como estaba en la hacienda? —preguntó María.

Asentí, sin poder decir palabra, sin quitarle el ojo.

—Ya tendrás tiempo de tocarla —continuó ella tras dejarla—. Ahora démonos prisa, pues tu esposo llegará en cualquier momento.

María me ayudó a desvestirme. Sobrefalda, falda y peto fueron quedando en el armario. Me liberó de la cotilla y el tontillo y, mientras los dejaba en un arcón, yo me quité las enaguas y la camisa. Entonces ella trajo el camisón que mi abuela había bordado con sus propias manos, pensando en que algún día llegaría una noche como aquella. Acostumbrada a la lana, el algodón era tan fino que, al envolverme el cuerpo, me sentí igual de desnuda que sin él y, en cuanto sonó la puerta, me estremecí.

—Debe ser él.

—Ponte la bata por encima —dijo María, que la sujetaba a mis espaldas—. Y quita esa cara de susto. Si le quieres, te gustará.

María se dirigió hacia la puerta mientras yo ataba el cinturón de la bata, también decorada en finos hilos de seda por mi abuela. Tomás se quedó en el umbral, sonriente, con una bata de la lana por debajo de la cual sobresalía la camisa de dormir. Él aguardó a que María abandonara la alcoba y entonces entró. Se acercó a mí y me dio un beso, suave, sin prisa, que se deslizó por mis labios.

—¿Estás nerviosa? —susurró.

Acaricié su cabello. Siempre lo había visto con peluca. Era negro azabache, rizado y suave al tacto, y realizaba sus ojos francos.

—No me lo había imaginado así —respondí volviendo a buscar su boca.

Esta segunda vez, nuestras lenguas se rozaron y sentí que él se estremecía.

—Tú sí que estás nervioso.

Tomás sonrió, fue hacia la mesilla que estaba frente a la chimenea y me sirvió un poco de vino. Me lo dio y dijo:

—Tengo una sorpresa para ti.

Luego dio una palmada y apareció de nuevo María portando un bulto tapado con una sábana. Lo dejó apoyado en una de las butacas y se marchó. Tomás se acercó y descubrió su regalo.

—¡Una viola da gamba! —exclamé.

—¿La tocarías para tu esposo?

\* \* \*

El ambiente se había distendido. Los sirvientes, con lujosa librea, paseaban entre invitados para abastecer las mesas de pastelillos y vino, mientras los músicos invitaban a los danzantes a seguir los pasos en el centro del salón, en ordenadas hileras tan llenas de gracia como de compostura. Tras abrir el baile, los novios ya se habían retirado y Ernesto de Villaverde apuró la copa de vino para tomar otra llena del sirviente que pasaba. Probablemente no le diera tiempo a emborracharse antes de que acabara la fiesta, pero tampoco tenía por qué controlarse como hizo a lo largo del día. Ya estaba harto de las conversaciones a las que le había arrastrado su padre acerca de las negociaciones de paz que habían empezado en Utrecht o la demanda de ingleses y holandeses para que don Felipe V renunciara a sus derechos al trono de Francia tras la muerte del Duque de Borgoña, heredero de Luis XIV. Aquella guerra por el trono español le parecía interminable. Llevaban un año hablando de que tocaba a su fin y nunca acababa, y ¿qué más le daba a él que se unieran el reino de España y el de Francia en un futuro o no? Sólo tenía ojos para Adelaida, pero ella lo había ignorado durante todo el día. Ya lo habían hablado, era parte del pacto, pero no esperaba tanta indiferencia.

Ella por fin se había sentado, cerca de su madre, y parecía refrescarse mordisqueando un pedazo de piña que seguro impregnaría sus carnosos labios. Ernesto dio un trago al vino, que de pronto le pareció amargo. A Álvaro, el primero con el que danzó, le habían seguido innumerables jóvenes, casi todos los casaderos de la fiesta, excepto él. Y ahora no dejaban de acercarse, y ella no paraba de reírles las gracias sin que ni una vez lo buscara con la mirada. Al final, no lo pudo soportar más y, en cuanto Águeda se levantó, apuró el vino, dejó la copa y se acercó a Adelaida.

—Señorita De Oristrell —la saludó con una reverencia formal—. Espero me conceda el siguiente baile.

—Me tendrá que disculpar, señor De Villaverde, pero francamente estoy agotada —respondió ella agitando su elegante abanico.

—Entonces permítame acompañarla —dijo Ernesto.

Sin esperar respuesta, tomó asiento en el lugar que había dejado Águeda.

—¿Por qué?

—Era el trato, Ernesto —respondió sin mirarlo, manteniendo la sonrisa y las inclinaciones de cabeza ante los invitados que los saludaban al paso.

—Pero es demasiado. Hasta Álvaro se extrañó después del teatro, cuando pasaste sin...

—¿Le has dicho a Álvaro algo de lo nuestro? —le interrumpió ella, mirándole por primera vez.

Él distinguió un brillo de alarma en sus ojos y se apresuró a responder:

—No... No todo, por lo menos. Sólo lo que ya sabes, que nos vemos en secreto, claro. ¡Soy un caballero!

—¿Nada más?

Ernesto negó con la cabeza, extrañado, mientras ella volvía con su sonrisa de cara a los invitados. Durante aquellos meses, Adelaida había intentado darle celos a su primo sin resultado y, ahora, ya no le hacía falta. Por ello dijo:

—Bien, porque ya no habrá nada más.

—¿Qué quieres decir? Me pediste que aguardara hasta que tu prima se casara para hablar con tu padre y después de...

—De eso no se enterará jamás —replicó Adelaida con dureza—. Va a ser mi esposo, Ernesto.

—¿Quién? ¿Tu primo?

Ella asintió sin mirarle.

—Es el deseo de mis padres —respondió entre dientes, sonriente mientras a ellos se acercaba el hijo del Conde de Santiago de Calimaya y una alegre música empezaba a sonar.

—¿El baile que me prometió, señorita De Oristrell? —preguntó tendiéndole la mano.

—Pensé que se había olvidado de mí —respondió Adelaida mientras se ponía en pie.

\* \* \*

Águeda pensó que debería sentirse complacida, pero la cara de Ernesto, enrojecida por la rabia mientras su hija tomaba la mano de otro joven, la atemorizó. Sabía que se habían visto a escondidas, que meses atrás, la repentina devoción de su hija por asistir a San José el Real era mentira, y sólo había consentido porque al plan de su esposo le faltaba una pieza, y no era la bula papal ni que toda la fortuna que había amasado se quedara en la familia, sino que su hija fuera correspondida. Por eso la dejó seguir, pues entendía que utilizaba a Ernesto para dar celos a Álvaro. Hasta que Adolfo, que los había estado siguiendo todo aquel tiempo, le dijo que se habían encontrado a solas, sin la doncella. Entonces temió que Adelaida se hubiera enamorado realmente del hijo del Marqués de Villaverde, desencantada por la indiferencia de su primo.

Por eso le confesó a su hija el plan de su padre. Y había resultado: era obvio que Ernesto ya no le interesaba. Sin embargo, ¿cuál había sido realmente el cariz de la relación? Quizá se hubiera precipitado al decirle nada a Adelaida. Quizá... Lo único seguro era que se había equivocado, que debería haber cortado la situación mucho antes, sin más. El joven permanecía en la silla, con un puño cerrado, engullendo aguardiente sin importarle el decoro. ¿Hasta qué punto Ernesto había hablado con su padre sobre sus intenciones con Adelaida? ¿Podía aquello perjudicar a los negocios y al honor de la familia?

—¿Vino, señora? —le ofreció un sirviente al observar su copa vacía.

Ella asintió y se la tendió.

—¿Cuánto llevas, Ernesto?

Álvaro se sentó al lado de su amigo y le intentó quitar la copa de la que bebía, pero este se zafó, con la mirada fija en Adelaida, que bailaba despreocupada. Se tragó todo el aguardiente de golpe y sólo entonces se la dio.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —preguntó con la lengua trabada y los ojos enrojecidos.

—¿El qué?

—Por eso lo hacías, ¿no? «Ten cuidado con ella, tú no la conoces bien.» ¡Claro, la querías para ti! —exclamó alzando la voz.

—Vamos, cálmate, estás borracho —dijo Álvaro mientras lo tomaba del brazo—. Anda, vamos al jardín para que te dé el aire.

—Eso, vamos a hablar de hombre a hombre de una vez.

Ernesto se puso en pie y se tambaleó. Álvaro lo sujetó, mirando alrededor. Sólo Diego y el propio Marqués de Villaverde parecían pendientes de ellos. Con un gesto les hizo entender que él se encargaba. Casi todo el mundo estaba en la zona central del salón, mirando a los danzantes, por lo que lo condujo entre las columnas, cerca de la pared, mientras Ernesto farfullaba:

—Me la has jugado bien.

Y una retahíla ininteligible que no paró hasta que alcanzaron el jardín. Álvaro ya había pasado por aquello más de una vez y lo sacó del pórtico, donde la fresca brisa mecía las ramas de los árboles. Pero Ernesto se detuvo, se apoyó con una mano en un tronco, se curvó sobre sí mismo y vomitó todo lo que había bebido y comido a lo largo del día. Luego se dejó caer, sentado, con la espalda apoyada en el árbol, lloroso. Álvaro intentó ayudarlo a que se incorporara: le iría bien refrescarse en la fuente. Pero en cuanto lo agarró del brazo, Ernesto se sacudió.

—¡Puedo yo solo! —Se puso en pie, tambaleante—. ¡No necesito tu ayuda, traidor!

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Álvaro desconcertado.

Lo había sacado muchas veces borracho de las tascas donde se metía a jugarse todo el dinero que podía a los naipes y, aun perdiendo, jamás lo había visto así.

—Digo la verdad. Tú querías que me alejara de Adelaida para casarte con ella. ¡Eso! Y me has dejado que la cortejara a escondidas, ¿por qué? ¿Para qué? ¡Me has utilizado! No te puede rechazar porque sabes lo nuestro, eso es lo que pasa.

Apenas se tenía en pie, daba pasos adelante y atrás, para mantener el equilibrio mientras no dejaba de gesticular. Álvaro sonrió. Al día siguiente se reirían juntos, pero por lo pronto, se acercó, temiendo que cayera, mientras decía:

—Te nubla el alcohol, amigo. ¿Cómo me voy a casar con mi prima?

—No te hagas el tonto. Y ya debéis tener el permiso papal, porque tus tíos lo tienen muy claro. Me lo ha dicho Adelaida: deseo de sus padres. Tú no te atrevas, ¿verdad? ¿Hasta cuándo me ibas a engañar?

Álvaro se indignó. ¿Qué pretendía Adelaida con aquella patraña? ¿Enemistarlos, ya que no podía conseguir su amor? Pues no lo lograría.

—Hablaremos mañana, cuando estés sobrio —concluyó.

Y se dio la vuelta para regresar a la fiesta.

Apenas había despuntado el sol, pero se intuía un día caluroso. La estación seca y el paso de carretas cargadas de mineral habían endurecido la tierra sobre la que se habían sentado los esclavos. Cruzados de brazos, parecían ajenos a los gritos y latigazos del encargado de la extracción cuando el capataz salió de la zona boscosa. Sólo en los pozos del extremo sur las poleas chirriaban al extraer los capazos llenos de mineral, pero la veta más importante de la mina estaba en los del este, totalmente paralizados por aquellos esclavos que se negaban a bajar.

El capataz miró a los dos hombres que lo acompañaban, eran sus hermanos. Sólo a ellos recurría cuando necesitaba los mosquetes más allá de la guarda del granero. Pero el que le llevó el mensaje había exagerado, esperaba una sublevación, y sin embargo, todo estaba tranquilo. Aun así, no podía permitirse que bajara la extracción. Desde que meses atrás se quejara de la falta de azogue, no había vuelto a tener problemas, al contrario, e incluso habían subido el ritmo con la llegada de más esclavos negros poco antes de la Navidad. «Es porque son nuevos. Estarán asustados», se dijo. Pero precisamente por ello más valía prevenir. Dio orden a sus hombres para que los flanquearan mientras él se acercó al encargado. Algunos negros, los más cercanos a su látigo, sangraban por la espalda y los brazos, con los que se cubrían la cabeza. Enfadado, el capataz lo detuvo sujetándole con fuerza la mano y murmuró entre dientes:

—Valen demasiado dinero. ¿Descuento de tu sueldo a los que mueran? Te recuerdo que no tenemos médicos ni barberos para esas heridas.

—No quieren bajar, señor —se quejó el encargado, con el rostro enrojecido por la rabia.

—Ya lo veo. ¿Por qué?

—Por lo que he podido entender, temen un derrumbe.

El capataz sonrió y, dirigiéndose a ellos, gritó mientras señalaba al pozo:

—No peligro.

Los esclavos se miraron entre sí y murmuraron en sus extraños idiomas. El capataz, al ver que no se movían, dijo a los guardas armados:

—Haced que me sigan. —Luego, de nuevo hacia los esclavos, insistió—: No peligro, primero yo, luego vosotros. Si no...

Hizo señal a uno de sus hermanos y este disparó al aire. Los esclavos se acurrucaron unos contra otros. El capataz les indicó con un gesto que le siguieran y descendió por la escalera del pozo más cercano. Bajó el primer tramo en solitario. A sus pies veía el fondo rocoso iluminado por el reflejo de las antorchas de los túneles. Oyó fuera un par de disparos más y, cuando hizo pie abajo, vio cómo descendían ya los esclavos.

Pasó un estrecho pasillo hasta una galería de paredes sudorosas donde se amontonaban picos, palas y capazos. Los esclavos fueron entrando y tomaron las herramientas con el miedo en el rostro. Sólo uno, apenas un crío escuálido, se acercó a él arrastrando una leve cojera. Lo miraba directamente cuando le tomó de una mano y lo condujo por uno de los pasillos abiertos. El capataz se dejó guiar, mientras oía satisfecho que los demás habían reemprendido el trabajo.

Las paredes eran estrechas, el techo bajo, y por donde el chico pasaba con facilidad, él debía inclinarse y sus brazos rozaban las paredes, que rezumaban agua. Entonces, se dio cuenta de que también pisaba agua. Detuvo al muchacho. Lo había entendido. Debían de haberse acercado a un pozo. Había que dejar de picar en todos los pasillos de alrededor y localizarlo antes de continuar. Ambos se dieron la vuelta. La pared vibró, algunos cascotes se desprendieron del techo y el capataz aceleró el paso. Dieron a la galería principal justo cuando un enorme estruendo hizo que la mina se agitara: el túnel por el que habían salido se cerró escupiendo agua y tierra, las antorchas se apagaron y la galería se desplomó sobre ellos.

\* \* \*

El encargado sintió que la tierra temblaba bajo sus pies. Aparecieron grietas y corrió, serpenteando entre los pozos para evitar ser tragado. No lo consiguió. Sólo uno de los guardas armados llegó a la zona boscosa a salvo, junto a tres trajineros. De las minas del extremo sur empezaron a aparecer mineros, algunos polvorientos. Casi todos los túneles estaban conectados en un laberinto bajo tierra. «Quizás estén vivos», pensó angustiado. No podía ser que hubiera perdido a sus dos hermanos. Enseguida dio orden a un trajinero para que pidiera ayuda a los que estaban en el claro con la molienda y que le dijera al encargado del patio que cabalgara hasta Taxco en busca de algún médico. Luego tiró el mosquete y se puso a cavar con negros e indios para sacar a quien pudiera haber quedado con vida.

Las campanas de la catedral repicaron once veces y dejé la pluma en el tintero. Recorrí las notas sobre el pentagrama mientras la música fluía en mi mente cuando, de pronto, me di cuenta de que lo escrito y lo que oía en mi interior no se correspondían. Tomé la pluma de nuevo para corregirlo, pero María me interrumpió:

—No querrás hacerles esperar.

Oí cómo abría la puerta de la habitación. Tenía razón y quería despedirme de Tomás antes de salir. Dejé la pluma con un suspiro y agarré la hoja para esconderla, pero con una sonrisa me corregí: ya no era necesario. La vida me había cambiado, pero aun así, de vez en cuando, las viejas costumbres... Tomé las partituras que había seleccionado para la recepción que mi suegra estaba organizando para el mes siguiente y salí de la alcoba.

Bajamos hasta el jardín. El día era soleado y el murmullo del agua se extendía por el pórtico donde María y yo nos separamos. Ella se dirigió hacia las dependencias del servicio para avisar al mayoral del carruaje de que estaba lista y yo tomé el sendero empedrado hacia el salón privado de mi esposo. «Mi esposo.» Aún me asombraba cuando mis pensamientos adoptaban aquella palabra con tal naturalidad. En apenas un mes, Tomás se había convertido en una segunda piel, cálida, imprescindible. Su cuerpo, recién descubierto, convertía el mío en una revelación para mí misma y, dentro de la alcoba, la música fluía como el arco de la viola al rasgar las cuerdas, entre caricias y gemidos.

En la fuente, una sirvienta acabó de llenar un cubo de agua fresca y salió con tal premura que el líquido se derramaba a cada zancada. Apresuré el paso, deseosa de sus labios. El reflejo del sol que ya anunciaba la primavera parecía iluminar especialmente el rostro de Santa Cecilia en el cuadro que estaba al lado de la puerta. Me extrañó que estuviera cerrada. Él solía leer por las mañanas en su salón privado, pero la dejaba abierta si sabía que yo iba a ir, como aquel día. Dentro se oían voces y de pronto estalló el estruendo de cristales rotos. Me alarmé y alargué la mano hacia el pomo, dispuesta a entrar, pero no me dio ni tiempo a girarlo, pues la puerta se abrió y apareció mi suegra, que enseguida la cerró tras de sí.

—Querida —me dijo con una sonrisa trémula. Se acercó y me dio un beso en la mejilla—, ¿te marchas ya?

—Sí, pero quería ver antes a Tomás.

Algunos de sus rizos se habían salido del peinado, pero ella no parecía haberse dado cuenta, y su vestido estaba algo manchado a la altura de las rodillas.

—No está, ha salido, Gabriela.

—Pero no me ha dicho nada.

—Lo sé, lo sé... ¿Un problema? —respondió con la mirada baja. En el salón, se oyó un golpe—. Seguro que ha tirado el cubo. ¡Vaya mañana con el servicio! Anda, ve querida, que la Marquesa del Valle de Orizaba te estará esperando.

Y entró de nuevo al salón sin dejarme ver lo que ocurría dentro.

\* \* \*

No le hicieron esperar. En cuanto llegó ante el secretario, este le hizo pasar sin ni siquiera anunciarle. Aunque había acudido tras recibir un mensaje de uno de sus sirvientes personales de más confianza, para su sorpresa fue conducido a las dependencias de la Hacienda Real, en el palacio virreinal. Diego entró al estudio del Marqués de Villaverde desconcertado, ¿era o no era un encuentro oficial? Normalmente, arreglaban sus asuntos de forma más privada y siempre les había beneficiado a ambos.

La fina caoba con incrustaciones de ébano y marfil de la mesa rectangular emitía destellos, sin papeles ni pluma ni tintero, tan desierta como abandonada. El Marqués de Villaverde aguardaba en el extremo opuesto de la sala, sentado en una confortable butaca, con un gran ventanal a sus espaldas en cuyo horizonte se dibujaban siluetas montañosas. A contraluz, apenas pudo distinguir sus rasgos, enmarcados entre las volutas de humo del cigarro que fumaba.

—Por favor, Diego, siéntate —le invitó señalando una butaca frente a la suya.

Entre ambos quedaba una mesa baja, circular, con una vela encendida y una caja. En cuanto Diego tomó asiento, el Marqués se incorporó y la abrió:

—¿Quieres un cigarro?

Sin aguardar respuesta, tomó uno y se lo tendió a Diego. Este se lo encendió mientras su desconcierto iba en aumento. Conocía demasiado bien al Marqués como para saber que su amabilidad era pura corrección, lejos del hombre dicharachero al que estaba acostumbrado.

—Seguro que te extraña todo esto, pero es que aún no sé muy bien cómo tratarlo —continuó el Marqués dando una calada a su cigarro—. Quería preguntarte sobre el terreno que compraste hace un par de años cerca de Taxco. ¿De verdad fue un fiasco lo de la plata?

La desorientación de Diego se tornó desasosiego. ¿Acaso desconfiaba de él?

—Bien sabes que sí —respondió intentando disimular su indignación—. Para lo único que sirve es para talar árboles, y creo que bien recibes tu parte para que los arriendos a los leñadores no tengan por qué llegar a oídos de la Hacienda Real.

—Cierto, y es un buen pago, amigo. Por eso, porque cada uno cumple con su parte, digo yo que no iniciáris nada sin dejarme fuera, ¿verdad? No harías como con lo de tu hija Adelaida. Sé que Ernesto no cuenta para ti como su posible esposo, y me decepciona, la verdad. Porque claro, podría hacer la vista gorda ante ciertas cosas, por mucho que no hubiera contado conmigo, si fuéramos familia.

Diego dio una calada a su cigarro, enfadado. Sólo había comentado sus planes con Águeda. ¿Cómo podía saberlo ahora él? ¡Qué más daba ya! Al igual que su integridad, el orgullo del Marqués de Villaverde tenía un precio, sólo que en aquella tesitura le saldría más caro que si su esposa no se hubiera entrometido. Pero valía la pena pagar, por lo que respondió:

—Siempre nos hemos entendido muy bien entre los dos, no creí que hiciera falta una alianza de ese tipo. Y si supiera a qué te referes, no veo por qué no podríamos llegar a un entendimiento.

—Vamos, llegados a este punto, no te hagas el desentendido. Sé perfectamente que en ese terreno de Taxco, al final, había plata.

Diego se puso en tensión:

—¿Cómo lo sabes?

—¿Creías que el derrumbe en la mina iba a quedar oculto, como su actividad? En cuanto avisaron a los médicos, todo Taxco se enteró de su existencia, incluida la Hacienda Real. Es grave, Diego. ¿Cómo se te ocurre no declararla? Hubiéramos podido arreglar la cantidad a pagar a la Corona, como hacemos con el vino y lo demás. Pero aquí has estado intercambiando ¿qué cantidad de plata? Todo por azogue al que has sacado un buen dineral. Ahora entiendo cómo has pagado el fisco de la boda de tu sobrina sin que se resentia tu fortuna. Pero la avaricia ha roto el saco.

Diego bajó la cabeza, pensativo. No podía ser que le estuviera contando todo aquello, pero así era y en tal caso... Alzó la cabeza y miró a su amigo:

—No sabía nada. Esto lo han hecho a mis espaldas.

El Marqués de Villaverde soltó una carcajada y respondió:

—¿Ah, sí? No conozco a nadie más controlador que tú con sus negocios. ¿Quién te puede haber engañado así?

—Antonio, mi secretario, se encarga de toda la contabilidad de las minas.

—¿He de detenerlo, pues?

Diego asintió. No podía consentir que se desatara un escándalo con su nombre. Había que atajarlo de inmediato y dejar claro que era la víctima resultaba su única opción. Aun así, tenía miedo: ¿hasta dónde podía llegar aquello si la detención de Antonio les llevaba hasta el fondo del asunto? Porque con lo que cobraba su secretario, era obvio que él no podía haber empezado la explotación de una mina por sí solo.

\* \* \*

¿Qué ocultaba la madre de Tomás en el salón privado de su hijo? ¿Estaba él dentro? No podía creer que se hubiera marchado sin decirme nada... Mas todas aquellas tribulaciones desaparecieron en la sala de los pajarillos del palacio de la Marquesa. Doña Graciana aplaudió entusiasmada cuando sonó la nota final de la sonata, pero Manuel de Sumaya permanecía con los ojos cerrados. Miré a mi hermano. Había perdido peso, estaba más pálido de lo normal y le habían salido ojeras. Me preocupaba. Sabía que a Adelaida no le había sentado bien que mi suegra le pidiera a Álvaro que tocara conmigo en la recepción. No me explicaba demasiado, pero seguro que Águeda estaría aún más descontenta, ya que desplazaban a su hija y no podía oponerse. A pesar de la tensión que debía de haber en casa, me sonrió y dijo:

—Es lo mejor que has compuesto, Gabriela.

—Estoy de acuerdo —coincidió el maestro. Se puso en pie y se acercó para observar la partitura que reposaba en el clavecín—. La textura musical es muy viva, muy rica. Podría usted plantearse trabajarla para añadir algún instrumento de cuerda.

—Sí. Había pensado en algo al estilo de las sonatas trío de Corelli —respondí.

El maestro Sumaya me miró sonriente y dijo:

—En este último mes, Gabriela, está evolucionando usted mucho. Debería plantearse que en la recepción todos supieran quién ha compuesto esto.

—Es verdad, ya es hora —convino Álvaro.

—Pero te dejaría mal —apunté.

—No tiene por qué mezclarse con lo anterior, querida —comentó doña Graciana—. Incluso pueden pensar que emulas a tu hermano, y a nadie le extrañaría que compartierais talento, siendo ambos hijos de vuestro padre. Era conocido por su pasión por la música.

Suspiré, pensativa. Ya me ponía bastante nerviosa tocar por primera vez en público ante las más importantes familias de la Nueva España. Y mi esposo...

—No quiero poner en evidencia a Tomás.

—Ya te hemos dicho que es una gran sonata, Gabriela —dijo Álvaro—. Y él no es como Águeda. Piensa que tomas notas. ¿Por qué no le va a agradar que compongas? No tienes por qué esconderte más.

¿Seguro? Miré el teclado en busca de una respuesta. A mi mente acudió el último día que pasé en la hacienda, sin saber que se acercaba el final: «Pensar que he de cantar sola delante de todos me da vergüenza. ¿Y si no sale bien? No habrá voces para disimular el fallo», le dije a la abuela. «No siempre estaré para protegerte bajo mis faldas», me respondió. ¿Podía ser aquello? Me escondía ahora escudada en Álvaro y mi esposo. Después de lo de aquella mañana, quizá no conocía tanto a Tomás como él me hacía creer y, si quería conservar aquella felicidad recién descubierta, debía ser precavida, como no lo fui en la hacienda.

—Se lo consultaré —cedí poco convencida.

Sumaya me tomó la mano y me recordó:

—Ahora sólo tú puedes concederte la libertad, Gabriela.

\* \* \*

Álvaro salió por la portezuela lateral como si nada hubiera variado, como cuando acudía a escondidas para tocar con su hermana. Y sin embargo, se sentía al borde de una encrucijada en la que los cambios

acababan de empezar. Miró hacia la ventana del estudio de su tía y le pareció ver una sombra que se retiraba. Una más de las que poblaban aquella callejuela estrecha, donde las paredes desconchadas de los palacios se convertían en férreas murallas. Por lo menos algo iba bien. Con la melena en un sencillo recogido, los ojos de Gabriela habían recuperado su brillo y le devolvieron recuerdos de su infancia. Sentía que la serenidad de su hermana ahora era real, a pesar de las dudas que guardaba respecto a asumir su propio talento. La entendía. Las viejas costumbres eran difíciles de romper, pero estaba seguro de que con Tomás lo lograría. Podía sentirlo en cada una de las notas que había tocado en la viola: ya no eran el desahogo de sus sueños, siempre tintados de una belleza agónica, sino una nueva realidad en la que se descubriría la sensualidad y la ternura de una mano tendida que para él mismo había sido consuelo aquella mañana.

Dobló la esquina en la calle de los Plateros y, de pronto, el sol le molestó. Se ajustó el sombrero, mas no sintió que lo protegiera de la luz, y las primeras flores que se abrían ya en las balconadas no le contagiaron ninguna alegría. De nuevo solo, sus problemas volvieron en una angustia que le costaba tragar. Gabriela ya no necesitaba su protección velada y, aunque se había criado sin padres, Álvaro se sentía más huérfano que nunca. Además, su mejor amigo no podía ayudarlo. Cabizbajo, entró en el palacio De Oristrell por la puerta principal, ignoró los formales saludos de sirvientes y trabajadores y atravesó el zaguán. Subió la escalera de mármol que su padre mandara hacer, con relieves de laúdes y flautas, pero la música se había quedado con su hermana.

Ya en la segunda planta, giró a la derecha, hacia el pórtico que le llevaría a su despacho. Quería estar solo, pensar. Pero enseguida chascó la lengua contra el paladar y dio media vuelta. Antes, debía presentarse ante su tío para demostrarle que no se ausentaba más tiempo del pactado. Enfiló el sobrio pasillo alfombrado que conducía a su estudio. No podía creer que Ernesto siguiera sin hablarle. Ni sereno ni dándole tiempo, nada parecía funcionar. Debían tomar medidas, pero al parecer, todo dependía de él. Su amigo se limitaba a ir de borrachera en borrachera, perdiendo a los naipes incluso lo que no tenía, justo cuando lo necesitaba más que nunca. « Siempre ha sido tozudo, pero hablando nos hemos entendido. ¿Por qué tanto empeño? ¿Será verdad?», se preguntó.

Alcanzó el recibidor y Antonio salió a su encuentro. Se quitó los anteojos y le dijo:

—Su tío ha salido. Le ha citado el Marqués de Villaverde. Yo tomaré nota de que ha llegado usted a su hora.

Álvaro esbozó una sonrisa de amargo regusto ante la posibilidad de aprovechar aquella ausencia para responder a sus dudas.

—¿Hace mucho que se marchó?

—Tardará, si es eso lo que pregunta.

—Voy a mirar algo en su despacho. Antonio, cúbreme las espaldas, por favor.

El secretario asintió y Álvaro pasó por su lado dándole una palmada en el hombro. Entró en el estudio de su tío y, sin dudar, se dirigió hacia su mesa de trabajo. Un montón de documentos desordenados daban la sensación de que había salido corriendo. En el centro, la pluma descansaba sobre una carta a medio escribir para el padrino Eusebi; la tinta había escapado de la punta, libre, ensombreciendo su caligrafía inclinada. Leyó lo que quedaba en limpio, pero tras interesarse por su salud, apenas había cuatro garabatos con lamentos acerca de cuánto habían subido sus tarifas los intermediarios en Cádiz que habían realizado el último envío oficial. Acercó la butaca que habitualmente ocupaba Diego a la mesa y se sentó ante las pilas de documentos. Revisó algunos. Su tío era muy ordenado: minas, comercio de vino y aguardiente, cuentas paralelas de contrabando... Dio una palmada a los papeles.

—¡Esto es absurdo! Adelaida lo estaba utilizando para darme celos y, como no ha funcionado, me la ha jugado, eso es todo.

Se reclinó en el respaldo, fustrado. Se lo había dicho ella, cierto, pero las palabras de Ernesto borracho volvieron a su mente: « Y ya debéis tener el permiso papal, porque tus tíos lo tienen muy claro». Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

—Apúrese, viene su tío —avisó Antonio desde fuera.

Álvaro se puso en pie de inmediato. Debía salir ya para escurrirse al estudio del secretario. Entonces lo vio. Sobresalía de la estantería donde su tío guardaba el aguardiente y los cigarros. Se acercó y tomó el sobre.

\* \* \*

Podía reconocer aquellos taconazos impetuosos. Incluso más de una vez, tendido en su cama, tras un largo día en el que le había obligado a trabajar más horas simplemente por caprichosa prisa, le parecía oírlos por el pasillo de su propio hogar. Antonio se puso en pie y en un acto reflejo comprobó su peluca. Trabajaba para Diego de Oristrell desde que muriera su hermano y aún recordaba sus miradas altivas, cuando no era más que un modesto contable, por llevarla descolocada ni que fuera un dedo.

Salió al recibidor y avisó al sobrino. Esperaba que le diera tiempo a escabullirse. Diego avanzaba rápido y no iba solo. Le caía bien el chico, e incluso lo había compadecido cuando, tras la muerte de la abuela, el tío parecía poner todo su empeño en humillarlo: incluso le había dado con la vara de pino en las manos cuando, ante las preguntas sobre los negocios, se desviaba de la respuesta que él quería oír. Pero el joven había aprendido, se había ganado todo lo que tenía, y no iba a dejar que lo pillara por husmear entre papeles que, en verdad, conocía al dedillo.

Antonio se adelantó y Diego se detuvo ante él, a la entrada del vestíbulo. Iba acompañado de dos guardias vestidos con chupa roja y casaca y pantalones azules. Su rostro era inexpresivo, pero el señor De Oristrell estaba claramente enfadado. Sería difícil inventar una excusa para hacerlo bajar a la platería.

—Es él —dijo con voz seca.

—Pero señor, ¿qué sucede? —preguntó Antonio, asustado, mientras los guardias lo flanqueaban.

—Bien lo sabes. Lévenselo.

Lo tomaron por los brazos con tal brusquedad que sus anteojos cayeron al suelo. Diego miró cómo se alejaban. Antonio no oponía resistencia; sabía a qué se exponía cuando entró en el juego. Pisó los anteojos con rabia y se volvió hacia su despacho.

Cuando entró, Álvaro estaba sentado en su butaca, con los pies sobre la mesa y un vaso de aguardiente en la misma.

—¿Cómo te atreves?

Su sobrino no se inmutó. Agitó ante él un papel y preguntó:

—Bula papal para que Adelaida y yo nos podamos casar. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Soy el cabeza de familia. No tengo por qué darte explicaciones —respondió Diego cerrando con un portazo.

—Quieres asegurar el futuro de tu familia, ¿verdad? Porque si yo me llevo mi parte no podréis seguir con el ritmo de vida que lleváis. Y a ver qué marido encuentras para tus hijas.

Diego enrojeció. La flecha era certera y se le clavó en el pecho. Con pasos enérgicos se acercó a su sobrino y, con todas sus fuerzas, le hizo bajar las piernas de la mesa. Álvaro se puso en pie. Hacía mucho que le sobrepasaba en estatura. Rompió la bula papal en mil pedazos y la tiró al suelo ante su tío. Diego sonrió:

—Eso no anula lo que ha sido concedido.

—Y qué harás si no me caso, ¿me desheredarás? Sabes que sólo puedes quedarte con las minas. De la hacienda y el comercio de vinos y aguardiente, tú sólo has sido el administrador.

Álvaro se volvió, con una amarga satisfacción por devolverle la dureza con que lo había tratado desde que lo sacara de la hacienda. Pero Diego lo sujetó por el hombro y lo frenó:

—Tengo más de lo que crees, querido sobrino. Y te casarás con mi hija si no quieres que tu querida tía Águeda ponga en cuestión la relación de Gabriela con su maestro. ¿Por qué practicáis en casa de doña Graciana y no en el palacio virreinal?

Álvaro miró a su tío:

—No lo harías nunca: destrozarias el honor de la familia.

—Ella sería la víctima, te lo aseguro. El honor se compra, como tu padre compró Santa Cecilia. Atrévete a ponerme a prueba, sobrino, y será de nuevo tu hermana quien pague por tus faltas.

\* \* \*

Notaba la cotilla muy prieta y sentía que, por encima, el peto le aplastaba los pechos. Adelaida se detuvo ante la puerta del salón de su madre y tomó aire. Se había maquillado bien para disimular, pero aún debía de tener los ojos enrojecidos por el llanto. Aun así, no pensaba renunciar a Álvaro de ningún modo: era todo cuanto había soñado desde que tenía trece años. Y al final, tras todos sus desvelos, le había sido concedido sin mayor esfuerzo. Dio tres toques y, sin aguardar respuesta, entró.

Águeda, con una copa de vino entre las manos, estaba sentada frente a un tablero de las damas en una de sus partidas contra un contrincante invisible.
—¿Quieres sumarte, hija? —preguntó sin mirarla.

Dejó la copa en la mesa y recolocó las piezas en dos hileras mientras Adelaida tomaba asiento. Le puso las piezas blancas delante y la joven empezó la partida.

—Mamá, creo que estoy embarazada.

Águeda dio un sorbo de su copa, y mientras hacía un movimiento paralelo al de su hija respondió:

—Lo imaginaba. Soy tu madre. Ya empieza a cambiar tu cuerpo y esas náuseas por la mañana... Te toca.

Señaló el tablero y Adelaida puso la ficha que había movido a tiro para que ella se la comiera.

—En serio, Adelaida. ¡Para eso puedo jugar yo sola!

—¡Mamá! ¿Acaso no te importa?

Águeda miró por primera vez a su hija. Cómo expresarle el dolor de la decepción, no con ella, sino consigo misma. ¿Tan mal la había educado?

—Es de Ernesto de Villaverde, supongo.

—Pero no quiero compartir mi vida con él, madre. Desde que supe que me casaría con Álvaro, no lo he vuelto a ver. Si se entera...

Un sollozo ahogó sus palabras. Realmente amaba a su primo.

—No te preocupes, hija —se compadeció—. Haré que tu padre adelante la boda y esto quedará entre las dos. Sólo hay que rezar para que el bebé no se parezca a Ernesto.

\* \* \*

La sombría sala hedía a orín y humedad. Del techo colgaban unas cadenas e imaginaba para qué servían: lo atarían de manos y pies y estirarían hasta hacerle crujir los huesos. Estaba preparado. Sobre un taburete, la llama de la vela se encogía, y parecía que en cualquier momento se apagaría, pero al final se reavivaba. Antonio la observaba con las manos atadas a la espalda, sentado en una desvencijada silla de pino que crujía al menor movimiento. Debía de llevar cerca de una hora allí, solo, cuando el Marqués de Villaverde entró. Se acercó un pañuelo a la nariz y lo observó satisfecho.

La tranquilidad que mostraba el secretario de Diego de Oristrell no hacía más que incriminar a su señor, pues sólo podía deberse al buen pago que seguro había recibido por el silencio. Necesitaba una confesión, que entendiera la gravedad de que cargara con aquello él solo. ¿Qué predisposición tendría para hablar? Le convenía evitar la tortura para eliminar testigos de lo que allí se dijera, por ello preguntó:

—Una mina ilegal, contrabando de azogue, esclavos... ¿Por dónde entraba y salía? En Veracruz hubiera llamado la atención.

—La Laguna de Términos. El palo de tinte no es lo único que circula por allí.

—Diego es un hombre perspicaz, desde luego.

—¿Diego? Se le ocurrió a su hijo Ernesto, señor, como lo de ampliar el negocio al azogue en vez de cobrar cada quintal de plata.

—¿Y cómo sabía mi hijo de esa tierra?

—Álvaro de Oristrell, por supuesto. No hay uno sin dos. Yo no voy a pagar el pato por esto, se lo aseguro. Puedo probar cada cosa que digo, o pueden arreglarlo ustedes en casa.

El traquetear lejano de un carro por la calle de los Plateros, el sonido de las cucharas sobre los platos y el frufrú de mangas al tomar las copas realizaban el silencio tenso que reinó durante el almuerzo. Pero Diego ni siquiera lo percibió. Álvaro no había aparecido y las dudas en la mente de su tío chisporroteaban como el fuego recién encendido en la chimenea. El joven tenía razón, jamás implicaría a Gabriela en un escándalo, pero sabía que era el único punto débil de su sobrino, excepto si las sospechas que de pronto habían acudido a su mente eran realidad. De ser ciertas, podría chantajear a Álvaro, desde luego, y llegar a algún otro acuerdo con el Marqués. Pero la rabia y el miedo se enredaban en un nudo prieto y rezaba por estar equivocado, tanto como cuando creyó en la buena predisposición de Álvaro hacia Adelaida. ¡Cuánto le había dolido aquel rechazo! No por su fortuna, no por su linaje, sino por su hija: bella, fuerte, virtuosa, que, enamorada, haría por él lo que fuera. «Si supiera lo que es un matrimonio hundido», pensó. ¡Le estaba haciendo un gran regalo! ¿Cómo podía ser Álvaro tan ciego?

Águeda percibió malhumor en su esposo, y creyó que intentaba disimularlo con su silencio. Adelaida, cabizbaja, de vez en cuando miraba de reojo a sus padres, en extremos opuestos de la larga mesa, sin apenas probar bocado. Tea los observaba a todos, sin disimulo, pero se abstuvo de preguntar nada en voz alta, quizá porque en realidad tenía las respuestas. Cuando, acabada la comida, sus hijas se retiraron, Águeda no sabía cómo afrontar la situación. Pero no podía permitirse el lujo de retrasarla. En cuanto el sirviente dispuso el vaso de aguardiente ante su esposo, le hizo una señal para que fueran dos. Mientras colocaba un segundo vaso, Águeda se puso en pie, rodeó la mesa y se sentó al lado de Diego que, cabizbajo, jugaba con unas migas que habían quedado en el mantel. Águeda detuvo la mano del sirviente con la botella de aguardiente, la tomó ella y le hizo una señal para que se retirara. Sirvió a Diego, se sirvió a sí misma, y casi en un susurro comentó:

—Deberíamos hablar de la boda de Adelaida y Álvaro.

—Ha descubierto la bula papal y está furioso. Hasta lo tuve que amenazar y, aun así, ya ves la respuesta: encerrado en su cuarto —explicó vencido mientras señalaba la silla que debería de haber ocupado su sobrino.

—Ya te dije que Adelaida había intentado darle celos, querido, sería por algo.

—Pero los celos implicarían algún tipo de amor. Y no ha aludido a pecado, a que la ame como una hermana, simplemente no la quiere. Punto.

«Por eso el plan de Adelaida no ha funcionado», pensó Águeda mientras apuraba el aguardiente de un trago. Se sirvió un poco más, dolida como su esposo por aquel rechazo. Dio otro sorbo, notó que le ardía la boca, para luego sentir cómo el calor se deslizaba por su garganta. Entonces se convenció de que Adelaida podría cambiar las tornas con sus encantos naturales, por lo que insistió:

—Debería acatar lo que le pides, eres el cabeza de familia. Y los matrimonios son, al fin a al cabo, para engrandecer el linaje. El también debería pensar así, pues será quien te suceda a la cabeza de los De Oristrell.

—Pero soy un fracasado como cabeza de familia. La prueba es que no se lo he sabido enseñar, Águeda.

—¿Y dejarás que se salga con la suya? Sólo eso te convertirá en un fracasado, Diego. Pero ambos sabemos que tu madre jamás tuvo razón. Debes buscar una forma para que esa boda se celebre el mes que viene a lo más tardar. Es una lección muy necesaria para Álvaro.

Diego, por primera vez, alzó la cabeza y observó a Águeda, cuya mirada vídriosa se perdía en el aguardiente. Tanta celeridad no estaba bien vista y sólo llevaba a pensar en...

—¿Por qué el mes que viene? —preguntó.

Dos lágrimas escaparon de los ojos de su esposa.

—Si alguien ha fracasado soy yo —respondió.

\* \* \*

El repicar de campanas de las tres se extendía por toda la ciudad y llegaba a la habitación como una oleada de réplicas que se iban difuminando, cuando el Marqués de Villaverde irrumpió en la alcoba de su hijo. Esperaba que la siesta le hubiera quitado la borrachera con la que se presentó al almuerzo, y por la cual lo echó del comedor. Pero Ernesto no reaccionó cuando su padre cerró de un portazo. Le habían dejado con la camisola y los calzoncillos, y el cubrecamas estaba en el suelo, revuelto. Tenía la cara sucia, el pelo grasiento y dormía con la boca abierta mientras un hilillo de babas resbalaba hacia la almohada. El Marqués rebuscó en sus adentros la compasión que le despertara por su mal de amores, pero había quedado ahogada tras las palabras del secretario de Diego de Oristrell.

Se acercó a su hijo y le abofeteó la cara. El joven se incorporó con brusquedad y alzó los puños hasta que se dio cuenta de dónde estaba.

—¡Padre, no hacía falta darme tan fuerte! —exclamó.

Ernesto se llevó la mano a las mejillas, que empezaban a enrojecer.

—Más fuerte debería darte —respondió el Marqués con frialdad—. He detenido al secretario de los De Oristrell. Seguro que sabes la razón. Así que de ahí sacas el dinero que vas gastando, ¿eh? No todo lo has ganado en el juego.

Ernesto miró a su padre:

—Tú también aceptas sobornos. ¿Y qué iba a hacer? Me quitaste la asignación —se lamentó.

El Marqués se sintió esperanzado al oír aquello. Quizá no fuera tan grave como había temido. Se sentó en el borde de la cama y preguntó:

—¿Seguro que no te has asociado con ellos?

Ernesto sonrió. Claro que había dado dinero para empezar, justo el que le costó quedarse sin paga, pues lo sacó tras vender todos aquellos regalos de plata de los sobornos que su padre escondía. Ni Álvaro ni Antonio hubieran tenido para empezar. Y desde luego, al que creía su mejor amigo jamás se le hubiera ocurrido abrir una mina en el terreno abandonado del tío de no ser porque él le hizo ver la oportunidad que le brindaba Antonio al ocultar al señor De Oristrell que, en verdad, habían hallado plata. Pero después, nadie como Álvaro conocía tan bien las rutas que seguía el contrabando, sin su pericia jamás hubieran llegado tan lejos. Y quitando la aportación de Ernesto sobre desviar la mayor parte de la plata por la Laguna de Términos y aprovechar el contacto directo con los ingleses para intercambiar algunos lingotes por azogue, fue Álvaro quien se organizó para llevar grano de su hacienda y sacar una tajada extra vendiéndoselo a los trajineros.

—Claro que no, padre —respondió—. Todo es cosa de Álvaro. Pero no es justo que paguen todos los De Oristrell por él, y seguro que nos sale más a cuenta, ¿verdad? Ya no tenemos que conformarnos sólo con regalos.

Su padre se sorprendió.

—A pesar del desaire, de la humillación a nuestro linaje, ¿aún quieres casarte con Adelaida?

—Con ella y su dinero, padre. Las minas legales de Diego estarían bien como dote, ¿no crees?

\* \* \*

Tomás se lavó la cara. Había dormido algo más de lo habitual, pero el sueño le resultó reparador. Todo había salido bien. A pesar de que su madre le rogó que se disculpara del almuerzo, se alegraba de haber asistido. Necesitaba verla. Gabriela era el mejor remedio para todo y, tras la siesta, el aire fresco del paseo por la Alameda sólo podía beneficiarle.

Su sirviente personal le ayudó a ponerse la chupa sobre la camisa. Era la misma, de tonos violáceos, que había elegido para el retrato de la pareja que había encargado su padre. Empezó a abrochársela él mismo mientras le pedía al sirviente que fuera a avisar a su esposa de que se retrasaría un poco. Habían dado las cuatro y seguro que doña Graciana, a quien Gabriela había invitado para que los acompañara en aquella ocasión, ya había llegado. Cuando la puerta se cerró, a solas, Tomás se contempló en el espejo. La imagen enmarcada en la sobriedad del nogal, oscurecido para realzar la decoración en espirales de plata, no le delataba. Estaba pálido, pero siempre lo había sido, y los ojos algo más hundidos podían atribuirse al sueño. Aun así, su madre tenía razón. Debía contarle a Gabriela toda la verdad. El paseo, a solas pero en público, hubiera sido la ocasión perfecta, pero lo haría después, una vez hubieran despedido a la Marquesa del Valle de Orizaba. No inventaría más excusas para seguir callando. ¿Qué podía temer? Ella jamás lo consideraría un endemoniado; ya se conocían, le amaba y le había demostrado que podían tener una vida feliz juntos. Y aun así, le producía angustia. Seguro que su comportamiento hacia él cambiaría y detestaba la idea de haberla sacado de una prisión para ser él su nuevo grillete.

Tomás acercó el ojal de la chupa al último botón, pero no atinó a abrochárselo. Se sentía mareado. Miró la butaca que había al lado del espejo, con la casaca en el respaldo. Dio un paso tembloroso, mientras su mano se dirigía a la guirindola de la camisa para aflojar el cuello. Jamás llegó. Tomás perdió el sentido y cayó contra el espejo. Este se desprendió de la pared y se rompió sobre su cuerpo desplomado. Un trozo se le clavó en el vientre como un puñal, pero no sintió dolor. Sus músculos se contorsionaban con brusquedad, mientras la cabeza golpeaba una y otra vez contra el macizo marco del espejo caído.

\* \* \*

Diego miraba por la ventana, más allá de tejados y campanarios, hacia las aguas del lago contra el que siempre había luchado la ciudad. La naturaleza parecía vencer ante cualquier obra y aún recordaba las pérdidas causadas por la última inundación, cinco años atrás. «Pero siempre hay quien hace negocio de las desgracias», se dijo. Sin embargo, este pensamiento no le animó. Mancillada, su hija tendría que haber acabado en un convento, deshacerse de aquel fruto del pecado, que lo criaran otros. Y su corazón le asediaba para retar a Ernesto de Villaverde a un duelo y darle su merecido. Pero no lo haría, no podía. Por mucho que le hubieran estafado, aquella mina sin permiso, que jamás había pagado el quinto real, estaba en un terreno a su nombre. Sólo le quedaba seguir con el plan propuesto por Águeda: adelantar la boda de Adelaida con Álvaro.

Llamaron a la puerta de su salón privado. Diego no despegó los labios. Necesitaba estar solo, digerir aquella humillación a la que se veía sometido. Pero ante la insistencia, no tuvo más remedio que permitir la entrada del mayordomo, que le anunció la presencia del Marqués de Villaverde.

—Lo he guiado hasta aquí, mi señor. No me parecía correcto hacerlo esperar.

—Has hecho bien —respondió Diego mientras tomaba la peluca, que había dejado sobre el canapé. Se puso también la casaca y añadió—: Hazlo pasar.

El Marqués de Villaverde entró y le tendió la mano a modo de saludo, pero Diego no le dio la suya. Después de todos aquellos años de fructífera relación entre ambas familias, ¿sabría lo que se había atrevido a hacer su hijo?

—Sin acritud, Diego. He interrogado a Antonio, discretamente, nadie se ha enterado, y ya sé que eres la víctima de un engaño.

Diego se limitó a ofrecerle asiento con un gesto, incapaz de hablar. Su orgullo de padre se había convertido en una mordaza. El Marqués de Villaverde se sentó en una butaca, de cara a él, y apoyó los codos sobre los brazos adquiriendo un aire de superioridad. Entonces suspiró y dijo:

—El problema, querido amigo, es que ha confesado que quien llevaba la batuta era Álvaro.

Diego se llevó la mano a la boca para evitar que expresara sus pensamientos. Su oportunidad y su temor hechos realidad. Había tenido los indicios ahí, durante el último año, desde que aquel corcel, el que le dijo que le había regalado Ernesto, entró en las caballerizas. No le dio más importancia, y luego ¡el juego! ¿Cómo iba a imaginar otra cosa, con semejantes compañías, cuando descubrió que le daba dinero a su hermana? Y todo gracias a él, a su vara de pino, a su dureza para que conociera los recovecos del negocio: «¿Qué le he enseñado, oh, Señor?»

—Como puedes comprender —continuó el Marqués—, tenemos que llegar a un acuerdo. No soy el único que sabía lo de la mina: el desplome hizo correr la voz. No fueron pocos muertos, ¿entiendes?

Diego tomó asiento fente al Marqués y preguntó:

—¿Cuánto?

Le saldría caro, pero estaba dispuesto. Y así tendría el arma definitiva para que Álvaro le obedeciera por siempre, en todo.

—No se trata de dinero, Diego. Casemos a Ernesto y Adelaida, con una generosa dote, como tus minas, por ejemplo, y todo solucionado.

A la mente de Diego acudió su hija, dócil, ingenua, seducida por aquel tunante que había convertido a su niña en una vulgar fulana.

—¿Y si no?

—Álvaro preso.

Diego sonrió. Se lo ponía demasiado fácil y muy barato. El Marqués de Villaverde no era el único al que sobornaba. Por supuesto, tenía contactos en la Audiencia, y su sobrina estaba casada con el hijo del Virrey. Le creería a él más que a un secretario. Sólo Antonio pagaría por aquello, ya fabricaría los papeles necesarios para demostrarlo. Mil veces su hija Adelaida casada con un comerciante sin escrúpulos que con un jugador, borracho, pendenciero, sin sentido del honor alguno, como lo fue su suegro. Los De Oristrell no volverían a pasar por lo mismo.

—Ya te lo puedes llevar.

—¿Rechazas a mi hijo? —se indignó el Marqués poniéndose en pie.

—Lo que me pides es desmesurado. —Diego también se puso en pie y se acercó—. Y Álvaro necesita una lección.

«Álvaro y tu linaje, desde luego», pensó mientras el Marqués se marchaba a grandes zancadas. No retaría a Ernesto de Villaverde a duelo, pero ya se encargaría de él cuando el escándalo que se levantaría por el apresamiento de un De Oristrell se volviera contra los Villaverde: usaría el apresamiento de Álvaro para decir que había sido víctima del chantaje del Marqués, necesitado de dinero para pagar las deudas de juego de su hijo, y sólo sería el principio. Unos padecerían una tormenta, los otros sucumbirían a una inundación.

\* \* \*

Cuando Leonor de Silva abandonó el salón de las damas, el chocolate que había hecho traer ante la tardanza de su hijo aún humeaba. Pero doña Graciana no se abstuvo de tomar la jícara y dar un sorbo mientras seguía observando aquel tapiz que dominaba la estancia. Era una representación de San Valentín a los pies de un hermoso almendro, de exquisita hechura, delicada y muy natural, que parecía tenerla absorbida en sus pensamientos mientras murmuraba:

—Curioso, precisamente este santo. El mal de San Valentín, gota coral...

Aun así, en cuanto la puerta se cerró, se volvió hacia mí, con mirada lúcida, dejó la mancerina y, sonriente, me preguntó:

—¿Doña Leonor no nos acompañará?

—No. La verdad es que ha estado un poco rara todo el día. Durante el almuerzo apenas habló. Quizás es por la ausencia de su esposo, en Villarrica.

—Bueno, entonces, aprovecha la oportunidad durante el paseo. Dile a tu esposo que en verdad no tomas notas de las partituras que te pasa Sumaya, sino que son tus propias obras.

—No se ofenda, doña Graciana —repuse mientras llamaban a la puerta—, pero tampoco quiero que piense que se lo digo con usted delante porque quiero condicionar su reacción. Adelante, por favor —grité ante la insistencia.

El mayordomo entró y se acercó.

—Disculpe, señora, pero su señor hermano le envía una nota.

Tomé el papel que me tendía. No era una hoja, era un pedazo, sucio por fuera, que olía a humedad. Mientras el mayordomo se retiraba, lo abrí. La letra era apresurada:

«Estoy en el palacio del Virrey, creo que preso. Me ha detenido el Marqués de Villaverde a cuenta de algún asunto con la Hacienda Real. Ayúdame, por favor».

—¿Qué pasa, querida? —preguntó doña Graciana.

Le tendí la nota con mano temblorosa, incapaz de hablar. ¿Cuándo iba a acabar aquello? ¿Cuándo nos dejarían en paz a los dos? La Marquesa leyó y luego dijo:

—Pero los negocios los lleva tu tío, ¿no?

—No sería la primera vez que utiliza a Álvaro para tapar sus desmanes, se lo aseguro. Esto ya nos lo hizo. Se lo diré a Tomás, seguro que su padre...

—Ni hablar —me interrumpió doña Graciana—. No impliques a tu esposo en esto. Tengo contactos, yo me encargaré. Nunca se sabe lo que puede exigir arreglarlo, y eso puede destrozar un matrimonio, querida, como les pasó a tus tíos. Se empieza por reproches, luego rencores y, cuando uno se cansa de las disputas, indiferencia.

—No la entiendo...

—Claro, ¿cómo te lo iban a contar? Y cuando pasó, ni siquiera habías nacido. Pero tu tío se casó con Águeda pensando que, además de su belleza y su posición, se llevaba una fortuna. Luego resultó que su suegro era aficionado al juego, y al final tuvo que tapar sus deudas, porque perdió incluso lo que no tenía. ¡Imagínate el escándalo! Diego incluso pidió dinero a tu padre para callar bocas, pues siempre se ha dicho que el padre de Águeda se quitó la vida. Al parecer, ella lo sabía cuando lo sedujo, ¿cómo no saberlo? Vivía con él, ¿no? Seguro que por lo que me cuentas de su relación, tu tío ha acabado pensando eso.

—Pero no es lo mismo, Álvaro...

—No se trata de Álvaro. Eres una De Oristrell, y vuestra fortuna, ¿de dónde viene? Nadie en esta ciudad comercia sin hacer contrabando. El tema es que si no pagas, pueden pasar estas cosas. Tomás se vería obligado a limpiar el honor de todo el linaje y...

Un profundo alarido la interrumpió. A este le siguió otro, y otro más, cada vez más penetrantes. Y luego, carreras por los pasillos. Alarmada, me puse en pie.

—¿Me disculpa?

—Ve, niña, ve.

Salí del salón y vi al mayordomo, que se apresuraba hacia el ala sur de palacio. Lo seguí, perseguida por los fantasmas de aquel recuerdo. Yo ya había corrido así antes, pero ahora la angustia no se elevaba del polvo de la calle principal de Santa Cecilia, sino que brotaba de los muros de los pasillos, de pronto convertidos en laberinto. Ni siquiera era consciente de hacia dónde me dirigía. Sólo seguía a aquel hombre con librea a quien se le había caído la peluca. Los alaridos persistían, cada vez más cerca. No parecían humanos, sino de un animal herido que pide, por compasión, que lo rematen con la guadaña.

Como en mi recuerdo, pero esta vez los personajes estaban ataviados con el uniforme de la casa virreinal. ¡Qué irónico! Por aquello sucedido siete años atrás, habían culpado a Álvaro, ahora preso en el mismo palacio por el que yo corría. Cuando alcancé la puerta, como aquella vez, alguien me intentó detener.

—No entre, señora, por favor.

No estaba Diego para impedírmelo. Aparté al hombre y crucé la puerta. De pronto, los gritos cesaron. Leonor me miró con el rostro desenchajado, arrodillada junto a su hijo.

—No te lo contó, nunca te lo contó —lloró.

Tomás yacía en el suelo, en medio de un charco de sangre que había manado de su cabeza y su vientre. ¿Cómo? Volvieron los alaridos, pero esta vez reconocí en ellos mi propia voz.

Jamás se hubiera imaginado que llegaría tan lejos. ¡Cómo se atrevía! Sin juicio, sin pruebas y con la noticia de la muerte de Tomás de Alancastre por toda la ciudad. Pero tras pagar a algunos funcionarios y a otros tantos guardas, allí estaba, a la espera de que la llave abriera con un chasquido la puerta de la mazmorra. Lo habían trasladado de una sala de la Hacienda Real a la cárcel de palacio, en secreto, incommunicado. La dificultad de determinar exactamente el paradero de Álvaro y la situación en la que el joven se hallaba le hacían pensar que el Marqués de Villaverde había aprovechado la consternación del Virrey para, sin dar trámite al caso, presionar para conseguir lo que buscaba, y eso le indignaba aún más que la estafa de su propio sobrino.

Al fin, la puerta se abrió y el carcelero le invitó a pasar. Un ventanuco de barrotes oxidados, en lo alto de la pared, preñaba de penumbra la mazmorra. Con el movimiento, una rata se escondió entre el puñado de paja que debía de hacer de cama. Álvaro estaba sentado en la esquina opuesta. Se había quitado casaca y chupa y las había plegado para que le hicieran de cojín. Al verle, le sonrió con tranquilidad:

—Querido tío, buenos días, supongo.

Diego se sintió tentado de darle una bofetada, pero en su lugar entornó la puerta tras de sí. Había muchas cosas que aún no entendía. Por ello, preguntó:

—¿Sabes por qué te han traído aquí?

«Sólo algunos heridos, y mucho trabajo por hacer. Hay que volver a abrir las galerías. Lo mejor sería comprar más esclavos para ello. Recuperado el ritmo, los vendemos y listo. ¿Lo hablas con Ernesto?»

Las palabras de Antonio se repetían en su mente. Pero el Marqués de Villaverde le había contado la verdad: más de cincuenta muertos. Preso, sin poder dormir a causa de las ratas, las cucarachas y la mala conciencia, por primera vez Álvaro se sentía libre de contestar a su tío con el desdén que se había tragado durante años:

—Esta vez no he robado, sólo he aprovechado lo que usted decidió abandonar.

—No lo habría abandonado de no ser por Antonio —escupió Diego—. ¿Le diste tú la idea?

—La idea se la dio usted, tío, cuando pasaron años sin que le subiera el sueldo, a pesar de que cada vez trabajaba más y con más responsabilidad. Está bien sobornar, pero hay que cuidar lo que se tiene en casa, ¿no? Ya debería de haber aprendido sobre eso. ¡Ah, no, claro! Aquello, en la hacienda, también fue por mi culpa.

—¡Basta! —rugió Diego. De buena gana se gastaría un dineral en recomponer el honor de los De Oristrell dejándolo que allí se pudriera. Pero estaba el futuro de su hija por medio, por lo que añadió con sequedad—: ¿De dónde sacaste el dinero para empezar?

Álvaro bajó por primera vez la mirada. Antonio debía de haberlos delatado a los dos, pero desde luego, el Marqués de Villaverde no encerraría a su hijo. Quería hacerle pagar a él solo. Si le confesaba que el dinero venía de Ernesto, Diego lo utilizaría para sacarlo de allí, seguro. Pero se lo debería toda la vida y no estaba dispuesto.

—Supongo que ahora da igual. Ya me lo dirás —concluyó Diego. Quería salir de aquella prisión cuanto antes, apartarlo de su vista. No soportaba su tranquilidad, sólo fruto de la misma inconsciencia que le había llevado a aquella situación. Encontraría la manera de encaminarlo, de remediar lo que él mismo, como cabeza de familia, había creado—. Es sencillo, haré que te liberen. A cambio, sólo debes hacer una cosa: casarte con Adelaida cuanto antes.

Álvaro sonrió con amargura. Aquello sería un buen castigo para sus faltas, sobre todo porque recompensaba a su tío. Aun así, se puso en pie y respondió:

—No. Prefiero quedarme aquí, gracias.

Diego sintió como si le dieran un puñetazo en el estómago. Pero no se doblegó por el dolor y exclamó:

—¡Eres un egoísta! Tu hermana acaba de perder a su esposo, te necesita, y si te quedas aquí...

—No me quedaré. Usted no ha velado nunca por nuestro bien más allá de su propio interés en nombre del linaje. Pero quien nos quiere de verdad ya está haciendo lo que debe para que salga, sin chantajes ni artimañas. Y ahora, por favor —le señaló la puerta—. Se acerca la hora del almuerzo y me temo que no está invitado.

Diego se retiró de un portazo. La cerradura crujió y Álvaro se doblegó sumido en llanto. Sólo había aceptado la ayuda del enviado de doña Graciana cuando este le comunicó la muerte de Tomás. Imaginaba a su hermana rota, encogida en un rincón. Casi sentía su dolor, entremezclado con las muertes que él mismo había causado. Necesitaba verla, abrazarla, consolarla. Pero ¿cómo iba a explicarle aquello? «Volverá a pasar, y esta vez con razón: me dejará de hablar.» Ese era su castigo y lo merecía.

\* \* \*

María había salido un instante tras quedarse toda la noche a mi lado, acariciando mi silencio. Pero yo no podía hablar. La cama, de pronto, era el centro de un paisaje árido y su dosel se había transformado en espinosos nopales que laceraban el recuerdo de cualquier caricia. Aun así, no quería, no podía salir de la alcoba. Sentada en el suelo, abrazada a la viola da gamba como si fuera la única tabla de salvación tras un naufragio, contemplaba el lecho en un intento de borrar la imagen del cadáver de Tomás. Pero esta se aparecía, insistentemente, cada vez que pensaba, en un descuido, que en cualquier momento atravesaría aquella puerta para darme un abrazo.

Pero cuando la puerta se abrió, no fue ni él ni María con algo de comida quienes regresaron. Entró mi suegra. Vestía de riguroso negro, erguida, resignada al dolor que se reflejaba en sus ojos.

—Querida —me tendió la mano para ayudarme a levantarme.

Dejé la viola apoyada en una butaca, con sumo cuidado, y la tomé. Ella me atrajo hacia sí y nos dimos un abrazo. Lloró en mi hombro, sólo un sollozo, y se contuvo. Luego me apartó el pelo revuelto del rostro y me preguntó:

—¿Has podido dormir algo?

Negué, mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas y ella me las limpiaba con un pañuelo sacado de su manga. «Conmigo sería diferente, Gabriela. Quiero que recuperes tus ganas de abrazar.» Me las había devuelto, pero él ya no estaba.

—Sentémonos —dijo Leonor de Silva dirigiéndose al canapé. Tomé asiento a su lado y ella continuó—: Sé que es difícil, pero él no hubiera querido que se demorara su funeral. «Enterradme para poder recordarme sonriente cuanto antes», siempre decía. Creo que es mejor que tú elijas las piezas musicales para...

—¿Qué fue lo que no me contó? —la interrumpí de pronto con un hilo de voz.

Recordé lo que hacía en las calles de Santiago Tlateloco, el frasco de medicina... Jamás pensé que fuera para él. Pero tras las palabras de su madre, ¿por qué hablaban de su entierro? Leonor me tomó la mano y la acarició:

—No fue por malicia, Gabriela. Fue por miedo. Hacia los doce años empezaron los ataques, se convulsionaba de tal forma que parecía poseído. Incluso lo llegamos a someter a un exorcismo... ¡Por Dios, mi pobre niño! Luego nos dijeron que era un mal del cerebro, la gota coral. Tomó de todo, el pobre, hasta remedios con muérdago, peonía y polvo de cráneo humano. Se apartó de sus amigos y casi del mundo, avergonzado por si le creían endemoniado.

—¿Eso era lo que temía de mí? ¿Habría muerto con esa duda? —me lamenté, dolida por haberle causado temor—. Lo amaba, me dio tanto...

—Y tú a él. Mejoró mucho cuando te conoció. Apenas sufrió ataques, y si la mala fortuna no le hubiera hecho caer así... —Se interrumpió un instante, ahogó otro sollozo—. Justo ahora que le hacías tan feliz, Gabriela.

No pudo reprimirse más. Lloró y la abrazé mientras mi mirada se aferraba a la viola da gamba y en mi corazón palpitaba la fantasía que él liberó de mi interior durante nuestra primera noche juntos: deseaba con toda mi alma que llegara a sus oídos, allá donde estuviera con el Señor. ¿Qué iba hacer sin Tomás?

\* \* \*

Diego encontró a Águeda en el patio, sentada junto a la fuente, con la mirada perdida en el agua que manaba de la flauta que sostenía aquel ángel regordete. Se sentó a su lado y sintió el roce de la casaca sobre su antebrazo descubierto. Al percatarse, él enseguida lo retiró.

—Has vuelto pronto —dijo ella.

Diego apretó los puños y bajó la cabeza.

—No ha sido una mañana agradable. Ya se rumorea, Águeda, y cada vez son más los muertos que atribuyen a Álvaro por el derrumbe de la mina. En la alhóndiga he tenido que aguantar más de una mirada incómoda, y por la calle... ¡Mierda! Más de uno seguro que le compraba la plata y entonces no se preguntaban por qué era tan barata.

Águeda miró a su esposo:

—Con mi padre lo arreglaste.

Diego se puso en pie y se acercó a la fuente. Acarició el agua, plácida en la bandeja. ¿Qué iba a hacer sucumbir a los Villaverde en una inundación? Había menospreciado la habilidad social del Marqués y él había sido rápido. No difundía que estuviera preso, por tanto, Diego no podía contrarrestar el rumor de que estaba usando a Álvaro para conseguir dinero con que pagar las deudas de su hijo.

—Ahora no tiene arreglo. Aunque lo sacara, la sombra de la duda siempre le perseguirá. No quiere casarse con nuestra hija y, después de todo, me he dado cuenta de que a nosotros tampoco nos conviene casarla con él. Siempre sería menospreciada.

—Quizá recapacite en prisión. Mejor eso que...

—Prefiere pudrirse allí dentro. Y sin lo de Adelaida, me encantaría respetar su voluntad —respondió mientras golpeaba el agua con rabia—. Al menos, quedaríamos como víctimas. Pero saldrá. Gracias a tu hija, a su pecado, quedará libre. Aunque te aseguro que su sombra no nos rozará.

—¿Qué quieres decir?

Diego se volvió hacia su esposa.

—Hay que casarla rápido, y el Marqués de Villaverde está empeñado en que sea con su hijo. —Bajó la mirada y masculló—: Por lo menos, su embarazo me servirá para no dar la dote que pretendía, por deshonrarla. Eso, desde luego.

Águeda no oyó las murmuraciones de su esposo, presa de un dolor que quebrantó cualquier temor por la felicidad de su hija. Todo lo que se rumoreaba de Ernesto de Villaverde ya se había dicho antes acerca de su propio padre. Y ella sabía aún más. Su madre... Fue mucho peor cuando se cansó de llorar; fue entonces cuando, aunque estuviera con sus hijas, no las veía: la mirada siempre perdida, empañada. Luego se empezó a encerrar en su alcoba, a oscuras, y se convirtió en un espectro, cada vez más delgada, incapaz de digerir ni comida ni desdicha... Hasta que el Señor le dio la paz. ¿A eso se había condenado su preciosa Adelaida?

\* \* \*

Paños y galones negros y morados vistieron al largo séquito que acompañó el ataúd de Tomás a la catedral. Esta quedó abarrotada por los señores de la ciudad. Sus restos reposaban ya entre aquellas paredes cuando el coro inició una de las muchas misas que se sucederían por su alma. Todas serían cantadas. Yo estaba con sus padres, y detrás, sabía a mis tíos y mis primas. Era Tea quien escurría su mano en una caricia a mi espalda cuando el llanto me sacudía. Por primera vez, la música me hería más que me ayudaba, pues la libertad que él me había dado para tocarla se tornaba en una herida que sangraba su ausencia. Y sola, sin tan siquiera el consuelo de Álvaro, me sentía más huérfana que nunca.

—Cuando la misa cesó, los murmullos de la muchedumbre no atenuaron mi pesar. Salimos tras los virreyes para repartir las limosnas entre el cortejo de pobres. Y yo sólo quería encerrarme en mi alcoba, tenderme en el lecho con la viola. Noté que alguien me tomaba del brazo; me tambaleaba y ni tan siquiera habíamos llegado a la puerta. Me sujetó por la cintura para que no cayera y susurró:

—Querida prima, cómo lo siento —me sorprendió la voz de Adelaida—. Lástima que no haya venido tu hermano. No está enfermo, como te han dicho. Simplemente no le han dejado venir. Con todo lo que debes estar sufriendo, viuda tan joven, y encima toda esta vergüenza por su culpa. Pero lo llevas con dignidad, como una buena De Oristrell, si señor.

Me detuve y la miré, desconcertada. ¿A qué venía aquello? Por doña Graciana sabía que mi hermano estaba fuera, y ni siquiera fue necesaria su intervención. Todo había resultado un malentendido, como lo fue cuando el tío utilizó la muerte de la Nana para culparlo de lo que vino después.

—¿No lo sabes? —preguntó con desdén—. Álvaro es estúpido. Lo ha fastidiado todo.

—Déjala —apareció de pronto Tea por detrás de ella.

Se acercó a mí y me tomó de nuevo del brazo para seguir a mis suegros.

—Vamos a acabar con esto. Se te ve muy cansada, Gabriela.

—¿A qué se refería? —pregunté.

—A nada de lo que te debas preocupar ahora. Es una resentida. Siempre ha estado enamorada de tu hermano, y la van a casar con Ernesto. Eso es todo: sigue celosa de ti, como siempre.

Eso podía ser verdad, pero ¿qué lo había propiciado? ¿A qué tanta crueldad? El sol me hirió los ojos al salir de la catedral.

\* \* \*

Sin afeitár, con un traje raído, botas polvorientas y sin peluca, parecía más un pícaro que de novela que él mismo. Pero era la única forma de verla, mientras repartía limosna entre el cortejo de pobres. Fue sólo un instante, casi cruzaron sus miradas, mas ella no estaba dentro de aquel cuerpo que se movía guiado por Tea. Y Álvaro se maldijo a sí mismo por añadir dolor. ¿Cuánto tardaría en enterarse? El duelo la mantendría aislada de los rumores que hacían cada vez más macabra la verdad, pero ¿por cuánto tiempo?

El joven se volvió cuando vio a sus tíos tras los familiares más directos del difunto. Se escabulló entre la muchedumbre y bordeó la Acequia Real hacia el puente de Roldán. Los remos de las canoas removían el agua hedionda, que se entremezclaba con los olores de las cererías, la comida en la calle, el griterío de vendedores y el bullicio de las pulquerías. Pero Álvaro no se reencontraba con los ánimos que le acompañaran tantas otras veces, cuando su tío lo enviaba a algún recado, humillándole con una lección de humildad que su hermana, con sus escapadas, le enseñó a vivir como una liberación. No, aquel muchacho ya no estaba. Pereció en la mina, con los esclavos. Incapaz de soportarlo, Álvaro se volvió hacia la calle de los Plateros. Había salido de aquella mazmorra para entrar en la prisión de su propia conciencia, que le asediaba con pesadillas más violentas que las que sufrió durante años tras la muerte de la Nana.

Entró al palacio por el patio de servicio. Los mozos habían sacado su hermoso corcel, de cruz alta, cuyo pelaje castaño relucía al sol con brillos rojizos. Pero el orgullo que le despertara comprarlo estaba ahora teñido de sangre y no tuvo ánimos de acercarse. Siguió el pórtico hacia la puerta de servicio, sorteo tres arcones de madera y subió las estrechas escaleras. Ni siquiera tuvo tiempo de llegar a su habitación cuando el mayordomo, flanqueado por los dos mozos de cuadra, le cortó el paso.

—Su tío exige verle —dijo con sequedad—. Lo espera en su salón.

Al ver la expresión de sus acompañantes, entendió que no se podía negar. Dio media vuelta y encaró el pasillo, seguido por el mayordomo y los otros dos, hasta la puerta labrada con el escudo familiar. Estaba abierta y el mayordomo le indicó que entrara. Diego estaba de espaldas, sentado frente al bargueño, aún vestido de negro y morado.

—Aquí está, mi señor.

Sin volverse, le hizo señal para que se retirara. La puerta se cerró tras Álvaro. Entonces su tío se volvió y lo miró de arriba abajo, con desprecio.

—No has podido quedarte en palacio, ¿verdad?

—Sólo me ordenó que no fuera a la misa, y por mi hermana, le he obedecido.

—Bien, si eso es lo que crees. Será la última vez que tengas que buscar un vericueto para hacer tu voluntad. Te vas del palacio hoy mismo. Tienes tus cosas abajo. No quiero nada tuyo aquí. Por lo demás, lo he arreglado para que salgas en unos días desde Veracruz. Puedes tomar un coche de postas cuando quieras. Ya he enviado carta a tu padrino Eusebi para que te reciba en Barcelona. Te quiero a ti y la vergüenza que nos provocas fuera de la Nueva España. Si no me informa de tu llegada, perderás todo cuanto te dejó tu padre: me encargará de que Antonio no pague el pato solo. Y si te vas, llegada la edad, recibirás Santa Cecilia y lo que era exactamente el comercio de vino y aguardiente que tu padre dejó. ¡Ah! Y recuerda que tu hermana ha quedado viuda y yo sigo siendo el cabeza de familia. Tú verás...

\* \* \*

El maquillaje no conseguía disimular el cansancio de su rostro y sólo apareció un esbozo amargo de su sonrisa cuando la recibí con un beso. Doña Graciana se sentó pesadamente y apoyó el bastón en un brazo del canapé. Me tomó la mano en cuanto me senté a su lado y me acarició la mejilla, sin despegar los labios.

Agradecida, me dejé acariciar. En los últimos días, sabía que había pedido visitarme, pero sólo quería ver a una persona. Sentía que sólo él, mi hermano, podía rescatarme, como lo había hecho durante años en casa de nuestros tíos. Sin embargo, la soledad de mi alcoba me enseñó que no hubiera sido posible, pues esta vez el dolor era sólo mío, y sólo yo podía aprender a convivir con aquella dura añoranza, no tanto de lo que fue, como cuando me sacaron de la hacienda, sino de lo que podría haber sido. Una vez hecha a la idea, resignada a vivir con aquel dolor, apareció la angustia por mi hermano que había sembrado mi prima Adelaida. Por lo que ante el silencio que mantenía doña Graciana, pregunté:

—¿Sabe algo de Álvaro? No ha venido a verme y ya han pasado días desde que salió. Me dijeron que estaba enfermo, pero...

—Está conmigo, querida, bien de salud, gracias a Dios.

—Entonces, ¿qué está pasando? —pregunté angustiada—. Mi suegra cambia de tema cuando me refiero a él y María... No sé qué es peor, su cara o su silencio.

—Bien, quizá ya lo sepan y, en parte, por eso quería verte, querida. Álvaro se va a Barcelona en unos días.

—¿Por qué?

Doña Graciana bajó la cabeza, como si quisiera tomar fuerzas, y luego me miró.

—El dinero... ¿Te acuerdas de que manejaba dinero? Para ayudarte, para comprar el clavecín que está en mi casa...

—De la asignación de mi tío.

Ella negó con la cabeza y la angustia se tornó temor: «Con todo lo que debes estar sufriendo, viuda tan joven, y encima toda esta vergüenza por su culpa». Con esas palabras quiso herirme mi prima.

—¿Qué hizo? ¿Por qué lo apresaron? La culpa es de mi tío, de lo contrario, no lo hubieran liberado.

—No, cariño, no. En la ciudad se exagera, pero he hecho mis comprobaciones y él me lo ha confirmado: Álvaro, Ernesto y el secretario de tu tío explotaban una mina a escondidas. Hubo un derrumbe, con muertos, la mayoría esclavos de contrabando. Así se descubrió todo. Utilizaron a Álvaro para lo que al final ha sucedido: han anunciado el compromiso de Adelaida con Ernesto, cuando la intención de tu tío era casarla con tu hermano. Él ha quedado libre, pero no hay quien frene esos rumores. Por eso es mejor que se marche.

Bajé la mirada en un intento por controlar los recuerdos que se sublevaban en mi mente. Tras salir de la hacienda, sentía que no conocía a mi hermano, aunque en aquella ocasión no era verdad. Pero ahora, ¿de veras lo tenía que enterrar en mi corazón? ¿No había aprendido nada de lo sucedido entonces, del porqué de mis silencios, de mi indiferencia? ¿De por qué al final nos reconciliamos?

—Sé que es duro lo que te estoy diciendo. Yo tampoco lo hubiera imaginado de Álvaro. Pero al fin y al cabo, alguien se lo enseñó.

«Y se dará cuenta de que toda su fortuna nada será al lado de la que yo haya cosechado por mis medios», me había dicho con rabia, justo el día de mi boda. Pensé que se refería al futuro, pero ya lo estaba haciendo. Después de todo, ¿lo había convertido mi tío en una réplica de sí mismo? Sentí que doña Graciana ponía su mano en mi barbilla y me hizo alzar la mirada mientras añadía:

—Gabriela, su conciencia le atormenta. No puede irse solo.

—¿Qué quiere decir? Yo ya fui expulsada una vez por algo que no hice. Ese es su castigo. Y alguno ha de tener. Después de todo, supongo que al final sólo Antonio pagará por esas muertes.

—Cierto, pero para sufrir un castigo debe estar vivo y, solo, temo que haga una locura. Tú ahora estás viuda, querida. ¿Te has planteado qué pasará con tu vida?

—No lo sé, estoy demasiado dolida para pensarlo —me di cuenta de pronto.

—Lo primero será volver a casa de tu tío, que es el cabeza de familia. Con suerte, te dejaría acabar en un convento. Pero eres joven, has estado casada, cierto, mas sin hijos y con un hombre de alta alcurnia y, además, eres la hermana del heredero de una fortuna que destruirá los rumores en cuanto Diego quiera. Tú decides, entregar tu vida a tu tío o adueñarte de ella. No serías la primera ni la última viuda a la que acoge su hermano y ¿qué honra más la memoria de tu difunto esposo? —Se detuvo un momento y luego añadió—: Eso, claro, si no estás embarazada, pues te obligaría con la familia De Alancastre y no te podrías marchar.

Muerta. ¿Cómo podía ser? Si a Tea no se le hubiera escapado tras la clase con Nuño, ni siquiera me hubiera enterado. Pero ¿de qué me servía saberlo si me hallaba presa tras enfrentarme a mi tía? La cena permanecía en la mesita, intacta. Su olor me hacía sentir náuseas y permanecía en el otro extremo de la alcoba, acurrucada entre el armario y una esquina, envuelta en una sábana de mi ajuar, bordada por ella con mis iniciales. ¿Cuánto tardaría en desaparecer el aroma de la abuela? ¿Cómo podía ser que no se hubiera ido con ella? Agradecía aquel castigo: evitar la cena en familia, llena de palabras vacuas. Y aguardaba, como él me había pedido, sin querer dar crédito a su entereza.

Álvaro no se consintió llorar, ni se desmoronó como tras la muerte de nuestra Nana. Ni siquiera cuando le dije que no acudiríamos al entierro, simplemente por mantener las apariencias: la abuela quería descansar en Santa Cecilia con nuestro padre, bajo tierra y flores, y no junto a su esposo, entre las losas de San José el Real. «¿Qué pensará la gente? —había dicho mi tía—. Ya iréis a las misas que tu tío pagará por su alma.» Álvaro se había limitado a abrazarme, mi rostro sobre su hombro, sentados en la alfombra, frente al fuego. A la hora de la cena se puso en pie y me pidió que lo esperara.

Repicaron las campanas en un eco que se alejaba en la noche cerrada cuando la puerta de la alcoba se abrió. Ante mis ojos apareció mi hermano, agachado frente a mí.

—Nos vamos.

Me tomó de la mano, me levantó y prácticamente me arrastró hacia la puerta, mientras yo miraba hacia atrás, hacia la sábana caída, abandonada.

—Nadie nos va a impedir ir al entierro de nuestra abuela.

Bajamos por la escalera de servicio. De pronto sentí que su determinación serenaba mi tristeza. Álvaro era Álvaro, y cuando uno no era fuerte, lo era el otro. ¿Cómo había dejado que tras el forcejeo Águeda me arrebatara lo que tenía tan claro? Mi hermano mellizo seguía siendo un reflejo de mí misma.

—He apalabrado un coche de postas en la plaza Guardiola —susurró ya en el patio trasero.

—¿Y cómo lo pagaremos?

Álvaro retiró un poco su casaca y me mostró un saquillo de monedas que pendía de su cinturón.

—¿De dónde...?

—¿De verdad quieres saberlo? —me interrumpió.

Me disgustó que mi hermano robara, pero no podía culparle a él, sólo a mis tíos, y los odié por obligarnos a aquello. Alcanzamos el portón. En un lateral, la pequeña puerta destinada a las entradas y salidas del servicio estaba abierta. Detrás del convento de San Francisco, un carruaje negro, con dos antorchas encendidas en las esquinas delanteras, aguardaba con el mayoral a las riendas. Mi hermano se desató el saquillo del cinturón y se dirigió hacia él mientras yo abría la puerta.

—Esto no es la hacienda, aquí nada escapa a mi control.

Mi tío estaba sentado dentro. Acodado en la ventanilla, se mesaba un rizo de la peluca blanca que enmarcaba su rostro envuelto en penumbras. Se puso en pie. Obligado a agacharse por el techo del carruaje, no resultaba menos imponente. Di un paso hacia atrás y me quedé fuera. El tío Diego puso los brazos en jarras en cuanto sus pies tocaron el empedrado de la plaza. Noté a mi hermano a mi lado, pegado a mi cuerpo. Él lo miró, altivo.

—¿De verdad creías que podías robar de la platería sin que me enterara?

El mayoral lanzó el saquillo que le había dado Álvaro y Diego lo agarró al vuelo. Detrás de nosotros se habían apostado los dos mozos de cuadras de la casa.

—¿No somos prisioneros! —exclamé dando un paso adelante—. Iremos andando si es necesario.

El tío me miró de arriba abajo.

—Todos somos prisioneros de nuestra posición —aseguró—. Y ahora, volved dentro.

—¿Por qué? —estalló Álvaro. Dio un paso hacia delante, dos, me sobrepasó y se encaró con Diego mientras no dejaba de gritar—. ¿Qué te hizo? ¿Es que hasta después de muerta la vas a castigar? ¿No era yo el que se había portado mal? ¿No era mi castigo? ¿Por qué no la dejaste venir con nosotros? ¡Es por tu culpa, tú la has matado!

De pronto, Diego le dio un puñetazo tal que mi hermano cayó al suelo. Asustada, me apresuré hacia él, pero uno de los mozos me detuvo. De un salto, Álvaro se levantó y se lanzó sobre mi tío. Lo derribó. Su cabeza no dio contra el carruaje por poco. El mozo que me retenía me soltó y, junto al otro, aprehendieron a mi hermano, se lo sacaron de encima a Diego y lo arrastraron hacia la casa. Entonces fui yo quien me abalancé sobre ellos para detenerlos y mi tío me sujetó.

—No lo compliques más, Gabriela —dijo a mi espalda—. Todo lo hago por vuestro bien. Espero que algún día lo entiendas.

Sacudí mi brazo para librarme de él y lo miré.

—Pero sabes que él tiene razón. Mataste a tu madre y espero que te pese mucho, querido tío.

Y me volví hacia el palacio.

\* \* \*

Demasiado hundida en mi propio dolor, no lo había pensado antes y las palabras de Álvaro se convirtieron en un puñal clavado a mi espalda. Habíamos sido la vida de la abuela. ¿Qué le quedaba por hacer sin nosotros? Se lo había oído tantas veces en el cementerio de Santa Cecilia. «Por lo menos ahora estará con mi padre, como quería», me consolé por primera vez. Pero poco me duró el consuelo. Abrí la puerta de mi alcoba y vi mi ropa revuelta por la alfombra central. Águeda observaba a un lado de la chimenea, con las manos a la espalda, mientras una doncella rebuscaba entre los arcones y la otra registraba mi tocador. Sacó un fardo de fino paño, lo desenvolvió y le mostró a mi tía la flauta con las alas del colibrí extendidas en su base que me regalara mi padre.

—Con la ropa india —ordenó.

La doncella la tiró a un montón que había al lado de mi tía y me dio un vuelco el corazón al ver que el pico del ave se rompía.

—¿Qué es esto? ¿Qué haces con mis cosas? —grité furibunda mientras me acercaba a ella.

—Jamás volverás a ponerme una mano encima. Tu abuela te consentiría ese genio, pero aquí se ha acabado —dijo mientras sacaba una vara de su espalda. Miré hacia donde habían amontonado mis faldas y blusas. La flauta estaba intacta y me frené—. Muy bien, veo que vas aprendiendo cómo irán las cosas a partir de ahora. Quitate esa ropa.

Di un paso hacia atrás, negando con la cabeza. Águeda, con suavidad, se golpeó una mano con la vara mientras decía:

—O te quitas esa ropa de india con la que pretendías huir, o te la quitan mis doncellas, tú decides.

Las miré. Las dos habían dejado de revolver mis cosas y en su cara se reflejaba una mezcla de tristeza y temor. No las haría pasar por aquello. Me quité la blusa despacio, la doblé poco a poco y la dejé cubriendo mi flauta, con cuidado. Seguí con la falda mientras Águeda decía:

—Perfecto. Y ahora que te quede claro, tu cuarto es mío y, cuando deje de serlo, será porque pertenece a tu marido. No más historias a Tea, no más ropas que las que yo decida. —Avanzó hacia la puerta y sin volverse, ordenó—. Gloria, coge esos harapos y quémalos. Se acabó todo rastro de esa maldita hacienda. Ahora sólo me queda enderezar a mi sobrinita, si hace falta, a golpe de vara, querida.

## SEGUNDA PARTE

Si cuando partí de la hacienda de Santa Cecilia pesaba en mi alma el duelo por mi infancia perdida, cuando llegué a Barcelona estaba atrapada en un luto doble: por el futuro roto tras el fallecimiento de Tomás y por la ruptura del estrecho vínculo que me unía a mi hermano. Álvaro se había convertido de pronto en un desconocido al que estaba irremediablemente ligado mi presente. En ese atardecer frío, con el sol poniéndose sobre nubes rosadas por encima de la fortaleza de Montjuïc. Barcelona era una ciudad que se amontonaba tras unas murallas grises, con tres baluartes de cara a un mar turbio al que parecía querer abrazar, o encerrar, con el largo brazo que formaba el muelle del puerto.

Álvaro estaba asomado a la borda, como yo. La travesía le había agrietado los labios y sus largas estancias en cubierta habían atezado su piel. Yo, en cambio, me mantuve la mayor parte del tiempo en el camarote de popa, con la viola da gamba como única compañía, asediada por las náuseas e incapaz de enfrentarme a él. Sabía que había acudido a doña Graciana para salvarme de un futuro en el que yo misma no había tenido tiempo de pensar. Aunque la decisión final había sido mía, Álvaro me había rescatado, tal y como deseé durante mi encierro voluntario tras la primera misa por la muerte de mi esposo. Pero al mismo tiempo, lo que mi hermano había hecho con aquella niña me devolvía, una y otra vez, la imagen del tío Diego, en la puerta de la casa señorial de Santa Cecilia, tras la muerte de la Nana, impasible a pesar de saber que había generado tanto sufrimiento.

Habíamos partido de Villarrica de la Veracruz en un navío con capacidad para quinientas toneladas de carga y, al llegar a Sanlúcar de Barrameda, la realidad del contrabando del que había participado Álvaro se abrió ante mis ojos cuando barcasas recogían tinte, cacao o azúcar, además de plata, para perderse en las playas o ir directamente a otros barcos, sin llegar jamás a ser contadas por la casa de Contratación de Sevilla. ¿Cuántas de aquellas mercancías estarían manchadas de sangre, como las conseguidas por mi hermano? ¿Cuántos de los privilegios de los que había gozado en mi vida procedían de la sangre de esclavos, del sufrimiento de otros seres humanos?

Ni siquiera tocamos tierra. Tal y como había dispuesto el padrino Eusebi, bajamos con nuestros arcones a un barco más pequeño, de dos mástiles, cargado con bultos trasladados del que nos había traído desde las Indias. Fue entonces cuando empecé a plantearme que quizá mi hermano no me había rescatado, sino que mi propia decisión, al sentirme sin salida, me había arrastrado con él a una realidad como la que ya viviera en México, porque ¿quién se lo había enseñado todo a Diego, sino su padre y aquel padrino del que habíamos oído hablar sólo en contadas ocasiones?

El barco tiró el ancla antes de alcanzar el muelle bordeado por una apretada hilera de galeras y navíos. El capitán nos informó de que debían esperar a que quedara un sitio libre, pero nos invitó a dejar el barco, pues nos aguardaban. Antes de subir a la barcaza que nos llevaría a tierra, tomé el único objeto que no quería que tocaran otras manos que las mías. La proa no tardó en clavarse en la playa con una sacudida y sujeté la viola da gamba con fuerza. Álvaro bajó junto a un remero y sujetaron la embarcación mientras otro me tendía la mano para ayudarme. A diferencia de nuestra llegada a Ciudad de México, mi hermano no había hecho ningún intento de hablar conmigo para acortar la distancia que exigía mi necesidad de tiempo, y me parecía incluso que era él quien buscaba alejarse de mí. Cuando mis pies tocaron tierra, se coló en los botines algo de aquella arena, húmeda, sucia y revuelta por la incesable actividad de porteadores y pescadores. Agarré la viola y la sujeté con cuidado, a pesar de ir protegida en su caja de madera.

Mi hermano miraba alrededor, evitando cruzarse con mis ojos. Los graznidos de las gaviotas se mezclaban con el griterío de las gentes de un mercado cercano, entre la playa y la muralla. Empezaba a intuir que su silencio quizá no era sólo por respeto hacia mí, sino que tenía que ver con su mala conciencia, aquella de la que me hablara doña Graciana. De pronto, su mirada se fijó en alguien. Una mujer de cara magra y cuerpo consumido por los años, vestida con un austero traje verde apagado, se aproximaba a nosotros con paso ligero y determinado. Dos sirvientes enfundados en oscuras casacas la seguían a corta distancia.

Con las manos entrelazadas a la altura de su vientre, se detuvo delante de Álvaro, lo miró de arriba abajo y, de pronto, se iluminaron sus ojos claros y esbozó una enorme sonrisa.

—Temía no reconocerte, pero Diego no se equivocaba: eres igual a tu padre —dijo mientras abría los brazos—. Soy tu madrina Eulalia.

Álvaro se dejó abrazar, aunque sin perder su rigidez. En cuanto se separaron, mi hermano me señaló y dijo:

—Gracias, madrina, por recibirnos. Gabriela me acompaña en este viaje. Espero no sea una molestia, no sé si les llegó la carta que envié desde...

La madrina selló sus labios con la mano y fijó una mirada grave, primero en la viola da gamba y luego en mis ojos. Temí ver en ella un reflejo de la Águeda que me recibí en la Ciudad de México, pero Eulalia se acercó a mí con expresión afable y me acarició la mejilla.

—Te acompaño en el sentimiento, mi niña. Me alegra que hayas venido con tu hermano, cuidaremos de ti.

—Gracias, madrina —respondí.

Y tomé mi falda para hacer una reverencia, pero ella me cogió de la mano y me detuvo:

—Somos familia. Un abrazo está mejor.

Me estreché sin advertir mi desconcierto. Después se volvió y con jovialidad dio unas palmas y ordenó a los sirvientes que llevaran los arcones a nuestro nuevo hogar. Uno se acercó para tomar la viola, pero negué con la cabeza. Eulalia me miró, asintió y dijo:

—Muy bien, acompañadme. Entraremos por el portal de Santa Madrona. Viniendo de México, Barcelona os parecerá pequeña. Pero tiene sus ventajas, enseguida os haréis a la ciudad.

\* \* \*

La pequeña alcoba parecía abrigada por las cálidas escenas campestres de los tapices que colgaban de las paredes. La chimenea encendida enseguida disipó aquel frío húmedo que me había calado hasta los huesos. Había un ventanal rematado por un arco por el que apenas entraba la luz del patio interior y, en la pared opuesta, un ventanuco alargado que daba a la estrecha calle donde estaba ubicado el palacete, más pequeño incluso que la casa del cacique de nuestra hacienda. Sobre la cama sin dosel, iluminado por las cuatro velas de una sencilla lámpara de hierro, colgaba el único cuadro de la estancia. Los temores, las náuseas del viaje y el dolor quedaron sumidos en una emoción amarga al reconocer en aquel lienzo el retrato de mis padres, el mismo que había contemplado tantas veces en el salón de la casa señorial de Santa Cecilia. «No serán como ellos», me dije a mí misma, a pesar de que aún no había conocido al padrino Eusebi.

Deposité la viola da gamba sobre el lecho y me acerqué a la jofaina. El agua estaba tibia y dejé que acariciara mi rostro. Sobre el tocador, pequeño y con sencillos remates plateados, había un espejo redondo que me devolvió el reflejo de un rostro muy pálido que me resultó difícil de reconocer. Pero estaba demasiado agotada para buscar el maquillaje entre mis arcones. Tampoco saqué el tontillo y la cotilla de los que había prescindido durante el viaje. Me limité a quitarme las ropas humedecidas y ponerme un vestido negro, sobrio, sobre una camisa limpia. Luego, tal y como nos había dicho la madrina, salí al pórtico de piedra tallada y lo rodeé. El patio interior era pequeño, con un par de parras secas que en verano quizá dieran sombra, pero que ahora parecían un tétrico amasijo de dedos nudosos y retorcidos.

A punto de enfilar el pasillo, Álvaro salió de otra habitación y se detuvo para evitar chocar conmigo. Percibí en su rostro una mezcla de temor y melancolía. Sombrio, incapaz de sonreír, me cedió el paso y avanzamos los dos en un silencio tenso. De pronto, lo eché de menos, mucho, y cuando llegamos al salón donde nos aguardaban, tuve que contener las lágrimas. La madrina me miró, esta vez sí que de arriba abajo como solía hacer Águeda. Negó con la cabeza y se levantó para recibirnos.

El aroma a tomillo recorría la estancia, amueblada con un bargeño en el extremo, un sobrio canapé de nogal y sillas de tijera, todo tapizado en terciopelo encarnado. El padrino Eusebi debió de ser un hombre fuerte, pero la edad encorvaba su espalda y le daba un aire frágil, sentado en aquella butaca, con una manta cubriéndole el regazo. Con la tez amarillenta y el gesto cansado, a pesar de sus vivaces ojos oscuros, bebía de una taza con la que parecía quererse calentar las manos. La dejó sobre una mesilla y apenas esbozó una sonrisa en cuanto Eulalia nos presentó.

—Siento mucho no haber acudido a recibirlos —se disculpó con voz ronca—. A mis huesos y mis pulmones no les sienta bien tanta humedad. Sentaos, por favor. —Hizo una pausa y luego se dirigió a mí—: Te acompaño en el sentimiento. Pagaría una misa por el alma de tu difunto esposo, pero lo cierto es que quizá notes...

—Ah, no la abrumes con política, por Dios, Eusebi —interrumpió la madrina.

—¿Lo dice porque Tomás era hijo de un virrey nombrado por don Felipe? —preguntó mi hermano—. La guerra está a punto de acabar, ¿no? No hemos visto muchos soldados al venir.

—Los ingleses se han retirado de la ciudad —explicó Eusebi—. Los que quedan son soldados de don Carlos de Austria, pues la Emperatriz está en la ciudad. Pero aunque negocian, yo no veo tan claro el final.

—¿Quiere decir que hay peligro?

—No te preocupes, Barcelona no ha sido sitiada desde hace siete años —dijo la madrina—. Pero desde luego las cosas no están para los lujos a los que quizás estuvierais acostumbrados en México.

Álvaro, por primera vez en mucho tiempo, me miró directamente a los ojos y casi pude leer en su rostro preocupado: «¿Dónde te he traído?»

\* \* \*

Flanqueada por altos palacios, la calle del Bisbe, con su empedrado irregular, me recordó al callejón de la marquesa. Pero el centro de aquella ciudad parecía estar todo conformado por callejuelas laberínticas por las que, a pesar de la majestuosidad de sus palacios, con ventanas acabadas en punta, no pasaba ni un carruaje. Para ver, había que alzar la cabeza, pero yo me sentía arrastrada al andar tras la madrina, aunque su paso se acompañaba al de Eusebi, que caminaba pesaroso con su bastón.

Durante los primeros días me encontré mal. Las náuseas persistían y apenas podía conciliar el sueño. Las noches se convertían en una larga bruma y la simple idea de tocar la viola da gamba o la flauta, que reposaba bajo el retrato de mis padres, me producía más dolor que consuelo. A menudo oí a mi hermano gritar al otro lado del pasillo, entre pesadillas, y entendí que no había salido impune de la Nueva España, al igual que sabía que más allá de mi presencia cercana no podía ofrecerle consuelo. ¿Qué decirle? ¿No fue culpa tuya? No quería castigarlo más, pero me sentía incapaz de levantarme para brindarle un abrazo. Siempre estaba cansada y apenas salía de la habitación. La madrina en persona me traía caldos de ave y sopas ligeras, y se quedaba conmigo hasta que los tomaba. Me preguntaba por mis clases con el maestro Sumaya, por las piezas musicales que más me habían emocionado durante mi estancia en México, por el clavecín o por los instrumentos que había traído. Sabía mucho de mí, de mis inquietudes, por lo menos las que tuve antes de marchar. Y no podía evitar cierto recelo, por lo que respondía con parquedad, pues sentía que hurgaba en mis heridas, aunque aparentemente buscara darme distracción.

Hasta aquella mañana de domingo, cercana ya la Navidad. Cuando hube terminado el desayuno, a base de leche y pan, la madrina me anunció: «Hoy iremos a misa. Nos hará bien a los cuatro. Habrá villancicos y te encantará el maestro de capilla».

Un sol entumecido iluminó las gárgolas de la parte trasera de la catedral. Sobre pasamos un portón lateral tras el cual me pareció oír unas ocas, doblamos la esquina a la altura del que nos dijeron era el palacio del Obispo hasta la entrada principal. Las puertas estaban abiertas, aunque todavía no habían sonado las campanas llamando a misa. Un mendigo, tullido por la guerra, pedía una limosna. Al ver los muñones de sus piernas, el rostro de mi hermano palideció y sacó su saquillo con intención de vaciarlo en su sombrero:

—Unas monedas bastarán —indicó el padrino poniéndole una mano en la espalda.

Mi hermano se puso rígido, pero obedeció y entramos a la catedral. Me sentí sobrecogida, entre aquellas sobrias columnas con nervios que ascendían cual ramas para extenderse por aquellas bóvedas apuntadas en las que se podía respirar el silencio. Ni martillos, ni poleas, sólo nuestros pasos y los susurros de la madrina al mostrarnos el trascoro, con imágenes del martirio de Santa Eulalia, patrona de la ciudad. Repicaron las campanas. Bajo el campanario se elevaba el órgano y en las manparas del coro, imágenes de la Pasión ante las que mi hermano se detuvo. La madrina me tomó del brazo y susurró:

—Dejémoslos solos.

Nos sentamos en las bancadas y me sorprendió la sencillez del altar mayor. Sin esculturas ni pinturas, resplandecía un ara de mármol blanco y un retablo con adornos arquitectónicos calados en dorado. Damas y caballeros fueron entrando, en respetuoso silencio, y con leves gestos saludaban a la madrina. Álvaro y Eusebi se reunieron con nosotras e hicieron entrada los miembros del coro. La sillería era de roble, con doseles tallados en forma de pináculos y, para mi sorpresa, me pareció ver grabados con escenas de danza y música en los medallones de los brazales. La misa no empezó, sino que lo hizo la música, con el maestro de capilla al frente de un coro que entonaba el estribillo en *allegro* de un villancico. Miré a la madrina y ella me susurró con una sonrisa:

—Es un excelente compositor y te sorprenderá, sin duda.

Pero el *allegro* me fue hundiendo en los recuerdos de Tomás que, como yo, había disfrutado tanto de los villancicos de Salazar. Y de pronto, el coro se elevó en un recitativo al que le siguió una hermosa aria y tuve la sensación de que mi difunto esposo me tomaba la mano: «¿Un recitativo? ¿Un aria? Son más propios de la ópera, ¿no?» , fue como si me preguntara. La música dejó de causarme dolor y pude sentir su presencia, compartir con su recuerdo aquella forma diferente que se alejaba del estribillo y la copla que siempre había escuchado, aun en los villancicos más creativos. El nacimiento de Jesús se tornó jubiloso y de

pronto me di cuenta de que, aunque ya no lo tuviera a mi lado, el haber estado casada con Tomás haría que jamás volara de nuevo el ave sola, tal y como sentí en la misa de nuestra boda. Me toqué el vientre y di gracias al Señor.

Álvaro entró al salón principal del palacete, no mayor que la sala privada de Diego en México, pero sí más sobrio, con un tapiz del viejo escudo de armas familiar dominando la estancia desde una pared. En una hilera de mesas apostadas a un lado ya habían dispuesto bandejas con bollos y barquillos. Al principio, acostumbrado a que en México las tareas de servicio eran propias de naturales, le chocó que todos fueran blancos como él. Pero enseguida los recuerdos de lo sucedido en la hacienda hicieron que este hecho le aliviara. Cerca de la chimenea permanecía el clavecín abierto, decorado con un rosal en todo su esplendor. Suspiró al ver la viola da gamba al lado, expresamente comprada por el padrino para él. Su hermana ni siquiera se había acercado a ninguno de aquellos instrumentos, a pesar de que, con la entrada del año, alegres melodías habían acompañado sus tardes. La madrina intentaba incitarla tocando ella misma, pero no lo había logrado y Álvaro no se había querido sumar con la viola por no ahondar en sus heridas. Y sin embargo, desde hacía algunas noches, sabía que algo había cambiado en Gabriela.

El joven se acercó a la viola y tomó el mástil, pero lo dejó como si le quemara la mano, pues de pronto las llamas crepitantes de la chimenea absorbieron toda su atención y le devolvieron a aquel granero de sus pesadillas. Aun despierto, podía sentir cómo, tras la alarma por el incendio, la tierra se estremecía, se hundía bajo sus pies y las figuras de unos esclavos negros, ensangrentados y mutilados, encabezados por Damián Dos Dedos, le asediaban. El marido de su antigua Nana había regresado, junto a los fantasmas de su propio crimen, para atormentarle de nuevo. Pero lo aceptaba ahora como no hizo siete años atrás: no podía culpar a nadie más que no fuera él mismo. Y en cambio, sentía que Gabriela mecía una plegaria para que perdonara su propia alma, pues aunque seguía sin hablarle, durante aquella última semana, la flauta de arcilla había desgranado las notas de la canción de cuna que su padre tocara para dormirlos cuando eran pequeños.

Oírlo por las noches le había conmovido hasta las lágrimas, pero aquella tarde le impulsó a tomar de nuevo la viola que le había ardido en la mano. Se la puso entre las piernas y tañó la misma melodía, a la espera de que, antes de que llegaran los invitados de los padrinos, la angustia lo arrollara como el agua de un río crecido desola la ribera. Pero las cuerdas de la viola parecieron absorber la corriente de su dolor y sintió cómo el arco fluía, perdiendo la conciencia de la mano que lo gobernaba. Las imágenes de las pesadillas se desvanecieron y manaron las fragancias de maizales y hierba fresca en un atardecer cálido y anaranjado que lo abrazaba como sus piernas la viola. Por primera vez, Álvaro no tocaba para huir durante un rato de su tío y ampararse en la vivacidad de Gabriela. Fundido con el instrumento, con la música, el joven entendió lo que impulsaba a su hermana: más allá del refugio, halló una parte de su alma por encima de la persona, al margen de sus actos, libre y en paz.

Al acabar la canción de cuna, abrió los ojos y, apoyado en el quicio de la puerta, vio la sonrisa del padrino:

—Al fin te has atrevido con ella—dijo.

La voz le hizo volver en sí y dejó la viola, sintiéndose culpable por haber dado tregua a su mala conciencia. El padrino suspiró y entró con paso renqueante al salón mientras decía:

—Sólo castigándote no hallarás la redención, y sin ella estás perdido.

«No hay redención para mí en este mundo—pensó Álvaro—. No la merezco.» La voz de Eulalia interrumpió sus pensamientos.

—¡Ah, eras tú! Pensé que quizá Gabriela...

—No tocará, madrina. Era algo que sólo hacía conmigo y luego, para su esposo—explicó Álvaro, lleno de pena.

Ahora que ella había perdido su conexión con la música, él la hallaba y se sentía aún más culpable. Se sentó en una butaca, vencido.

—Bueno, soy una mujer paciente, y sé que acabará volviendo, por lo menos, al clavecín. De hecho, ya ha mejorado, ¿o acaso eres tú el que toca la flauta por las noches?

Álvaro esbozó una sonrisa amarga y negó. La madrina le acarició la mejilla y dijo:

—Me ayudarás hoy, ¿verdad? Os hará bien a ambos, estoy segura.

\* \* \*

No me obligaba a abandonar el luto y, aun así, me parecía que renunciaba a una parte de él, a pesar del vestido negro con ribetes violáceos que llevaba. Acaricié mis formas, reconocí sus cambios sutiles y me dije que lo hacía por lo que, a pesar de su muerte, me daba Tomás. Justo en ese momento, Eulalia llamó a la puerta con insistencia.

—Ya han llegado todos los invitados—me dijo en cuanto abrí. Me tomé del brazo y avanzamos por el pórtico de la segunda planta mientras añadía—: Me alegra ver que has ganado peso. El vestido te favorece.

Me dejé arrastrar con recelo, a sabiendas de que no me valía poner como excusa una indisposición. Ya le había dicho que no quería fiestas, que estaba de luto, pero ella había insistido en que sería una pequeña recepción. Y sabía que no me dejaría estar como lo hacía Águeda, pues me había puntualizado que presentarnos a los dos era el motivo de aquel encuentro. «He deseado tanto conoceros que, ahora que os tengo cerca, me resulta imposible tolerar el encierro al que os sometéis ambos—me había dicho—: ¿Dónde están los ahijados de los que tanto había leído? No, sería faltar a la memoria de tu queridísima abuela, a la que yo adoraba.»

Aquella mención me había llenado aún más de suspicacia, pues de alguna manera me recordaba cómo mi tía utilizaba el recuerdo de mis padres. Sin embargo, ya cerca del salón, desde donde llegaban algunos murmullos, me di cuenta de que Eulalia en ningún momento había aprovechado para hacerme ver cuales afortunados éramos Álvaro y yo porque nos hubieran acogido.

Aun así, entré a regañadientes en el salón. Había dos hombres de Iglesia de entre los cuales reconocí al maestro de capilla de la catedral. También estaban presentes algunas damas, todas vestidas con colores apagados, y algunos caballeros con casacas opacas. En nada se parecía aquello a las fiestas que recordaba, ni siquiera a los eventos en los que Águeda exhibía a Adelaida y a mi hermano. Sólo las amplias sonrisas entre conversaciones pausadas dejaba entrever un encuentro distendido. Nada más. «Será algo respetuoso con tu situación», había asegurado Eusebi, y me sentí reconfortada al ver que había cumplido.

—Oh, señor De Ferners, me alegra que al final haya podido venir—saludó Eulalia a un caballero sin soltar mi brazo.

Era un hombre delgado, pero las medias dejaban ver unas piernas fuertes y sus manos eran vigorosas. De sobresaliente barbilla, sus pequeños ojos relucieron vívidos cuando sonrió. Tras una sutil reverencia dijo:

—No me lo hubiera perdido jamás. Sería imperdonable que aquí se hallara un músico digno de los oídos de la Reina y lo supieran todos menos yo. ¿En qué lugar me dejaría?

La madrina dejó escapar una tímida carcajada y dijo:

—Gaspar de Ferners, le presento a mi ahijada Gabriela de Oristrell. —El caballero me hizo una reverencia a la que yo respondí y enseguida Eulalia añadió—: Si nos disculpa, intentaremos no decepcionarlo.

La madrina me había explicado que, desde la llegada de la corte, Barcelona era un centro musical muy activo, pues don Carlos había creado su propia capilla musical, aparte de las existentes en la catedral, el Palau de la Comptessa o la basílica de Santa María del Mar. Casi con precipitación, me condujo hasta un extremo del salón y entonces vi que allí estaba el clavecín, con la viola da gamba y mi hermano sentado al lado. Eulalia dejó ir mi brazo cuando alcanzamos la banqueta que estaba frente al teclado y enseguida se volvió hacia sus invitados.

—Queridos amigos, tengo el placer de presentaros a nuestros ahijados de la mejor forma que se puede presentar a alguien, a través de su propia música.

Discretos aplausos se extendieron entre el público y la rabia se apoderó de mis manos. Miré a mi hermano con decepción. Creía que era mi cómplice cuando, a lo largo de aquellas tardes, había declinado tocar junto a Eulalia. Y al tomar la flauta por la noche, pensé que había entendido que quería aproximarme a él, pero que para ello necesitaba que él se acercara a sí mismo. Lo necesitaba de vuelta, lo necesitaríamos. Y sin embargo, allí estaba Álvaro, abrazado a su viola, mirándome, por primera vez desde su encarcelamiento, directamente a los ojos.

No sé si atrapada por la situación o por la furia, me senté ante el clavecín y arranqué un acorde agresivo, una variante de la pieza que debíamos interpretar en la recepción organizada por mi suegra, en la que por primera vez podríamos haber tocado juntos. Él pareció captar la amarga ironía de mi elección y la viola se alzó como el mar contra la roca, decapitando la placidez del oleaje que en su día habíamos pactado sobre el bajo continuo. La sonata continuó, en una discusión íntima, una tormenta que llenó las aguas turbulentas de maderas a las que aferrarse tras el naufragio. Y luego, se hizo la paz, en un amanecer triste y agotado que disipó todo furor y dejó la espuma de las olas diluyéndose en la playa. ¿Habíamos arreglado algo con aquello? ¿O en aquella extraña comunión sólo se había evidenciado lo que estaba roto?

\* \* \*

Siguió con atención el perfil de Ramón, su rostro tosco, sus labios gruesos. Luchaba contra la sonrisa que escapaba de sus labios. Se fijaba en la joven, de aspecto delicado y a la vez fuerte, brava. Apenas dirigió una mirada al hermano, que, con los rápidos movimientos del arco, parecía asimilar las acometidas del clavecín, rítmico, demasiado vigoroso para ser un acompañamiento. ¿Y el maestro? El no disimulaba. Era obvio que a Francesc Valls, el maestro de capilla de la catedral, le gustaba aquella sonata de melodía tan limpia como vehementemente.

Eusebi y Eulalia de Prades habían procurado que allí estuvieran los más selectos músicos de la ciudad, incluso Tomás Milans, maestro de la capilla del Palau de la Comptessa, así como los miembros de la *Junta de Segrests* que la regía desde que empezara la guerra, cuando el bando austracista de la ciudad desposeyó al ausente Duque de Montalto y Marqués de Vélez del palacio y el patronazgo musical del Palau por ser partidario de Felipe V.

Al acabar la música, todos aplaudieron y Gaspar se sumó. Si Luis XIV de Francia tenía una clavencinista bajo su protección, quizás a la reina Isabel Cristina de Brunswick le agradaran aquellos mellizos. Al fin y al cabo, su trabajo era encontrar músicos para Su Majestad y, estos en especial, podían ser su oportunidad para estrechar lazos con la corte que había dejado don Carlos en Barcelona.

—La felicito por sus ahijados—dijo Francesc Valls a Eulalia de Prades—. Realmente una gran interpretación.

—Déjenme que se los presente—respondió Eulalia—. Y después, Ramón, espero que nos obsequie usted con aquella deliciosa fantasía. Mi sobrina perdió a su marido recientemente y le hará bien.

—Desde luego, señora—respondió él.

Al oír su voz, Gaspar se unió al grupo.

\* \* \*

Álvaro no me miró al acabar. Dejó la viola, pesados, como si al soltarla se quedara con la vaga huella de una emoción. Una extraña mezcla de paz y culpa me embargó al contemplar su rostro. ¿Podía ser que reflejara lo mismo que yo sentía o lo que yo sentía era un reflejo de su corazón?

—Por favor, venid—dijo la madrina tendiéndome la mano.

No la cogí y me puse en pie, pero un ligero mareo me impulsó a tomarla y ella susurró:

—Espero no haberte importunado. ¡Ha sido maravilloso!—Y girándose hacia mi hermano añadió—: Tú también, Álvaro.

Él se aproximó y ella lo tomó del brazo para acercarnos a un grupo de tres hombres entre los que estaban Gaspar de Ferners, el maestro de capilla de la catedral de Barcelona, a quien nos presentó como Francesc Valls, y un joven ataviado de negro, corpulento, de facciones amplias y con una peluca oscura que agudizaba su aspecto severo.

—Y él es Ramón Viñals—concluyó la madrina las presentaciones señalándolo—, a quien nos une una estrecha relación desde hace años.

—Sin la familia De Prades jamás podría haber estudiado música—intervino este—. Por cierto, antes nos hablábamos de la improvisación. Desde luego, depende del intérprete. Pero seguro que la habían pactado antes. Ese extraordinario clavecín...

—Conjeturábamos, señor De Oristrell, que usted, como compositor de la obra, habrá guiado a su hermana—dijo Gaspar.

—Temo decepcionarles en eso—intervino Eulalia soltándonos a mí y a Álvaro—. Y disculpen mi impertinencia, pero ¿por qué dan por sentado que el que compone es el varón?

Los tres hombres me miraron y Valls sonrió.

—Tiene usted razón.

—Pero en este caso no... —me apresuré antes de que la sonrisa se tornara burla. Eulalia me interrumpió:

—Oh, vamos, Gabriela, no seas modesta. Sé que compones. —Se me escapó una mirada hacia mi hermano, que parecía tan sorprendido como yo, y la madrina añadió—: Me congratula pensar que, a pesar de los años transcurridos desde nuestra estancia en México, aún conservo la amistad de doña Graciana.

\* \* \*

Había conseguido que diera un primer paso, pero todavía quedaba mucho por recorrer. Sintió cómo Gabriela se relajaba en cuanto nombró a la Marquesa del Valle de Orizaba y comprendió que había mucho más de lo que ella insinuaba en la relación de los mellizos con sus tíos. Eulalia había insistido a Eusebi que la llegada de Gabriela a Barcelona, la cual Diego nunca había mencionado, era una prueba, y más aún vista la relación, entre fría y temerosa, de los mellizos. Pero él se empeñaba en creer que la relación entre sus ahijados era consecuencia de la mala conciencia por lo sucedido en aquella mina y el dolor de una prematura viudedad. Hasta que comprobó por sí mismo cómo Álvaro se ponía rígido cada vez que le daba una palmada en el hombro y no tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia de la resistencia de los hermanos a recibir el afecto que se les ofrecía. Ante este primer gesto relajado de Gabriela, que ahora departía con cierta animación entre la curiosidad despertada en su entorno por su interpretación y su procedencia de México, Eulalia no pudo evitar mirar a su esposo con tristeza: ¿qué había hecho Diego para que los jóvenes fueran tan desconfiados? ¿Hasta qué punto su querido sobrino, aquel joven orgulloso cuya honorabilidad siempre buscaba asemejarse a la humanidad de su hermano mayor, se había convertido con los años en un desconocido? En la carta de Diego recibida desde la llegada de Álvaro y Gabriela, poca había sido la alusión a los mellizos, e intuía que en las futuras que enviara Eusebi, le respondería estrictamente a lo preguntado, vedado el ir más allá, como también les quedaba vedada, desde hacía tiempo, la política.

Eusebi le devolvió la mirada e hizo una leve señal con la cabeza. Eulalia asintió y, con la excusa de rellenar de malvasía de Sitges la copa vacía, se llevó a Gaspar del grupo.

—Y dígame, señor De Ferners, ¿de veras no le han decepcionado? Apenas ha dicho palabra desde que mis ahijados acabaron de tocar.

Llegaron a la mesa y Eulalia llenó la copa de su invitado mientras este respondía:

—Oh, no quería interrumpir. Ya sabe, cuando hablan del bajo continuo y el modo de abordar los acordes, me excede. Yo sólo sé disfrutar de la música, y por ello me pagan, mi señora. Y he de admitir que me han impresionado. —Se volvió y miró hacia el grupo que ahora formaban Valls, Ramón y los mellizos mientras daba un sorbo. Luego añadió—: La cuestión es: ¿sus ahijados estarían dispuestos a tocar en la corte de la reina Isabel Cristina?

Eulalia se sorprendió:

—¿Hasta ese punto le han impresionado?

—Desde luego —sonrió Gaspar.

Este observó que Eusebi de Prades, con más energía en la mirada que en sus pasos, se aproximaba al grupo mientras Eulalia respondía:

—No sé, Gabriela está de luto y seguro que se negará.

Gaspar suspiró al ver que Valls se disculpaba y se iba con Eusebi, dejando a Ramón solo con los mellizos. Se volvió hacia Eulalia con una sonrisa sin dejar de observar a los que se habían separado.

—Disculpe la impertinencia, pero sabe que no es eso lo que pregunto —dijo Gaspar—. Ella estaba casada con el hijo de un virrey *botifler*.\*

—Usted sabe que pocas veces las mujeres eligen esposo —se irritó Eulalia—. Y ¿qué sabemos de política y guerras?

Gaspar sonrió mientras observaba cómo Eusebi, Valls y algunos miembros de la *Junta de Segrests* abandonaban el salón discretamente. Se volvió de nuevo hacia los mellizos y puntualizó:

—Pero sería lógico que su hermano fuera partidario de Felipe de Anjou.

—Mis ahijados nada tienen que ver con cosas de política. Las Indias Occidentales quedan lejos de la guerra.

—Y son uno de los motivos.

—¿A dónde quiere llegar, Gaspar?

—No me interprete mal: ante todo, me siento impresionado por el talento demostrado por sus ahijados. Pero es que, además, les convendría tocar en la corte. Lamentaría mucho, señora De Prades, que alguien pusiera en duda la lealtad de su familia. Y si no, observe la reacción de Ramón ahora mismo.

Eulalia conocía a Ramón Viñals desde que el joven llegara a Barcelona. Era pupilo de Francesc Valls, pero a la vez, protegido de la familia De Prades. Procedía de un monasterio cercano a una de sus propiedades y, en los peores momentos de la guerra, ante el talento del muchacho y por intercesión del abad, ellos mismos habían sufragado los gastos para que prosiguiera sus estudios en Nápoles. Prácticamente debería ver a Gabriela y Álvaro como parte de su familia y, aun así, no pudo por menos que darle la razón a Gaspar de Ferners. Parecía tenso y distinguió en su expresión un brillo suspicaz, lejos de la pasión con que se desenvolvía cuando hablaba de música.

—¿Por qué no vuelve otro día, señor De Ferners? Que toquen de nuevo, quizá más piezas, a solas. Sólo para confirmar que no ha errado en su juicio. No quería que su posición en la corte quedara en entredicho por mi culpa.

\* Término catalán para referirse al bando borbónico, partidario de Felipe V durante la Guerra de Sucesión.

Diego no esperaba aquel recibimiento. Se sentía molesto. Hubiera preferido refrescarse en la casa señorial y comer algo tras el viaje desde México. Y en cambio se vio obligado a entrar en aquella casucha apenas iluminada. El cacique indio estaba apostado cerca de la puerta y, al verlo entrar, se quitó el sombrero e hizo una reverencia con la que cayó la capa hacia un lado, dejando al descubierto una camisa blanca de algodón. Felipe, el mayordomo de la hacienda, en el otro extremo de la estancia, le pareció un pordiosero al lado del indio, con el pelo grasiento apenas recogido tras la nuca, los pantalones sucios y la casaca con burdos bordados en la solapa. ¿Y su madre? Peor. A los pies del padre Julián, ambos de espaldas a él, estaba arrodillada en el suelo e intentaba apartar a un indio que lloraba postrado sobre el cadáver de la nana de los mellizos.

—Déjeme a mí, señora —decía Felipe, que aún no lo había visto.

—Madre, estas cosas las tienen que resolver el cacique y, en todo caso, el mayordomo, que para eso los tenemos.

—Diego, hijo.

Su madre se volvió hacia él. La escasa luz del ventanuco iluminó un rostro que relucía por las lágrimas que había vertido. Las arrugas habían florecido más de lo que recordaba, las mejillas parecían más caídas y quitaban fuerza a su mentón y, al extender la mano hacia el padre Julián para que la ayudara a ponerse en pie, notó el gesto trémulo. Diego se reafirmó en la determinación que lo había traído desde México.

—No te esperábamos hasta el día veintidós —dijo ella poniéndose en pie.

—Quería venir con más tiempo —respondió—. ¿Y esto, padre?

El sacerdote miró con dureza al indio que, ajeno, no podía contener el llanto.

—Como usted bien ha dicho, señor —intervino el cacique, con el sombrero entre las manos—. Esto es cosa nuestra.

—¿La ha matado él? —preguntó Diego.

—Borracho, señor —respondió el cacique, seco.

Diego asintió e hizo una señal con la cabeza al mayordomo. Este agarró a Damián, más conocido como Dos Dedos, por los hombros, lo levantó y lo obligó a avanzar hacia el cacique. El indio despedía un intenso olor a alcohol. «¿Aguardiente?», se extrañó Diego. En la hacienda sólo había aguardiente en un lugar. ¿Cómo lo había conseguido aquel indio?

\* \* \*

Álvaro se alisó la casaca, llamó a la puerta y entró al oír la orden de su tío. Este lo miraba desde la impoluta mesa de nogal, de patas curvas y recargadas, sobre la que sólo reposaba un cáamo con un poco de tinta reseca en el tintero. Los pesados cortinajes ocultaban la ventana y acrecentaban el aire fantasmal de la sala, sin más mobiliario que una butaca más frente a la mesa. Ni la chimenea estaba encendida.

Álvaro sintió un escalofrío ante el escrutinio de Diego, pero se esforzó en sostener la mirada. Se sentía irritado, pues no entendía qué hacia allí, de pie, sin que el tío ni siquiera le invitara a sentarse.

Diego suspiró mientras lo miraba de arriba abajo. Al descubrir que su sobrino era el responsable, se había sentido fuera de sí. Pero ahora, al tenerlo delante, se encontraba sumido en la contradicción: había crecido tanto desde la última vez que lo vio. El enojo persistía: ¿acaso no era un buen cabeza de familia, no proveía por él, no le daba todo lo que necesitaba, incluso más? Y a la vez, prácticamente era un hombre, y sentía cierta culpa porque había dejado que se criara sin padre. Quizá su decisión llegaba tarde.

—Espero que hayas ganado mucho dinero —dijo al fin el tío, mostrando entre sus manos una vara de cedro.

—¿Perdón, tío? —se extrañó Álvaro. Su desconcierto irritado aumentó.

A Diego le decepcionó que no lo admitiera al instante. Se puso en pie, rodeó la mesa llevándose las manos con la vara a la espalda y se apoyó en el respaldo de la butaca que había frente a Álvaro.

—He bajado a la bodega. He hecho mis indagaciones, y sé que has sido tú.

Álvaro asintió, al fin entendiendo a qué se refería.

—Bueno, quería un caballo y pensé que en lugar de pedirte el dinero, podía conseguirlo yo mismo. Al fin y al cabo, provendría del mismo lugar, ¿no? —comentó el muchacho.

—¿Y por qué no me lo dijiste? Quizá te hubiera autorizado, pero lo que has hecho es robar, Álvaro —estalló el tío irguiéndose.

El muchacho estuvo tentado de dar un paso hacia atrás ante la proximidad del hombre. Pero se contuvo y, a pesar de sentirse asustado, apretó la mandíbula.

—¿Acaso no puedo tener iniciativa? Tú siempre dices que es importante para los negocios —se defendió.

El tío suspiró y volvió a apoyarse en el respaldo de la silla. Era descarado, pero Diego se atribuía a sí mismo la culpa. Debería haberlos criado en México, a pesar del rechazo de su esposa. Y además, aunque las consecuencias de los actos de Álvaro habían sido funestas, no podía culpar por entero al chico de que los indios se emborracharan. Lo veía cada día en la ciudad; no tenían por qué ser diferentes en las haciendas. Por otra parte, no podía quitarle razón: había mostrado iniciativa, pero así no se hacían las cosas.

—Me darás todo lo que hayas sacado —sentenció.

—Eso es injusto. ¡Lo he ganado yo! —replicó Álvaro indignado—. Sólo tengo hasta el viernes para poder pagar el caballo...

Diego se irguió de nuevo, pero hizo un esfuerzo para que su voz sonara autoritaria a la vez que tranquila.

—Verás, cuando se comercia, se paga al proveedor. Esto es un negocio familiar y yo he pagado a tus padrinos en Barcelona para que me hagan llegar el aguardiente. Así que debes dinero a la familia. Pero, además, yo soy el señor de la hacienda hasta que alcances la mayoría de edad. Y si tenemos carpintero en este pueblo, es porque me paga por los árboles que tala o por las mulas; si los campesinos comen, es porque me compran maíz o me arriendan tierras para cultivar, y ni los mercaderes ambulantes vendrían si yo no sacara nada. No serás tú una excepción, como no lo soy yo. Cada uno paga al que tiene por encima. Yo lo hago con el Rey, quien cobra el quinto real por los negocios: una quinta parte de nuestros beneficios. Así que incluso podría decir que has robado a la Corona. Esto no puede quedar sin consecuencias, ¿lo entiendes, Álvaro? He pensado en posibles medidas, pero creo que el hecho de que seas en parte responsable de la muerte de tu propia Nana es suficiente castigo. Tu hermana también opina como yo.

—¿Gabriela piensa que yo tuve la culpa?

—¿Tú qué crees?

\* \* \*

El cacique y dos de sus hijos subieron a su montura. Desde la esquina, pudo ver cómo lo sacaban, maniatado y bramando como en una de sus habituales borracheras. Pero esta vez había algo diferente. Un grupo de vecinos se arremolinaba alrededor y lo escuchaba.

—Por su trigo perdí tres dedos de la hoz. Por su codicia he perdido a la esposa. ¿No lo veis? ¿No os dais cuenta de que yo no debería ir preso? ¡Nos están sangrando! ¡Ha subido el precio del maíz por la misma cantidad que ha subido el sueldo! ¿Qué vendrá después?

Álvaro no podía creer que su hermana lo culpara de aquello, pero ella se había negado a hablar con él, a pesar de que la abuela les hubiera explicado que el marido de la Nana le daba palizas, borracho o sobrio, desde hacía años.

Y entonces, de casa del cacique, salió otro indio preso, joven, con sus amplios hombros caídos.

—Pancho —musitó Álvaro. Su inseparable amigo de juegos, el que pasaba el aguardiente que él había sacado de la bodega—. Pancho no.

Abandonó su esquina con decisión y se acercó al grupo. La madre del chico lloraba a los pies del caballo del cacique, su padre daba un abrazo al muchacho y Dos Dedos seguía despotricando acerca del precio del maíz. El cacique espoléó su montura, que se puso al paso seguida por las de sus hijos y los dos presos entre medias, a pie. Y Álvaro se vio forzado a intervenir.

—¡Alto! —ordenó en medio de la calle principal del pueblo. La comitiva se detuvo y vio que los vecinos reunidos lo miraban—. Soltad a Pancho. Él no ha matado a nadie.

—¡Falso! —gritó de pronto Dos Dedos—. ¡Todo es por su culpa, señorito!

Y se lanzó hacia él con la furia en su rostro mientras los vecinos, por detrás, bramaban, unos para que se detuviera, otros animándolo. Pero antes de que le llegara a alcanzar, se oyó una explosión seca a la que le siguió un silencio atemorizado. Damián Dos Dedos cayó de rodillas, con el vientre ensangrentado y la mirada perdida. Álvaro se volvió y vio a su tío a las puertas de la casa señorial con una pistola humeante en la mano.

—Llévaos al preso por robo y quitad a este de en medio —ordenó.

\* \* \*

Desperté desconcertada. Oía a humo. Abandoné el lecho y abrí los cortinajes. Las llamas se elevaban por encima del granero de trigo, adyacente a las caballerizas. Pero nadie las apagaba. Una cadena de vecinos, con las manos entrelazadas, cercaban el fuego, lo protegían. Rauda, salió de la habitación

—No, Gabriela, ni se te ocurra —me gritó mi hermano sujetándome del brazo—. ¡Es una rebelión!

Me zafé de él con rabia y bajé las escaleras. En su estudio, el tío le tendía una pistola al mayordomo y luego tomaba su fusil. La cuadrilla del cacique, armada, aguardaba en el vestíbulo, ante la puerta principal. ¿Qué ganarían disparando a nuestros vecinos? ¿Más furia? La abuela siempre había dicho que, como señores de la hacienda, debíamos cuidar de ellos. Corrí hacia el patio trasero, pero las habitaciones de servicio estaban vacías. Aun así, tomé un cubo, lo llené con el agua de la fuente y salí por la puerta de atrás. Pero no bien doblé la esquina de la casa señorial cuando un hombre se interpuso en mi camino:

—¿Dónde va, señorita? Sería mejor que volviera dentro.

—Genaro, por Dios. No es momento —repliqué reconociendo al mayor de los mozos de cuadra—. ¡Hay que apagar ese incendio!

—Ella tampoco escucha. Es una De Oristrell, como su tío —dijo otro hombre.

Me volví y de pronto me vi cercada por caras que siempre había considerado amigas.

—Quizá lo mejor sea retenerla, para obligar a su tío a escucharnos y entrar en razones.

Recordé las palabras de mi abuela cuando no me dejó ir al entierro de la Nana —«era tu sirvienta»— y cuánto me contrariaron. Y de pronto, por primera vez en la hacienda, sentí miedo mientras el cerco se estrechaba sobre mí y alguien alargaba la mano para tirar el cubo con agua que llevaba.

—¡Abuelo, no! —gritó de pronto María—. ¿No ves que es Gabriela? Sin ella, mi hermana hubiera muerto en el campo sin dar a luz.

Genaro bajó la cabeza, todos lo hicieron y el círculo de pronto se abrió.

—Tendrá que apagarlo sola, señorita —gritó el mayor de los mozos de cuadras.

María me tomó de la mano y salimos corriendo hacia el granero. Desde la casa señorial se oyeron algunos disparos hacia la cadena humana. Alguien gimió, alguien cayó. Algunos indios, armados con hoces y sachos, se abalanzaron hacia la casa. Me interpuso en medio y, antes de ser arrollada, grité:

—¡Tío, no dispare! ¡Escúchelos!

Sentado en la butaca, Álvaro miró la viola, al lado del clavecín solitario, pero no se acercó. Se limitó a acariciar su flauta de arcilla, la del ocelote, con aprehensión. Gabriela había seguido tocando la suya por las noches, pero cuando él había intentado acompañarla, como solían hacer de pequeños, ella siempre se había silenciado al otro lado de la pared. Y ahora dudaba de que en ningún momento aquella canción de cuna hubiera sido una especie de plegaria por él.

—¡Ah, estabas aquí! —le interrumpió de pronto Eusebi—. Te buscaba. Quería que me acompañaras al despacho, por favor.

—¿Para qué? —musitó Álvaro.

El padrino observó que el joven sacaba la mano de su bolsillo con precipitación mientras dirigía una mirada desconfiada al bastón. Eusebi lo apoyó contra la pared y, renqueante, se acercó a la butaca que estaba al lado de Álvaro.

—En fin —dijo en cuanto tomó asiento—, ya llevas aquí unos meses y había pensado que quizá va siendo hora de que conozcas a Roger. Él se encarga de los envíos de vino y aguardiente a la Nueva España y te podrá explicar cómo va nuestra red de intermediarios. Al fin y al cabo, es la fuente de lo que te dejó tu padre, y no sólo heredarás su parte allí, pues como ves, no tenemos hijos.

—¿Hacemos contrabando?

El padrino sonrió:

—¿Y quién no, hijo?

—Entonces, mejor que lo herede Diego. Ya sabe que yo soy peligroso.

—Tú eres mi ahijado.

—Pero no merezco su confianza. Ya estoy muy agradecido por su compasión.

—¿Crees que os hemos acogido por compasión? —sonrió Eusebi—. Estás aquí por el amor que sentí por tus padres. Eso también se hereda, ¿sabes? No fui un padrino casual y, si mi salud no me hubiera obligado a marchar, os hubierais criado conmigo, eso desde luego.

Álvaro bajó la cabeza y se preguntó cómo hubieran sido sus vidas si Eusebi hubiera sido el cabeza de familia en México. Se metió de nuevo la mano en el bolsillo para acariciar su flauta.

—Eso no elimina que por mi culpa murieran más de cincuenta hombres.

El padrino asintió:

—Y tu conciencia te lo hace pagar más de lo que he visto en muchos que no llamarían hombre a ningún esclavo. Dime, Álvaro, ¿por qué lo hiciste?

El joven pensó en lo sucedido en Santa Cecilia. ¿Qué sabía el padrino de aquello? ¿Hasta qué punto? Sería tan complicado explicar, y sin embargo comenzó:

—Para no deberle nada a Diego, para sacar a mi hermana de... —De pronto, se interrumpió a sí mismo. Era sucio utilizarla a ella, ponerla como excusa—. No puedo, padrino, de verás, yo...

—Mira, Álvaro —le interrumpió Eusebi—, no te voy a obligar. Heredarás, es lo que te toca, y el día de mañana puedes contratar a alguien de fiar, como yo, y expiar tus pecados con limosnas si así lo deseas.

Pero antes debes encontrar tu lugar en el mundo. Si no son los negocios, sea porque no te gustan o porque te temes a ti mismo, prueba con la música para empezar, si eso aplaca tu alma.

\* \* \*

Eulalia no había insistido en que tomara doncella y agradecía aquella soledad. Vestirme por mí misma se había convertido en un acto íntimo, como una caricia en la que me podía reconocer en aquella nueva dimensión. El dolor se había transformado en melancolía, pero con perspectivas de ilusiones futuras por las cuales debía luchar. Y, de pronto, me sentía fuerte, segura, e incluso podía asumir tocar junto a mi hermano y entregarme a las melodías pasadas a sabiendas de que recorrían todo mi cuerpo y quizá, ya a aquellas alturas, traspasaran mi propia alma. Desde que Eulalia nombrara a doña Graciana, me había otorgado a mí misma la libertad, tal y como me pedía el maestro Sumaya, para poder sentir el calor, el cariño de mis padrinos. Y sin embargo, aún no les había dicho nada de mi embarazo, pues si era niño, sin duda tendría que volver a México, ya que el hijo de Tomás entraría en la línea de sucesión de los títulos de la familia De Alancastre y debería criarse entre ellos. En cambio, si era niña, tenía la posibilidad de permanecer bajo la protección de mi propia familia hasta que ella llegara a edad casadera y los De Alancastre decidieran acerca de su matrimonio. Pero en aquel momento quería que fuera sólo para mí durante un tiempo más, para mí y para el recuerdo de Tomás.

De pronto, llamaron a la puerta y me levanté para encontrarme con Eulalia. Sin embargo, al abrir, me topé con los ojos de Álvaro.

—¿Podemos hablar?

Le dejé pasar.

—Gabriela, no te he pedido disculpas por...

—No me las tienes que pedir a mí —le interrumpí—. Te las tienes que pedir a ti mismo.

Él asintió y se sentó en el borde de la cama.

—No me quería disculpar por lo de la mina. Tampoco aspiro a perdonármelo en la vida.

Me desconcertó. Quise sentarme a su lado, pero mis piernas me condujeron al taburete que estaba ante el tocador.

—No compones, ¿verdad? —preguntó él sacando del bolsillo su flauta de arcilla.

Sentí una opresión en el pecho mientras negaba con la cabeza.

—Por eso sí que necesito tu perdón, Gabriela.

—No entiendo qué tienes que ver tú en...

—Oh, vamos. Los dos sabemos cómo hubieras afrontado la muerte de Tomás si yo hubiera sido el hermano que creías.

Ni siquiera me lo había planteado de aquel modo aunque, quizás en parte, tuviera razón. Posiblemente, él me hubiera impulsado a dejar salir mis sentimientos con la composición, pero:

—Puede que ni aun así hubiera sido capaz, Álvaro. Al principio, ni siquiera me era posible tocar. Por favor, no utilices mi situación para castigarte por lo que en verdad no es culpa tuya. Ya pasamos por eso y esta vez sería yo quien no me lo perdonaría.

—No soporto no poder apoyarte en tu pérdida, Gabriela —musitó él mientras dos lágrimas asomaban a sus ojos.

Noté que el mismo lamento desilusionado que me cortaba el aire con la flauta ahora me trababa la voz. Deseaba decirle que le necesitaba como era antes para que el bebé que llevaba en el vientre tuviera un tío como el que no tuvimos y para que nos brindara su protección si era niña. Pero sólo logré responder:

—Lo puedes hacer ayudándote a ti mismo. Me gustaría poder decirte algo más, pero necesito volver a creer en ti, sin sombras, sin secretos.

Él me miró.

—¿Y hasta entonces?

Yo me encogí de hombros.

\* \* \*

Estaba allí. Podía verla más allá del espacio reservado para la reina Isabel Cristina y su séquito. Desde la primera vez que la oyó tocar en el palacete de los De Prades, sintió su tormento al clavecín casi como propio. Pero no podía olvidar. La rabia, el dolor de Gabriela eran por la vida prematuramente arrebatada de un esposo *botifler*, y el suyo era por la de su hermano pequeño, caído por el fuego del bando que hizo virrey al suegro de la joven dama. Se sintió envilecido porque el pecado del rencor no le dejaba sentir la compasión que en verdad le debería inspirar. Y, a la vez, no podía olvidar las últimas piezas que Gabriela tocara con su hermano, en muchos aspectos, formas que le parecían antiguas, pero de una delicadeza tal que lo llevaban más allá de la guerra, de las dudas sobre su vida... Y las había compuesto ella, como si se dibujara en un lienzo el perfecto retrato de la esperanza. Se descubrió con las manos sudorosas sobre el violín, y no por Su Majestad, que solía ir a Santa María del Mar, donde se casó, ni porque le hubieran contratado en la capilla para aquella ocasión especial: «Una oportunidad que te brinda la misma Santa Eulalia en su día», le dijo Francesc Valls. Estaba nervioso por ella.

Al fin, Tomás Milans dio la señal y Ramón agradeció el ritmo enardecido con el que los italianos a los que tanto admiraba el maestro de capilla solían rasgar los instrumentos de cuerda. Se dejó llevar y, cuando se unieron archilaúd y bajón, desapareció el público de la capilla del Palau de la Compressa y se quedó solo, con la música.

\* \* \*

Con un vestido verde grisáceo, bordados blancos en el peto y elaboradas mangas, relucía entre los demás y, sin embargo, parecía ajena a la atención que despertaba. Era una hermosa mujer, de nariz fina y boca pequeña, en cuya mirada parecía reflejarse el agradecimiento por aquel regalo que llegaba a sus oídos. Y a pesar de que la reina Isabel Cristina no ocultaba el placer que sentía, el ambiente en el Palau de la Compressa se percibía encostrado, nada que ver con las procesiones que habían honrado a la patrona de la ciudad por la que se celebraba aquel mismo concierto. La melodía que las acompañaba no era menos alegre que la que oía en aquellos momentos, pero los instrumentos... *Flabiol* y tamboril, *tarota*, y gaita. Eran tan ajenos a mí como a Águeda le pareciera la flauta de arcilla, porque pertenecían a la gente que se arremolinaba en las estrechas calles, y los *ministrils*, los músicos que formaban las *cobles*, eran miembros de cofradías de los oficios de la ciudad. Pero yo no era mi tía, y la música me parecía cercana, a pesar de ser tan diferente de las guitarras que alegraban las tabernas de Santiago Tlateloco o las flautas indias de sus callejuelas.

Tiples, altos, tenores y bajos. El coro cantaba al completo, mientras archilaúd y bajón se desplegaban bajo las órdenes del órgano para que relucieran los violines, y entre ellos, el de Ramón Viñals. La pieza acabó con el coro mudo y los instrumentos abandonando uno a uno la melodía hasta que el órgano calló. Y a pesar de la energía vibrante que nos había acompañado, los aplausos parecieron salidos de un letargo hasta que la propia Emperatriz se puso en pie con entusiasmo. El ambiente pareció distenderse en cuanto doña Isabel Cristina acabó de felicitar a los músicos y abandonó la capilla junto a gran parte de su séquito. Entonces Ramón Viñals miró hacia los padrinos y sonrió.

Se metió entre el tumulto de los que quedaban y avanzó hacia nosotros. Era un hombre robusto, de frente amplia, mentón firme y unas manos enormes, difíciles de imaginar sobre un violín. Y aun así, interpretaba con una maestría que se correspondía con las preguntas que me había hecho las tres veces en las que nos habíamos visto, siempre sobre estructuras instrumentales. Sin embargo, a la vez que me evadía de todo cuanto acontecía en mi vida con tales cuestiones, me irritaba, pues me parecía que se esforzaba en controlar las preguntas, siempre a distancia, aferrándose con demasiada fuerza sus propias manos. Quizá su forma de tratarme sólo fuera una muestra de respeto hacia sus benefactores.

Cuando Ramón Viñals al fin llegó, se dejó alabar por los padrinos y por mi hermano antes de dirigirme una mirada y preguntar:

—Y a usted, ¿qué le ha parecido?

—Maravilloso, por supuesto —respondí comedida.

Él arrugó la frente mientras el padrino decía:

—Si nos disculpáis. Eulalia, por favor, acompáñame a saludar al señor Casanova.

Los padrinos se retiraron y entonces Álvaro intervino:

—Creo que no es eso lo que te ha preguntado.

Tras la conversación de aquella tarde, para mi sorpresa, su voz me sobrecogió. Aquel era un comentario que podía reconocer en él, pero no el tono, que me recordaba más a una disculpa.

—En eso debo dar la razón a su hermano.

Entonces sonreí y respondí:

—Reconoci las semicorcheas del estilo italiano, también presentes en su fantasía. Pero si le soy sincera, lo que de verdad me agradaría sería oír alguna más de sus obras. Y hoy me temo que no he tenido tal placer.

—Eso tiene fácil solución —intervino una voz de pronto. Nos volvimos sorprendidos y Gaspar de Ferners sonrió—. Perdonen la interrupción, no he podido evitar oírles.

—No tiene por qué disculparse —dijo Álvaro.

—El señor Viñals es muy modesto, lo que debiera ser más habitual en hombres de Iglesia —dijo Gaspar dedicándole una sonrisa—. Gran compositor como es, interpretará alguna de sus piezas en la corte el mes que viene, ya está todo arreglado.

—Muchas gracias —balbuceó Ramón, quien a juzgar por su expresión parecía que se acababa de enterar.

—No me las dé a mí, sino a su talento. Ha deslumbrado a la Reina —comentó Gaspar. Luego nos miró y añadió—: Y desde luego, a Su Majestad le agradecerá saber que asisten los De Prades junto a sus ahijados. Les he hablado de ustedes y ha mostrado interés en conocerla, Gabriela.

—Pero ¿le ha hablado de mi hermana como compositora? —preguntó Álvaro.

—Por supuesto. Me dedico a contratar músicos para la corte y por eso su madrina me invitó a los dos últimos encuentros en los que tocaron. Bueno, de hecho, por eso los organizó.

Álvaro y yo nos miramos.

—¿No sabían nada de ello? —preguntó Ramón.

—¿Lo sabía también usted? —inquirí.

—Lo imaginaba. Su talento... —Ramón, desconcertado, de pronto se interrumpió y su rostro se tornó severo—. ¿Acaso le ofende tocar para la Reina?

—¿Cómo me va a ofender? —repuse con cierta indignación—. ¿Por qué dice tal cosa?

—Bien —intervino Gaspar en tono pausado—, en la Nueva España está claro que apoyan a Felipe de Anjou. Seguro que allí jamás cuestionó que fuera su Rey...

—Por supuesto —respondí airada—. ¿Qué más dará uno u otro?

—Al final, se trata de pagar impuestos a la Corona, la lleve quien la lleve, ¿no? —dijo mi hermano.

—¡No, no es lo mismo! —exclamó Viñals—. Y no es sólo eso. Felipe pretende eliminar los fueros que los catalanes tenemos por tradición.

—¿Y no son los mismos que en Castilla? ¿No es todo lo mismo? —pregunté sin entender nada.

—No, mi señora —intervino Gaspar, conciliador—. Castilla es un reino, Aragón otro, Valencia otro... Aunque hayamos compartido el mismo rey durante centurias.

—Y por eso estamos en guerra —insistió Ramón, ceñudo—. No queremos que se nos apliquen las leyes de Castilla, sin más. ¡No son nuestras! Don Carlos es nuestro rey porque las defiende y las respeta, y debería ser un orgullo para usted tocar ante su reina.

—Disculpe, pero me temo que no consigo entenderlo... Si no estuviera de luto, me honraria tocar en la corte de quien fuera. Pero no es una excusa política. ¡Lo estoy! Y no me gusta que mi madrina obre a mis espaldas.

Y me volví con tal brusquedad que tropecé con una de las sillas y me golpeé en un costado. Mi hermano me sujetó del brazo para que no cayera, pero estaba tan enfadada que me zafé. ¿Qué rey iba a remediar que fuera viuda? ¿Cuál iba a impedir que me siguieran utilizando sin respetar mi dolor? Mientras me marchaba, pude oír cómo mi hermano intentaba mostrarse conciliador:

—Discúlpenla, de veras que es por el luto. La Nueva España es Castilla, pero tan lejos de ella que al otro lado del océano todo parece lo mismo...

\* \* \*

Seguía furiosa cuando llegamos y pedí poderme retirar. ¿La madrina nos quería utilizar para exhibirse? Pero, en tal caso, ¿por qué invitar a Gaspar de Ferners? Y ocultarme sus intenciones, ¿acaso era porque no pretendía obligarme o por todo lo contrario?

De pronto, alguien llamó y Álvaro entró sin haberse quitado aún el sombrero. Tuve la tentación de echarlo. Tenía que ayudarse a sí mismo, no consentiría que socorriera o apoyara se convirtiera en una excusa para no hacerlo. Sin embargo, él se apresuró a decir:

—Gabriela, me temo que tendrás que aceptar tocar en la corte. Es igual que la madrina haya actuado a escondidas...

—¿Por qué? —pregunté airada.

—¿Te has dado cuenta de lo que has dicho? Los padrinos tienen una intachable reputación por su apoyo a la causa de Carlos de Habsburgo, y tú has afirmado delante de Viñals y De Ferners que reconocías a Felipe como rey.

—Pero como tú. Nos daba igual. Era el que había, el que tocaba...

—Aquí no da igual, Gabriela. Aunque todo el asunto de sus fueros nos quede lejos, es mejor parecer partidarios suyos e ir a la corte. No te ofendas, pero Tomás era el hijo de un virrey nombrado por el que ellos consideran enemigo.

—No me ofendo —respondí.

Me sentí algo mareada y me senté.

—¿Estás bien? —preguntó mi hermano—. ¡Oh Dios! ¡Sangre, Gabriela!

Él se abalanzó sobre mí. Noté su brazo en mi hombro mientras yo miraba al suelo. Entonces sentí húmedas las medias y me alcé la falda: a mis pies empezaba a formarse un pequeño charco rojo.

—No, no —gemí antes de desmayarme.

Siempre había sido macilento, pero lo notaba más delgado de lo habitual y la tos arremetió contra él en cuanto entró en la estancia, para calmarse de forma tan súbita como violento había sido el inicio. No dejó que se levantara para recibirlo y se acercó con rapidez a la butaca para estrecharle la mano. Conocía a Eusebi desde que regresara de la Nueva España. Aún no se había casado, pero ya se ganaba la vida como abogado y De Prades lo había contratado para arreglar algunos asuntos de tierras en el Empordà que se habían enturbiado con su ausencia. Desde entonces les había unido una buena amistad. Se había acostumbrado a su delicada salud, pero por primera vez le preocupaba, pues con la edad y el devenir de los acontecimientos, Eusebi parecía exhausto, especialmente frágil. Aun así, le sirvió el vino él mismo para luego tomar una taza de tisana con aroma a tomillo.

—¿Cómo está su ahijada? —preguntó con cortesía.

—Bueno, Rafael, de salud, bien, gracias a Dios. Pero el ánimo... Ya sabe, requiere tiempo. Sólo va a misa, y supongo que ya es mucho.

—Ay, tan joven. Aunque no lo hubiera llegado a conocer, perder a un hijo es lo peor que puede pasarle a uno en la vida —comentó con melancolía al recordar a sus mellizos, muertos de niños, y a Francesc, a quien había perdido tres años atrás.

—Mi esposa pretendía llevarla a la corte de la Reina, a escuchar a Ramón Viñals. Parece que la música la consuela.

—Y eso ya no podrá ser, claro.

—De todos modos, creo que era precipitado. Pero ya sabe cómo es Eulalia... Aun así, mejor el arreglo que ha buscado. —Eusebi suspiró y dio un sorbo a su tisana—. Y, dígame: ¿sabe ya algo de los planes del Virrey?

—¿A qué se refiere?

—Vamos, Rafael. ¿De veras cree que la Reina ha dejado Barcelona sólo por asegurar la sucesión al trono del Imperio Germánico?

—¿Y por qué no? Si el emperador don Carlos quisiera abandonarnos, no tendría por qué haber dejado al príncipe Starhemberg como virrey.

Eusebi sonrió. Conocía a Rafael Casanova desde hacía tiempo suficiente como para saber que luchaba por creer en sus propias palabras.

—Y, sin embargo, también se plantea la posibilidad —sentenció—. Usted tuvo que reconducir la situación durante el sitio de 1706, junto a Francesc Nicolau. ¿Y todo por qué? Porque murió el *conseller en cap* en los disturbios que se produjeron cuando corrió el rumor de que don Carlos ya había pactado con los borbónicos la rendición de Montjuïc.

—Usted lo ha dicho, Eusebi, fue un rumor fatídico. Pero no nos habían abandonado. La flota inglesa apareció. Quizá todo fue originado por espías *botiflers*.

—Claro, claro. Mas ahora la cosa ha cambiado, ¿no? Al rey don Carlos le puede interesar dejar a un virrey para negociar sin levantamientos, y saca a su esposa de aquí para que, en función de lo que negocie, no quede como rehén.

Rafael dio un sorbo al vino mientras negaba con la cabeza. En el pasillo se oyeron murmullos y Eusebi distinguió la voz de su esposa. Probablemente ya habían llegado el señor De Ferners y Ramón Viñals.

—Disculpe, Rafael, ¿podría cerrar la puerta? No queremos que esta casa sea fuente de rumores, y usted es hombre destacado en esta ciudad.

—¿No se fia de la gente que entra en su palacete?

—Toda precaución es poca. Hemos hecho algunos cambios en el servicio y mi esposa tiene invitados.

Rafael asintió con una amarga sonrisa, se levantó y cerró. Se tomó un instante al lado de la puerta, de espaldas a Eusebi, para pensar. Sí, desde el año anterior las cosas habían cambiado, y mucho. Cuando Felipe renunció a sus derechos sobre el trono francés, había embajadores de la reina Ana de Inglaterra en su corte y, cuatro meses antes de eso, en la batalla de Denain, los ingleses no intervinieron junto a las tropas austríacas y holandesas contra Francia. Y sin ellos, el ejército del emperador Carlos cayó derrotado. Era obvio que, cuando menos, franceses e ingleses ya habían pactado un final por su cuenta. Aun así, Rafael se volvió a Eusebi e insistió:

—Puede que don Carlos se plantee negociar la paz, e incluso renunciar. Puede que por eso se haya llevado a su esposa. Pero ello no implica que no exija a Felipe el respeto hacia los fueros catalanes.

—No me malinterprete, Rafael, pero don Carlos ya tiene una Corona a la que sus aliados no querrán que sume el reino de España y las Indias Occidentales. Y Felipe no hará con nosotros diferencias, como no las hizo con Valencia ni con Aragón. Todos reducidos a las leyes castellanas.

Rafael se acercó a su butaca con paso parsimonioso y se sentó de nuevo, entristecido.

—No creo que el actual *conseller en cap* de la ciudad se niegue a rendir Barcelona si, llegado el caso, el Emperador así lo dispone —comentó Eusebi.

—Pero el Consell de Cent no es sólo Manel Flix. —Casanova lo miró con firmeza—. Y yo me niego a aceptar una derrota. La cuestión está en lo que se decida en la Junta de Brazos, ¿no?

\* \* \*

Álvaro no pudo evitar la excitación en cuanto oyó que su madrina recibía a los invitados. Su hermana le había dicho que podía ayudarla sólo si lo hacía consigo mismo y, dada la situación, durante las últimas semanas había seguido los consejos de Eusebi entregándose a la búsqueda de aquella paz que le había aportado la música. Y sí, se sentía dolorido cada vez que pensaba en Gabriela, pero también más capaz de recomponer su propia vida. Las pesadillas aún le perseguían por las noches, pero ya no gritaba. Empezaba a convencerse de que podía hacer algo bien por sí mismo, sólo cabía descubrir el qué. Ahora entendía lo que le había dicho el padrino: debía buscar su lugar en el mundo y la música le había dispuesto a encontrarlo.

Había intentado componer, pero ello le había llevado a un callejón sin salida, aprisionado en sus sentimientos más oscuros. Por eso se había entregado de lleno a la interpretación. Y fueron sus padrinos quienes trajeron a Ramón a casa para ayudarlo. A pesar de haberlo conocido al violín, él era organista, y lo acompañaba desde el clavecín, consciente la madrina de su limitación para ello. Al principio Álvaro se sintió incómodo, pues era el lugar reservado para su hermana. Pero sólo hasta que la música empezó a fluir, sólo hasta que Ramón se mostró tan honesto con cada pieza como Gabriela hubiera exigido. Además, aunque sin ordenar, como hombre de Iglesia, Ramón se había erigido en un consejero espiritual más cercano que el confesor, siempre guiado por la prudencia, por dejar que fuera Álvaro quien desmadrara los remordimientos que constituían la penitencia que había impuesto a su alma.

Por ello lo recibió con un abrazo correspondido en cuanto entró al salón. Percibió cierta tensión en Gaspar de Ferners, que los acompañaba aquel día en especial. Pero no lo conocía tanto como para recibirlo de tal modo y se limitó a estrecharle la mano con cordialidad.

Sin embargo, al poco, la excitación se tornó agitación y todos los comentarios se centraron en la marcha de la reina Isabel Cristina de Barcelona, mientras Álvaro no podía evitar mirar la viola da gamba con cierta ansiedad. Con Ramón siempre habían trabajado piezas de otros compositores, principalmente italianos, que sabía llegaban a oídos de su hermana como a él llegaron sus prácticas cuando se veía recluido entre papeles en México. Pero aquel día interpretarían, por primera vez, algo de Viñals. No se lo había dicho a Gabriela, pero ella le había asegurado que bajaría.

La flauta hizo que él pudiera entrar al dormitorio de su conveciente hermana; la viola, justo la que le regaló su difunto esposo, la que sólo ella había tocado, la impulsó a levantarse las primeras veces de la cama. Y las misas cantadas la habían sacado del palacete. Pero oír a Viñals, eso era algo hablado justo el día en que... ¿Y si era precipitado? Álvaro se separó del grupo con la excusa de afinar la viola. Habían resucitado aquel vínculo íntimo de complicidad, de apoyo, de seguridad que los había unido toda la vida. Pero ¿a qué precio? Ella estaba rota. Y le dolía pensar que aquel amor que sentían el uno por el otro había crecido amparado en el sufrimiento.

—Pero no considere que ha perdido la oportunidad, Ramón —decía Gaspar—. El Virrey también tiene una corte. Usted tocó en la del de México, ¿no, Álvaro?

El joven, con la viola ya entre las piernas, asintió.

—¿Con su hermana? —preguntó Ramón.

—No —respondió—. Con mi prima, pero siempre piezas de Gabriela.

—Está tardando. Iré a buscarla —intervino Eulalia.

—Déjela, madrina. Si quiere, Ramón, podemos empezar y ella nos oirá desde arriba.

Si era precipitado, mejor dejarla escoger.

\* \* \*

Lo había aceptado. No entraba en los planes del Señor. Si tenía alma, estaría con su padre. Ese era mi consuelo. Pero no lo hacía menos doloroso. Me había amparado tanto en aquel bebé para ilusionarme con el giro radical que había dado mi vida que ahora me sentía vacía. Pero podía sobrellevarlo. Aun así, en las cartas que intercambiaba con la familia De Alancastre, jamás llegué a comentar nada de lo sucedido para evitar a mi suegra aquel dolor. Acabé de peinarne e intenté disimular mi extrema palidez con maquillaje. No por vanidad, sino por evitar más preguntas de las necesarias. No me apetecía hablar del tema. Si había accedido a bajar, era sólo por escuchar.

La pérdida de sangre y la absoluta carencia de ánimo me habían postrado en la cama durante semanas. Con más ternura si cabe que a mi llegada, la madrina se volcó en cuidarme y el padrino venía a leerme pasajes de una novela caballeresca y a acariciarme la frente si me agitaba lo que veían mis ojos cerrados. Y entre desvelo y pesadilla, la flauta de mi hermano llegaba cada día a mis oídos, no desde el otro lado de la pared, sino desde la puerta. Y no pedía auxilio. Empezó con «La Llorona», la única pieza que había compuesto en su vida, entonces dedicada a la Nana, pero en aquel momento mi vivo retrato. Y siguió con la canción de cuna para mecer mis pesadillas y transformarlas en sueños, aunque fueran breves. De hecho, casi eran un suspiro, mas acabó por convertirse en respiración entrecortada cuando empezó a recuperar melodías de la infancia, aquellas con las que bailábamos con nuestros amigos de la aldea, cuando hacíamos que la abuela batiera palmas. Entonces le pedí a la madrina que lo hiciera pasar y las melodías flotaron en mi alcoba hasta relegar las pesadillas a sueños sudorosos, pesados, que se podían sobrellevar porque me sabía amada, en el pasado y en el presente, por encima de mis desdichas.

Durante el día, oía cómo Álvaro practicaba con Ramón Viñals, y llegaba a mí un fino clavecín acompañado de una viola vigorosa, nutrida de fuego y esperanza. Podía sentir que mi hermano estaba haciendo lo que le pedí, ayudarse a sí mismo. ¿Y cómo no lo iba a hacer yo por mí si a él se lo había exigido? Si Tomás hubiera estado vivo, también me lo hubiera rogado, con o sin bebé. Y por ello, con el alma rota, hice el esfuerzo de levantarme, aunque fuera hasta la butaca más cercana, y pedirle a Álvaro que llenara mi alcoba con el optimismo de la viola, que él interpretaba como jamás antes había hecho. Y con la que me regalara Tomás, porque sólo así merecía ser tocada. Sentía que debía ser la única que sonara en mi alcoba, para recordarme que necesitaba seguir, tomar lo que él me había dado, pues su simiente estaba más allá de mi vientre, aunque ahora su vacío pesara tanto.

Abajo, los primeros acordes sonaron en un arranque brioso que me sorprendió. Dejé el maquillaje, me levanté y me apresuré hacia la puerta. Sin embargo, al tomar el pomo, dudé. ¿Por qué no quedarme allí? Cuando había ido a misa, conocidos de los padrinos me preguntaban cómo estaba, por compasión, y yo no tenía ganas de hablar. Escuchar, sólo quería escuchar, y abajo no estaban sólo Álvaro y la madrina. Sin embargo, lo había prometido, y no quería, no podía permitirme soltar la cuerda de la que mi hermano tiraba. El vínculo jamás había estado roto, sólo erosionado por la desconfianza. Pero sabía que ni le exigían ni él le prestaba atención a los negocios del padrino. Buscaba su propio camino, eso era lo que le había pedido Eusebi, que en nada tenía que ver con Diego. Así que salí de la habitación y bajé por el patio porticado hasta el salón, de donde procedía la música.

La puerta estaba abierta, pero ya empezaba la pieza, por lo que no quise entrar por temor a romper el halo íntimo y a la vez seductor que allí flotaba. Porque en aquel salón se veía la luz que Sumaya me reclamara. Observé desde el quicio y me vi reflejada en Ramón Viñals. La pasión, la intensidad con que interpretaba aquella sonata se alejaba de lo que había oído hasta entonces y deduje que aquella pieza era propia. La luz emergía con lo que componía, como me hizo ver el maestro Sumaya en mí misma. Me dejé llevar por una energía que bien podría ser completada con violines, violones y toda la familia de cuerda al unísono. Al acabar, Gaspar aplaudió con entusiasmo y sentí la mirada de Ramón, penetrante, sobre mí. ¿Desde cuándo sabía que estaba observando?

—Deberían ir los dos juntos a la corte del Virrey, Ramón. Quizá pueda completar el grupo con violines o lo que usted desee. Yo me encargaría de todo —se apresuró Gaspar con entusiasmo.

Ramón me sonrió y entonces mi hermano percibió mi presencia y, con la mano, me invitó a entrar mientras Viñals respondía:

—No depende sólo de mí, entonces. Álvaro debería aceptar.

—Por supuesto que aceptará —intervine mientras me acercaba. Si aquel era el camino, que lo tomara. Y si no, que tuviera los elementos necesarios para desecharlo.

Él sonrió, algo ruborizado, y enseguida añadió:

—No se ofenda, Ramón, pero si le acompañara a la corte del Virrey, sería con la condición de que alguna de las piezas fuera una composición de mi hermana. He crecido con ella, y con su música he aprendido a amar este instrumento.

—Lo sé, sé cuánto significan las composiciones de su hermana para usted, y me encantaría —respondió Ramón con una sonrisa.

—Y, sin embargo, son piezas que suenan algo..., como diría, anticuadas, no se ofenda, Gabriela —dijo Gaspar.

—No me ofendo —contesté mientras tomaba asiento al lado de la madrina, quien enseguida tomó mi mano—. No tengo la influencia italiana tan marcada y sí, pueden sonar anticuadas, supongo.

—Pero eso se podría arreglar, ¿no? —preguntó Eulalia.

Álvaro y Ramón se miraron y este último enseguida intervino:

—Por supuesto, y me sentiría honrado de ayudarla, si es que me lo permite.

—No sé, yo no estoy en un momento muy...

—Por eso me ofrezco, señora De Oristrell. Tómese como una distracción, sin presiones. Revisar su pasado con el oído del presente. Y si le disgusta el resultado, se deja estar.

—¿Y si a quien no le gusta es al señor De Ferners? —inquirí.

—Si interviene el señor Viñals y se incluyen sus piezas, seguro que será perfecto —aseveró Gaspar.

Con el paso de los meses, el silencio hacía que resonara el desierto que había dejado tras de sí la pérdida de mi bebé, por lo que buscaba eliminarlo. Cualquier sonido era útil y cualquier excusa me valía para salir del palacete e introducirme en las calles, tan umbrías como bulliciosas, de la ciudad. Su estrechez me parecía acogedora, ya fuera para ir con la madrina a comprar tejidos a la calle Sant Pere, acompañar a la cocinera a comprar a la plaza del Born, ir con mi hermano a la calle de Escudellers a buscar cuerdas para la viola o detenerme junto a él para oír los sonidos procedentes del juego de la raqueta en los *triquets*.<sup>\*</sup> En esas calles, entre aquellas gentes que hablaban su propio idioma, como algunos indios y muchos esclavos conservaban el suyo propio, vi a un pueblo diferente, cuando menos, de los castellanos de la Nueva España. Así como la música de sus *cobles* era propia, también lo eran sus leyendas, como la de la Virgen de Montserrat, tan adorada como nuestra Virgen de Guadalupe, o su talante en el comercio, o su hospitalidad, austeridad y risueña, regida por siglos de mar. Y de alguna manera entendí el apasionamiento que había desbordado a Ramón aquella noche. ¡Cuánto se había disculpado sin tener motivo!

Y a pesar de entender, no me sentía en casa, me sentía aún más extranjera, pero me alegraba. Nadie cuestionaba mis salidas, la única condición era ir siempre acompañada. Y lo prefería, lo necesitaba. Dependía de mi acompañante a cada momento como el padrino del bastón y, a la vez, disfrutaba de una independencia que antes jamás había conocido: compraba mi propio papel o la tinta con la que retocar mis partituras.

Aunque lo cierto es que la aprobación de De Ferners me daba igual, y me parecía que a quien realmente importaba era a ellos dos, a Álvaro y a Ramón. Este había traído sus propias piezas y los encuentros se convertían en un diálogo de formas musicales, de la mejor manera de abordarlas, no para ilustrarme, sino para llenarse de ideas. Yo también hacía lo mismo cuando eran mis obras las que estaban sobre la mesa, como aquel día, y sin embargo, todo aquello sólo representaba lo mismo que las salidas del palacete: una oportunidad para rehuir el vacío, para huir de mí misma.

Por eso suspiré aliviada cuando oí que el mayordomo anunciaba a Ramón Viñals.

—Gabriela, disculpe mi retraso —saludó—. El maestro Valls me encargó buscar algunas partituras para el tratado que escribe y me ha llevado más tiempo del que esperaba.

—No se disculpe, por favor —interrumpí poniéndome en pie—. Sólo que mi hermano llegará posiblemente antes de que acabemos de revisar la sonata y...

—Sí, no le interesan demasiado nuestros debates —sonrió él.

—¿Vamos a uno de ellos? —pregunté mientras le tendía las partituras.

Él se sentó en la butaca que antes ocupaba yo misma y yo tomé asiento frente al teclado, mirándolo. Durante aquellos encuentros, jamás hallé en sus manos rastro alguno de la tensión que había percibido antes de lo que me había sucedido. Y sabía que no era por compasión, sentimiento que siempre que intuía me devolvía mis propias desgracias. No. En su caso, sabía que, durante mi convalecencia, él y Álvaro habían fraguado cierta amistad, que mi hermano, por ayudarse como le pedí, le había hablado de nuestra vida en México, y mis propias experiencias allí eran parte de esa vida. Y él las aludía sin tapujos, pero sin hacerme sentir invadida, las aludía como podía referirse a la muerte de su hermano en la guerra o a todo cuanto le había dado la Iglesia a él. Y hablaba de todo ello porque, de un modo u otro, eran los temas de nuestra música. Esos que se podían, que se necesitaban traducir en una composición que me permitiera observarlos con cierta distancia.

—Yo no le era necesario en ningún momento —dijo de pronto Ramón levantando los ojos de la partitura—. Los ritmos en semicorcheas, fluidos para cuerda, las frases abiertas... Sabe perfectamente distinguir y ejecutar las formas italianas. Pero a veces tengo la sensación que para usted es un mero ejercicio.

—Supongo —admití—. Pero sé ver perfectamente que ganan expresividad y sé que hay formas que no domino, como el contrapunto.

—¿Y lo siente?

Me encogí de hombros.

—Ahora mismo creo que estoy más cómoda sin verme obligada a sentir demasiado. No sé si me entiende...

Él asintió y, con cautela, dijo:

—Gabriela, disculpe que me entrometa, pero aunque al distraerse bloquea lo que le pasa a su alma, no detiene nada. Está ahí. Al perder a mi hermano, también necesité tiempo y, cuando me atreví a componer de nuevo, me di cuenta de que dentro de mí había una complicada maraña que había que desenredar o mi vida quedaría detenida. Y eso sí que era faltar a su recuerdo. Me apenaría que le pasara lo mismo.

Al oír aquello, sentí ganas de abrazarle para aunar nuestras pérdidas y nuestros caminos. Pero enseguida deseché aquel deseo fugaz, pues sólo seguíamos dos rutas que, en aquel momento, se entrecruzaban.

—¿Y si componer fue una etapa? —me pregunté más a mí misma, aunque lo dije en voz alta—. No sé, estoy convencida de que sólo faltaría a la memoria de mi difunto esposo de un modo. Y no creo que esté fallándole.

—¿Y es indiscreto preguntar cuál?

Le sonreí, pero no me atreví a contestar que simplemente no podía perder las ganas de abrazar y ser abrazada. La música, de pronto, había perdido importancia. Y sin entender muy bien por qué, sentí cierto rubor al recordar que un instante antes había pensado en estrecharle entre mis brazos. De pronto caí en la cuenta de que me había pasado más de una vez, y dudé: «Más que un ejercicio para distraerme, estos encuentros son un modo de no faltar a la memoria de mi esposo, ¿o todo lo contrario?»

—Disculpe la pregunta —dijo Ramón—. Quizá lo que necesite sea un estímulo nuevo. ¿Sabe? Mi fe no me permite creer que la música para usted es una etapa, pues es un talento que le ha dado el Señor.

—¿Aun siendo mujer? —sonreí aliviada por el cariz que tomaba ahora la conversación.

—Alguien podría decir: «aún con más motivo». Ya me equivoqué con usted al juzgarla por ser viuda de...

—Está bien, no vuelva a disculparse —le interrumpí—. ¿Le marco las notas para afinar su violín mientras viene mi hermano?

\* \* \*

Álvaro oyó el sonido del violín tras la nota que le marcaba el clave y suspiró en el pórtico. «Un poco más, aguarda un poco más», se decía. Aunque el hecho de que estuvieran afinando indicaba que probablemente ya habían acabado su charla habitual, quizá sí los dejaba un poco más a solas, Gabriela recuperaría algo de aquella hermana con la que se juntaba en casa de doña Graciana a escondidas. Álvaro era consciente de que, por mucho que ahora él disfrutara más y se fundiera con el instrumento como ella había hecho antes cuando tocaba la viola, ya no podía darle lo que entonces: alimentar su vivacidad. Gabriela había cambiado su resplandor y ahora desprendía un halo de quietud despierta. Pero él lo veía como una puerta entreabierta que se abriría del todo con la nueva visión musical que le daba Ramón. Estaba convencido de que, al final, la música la arrastraría a su alma, en lugar de ser ella quien empujaba a la música.

—¿Qué haces aquí? —preguntó de pronto el padrino tras de él. Álvaro se volvió mientras el anciano añadía—: Ya han empezado. Y Gaspar de Ferners vendrá en dos días.

—Prefiero que primero discutan sobre las partes de la partitura que deben quedar abiertas a la improvisación y me den alguna guía al respecto.

Eusebi se apoyó en una de las columnas salomónicas y escrutó al joven.

—¿Sientes que sobras? —preguntó, serio.

Álvaro sonrió con rubor:

—Un poco.

—Anda, ayúdame a llegar a mi salón —le pidió el padrino alargándole el brazo que no agarraba el bastón.

Álvaro lo tomó y avanzaron con pequeños pasos.

—¿Te lo hace sentir ella o él? Que sobras, me refiero.

—No, no... Supongo que lo siento yo.

—¿Por qué? He visto cómo has cambiado desde que empezaste a tocar.

—Pero... Creo que yo, en fin, sólo disfruto tocando. La composición... No me veo. Aún busco mi lugar, como usted me recomendó.

Llegaron a la puerta del salón privado del padrino y Álvaro lo ayudó a tomar asiento en su butaca favorita. Con el bastón, él replicó en el canapé indicándole que se sentara.

—Bueno, tocar con maestría un instrumento, sea de quien sea la pieza, también es un camino y un lugar. ¿Te lo habías planteado?

Álvaro negó, desconcertado.

—Si eres bueno, puedes tocar en cortes, ingresar en orquestas. En Italia se necesitan músicos para las óperas, o quizás en Viena...

—Pero no quiero dejar a mi hermana.

—Y quién ha dicho que tuvieras que hacerlo. Álvaro, tu padre renunció justamente a un sueño similar. Y me entristecería que acabaras como él, porque tú no has conocido mujer que te pueda dar lo que le dio tu madre. Y así, me temo que tampoco la conozcas.

A Álvaro le sorprendió tal afirmación. Los recuerdos que tenía de su padre procedían del amor de su abuela o de los celos de Diego, pero ambos llevaban a lo mismo: había sido un hombre feliz, ejemplar.

—Disculpe, padrino, pero no le entiendo.

—Ya ves que a nosotros nos gusta la música. He de confesar que, sin tu madrina, yo probablemente no hubiera descubierto lo que me podía aportar. Tu padre y ella eran uña y carne, no somos padrinos vuestros por azar. Él quiso estudiar, aprender, como Gabriela y tú habéis hecho. Violín, en su caso. Pero cuando se compró uno, tu abuelo se lo rompió: era el primogénito y no podía perder el tiempo con aquello. Incluso nos obligó a mantener cierta distancia, pues consideraba que no éramos buena influencia para su hijo. Así que fue un joven huraño, opaco y, eso sí, cumplidor. Pero ¿feliz? Se casó con tu madre porque el abuelo lo dijo, aunque seguro que tu abuela te habrá contado otra cosa. Por suerte, ella fue una mujer paciente y, aunque le costó, se lo fue ganando. Le hizo ver que aquel matrimonio le podía dar la oportunidad de relacionarse con quien quisiera, incluidos nosotros. Le hizo ver que cumplir con los deseos de su padre, agrandar la fortuna y el honor familiar, le darían más acceso a la música... Con ella recuperó la vitalidad, luego llegasteis vosotros y volvió a creerse capaz de ser feliz. Pero a mí siempre me ha quedado una duda: ¿se resignó a su frustración? ¿Aprendió a vivir con ella? No me gustaría morir con esa misma sombra multiplicada por dos, Álvaro.

El joven se sintió sobrecogido al ver a aquella figura vulnerable que, con tal fuerza, le abrazaba con aquellas palabras. De pronto, sintió que amaba a aquel hombre, pero no se lamentó por haberse criado sin él, sino que agradeció haberlo conocido pues, si no, se hubiera quedado sin la mejor herencia que le dejara su padre. Álvaro se levantó y lo abrazó. Luego se separó de él, se arrodilló a sus pies y musitó:

—¿Y si no puedo deshacer esa sombra, padrino?

—Compruébalo, Álvaro, sólo te pido eso. Si sobraras, no practicarías con ellos. Pero si lo haces, que sea por ti, hijo, porque quién sabe si, para hallar tu lugar en el mundo, también es una oportunidad tocar en la corte de un virrey del Emperador.

\* \* \*

Ramón Viñals salió del palacete de la calle Montcada y enfiló el camino hacia la catedral con una sensación agrídulce. Aquella sonata de Gabriela era la más bella de cuantas había podido tocar con los hermanos De Oristrell y, con los arreglos que ella había marcado, era mejor que ninguna de sus propias obras. Interpretarla, contribuir a que la idea del papel fuera realidad, sentía que le engrandecía el alma. Y sin embargo, aquella plenitud se enturbiaaba al pensar en Gabriela. ¿Por qué la obra no llevaba la paz al alma de la propia compositora? Y lo peor, ¿por qué su compasión por ella era tan intensa y confusa?

Dejó atrás la Casa de la Ciudad y tomó la calle del Bisbe. De pronto acelerado por el miedo, procuró acallar el latido de su corazón con sus propias palabras: «Quizá lo que necesite es un estímulo nuevo». Sí, algo que no le recordara sus pérdidas, algo con lo que pudiera proyectarse de nuevo en la música. «No un abrazo, ¡por Dios!»

Al entrar en la catedral, ya lo tenía claro, y cuando llegó al archivo musical, una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Ha ido muy bien hoy, a juzgar por su expresión —le dijo Francesc Valls mientras dejaba la pluma con la que trabajaba en su *Mapa armónico práctico*—. Estaba pensando pedirle a la señora De Oristrell alguna de sus partituras como ejemplo para mi compendio. ¿Cuándo tocaréis?

—Para Gaspar de Ferners, en un par de días. En la corte, no lo sé, la verdad. Antes debe dar él el visto bueno.

Valls miró a su pupilo más aventajado.

—Es importante la corte, claro —dijo—. Quizá nunca hubiéramos oído una ópera en el Palacio de la Llotja de Mar de no ser por la boda de don Carlos en Barcelona. ¿Y qué hubiera sido de mí, que tanto aprendí de Giuseppe Porsile cuando éste era el maestro de la Capilla de Música de Su Majestad?

Ramón dejó el violín en la entrada y observó a su maestro, que le devolvía lo que le pareció una sonrisa expectante. Sobrepasada la cuarentena, Valls había pasado de la capilla de Santa María del Mar a la catedral, y antes de ello ya había compuesto su *Misa Scala Aretina*, a trece voces, en la que una nota, una variación en la plantilla formal de toda obra litúrgica, había dejado seducido a Ramón. Era un hombre abierto de mente, se lo había demostrado con la paciencia que le profesaba. Y sabía que, si jamás ponía una voz por poner, tampoco decía una palabra por conversar. Ramón se acercó al taburete que estaba frente a Valls y le preguntó:

—¿Dónde quiere llegar?

—No sé, Ramón, dímelo tú. Entendí que tras la muerte de tu hermano tuvieras dudas acerca de tu fe, de la misión que te ha encomendado el Señor. Sólo te puedes ordenar, dar el paso definitivo, si de veras sientes la llamada. Y ahora temo que quizá todo este esfuerzo para tocar en la corte del Virrey haga demasiado ruido. Podrías ser músico para la corte si quisieras. Pero el don que tienes al órgano... Estoy seguro de que Dios tiene reservado para ti un gran futuro en su seno.

—No se confunda, padre. La Iglesia me lo ha dado todo, y no la abandonaría. Pero ¿es lícito que me ordene sólo por la música? No sé... no sé si soy capaz de conllevar todo, todo lo que implica ser sacerdote, no sé si sería un buen guía espiritual como usted. De hecho, estoy convencido de que no.

—¿Y acaso la música no es una guía espiritual?

—¿La suya? ¿La de Milans? Por supuesto, pero no la que yo compongo. No es guía, es un mero reflejo de mis emociones, buenas o malas.

—¿Y cómo crees que compongo yo? —Valls sonrió y le dio una palmada a su pupilo, que parecía desconcertado—. Aguza el oído, Ramón, la inspiración está por encima de las reglas. En cuanto dejes de pensar que tu alma es turbia para aceptarla como humana, encontrarás la llamada.

\* \* \*

Calló el violín, enmudeció el clave y, sin bajo continuo, la viola da gamba se creció para rememorar aquel beso huido de los labios de Tomás, dulce y apaciguado, sobre mi cuello. Gaspar de Ferners aplaudió, al igual que los padrinos, y admitió que no sabría discernir de quién era cada pieza si no fuera porque algunas de las de Ramón Viñals ya las conocía.

—Lo cierto es que la pericia de su ahijada al clavecín y sus composiciones causarán furor. ¡Una mujer con ese talento! —dijo.

Sus palabras me hicieron recordar la conversación con Sumaya acerca de Elisabeth-Claude Jacquet de la Guerre, clavencinista en la corte del rey Luis XIV, y la libertad que ella misma se otorgaba. ¿La quería? ¿O yo ya me la había concedido al amparo de mis padrinos, de Álvaro, de Ramón y de mi propia necesidad de ahuyentar el silencio?

—Disculpe, señor De Ferners, pero sigo de luto —intervine con seguridad—. No tocaré en la corte. El señor Viñals puede tocar el clavecín, pues siendo organista como es, en verdad yo le he quitado el sitio. Y podrían buscar a alguien que lo sustituya al violín, ¿no?

—Pero al clavecín dirigirá sus sonatas y no me sentiría cómodo.

—Si así lo cree, no será por mi culpa —dije, de pronto perdida en su profunda mirada que, por un instante, me hizo olvidar que estábamos acompañados—. Puedo ayudarle a preparar mis piezas con el nuevo músico.

—Bien, pues arreglado —dijo Gaspar—. Yo me encargaré de poner a su disposición a un violinista adecuado para la corte.

\* \* \*

Dejó el palacete de Montcada disgustado, justo a tiempo para evitar perder el control, y bajó hacia la plaza del Born, en busca de los cafés en el cruce de las calles Vidreria y Fusteria. ¡Cómo odiaba el chocolate! Aceleró el paso, con las manos en los bolsillos de la chupa, y todo el malhumor que quiso reflejado en su rostro. No se le habían escapado las miradas entre Gabriela y Ramón, por no hablar de aquella especie de comunión mientras tocaron, y de la complicidad que después se percibió entre ambos durante el resto de la velada, cuando él se ofreció a enseñarle algunas técnicas de composición como la superposición de melodías en contrapunto, aunque ya no tuvieran que ensayar para la corte. Él se había llegado a conformar con estar cerca, pero ellos le recordaban que se podía aspirar a más. «¿De luto?», pensó Gaspar con desprecio. Bien si eso le servía para que no tocara en la corte del príncipe Starhemberg, le venía mejor enclaustrada en su casa. Así podía entrar y salir del palacete de los De Prades sin más excusa que la cortesía, tal y como hizo mientras estuvo postrada en la cama. Pero aun así, no se podía quitar de la cabeza a aquella mujer como tampoco podía dejar de pensar en Ramón.

Llevaba ya unos cuantos años tras él. Todo empezó cuando supo que era protegido de los De Prades: necesitaba su confianza para acceder a los contactos de aquella familia. Pero no tardó en irsele de las manos: su cuerpo fómido bajo aquel traje siempre negro; su pasión, su entrega al tocar el violín con delicadeza extrema... Todo aquello le había devuelto aquellos sentimientos que tanto le había costado controlar desde que su cuerpo le mostrara que ya no era un niño. Y arremetieron con una fuerza inusitada, colándose incluso en sus sueños. Pero los supo mantener encerrados allí por temor a la reacción de Ramón: ¿rechazo, pena, rabia o compasión? No quería nada de aquello. Su presencia le había bastado, pues sabía que no sería de nadie más que de Dios. Y sin embargo, en Gabriela vio lo que en verdad podía darle, y con ello le recordó su posición: ella tenía derecho a seducirlo sólo por haber nacido mujer, él no. ¿Por qué?

Deseaba quitársela de en medio, pero a la vez sabía que no valía de cualquier modo si no quería perderse del todo. Debía admitir la verdad: la clave, ahora, estaba en aquella delicada criatura, frágil y a la vez de vigorosa luminosidad. Sí, debía ganarse a Gabriela. El ambiente de la corte se había enrarecido desde la marcha de Isabel Cristina y tenía la sensación de que se tramaba algo. Necesitaba crear distensión, y Ramón le ayudaría llevando de nuevo música a la corte, pero Gabriela hubiera resultado mucho más efectiva para sus propósitos, pues el efecto hubiera sido mayor tratándose de una mujer, y además, si se ganaba su simpatía, tendría a los De Prades... Y, aunque le doliera admitirlo, a Ramón. ¿Cómo engañarse? Gaspar, de pronto, sonrió. Era tan sencillo quitarla del camino de Ramón sin, a la vez, perderlo ni desviarse del rumbo que había elegido para labrarse una buena posición. Todo malhumor se esfumó e imaginó a Gabriela cortejada por él mismo y a Ramón, incapaz de confesar la verdad por ser hombre de Iglesia, cerca de sus protectores y cerca de él, que entraría y saldría del palacete a su antojo.

<sup>\*</sup> Lugares destinados a juegos abiertos en algún patio trasero o huerto, donde se combinaba espacios para jugar a una especie de tenis (juego de raqueta) o una especie de croquet (*joc de l'argolla*), además del billar, las cartas y los dados.

Apenas nadie les hacía caso. Sólo algunas doncellas de mejillas arreboladas cuchicheaban acerca de Álvaro. El Virrey parecía simular interés, con los ojos fijos en los tres músicos, pero en verdad prestaba atención a lo que le susurraba otro caballero, mientras el resto o se fijaba en su expresión, o departía entre murmullos. Sólo los maestros de las tres capillas musicales de la ciudad, realmente entregados a la ejecución, asentían de vez en cuando y otras tantas cerraban los ojos. Cuando los músicos finalizaron, fueron ellos quienes arrancaron los aplausos, ante el desconcierto de algunos de los asistentes. Luego, felicitaciones y charlas más abiertas, entre risas tímidas, comentando cuánto le hubiera gustado a la reina Isabel Cristina y al propio Emperador algo que ni siquiera habían escuchado.

—¿Decepcionada? —susurró alguien tras de mí.

Enseguida reconoció a Gaspar de Ferners, no sólo por su voz, sino por el aroma almibarado de su perfume. En sus visitas de las últimas semanas me había parecido empalagoso. Me desagradaba la cautela con la que rehuía la crítica, a pesar de que, por sus comentarios, era notorio su conocimiento sobre música. Me volví. Llevaba una peluca blanca, suelta sobre los hombros, que aflaba sus rasgos. Me miraba con expectación, por lo que respondí con sinceridad:

—Algo desilusionada por ellos, sobre todo. Habían trabajado tanto.

—Quienes tenían que escuchar han estado atentos, Gabriela —comentó con voz suave, muy cerca de mí—. Era un encuentro informal.

—Disculpe —dije sin poder reprimir un paso hacia atrás—, quizá me había hecho una idea equivocada. Dada su pasión por su trabajo, pensé que en la corte se apreciaba algo más la música.

—Sus palabras me halagan y me entristecen a la vez. Con la Reina era diferente, las damas y los caballeros de su corte no están y... —Gaspar suspiró—. Supongo que demasiados asuntos ajenos a la música llenan la atención de los caballeros. Pero sus sonatas... De veras, ha valido la pena el esfuerzo.

—¿Le ha gustado, entonces, la interpretación de los músicos?

Gaspar sonrió.

—Si me pregunta por su hermano, le diré que es digno de estar en la corte imperial. Por lo que he observado, sólo se dedica a la viola da gamba. Jamás he visto que se uniera a su padrino y sus amigos en esas reuniones privadas.

—Cierto, para él ahora mismo lo primero es la música.

—Pues la verdad es que me gustaría escribir a la corte de Viena para recomendarle como instrumentista, si a ello se quiere dedicar. Sólo una duda ensombrece mis intenciones.

—No dude. No es el dinero o el prestigio lo que le importa, sólo tocar —aseguré.

—No es eso. Su pasión es obvia. Pero si él aceptara marchar, ¿usted lo acompañaría?

Aquella pregunta me desconcertó, por lo que inquirí:

—¿De veras importa lo que haga yo?

—Para mí sí —se acercó y me susurró—; No me malinterprete, pero tengo en alta estima su compañía.

Luego se separó y saludó con los brazos abiertos a Ramón y a mi hermano, que se acercaban a nosotros.

\* \* \*

—Tenía usted razón, Eusebi. Nada bueno vaticinaba el Tratado de Utrech de abril, aunque fuera entre franceses, ingleses y otros aliados, sin incluir ni a Felipe ni al Emperador —se lamentó Rafael Casanova dejándose caer sobre la butaca.

Eusebi lo observó sin mostrar sorpresa. No había sido difícil darse cuenta, días atrás, de que el encuentro musical en el Palacio Real, con Viñals y su ahijado como protagonistas, había sido una excusa del Virrey para mantener una apariencia de normalidad. Era obvio que algo se cocía y así se había percibido en el ambiente, con demasiadas conversaciones evasivas y sólo ciertos tanteos de sinceridad cuando la música tapaba las palabras. Sin embargo, la visita sin previo aviso de Casanova y aquella rotundidad le despertaron cierto temor.

—¿Algo concreto o seguimos con rumores? —preguntó.

—Concretísimo —aseveró Casanova—. El príncipe Starhenberg ha comunicado oficialmente que han llegado a un acuerdo con el Duque de Pópoli. Lo han firmado en Hospitalet entre el Conde de Königsegg por nuestro bando y el Marqués de Ceva Grimaldi por el suyo. Las tropas imperiales que quedan en Cataluña se van. Sin más. Incluso le han dado Tarragona al jefe del ejército *botifler*.

La rabia se reflejaba en el rostro del abogado, que mantenía la mirada sobre los puños cerrados en su regazo. Eusebi se levantó trabajosamente. Se dirigió hacia un armario, cerca de la mesa sobre la que reposaba la documentación pendiente de sus negocios, y sacó una botella de aguardiente y un pequeño vaso de cristal labrado. Cuando se disponía a servir el licor, el mayordomo entró en el estudio y anunció a Gaspar de Ferners.

—Hágalo pasar —dijo Eusebi de Prades.

Gaspar entró y, tras una reverencia, se fijó en Casanova, quien, sumido en sus pensamientos, ni siquiera lo miró.

—Disculpe, pensé que estaba solo.

—No se preocupe —comentó Eusebi—. No puedo dejar de atenderle, pues grandes favores ha ofrecido a nuestra familia, aunque el momento no nos acompañe. E intuyo que no soy yo el motivo de su visita.

—Sí y no. La verdad es que me gustaría hablar con usted —respondió Gaspar sin dejar de observar, de soslayo, a Casanova—. Pero también venía a ver a sus ahijados, pues quería disculparme por el ambiente en la corte.

—Se sabía ya. ¿Qué le susurraban, si no, al príncipe? —dijo de pronto Rafael, malhumorado, como si pensara en voz alta.

—¿Es por lo de Hospitalet? —preguntó Gaspar.

—¿Se sabía? —inquirió Eusebi.

Casanova alzó por primera vez la mirada hacia De Ferners.

—Supongo, pero yo sólo contrato músicos. En algo así, es importante el secretismo, ¿no? ¿Y ahora qué? ¿Hemos perdido?

—No, no —dijo Casanova—. Que se retiren las tropas no quiere decir nada. Don Carlos aún domina Cerdeña, Mallorca...

—Pero cede Cataluña —aseveró Gaspar.

—Cierto, aunque lo importante es el respeto a nuestros fueros. Por eso empezó todo —sentenció Casanova, cabizbajo.

—Dejémoslo —comentó Eusebi sirviendo el aguardiente—. No aburrámos al señor De Ferners con política y guerra. Precisamente mis ahijados están en la sala de música, con el señor Viñals. Seguro que les agrada verle, y no creo que sea necesaria una disculpa, Gaspar. Vaya usted mismo, hay confianza, por favor, y luego me reuniré con ustedes y podremos hablar.

Gaspar asintió y, tras otra reverencia, se retiró. Eusebi tomó el vaso de aguardiente y se lo acercó a Casanova, quien lo bebió de un trago.

—De Ferners tiene razón, nos cede —dijo Rafael.

—También tiene razón usted. Lo importante son nuestros fueros y nuestras constituciones.

—Pero Eusebi, usted fue quien dijo que Felipe V aplicará los mismos decretos que con Aragón y Valencia.

—A no ser que en la negociación saque alguna contrapartida.

—¿Como cuál?

—No lo sé. Pero el príncipe Starhenberg sigue aquí, y ahora ya sabemos qué se le encomendó como Virrey: capitulaciones. Retirada de tropas, buena voluntad. Es sólo el principio de la negociación.

—Sí, supongo que mientras siga aquí significa que su misión no ha acabado.

\* \* \*

El puerto estaba oscuro y las antorchas relucían sobre la dársena como estrellas. No había luna y el mar estival apenas era un rumor que desterraba la sensación de vacío. Aguzó la vista. Sabía lo que iba a pasar, pero su deber era comprobarlo. Arriba, en el baluarte del Portal del Mar, seguro que no se les escapaba aquel movimiento. Mas la ciudad había visto que se retiraban las tropas. Durante los últimos días ya habían embarcado la mayoría de soldados y a nadie le debía extrañar que se fueran unos cuantos más, aun en lo más profundo de la noche.

Las tabernas ya habían embriagado a los sedientos y sólo quedaba aquel desfile de casacas azules, que pasaron sin percatarse de su presencia. Tirado allí, como un ovillo de espaldas a la muralla, parecía un borracho incapaz de volver a su casa. Pero todos sus sentidos estaban alerta y miraba con atención. Le llegó el sonido de cascos de caballos. Hubiera sido más discreto sin ellos, pero era obvio que le daba igual. Sabía que los catalanes confiaban, o más bien jamás se les hubiera ocurrido una huida de la ciudad, cuya precaria dignidad radicaba en aquel alazán orgulloso. Marchaba en medio de las tropas que quedaban, escoltado. «Cobarde», pensó. Pero si hubiera querido salir a la luz del día, después de hacer público el Convenio de Hospitalet, se hubiera expuesto a una revuelta, quizás a un linchamiento. Sonrió al ver desmontar al príncipe de Starhenberg para embarcar y aguardó hasta que las velas se izaron y el buque fue engullido por la oscuridad. Barcelona se quedaba sola, con sus antorchas y sin Virrey. Mañana se sabría, pero aun así él se levantó para escribir al Duque de Pópoli.

Cerré la puerta de mi habitación y rodeé el pórtico, desde el que ascendía el rumor de las hojas del parral agitadas por la brisa. Qué lejos quedaba aquel tétrico esqueleto de ramas nudosas que nos recibió. Seguía pensando que le había dado demasiada importancia a la música en el pasado. Sentía que no era el centro de mi vida como antes, sino que la ponía en su lugar. Y aun así, no dejaba de preguntarme: «¿Alrededor de qué gira mi vida ahora?» No hallaba respuesta, como tampoco me preocupaba en aquel momento tal silencio. Me dejaba llevar por los instantes en que el vacío se diluía, y eso me contentaba con una cálida esperanza, aunque carente de ilusión por algo concreto. Quizás era el principio, como decía Ramón. Pero ¿el principio de qué? ¿De mi vuelta a la composición? Él no insistía, como mi hermano, y yo, muda, lo agradecía, reconfortada por la presencia plácida que desprendía la delicadeza de aquel recio cuerpo, reflejo de la energía que irradiaba su música. Pero sabía que tanto él como Álvaro anhelaban lo mismo, que compusiera. Y, sin embargo, era algo que yo no ambicionaba.

Aceleré el paso al distinguir la voz de Ramón, procedente de la sala de música donde solíamos practicar. Sin embargo, al oír que respondía Gaspar de Ferners, sentí un atisbo de decepción. Hoy no sería una sesión como de costumbre, si es que la había. Parecía no darse por vencido tras nuestra negativa a marchar.

Entré a la sala. Álvaro y Ramón estaban sentados en el canapé junto a la madrina, mientras Gaspar degustaba una copa de vino dulce en una de las butacas, al lado del padrino. Al verme, se levantó y me ofreció una de sus habituales reverencias, a aquellas alturas tan enpalagosas como su perfume o su voz.

—Me alegra verle de nuevo entre nosotros —dije sin poder evitar cierta ironía.

Desde que Ramón y mi hermano tocaran para el huido Virrey, desconfiaba de las intenciones de Gaspar, pues si no había querido chantajearme al decirme que apreciaba mi compañía, aquella actitud protectora y el buscar mi presencia me parecía que podían estar motivados por sentimientos equívocos hacia mi persona, sentimientos que yo jamás correspondería, pues se los había entregado en su día a Tomás y con él yacían en una tumba de la catedral de México.

—Sé que a esta hora suele practicar con el señor Viñals, y no era mi intención interrumpir. Volver a escuchar su música sería maravilloso. Aunque no es el motivo de mi visita, me temo.

—No —respondió Eusebi—. Cierro que le he rogado venir por el ofrecimiento que hizo a mi ahijado y la posibilidad de que Gabriela le acompañe a Viena. Jamás podré agradecerérselo suficiente. Sentaos, por favor, y hablemos.

Gaspar volvió a su sitio mientras Ramón se ponía en pie para ofrecerme el suyo, junto a mi hermano, y ocupar la banqueta del clavecín.

—Pero eso estaba decidido, ¿no? —comentó Álvaro.

—Tú lo has dicho, estaba —intervino Eulalia—. Debéis aceptar. Es imperioso que salgáis de la ciudad.

Todos miramos a Eusebi a la espera de una explicación. Rafael Casanova, su buen amigo, como miembro del Brazo Real, le mantenía informado de lo que se discutía en la Junta de Brazos, que debía dirimir si seguir en guerra o aceptar la paz, forzados por la marcha del Virrey y la retirada del ejército imperial. Hasta entonces sólo el Brazo Real estaba totalmente de acuerdo con continuar la guerra, pero algo debía de haber cambiado para tal urgencia. El padrino sonrió con amargura y explicó:

—Los votos del brazo militar estaban divididos, pero hoy, a lo sumo mañana, habrá acuerdo para continuar en guerra, pues Felipe amnistía a los catalanes, pero bajo las leyes castellanas y eso no es aceptable.

—¿Y el brazo eclesiástico? —pregunté sin poder evitar una mirada a Ramón—. Estaba por la paz, ¿no?

—Bueno —respondió Ramón—, la Iglesia se inhibió en las primeras sesiones a causa del derramamiento de sangre. La decisión quedaba en manos de los otros dos brazos.

—¿Y la Generalitat? —inquirió Gaspar—. Es notorio su rechazo a continuar la guerra, y es ella la que debe anunciarla.

—Los diputados no podrán negarse —dijo Eusebi—. Su deber es conservar nuestras libertades y privilegios, y sólo hay una forma, que es la decidida por la Junta de Brazos.

—Entonces el asedio será inminente. Pópoli está cerca —dijo mi hermano.

—Por eso debéis marcharos —suplicó Eulalia tomándome de las manos.

—Esta no es vuestra guerra —intervino Ramón—. Acompañe a su hermano, Gabriela, por favor.

Álvaro y yo nos miramos y en sus ojos vi que nuestra determinación no había variado.

—Padrino, madrina, nada cambia —dije—: no nos iremos sin vosotros. Estaba hablado.

—Y no me pareció mal mientras no se sabía qué iba a suceder, pero ahora la amenaza es real —repuso Eusebi.

—Con más razón, pues —intervino Álvaro.

—Hagan caso a Ramón, por favor —dijo Gaspar—. Esta no es su guerra.

—Si se quedan ellos, si que lo es —afirmó mi hermano.

—¿Usted se marcharía y dejaría al padrino solo, madrina? —pregunté apretando la mano que ella me había tomado—. Siempre dice que la guerra no es cosa de mujeres.

—No, claro que no. Es mi esposo —musitó ella con tristeza—. Su salud...

—Entonces no nos lo pidan más —sentenció.

—¿Y si ustedes los acompañaran? —preguntó de pronto Ramón—. Disculpe, Eusebi, pero su esposa tiene razón al temer por su salud. Y este no será un asedio como el de 1706. No vendrán ni ingleses ni holandeses en nuestra ayuda.

—Esa sería una solución —comentó Eulalia—. Estamos ya mayores, querido. No puedes luchar, no puedes...

—¿No puedo quedar como un cobarde, no puedo abandonar la causa! —exclamó el padrino, al que la excitación le provocó un acceso de tos.

—Eso es comprensible. Están pidiendo demasiado sacrificio al honor de una familia como la De Prades —convino Gaspar.

—Pero no la abandonaré —insistió Ramón mientras al padrino se le calmaba la tos—. Recuerde lo que me dijo cuando me mandaron a Nápoles: «Sólo si asumes tu papel contribuirás a la causa, como tu hermano».

—Eras demasiado joven, Ramón.

—Pero tiene razón, padrino —intervino Álvaro—. La familia De Prades tiene dinero. Y es más útil mantenernos vivos para poder ayudar. Quizás en lugar de ir a Viena deberíamos ir a otro lugar desde el que se puedan facilitar envíos para que la ciudad resista.

—Yo sólo puedo daros recomendación para Viena —aclaró Gaspar.

—Y se lo agradeceré después de la guerra —respondió Álvaro.

—¿Cerdeña? —preguntó la madrina, esperanzada—. Mi prima podría acogernos.

Eusebi nos miró uno a uno, pensativo y al final, anunció:

—Si queremos salir sin problemas, ha de ser rápido.

\* \* \*

El alivio le embargaba el corazón y, aun así, la pena humedecía sus ojos. Bajó la calle Montcada pensando en el mar, en una brisa alentadora que no hallaría en las dependencias de la catedral. Pero cambió de idea y dobló la esquina en la calle de Sombrerers. No estaba confundido entre dos sentimientos contradictorios, sino que aquello lo aclaraba todo y venía a dar la razón, en parte, a su mentor. Aunque él lo había negado cuando lo interpelló, igual que se lo negara a sí mismo en la intimidad. Y aun así, al tomar la calle de la Platería a su mente volvieron las palabras de Valls: «Déjalo. Apártate de ella —le había dicho—. Y no es por la tentación, pues si fuera tu camino y no el de la Iglesia, no dudaría en ser yo mismo el que te apartara del noviciado. Pero eres hijo de campesinos, por mucho que la música te haya llevado a otro lugar».

—¿Qué ciego! —murmuró Ramón.

Se vio ante el Palacio de la Generalitat y se preguntó si la Junta de Brazos ya había anunciado su decisión. «Qué más da», pensó. Ellos la habían tomado y sólo podía dar gracias al Señor, aun con la congoja de su corazón. Dejó atrás la calle del Bisbe y siguió caminando sin rumbo fijo. Su sentimiento de deuda con la Iglesia se había acentuado desde que frecuentaba el palacete de los De Prades. Comprendía que sólo el agradecimiento sincero y leal lo llevarían a ser un buen sacerdote. Su mentor no sólo lo entendía, sino que también lo respetaba como prueba de fe. Sin embargo, Valls ya debía haberlo percibido cuando le pidió que dejara de acudir a sus encuentros con Gabriela de Oristrell. Ramón sólo ahora lo veía: la deuda se había agrandado porque los conocimientos adquiridos gracias a la Iglesia le permitían estar cerca de ella, de Gabriela.

Pero ya no haría falta, ya no tendría que luchar contra sí mismo para devolver a Dios lo que le había dado. Ella se marchaba. Y al fin podía reconocer que la amaba de corazón, porque le aliviaba saber que estaría lejos de la artillería, a salvo. Sin embargo, ¿qué haría sin ella? ¿Cómo abrir los ojos cada día sabiendo que no la vería? ¿Cómo componer sin sentir sus manos danzar sobre la viola? ¿Cómo respirar sin ella en la ciudad? De pronto, Ramón se descubrió en las huertas del extremo oeste de Barcelona. Cerca, un labrador escardaba la tierra alrededor de ajos y cebollas para que les llegara el agua de riego. El joven novicio se descalzó, se desprendió de sus medias y entró en la huerta:

—Me permite ayudarlo —se ofreció.

La tierra bajo sus pies le devolvió al hijo de campesinos que una vez fue.

\* \* \*

No sería difícil partir hacia Cerdeña. El comercio del padrino Eusebi con Diego era una parte de sus negocios. Con los reinos mediterráneos podía comprar y vender sin intermediarios. Sólo había que pedir al capitán que retrasara un día la salida. Y esta vez Álvaro se ofreció como recadero, con orgullo y determinación, para llevar la carta del padrino en persona. Mas no por ello Eusebi excusó al mayordomo de acompañarlo. «No es que no me fie de ti, al contrario. Pero él conoce al capitán. Te presentará como mi ahijado y heredero, y así dará más importancia si cabe al mensaje», había establecido.

Al llegar al puerto, Álvaro aspiró la brisa del bullicio y dejó que el mayordomo lo condujera. Enfilaron la dársena, sorteando bultos y mozos cargados, hasta que llegaron frente a una galera de un solo mástil, casco alargado y apariencia veloz. Frente a ella aguardaban numerosos barriles, que los remeros tomaban para cargarlos a través de un puente que se combaba a su paso. El mayordomo se presentó al capataz que organizaba la carga abajo y preguntó por el capitán. Este le indicó que subieran y Álvaro se dejó conducir de nuevo. Uno de los hombres que estaba a punto de coger un barril hizo una señal a su compañero, arriba, y gritó:

—¡Paso a los señores!

El aludido se volvió cuando el mayordomo daba el primer paso sobre el puente. Sonrió y, de pronto, el barril que llevaba al hombro se le escurrió. El encargado de la carga se acercó, a gritos, mientras el puente crujía y la madera se quebraba. Álvaro se lanzó hacia delante con intención de agarrar al mayordomo para que no cayera al agua, pero no llegó. De pronto, se vio arrastrado hacia un lado, sintió un fuerte dolor en el costado y quiso gritar, mientras se giraba para ver cómo los barriles del muelle se le venían encima. Pero sus labios no llegaron a emitir nada, o por lo menos, nadie, ni él mismo, lo oyó.

—Hombre al agua —gritaban mientras él caía al suelo con brusquedad.

El mismo encargado de la carga fue el primero que se lanzó al mar en busca del mayordomo, que ya se había hundido. Otros se le unieron, mientras desde la galera tendían un cabo para ayudarles a salir. Sólo el que había hecho la señal a su amigo se acercó a Álvaro. Respiraba, pero estaba desmayado. Se había dado un buen golpe en la cabeza. No estaba tan mal. Cuando tiró los barriles, esperaba que lo arrastraran al agua, pero el señorito se había adelantado para agarrar a su sirviente y sólo habían llegado a sus pies un par. Si debía parecer un accidente, no se podía ser más preciso. Menos mal que sólo había que hacerlo desaparecer para cobrar. Y aquel era otro modo. Hizo una señal al tercer cómplice y este le ayudó a levantar el cuerpo de Álvaro mientras los demás se encargaban de sacar al mayordomo del agua.

La noche había caído entre arcones sobre los que cargar lo imprescindible, tarea que para Eulalia era más difícil que para mí, pues en aquel palacete había demasiadas cosas que no se podían comprar con dinero.

—Mandé desmontar el marco y enrollar el lienzo. Así me lo hizo llegar tu tío Diego tras la muerte de tu abuela —me decía señalando el retrato de mis padres apoyado contra una pared—. No sé por qué no lo han hecho ya.

—Tranquila, madrina. Todos están muy ocupados. Miraré a ver si lo puedo hacer yo misma.

—¡Suéltame! —se oyó de pronto al padrino.

Ambas nos volvimos y lo vimos en la puerta, apartándose del sirviente que le sujetaba de un brazo. Se apoyó con ambas manos en el bastón e intentó recuperar el resuello. Su cara parecía iluminada por una luz cenicienta que agudizaba la rojez de sus ojos. La madrina se estremeció y me agarró de la mano, creí que por contenerse, por no ir a ayudarlo y ofender su orgullo. Eusebi avanzó, con paso trémulo. Me aparté de Eulalia y le acerqué una butaca. Él se dejó caer, exhausto. Pensé que quizás era mejor quedarse, que quizá no aguantaría el viaje. Nunca le había visto tan frágil.

La madrina se le acercó, le puso la mano en la barbilla y le obligó a devolverle la mirada.

—Me estás asustando —murmuró. Y con autoridad preguntó—: ¿Qué ha pasado?

Eusebi me miró y luego se dirigió a su esposa, pero sacudió la cabeza.

—¿Ha vuelto Alvaro ya con la respuesta? —inquirió ella de pronto.

El padrino tomó aire y dijo con un hilo de voz:

—No ha vuelto.

—¿Cómo que no ha vuelto? —pregunté con cierta alarma.

—Sólo ha vuelto el mayordomo. Cayeron unos barriles, no sé, algo pasó. Sólo han encontrado... ¡Oh Dios! —se interrumpió. Me arrodillé a sus pies y le tomé la mano. Él continuó—: Sangre en el muelle...

Pero no su cuerpo.

—¿Y en el agua?, ¿han buscado en el agua? —insistí, incrédula.

Él asintió:

—Hasta que la noche ha dicho basta.

Me apoyé en la butaca mientras Eulalia inquiría desconcertada:

—¿Qué significa eso?

—Que no está muerto —aseveré. La cabeza me daba vueltas, pero sólo una cosa tenía clara—. Iremos al puerto. Preguntaremos cómo se produjo el accidente, qué pasó exactamente. ¿Llegó a perder el conocimiento? Si cayó al agua, sabe nadar.

Sentí que el padrino me acariciaba el cabello.

—Dios te oiga, mi niña. Esperaremos a mañana. Quizá regrese durante la noche.

El día era claro y, quizá por los temores que embargaban mi alma, me pareció hiriente la luminosidad de aquel sol que ascendía sobre el mar. A pesar de ser hora temprana, el cielo limpio anunciaba el pegajoso calor como las nubes grises vaticinan tormenta. El mayordomo caminaba muy erguido, tenso, con los puños cerrados, siempre por el centro, alejado del agua. Al repetir aquella mañana la historia que le contara la noche anterior a Eusebi, aún se veía el horror en sus ojos, pues estuvo a punto de ahogarse. Pero se ofreció sin asomo de dudas para acompañarnos al puerto, a pesar de que su cuerpo, ahora, pareciera arrepentido al avanzar por el muelle.

Eulalia y yo intentamos convencer al padrino para que él aguardara en casa, pero sólo Ramón, que había venido para despedirse antes de nuestra marcha, pudo hacerle entrar en razón ofreciéndose él mismo a acompañarme. Seguimos al mayordomo en un silencio forzado, entre miradas huidizas. Ramón continuaba sumido en sus pensamientos, a pesar de que al atravesar el portal con el santo de su nombre, casi derriba a una niña morena que portaba un cubo con arenques. En la dársena, de nuevo me vi obligada a agarrarle del brazo para evitar que tropezara. Parecía ignorar los obstáculos que se interponían en su camino.

—Está demasiado tranquila, Gabriela —dijo de pronto, rompiendo su silencio.  
—No voy a sucumbir al pánico, aún no —respondí—. Ni siquiera se sabe qué ocurrió exactamente. El mayordomo dice que pasaron horas buscándolo. No tiene sentido y eso me da esperanza. No puedo permitirme otra cosa, Ramón.

Sus labios se movieron, como si quisiera articular palabra, pero al final los selló y asintió con gravedad. El mayordomo al fin se detuvo ante una galera de la que, enseguida, bajó un hombre de larga barba grisácea, gestos enérgicos y piel curtida por el sol. Intercambiaron unas palabras, entre murmullos, de las que logré distinguir:

—Pensé que venía a traerme la orden de salida.

—No sé, yo no llevo nada —respondió el mayordomo.

El rostro del hombre, agriado, se relajó a medida que siguieron los susurros y, al fin, se dirigió hacia nosotros para ser presentado como el capitán.

—Siento lo ocurrido a su hermano, señora De Oristrell —me dijo.

Se lo agradecí y Ramón preguntó:

—¿Sabe cómo se produjo el accidente?

—Tengo sospechas de que... —se llevó la mano a la barba y negó con la cabeza mientras añadía—: No sé, todo esto es muy raro.

—¿A qué se refiere?

El capitán me miró, circunspecto.

—He perdido a tres hombres esta noche: el que cayó al agua junto al mayordomo y dos que estaban en el muelle.

—¿Qué significa que los ha perdido? —insistí—. ¿Han desaparecido, como mi hermano?

—Al principio sospechamos que los del muelle, quizá. Pero anoche se presentaron al pie de la galera. Mi segundo pensó que regresaban de las tabernas, pues tenían orden de pasar la noche aquí por si salíamos esta mañana. Llamaron a uno de sus compañeros y se largaron. No han vuelto.

—¿Y por qué nadie los retuvo?

—Señora, no sé qué decirle —respondió el capitán—. Estoy consternado, y entienda que sólo esta mañana me ha dado por pensar... ¿Hay algún motivo por el que alguien quisiera mal a su hermano?

El énfasis inicial de mi negativa fue cediendo y dio paso a la inquietud. Desde un pasado muy lejano, ¿alguien quería arreglar cuentas?

—¿No cree que haya sido un accidente? —preguntó Ramón.

—Los barriles no se caen solos. No podemos permitirnoslo. Y la única explicación es que intentaran derribar al señor De Oristrell. Había sangre en el suelo y desde la cubierta alguien vio cómo se desplomaba. Pero todos estaban pendientes de los hombres que habían caído al agua.

—Gracias, capitán —dije al hombre y le alargué la nota de mi padrino—. Es la orden para que se marchen.

\* \* \*

Los arenques, de lustrosa piel y ojos brillantes, parecían aún vivos, rebotando en el cubo como si saltaran a cada paso. Menos mal que los sujetaba con fuerza, tanto que su mano morena parecía empalidecer, si no, aquel cura se los hubiera llevado por delante en el portal de Sant Ramón. Pero aun así, al entrar de nuevo a la ciudad, disminuyó el paso. Llegar a casa, la tarde anterior, con el cubo vacío le había costado un castigo. Pero aquel era otro día, y no pasaría lo mismo. A sus ocho años, ya tenía edad para hacer algo más que ayudar en la cocina o en la huerta. Esta vez llegarían todos los arenques.

Sin embargo, al doblar ya la esquina con la calle de la Fustería, estuvo a punto de tropezar con un mendigo, que estaba sentado con la espalda apoyada en la pared y las piernas recogidas sobre el pecho. Tuvo que saltar para evitarlo y, aunque no soltó el cubo, gran parte del pescado voló por los aires como si huiera al mar. La niña se agachó sobre ellos para protegerlos de los pisotones de los viandantes, pero estaban demasiado dispersos. Vio una sombra cernirse sobre uno y, de pronto, una mano lo tomó y se lo tendió.

—Te lo debo, supongo —dijo.

Ella lo reconoció al momento. Ya no llevaba su bonito traje empapado, sino unos calzones sucios y una camisa desgarrada y mugrienta, como el rostro. Además, su cabello castaño estaba apelmazado alrededor de lo que parecía sangre seca.

—Es usted... —murmuró.

—Gracias por el agua que me diste de beber ayer.

La niña no pudo contenerse. Parecía tan triste. Alargó la mano hacia la mejilla de aquel hombre, donde parecía asomar un moretón.

—¿Le han robado? —preguntó.

Aquella caricia le hizo sentirse acogido. Se incorporó y sonrió, pero como única respuesta, inquirió:

—¿Cómo te llamas?

—Maragda.

—Maragda —repitió él, como si le costara entenderlo.

—Significa esmeralda —explicó.

De pronto, a la niña le salpicaron las tripas de un arenque que un viandante había pisado y enseguida se afanó a recoger el pescado, sin dejar de recriminar al hombre:

—En menudo lío me metió usted ayer. Y ahora, otra vez.

Él la ayudó. Después de aquella horrenda noche, ¿qué era meterse en un lío? Por ello, preguntó, divertido:

—¿Por qué?

—Porque cuando fui a buscarle el agua que me pidió el pescador que le sacó del mar, me robaron todos los arenques. —Maragda se puso en pie y escrutó el suelo: no quedaba ninguno. Luego examinó el cubo y añadió con un bufido—: Y ahora he perdido otro y hay alguno rajado. Debería acompañarme y explicárselo a mi madre.

Maragda intentó disimular el estropicio poniendo encima los que mejor estaban, pero ante el silencio del hombre, levantó la mirada. Vio cómo este, tambaleante, se apoyaba con un brazo en la pared junto.

—¿Se encuentra bien?

Él pareció no escucharla y se llevó la mano a la sangre seca de la cabeza. Maragda lo tomó de la mano y dijo:

—Acompáñeme.

\* \* \*

Mi mayor temor era que el pánico se apoderara de mí. No podía ser que hubiera desaparecido sin más. Había demasiados muertos en mi vida, y Álvaro no podía ser otro, no de aquella manera. Por eso, al dejar al capitán, despedí al mayordomo e insistí a Ramón. Preguntamos en cada barco del muelle, a cada marinero, remero o mozo que encontrábamos. Lo describimos a él, su casaca de color crema, los calzones blancos, su acento al hablar. Nadie lo había visto, ni nadie había encontrado si quiera algo de su ropa entre el agua. Y regresamos en silencio.

Necesitaba recapacitar sobre lo que nos había dicho el capitán y, desde que abandonamos el muelle, se había acrecentado mi confusión. Sólo podía pensar: «¿Dónde está? No tiene sentido ¿Quién le iba a querer ningún mal? Si hubiera sido en México, o en Santa Cecilia, quizás alguien aún creyera en las mentiras de mi tío y le guardara rencor, pero aquí... ¿Y si de veras fue un simple accidente? Quizá lo llevaran a...»

—Entonces, ¿significa que se quedan? —preguntó Ramón cuando ya alcanzábamos la plaza del Born.

—No podemos irnos sin mi hermano —respondí, algo molesta, pues su tono me pareció una recriminación.

—Pero Gabriela, no creo que Álvaro quisiera que usted y sus padrinos se pusieran en peligro por él.

Me detuve y lo miré con rabia:

—Habla como si estuviera muerto.

No esperé respuesta, no podía, y avancé, dejándolo atrás. Él me alcanzó en un par de zancadas.

—No me malinterprete, pero si está vivo, ¿por qué no ha regresado a su casa?

Aceleré el paso mientras respondía:

—Lo pueden tener retenido, ¿no? Ya ha oído al capitán. Es posible que no fuera un accidente. Y si lo fue...

Él me agarró del brazo y me obligó a detenerme:

—Piénselo. Supongamos que, al caer, quedara herido o desmayado. Tenía que estar sin fuerzas para no resistirse. Dos hombres llevando un peso muerto llamarían demasiado la atención. A pesar de la confusión, alguien los hubiera visto. Es más fácil tirarlo al agua. Déjeme indagar y márchese, yo...

—No. Si está muerto, seré yo quien vele su cuerpo.

Y me volví para reemprender el camino, con los ojos anegados en lágrimas. ¿Por qué Ramón tenía que socavar la esperanza a la que necesitaba aferrarme?

\* \* \*

—¡Ayuda, papá! —gritó Maragda en cuanto entró a la carpintería.

Su padre levantó la vista de la estaca que estaba afilando, una de las muchas que se sembraban alrededor de la ciudad para dificultar el avance de los *butiflers*. Por un momento se quedó parado, sin entender lo que sucedía. Pero al ver al hombre lívido que su hija sujetaba de la mano, y que parecía a punto de caer desmayado, soltó el cepillo y corrió a sujetarlo mientras llamaba:

—Sebastià.

El muchacho dejó de serrar y salió de entre lo que parecían un montón de cajas. A sus trece años, era casi un hombre, poco más ancho que su espigado padre, quien debía rebasar los sesenta. Sin preguntas, le ayudó a llevar a aquel desconocido hasta una silla.

—¿Quién es usted? ¿Qué le ha pasado? —preguntó el padre.

—No sé, no... —el desconocido se tocó la cabeza y entonces los carpinteros vieron la sangre pegada al pelo.

Maragda respondió por él:

—Ayer lo sacó del mar un pescador. ¡Os lo conté! Lo pescó, como si fuera una sardina gigante. Venía medio ahogado, con ropa buena, de señor. Creo que le han robado, papá.

—Ya, ¿y por eso lo traes? —le recriminó Sebastià.

—Me ha ayudado a recoger los arenques que se me habían caído —señaló Maragda, airada.

—Se le cayeron por mi culpa —dijo el hombre, e hizo ademán de ponerse en pie mientras decía—: Yo no quiero molestar, sólo me he mareado un poco y su hija ha tenido a bien...

—No se levante —le frenó el padre al ver que seguía tambaleante. Eran tiempos difíciles, cierto, pero ¿dónde llegarían si dejaban de ayudarse?—. Maragda, sube arriba y dile a tu madre que baje agua y unos trapos. Habrá que limpiar esa herida.

La niña corrió hacia las escaleras que había al fondo de la carpintería, justo antes de la huerta. Sus pasos sobre los peldaños de madera parecían demasiado ruidosos para el desconocido.

—Le dieron bien —comentó Sebastià.

—Sí, anoche, en el puerto. Por eso me metí por las calles, pero creo que lo de la cabeza ya lo tenía, ya me sangraba.

—¿Cayó de algún barco? ¿Se dio con la borda?

El hombre titubeó:

—No lo sé. Recuerdo que me desperté en el agua, casi me ahogo. Y sí, estaba entre barcos. Como no podía subir, intenté nadar. Avancé o, al contrario, me alejé. No lo sé. Estaba desorientado, me dolía la cabeza. Suerte del pescador...

—Su castellano... ¿De dónde es? —preguntó Sebastià.

El hombre negó con la cabeza.

—¿Cómo se llama? —preguntó el padre.

Por primera vez, el hombre fijó los ojos en aquel carpintero espigado, de mirada cobriza y hundida, y respondió:

—No lo sé.

Veintitrés días y ni rastro de Álvaro. La ciudad se había convertido en un hervidero de gentes que acopiaban víveres. Un torbellino de hombres, barceloneses y de diferentes reinos de España, respondían al llamamiento de la Generalitat para defender la ciudad. Y aun así salió sola. Sabía que la situación pendía de un hilo. El Duque de Pópoli, al mando de las fuerzas de don Felipe, había enviado un mensaje a la Generalitat advirtiéndole que si no se acogía al perdón del rey legítimo, y a su obediencia, y persistía en cerrar las puertas, se vería obligado a tratar a Barcelona con todo el rigor de la guerra. Y la respuesta de la Ciudad Condal se palpaba en el ambiente entusiasta de las gentes ante las tropas que se organizaban. Pero yo sólo podía pensar en mi hermano.

Ramón cumplió con lo que me había propuesto cuando regresábamos del puerto, siempre he creído que con la esperanza de que aún estuviéramos a tiempo de marcharnos. E incluso Gaspar, que a pesar de tener oportunidad de irse con la corte de Starhemberg, se había quedado en la ciudad, nos acompañó en más de una ocasión, también consternado por el extraño suceso. Íbamos puntualmente a la playa mientras se pudiera, por si el mar había devuelto algún cuerpo. Y luego recorriamos el barrio marítimo de la Ribera, siempre preguntando por él, siempre sin respuesta. Hasta que, pocos días después, reconocí su casaca en la calle de la Pescadería, sucia, desgarrada, con un físil a la espalda de quien la portaba. Fue Gaspar quien lo detuvo, apenas un muchacho a quien le venía demasiado grande.

«—Se la compré a un marinero —confesó en cuanto De Ferners lo sujetó por las solapas—. A los voluntarios no nos dan uniformes, pero los de la Coronela llevan casacas, y esta es buena. Tengo físil para defender la ciudad.»

Después de aquello, sólo podía pensar que mi hermano debía de estar vivo en algún lugar. ¿Y si el golpe lo dejó desorientado, y si le robaron, y si...? Ramón no quería alimentar mis esperanzas, siempre argumentaba que, aun despistado, alguien lo habría visto. Y Gaspar no hacía por más que darle la razón: «Gabriela, yo la acompañaré tanto como usted necesite, pero piense que, aunque estuviera vivo, ¿qué posibilidades hay de que permanezca en Barcelona? Quizás esté en un barco, por ahí, lejos».

Por eso no les había dicho nada a ninguno de los dos. La ciudad amontonada quedó a mis espaldas cuando di con aquel amplio camino que bajaba hacia el mar. Supuse que era la Rambla. Jamás me había aventurado tan lejos, pero la cruzcía hacia las huertas y conventos que había al otro lado. ¿Por qué a nadie más que a mí se le ocurría que pudiera estar herido? Incluso, ¿por qué no lo había pensado yo antes? Con un suspiro me detuve ante el portón abierto que daba a un enorme patio. Quizás había perdido un tiempo precioso. Negué con la cabeza, no era momento de pensar en ello. Ahora estaba allí y nadie me impediría recorrer todo el Hospital de la Santa Creu.

\* \* \*

Entró con la taza, pero él no levantó la vista. Eusebi se mantuvo acodado con un brazo sobre la mesa mientras con la otra mano se sujetaba los anteojos. Sin la peluca que cubría sus cabellos grises, le pareció aún más vulnerable, a pesar de la determinación de su ceño. Desde la misteriosa desaparición de Álvaro y mientras Gabriela indagaba infulectuosamente, se refugiaba en su estudio al amparo de todo lo que debía hacerse, aunque más de una vez lo había encontrado dormido entre los papeles. Rodeó la robusta mesa de trabajo y dejó la taza ante él.

—Estoy harto del tomillo —gruñó Eusebi.

Eulalia le acarició la espalda y le besó la frente. Él se recostó en el respaldo y tomó la tisana con un bufido.

—Ya no tengo energía —suspiró.

—¿De quién es la carta? —preguntó su esposa.

—Diego. Nos insta a dejar la ciudad o romperá todo trato con nosotros. Parece que prefiere comprar vino de Castilla, aunque le salga más caro. Dice que se ahorra los intermediarios, pero está molesto porque nos quedemos. «No le confíe a mi heredero para que lo convirtiera en un traidor, sino para que me ayudara a enderezarlo», dice. Ni siquiera pregunta cómo están los chicos.

Eulalia se apoyó en la mesa, de frente a su esposo.

—¿Es eso lo primordial ahora, Eusebi?

—El dinero nos venía bien para sufragar los envíos de Cerdeña.

—Míralo de esta manera: tal y como están las cosas, aun por mar y sin pasar por Barcelona, organizar un envío para la Nueva España hubiera sido un desastre. Demasiado riesgo. El dinero de la inversión hubiera subido. Ahora lo tenemos libre para ocuparnos de lo que realmente importa. Seguro que mi primo ya ha recibido la carta que le enviaste.

—Sí, fue buena idea por tu parte hacérsela llegar con el capitán en cuanto supimos que no salíamos —admitió Eusebi—. Tan previsora como siempre. Las tropas de Pópoli ya vienen hacia aquí. Dicen que con unos veinte mil soldados. Y nosotros contamos con los cuatro mil a sueldo de los Tres Comunes más los voluntarios. Sólo espero que el itinerario que propusiste sea seguro, si llevan a cabo un bloqueo.

—Lo primordial es mantener el secreto. No nos podemos fiar de nadie, ni siquiera de los acérrimos partidarios del rey Carlos, por mucho que digan que enviará aprovisionamiento. Mira qué rápido se han marchado los coroneles Antonio Meca y Antonio de Clariana, de las Reales Guardias Catalanas.

—Ya, pero Manel Flix se ha quedado como *conseller en cap* del Consell de Cent a pesar de votar en contra de la guerra. Ahora más que nunca, supongo que la lealtad la miden las acciones.

Eulalia bajó la mirada, asintiendo entristecida.

—Debe de haber otros como nosotros, proveyendo por la ciudad —dijo al fin—. Deberíamos contactar con ellos, organizarnos, y organizarnos con el Emperador, si es cierto lo que se dice.

\* \* \*

El sirviente que le había abierto subió la escalera y él se quedó en medio del patio. Se sentía atrapado y ni siquiera había empezado el sitio a la ciudad. Se debatía entre su fe y su deber como ciudadano, tal y como su hermano hizo. Y además, había una lucha en su interior entre la obediencia a su maestro, su lealtad hacia los De Prades y ella. El sudor que acechaba a sus manos cuando lo tomaba del brazo y la sentía tan cerca en sus recorridos por la Ribera se convertía en dolor y culpa al comprobar la determinación de Gabriela a pesar de no hallar respuestas. No la podía dejar así sin más, pero Valls le perseguía con sus silencios siempre que preguntaba por Álvaro de Oristrell. ¿Sólo la ayudaba o utilizaba lo sucedido para estar cerca? ¿Debía ordenarse ya, o esperar a que pasara lo que tuviera que pasar en Barcelona, por si podía hacer más que repartir los últimos sacramentos entre los moribundos?

—¡Ramón! —Gaspar salió de debajo del parral y se acercó para estrecharle la mano—. Han ido a avisar a Gabriela de que estoy aquí. Supongo que su visita se debe a lo mismo. Aunque me confunde, desde luego. El otro día, después de que habláramos los dos, se marchó tan enfadado...

Ramón bajó la cabeza. En parte, sentía celos de Gaspar, que parecía buscar la misma cercanía con Gabriela. Si no, ¿por qué aquella implicación con la familia De Prades? Ellos no le habían dado lo que a él y, hasta que en Barcelona permaneció la corte, Álvaro le había interesado como músico, pero no habían compartido las conversaciones que a él le hacían sentirse amigo del desaparecido. Al instante, Ramón se avergonzó de aquellos pensamientos. «Sólo quiere ayudar», pensó. Y dijo:

—Disculpe, Gaspar, pero no le entiendo. Usted admitió que es necesario que Gabriela abandone esta búsqueda.

—Cierto, pero hay que hacerlo poco a poco. La familia entera necesita tiempo para llegar a la conclusión más lógica. ¿De veras cree que ganaríamos algo enfrentándola a la verdad?

—No, pero la protegeríamos. Veinte mil soldados vienen a por la ciudad. Si ambos dejáramos de acompañarla...

—Ya se lo dije el otro día. Yo no voy a hacer eso. No mientras Eusebi de Prades no me diga lo contrario.

Ramón hizo ademán de contestar: si estaban los dos a una, tendrían más posibilidades. Sin embargo, se interrumpió al ver que bajaba el mayordomo.

—Lo siento, caballeros —dijo—, pero la señora De Oristrell no está.

—¿Ha salido sola? ¿Lo saben sus padrinos? —preguntó Ramón, alarmado.

El mayordomo pareció caer en la cuenta de lo que ocurría y subió las escaleras a toda prisa.

\* \* \*

El Hospital de la Santa Creu era un enorme edificio de dos plantas con cuatro alas. En las salas para hombres, tanto la de Santa María como la de Sant Pere, los padres que se encargaban no me dejaron pasar: «No hay nadie que lleve veintitrés días aquí y, entendiéndolo, señora, no sería apropiado». Pero tras sus negativas y ante mis súplicas, uno de ellos me acompañó para recorrer la Sala de la Convalecencia, a pesar de que tenían registrados con su nombre a todos los ingresados, y ninguno era Álvaro de Oristrell. En cada rostro macilento o morado, huesudo o salpicado de cicatrices enrojecidas, reconocí a una persona anónima y mi corazón se fue encogiendo. Al acabar, el padre me tomó de la mano, ya en la salida, y dijo:

—¿Por qué no pasa por la Oficina de los Barberos? Allí se atiende a los que vienen con algún miembro roto que no necesite guardar cama en el hospital o alguna herida que sólo requiera unos puntos. Y si dice que se pudo golpear... Ahora, debo advertirle de que se van tras recibir las curas. Pero quizás alguien recuerde haberlo atendido.

Con más arroyo que esperanza, seguí las indicaciones del padre y, tras rodear el imponente edificio del hospital, accedí a la oficina. El calor húmedo que envolvía la ciudad era algo menos soporífero en aquella zona rodeada de huertas.

Ví abierto el portón que me indicara el padre y me asomé a una pequeña sala. Una niña me clavó sus ojos verdemar, probablemente para apartar la mirada del trapo ensangrentado que envolvía la mano de un joven de unos trece años, sentado a su lado con los labios comprimidos por el dolor. Otros hombres y mujeres aguardaban con heridas, en una pantorrilla, el pie, un corte en la ceja... Mientras desde el interior se oían quejas, tanto en catalán y castellano como en italiano y otros idiomas que no supe reconocer. Entré y me acerqué a un fraile que guardaba la sala.

—Disculpe —dije—, estoy buscando a mi hermano, y el padre de la Sala de Sant Pere me dijo que quizás ustedes me puedan ayudar. Debí de venir hace una veintena de días, probablemente muy desorientado.

—Señora, lo siento —me interrumpió el fraile con cortesía—. Aquí a menudo atendemos a borrachos del puerto que no pueden ni pronunciar su nombre.

—Pero quizá, si lo describo, alguien recuerde haberlo visto.

—Muchos de los barberos que atienden aquí son voluntarios y puede que lo atendiera alguien que no está. Quizá sería más oportuno que preguntara a los barberos de la ciudad en sus casas, pues aquí no pueden parar de trabajar, como ve —repuso señalando a mi alrededor. La niña secaba el sudor de la frente del muchacho herido—. Lo siento, pero veinte días son muchos.

—Gracias de todos modos —dije.

Me volví y salí de la sala. El frescor se había ido. Aun rodeada de huertas, sentí que las murallas repelían la brisa del mar y el bochorno se estancaba a mi alrededor. Si, había perdido un tiempo precioso, seguro. ¿Valía la pena ir de barbero en barbero, e incluso de médico en médico, por si no lo habían atendido en el hospital? ¿O quizás antes debería hablar con Ramón y Gaspar para que preguntaran en las salas de hombres, a pesar de que los padres afirmaban no tener a ningún paciente durante tanto tiempo? Quizás ellos sí podrían obtener otras respuestas.

—¡Largaos, os digo, fuera! —oí a mis espaldas desde una huerta cercana.

Algunas pedradas rebotaron contra una línea de árboles que las circundaba y oí correrías. De pronto, cinco mozos aparecieron en el camino y se detuvieron, jadeantes, para recuperar el resuello. Vestían calzones harapientos y mugrientas camisas y hedían a sudor. El que parecía mayor mostraba el torso descubierto y carecía de una mano, pero en la otra llevaba un hatillo hecho con su camisa del que sobresalían unos tallos de cebollas. Atemorizada, me aparté unos pasos para rodearlos. El mayor me hizo una grotesca reverencia.

—Señorita —saludó.

Los otros rieron. Fijé mi vista en el camino de tierra seca, desierto. Evitando los ojos de los mozos, intenté seguir mi camino. Pero uno de los muchachos me agarró del brazo.

—¿Dónde va con tanta prisa? —preguntó con sorna el que me había saludado.

—Déjenme marchar, por favor —respondí.

—Podríamos escoltarla. Por aquí hay mucho ladrón, ¿sabe? Los frutos de las huertas andan codiciados.

El resto rieron y el muchacho se me acercó.

—Una dama como usted seguro que lleva un saquillo de monedas con el que pagar nuestros servicios —dijo, acercando tanto mi cara a la suya que pude sentir su aliento agrio en mi rostro.

—No llevo nada —afirmé.

—El vestido es bueno —dijo el que me había sujetado acariciando la manga.

Los otros rieron de nuevo. Los miré, uno por uno. Estaba rodeada, pero aun así, me abalancé sobre el cerco para intentar escapar hasta la barbería. Pero me derribaron. Aterrada, forcejeé y oí cómo se rasgaba una manga mientras me revolvía con furia.

—Yo de vosotros lo dejaría estar —se oyó de pronto una voz tranquila.

Noté que, uno a uno, me soltaban y vi que alzaban las manos.

—Y ahora, apártense poco a poco —dijo la voz.

Obedecieron, cautelosos. Entonces me di cuenta de que el primero que me había soltado tenía la bayoneta de un fusil sobre la nuca.

Me puse en pie, doloridas las muñecas, mientras el hombre decía:

—Muy bien. Y ahora corred.

—¿Y si no? —preguntó el cabecilla, desafiante.

—No consideraré las balas un desperdicio. Sobran maleantes como vosotros.

El primero en huir fue el encañonado. Enseguida le siguieron el resto, con el manco a la cola gritando:

—Cobardes, no me dejéis atrás.

—¿Esta bien, señorita? —me preguntó el hombre.

Asentí, avergonzada. Vestía una casaca azul y roja: el uniforme de la Coronela. Seguro que tenía cosas más importantes que hacer que rescatar a damas por las calles. Pero no parecían reprochármelo sus ojos verdes, que al instante me recordaron a los de la niña de la Oficina de los Barberos.

—Gracias —le dije—. ¿A quién debo tan gran...?

—No hace falta que me lo agradezca, por favor —respondió algo ruborizado—. Si no van a arrimar el hombro, me cuesta entender por qué se quedan en una ciudad que va a ser sitiada en breve. Son carcoma y yo, hijo de carpintero. Sólo cumplía con mi deber. Me llamo Guillem Noguera.

Alargué la mano para estrechársela y él la miró, extrañado, pero al fin respondió y me la tomó.

—Gabriela de Oristrell —dijo—. Y sí, le doy las gracias.

—Su acento es curioso, me recuerda a...

—¡Oh, Dios Santo! ¡Gabriela! —oí de pronto.

Nos volvimos hacia el camino y vimos a Ramón corriendo hacia nosotros.

—¿Estás bien? —preguntó en cuanto nos alcanzó, alargando la mano hacia la manga desgarrada.

—Sí, el señor Noguera me ha salvado de...

—Oh, no soy señor.

—Gracias —dijo Ramón al soldado—. Es culpa mía, me retrasé. No debería haberla dejado salir sola.

—No es muy conveniente, cierto —dijo él.

—Bueno, lo decidí yo.

—Pero ahora no regresará sola a casa, ¿verdad? —preguntó Noguera.

Negué con una sonrisa y él asintió.

—Entonces, si me disculpan. Parece que mi hermano ha tenido un accidente con un martillo. Voy a echar un vistazo.

Nos hizo un saludo marcial de despedida y se volvió hacia la Oficina de los Barberos mientras Ramón y yo enfilamos el camino de vuelta.

—¿Venía a buscarme? —le pregunté, conmovida.

—Sí. Gaspar está haciendo lo mismo en la Ribera. Pero imaginé que pensaría que Álvaro podría estar herido.

—¿No lo contemplaba usted también como una posibilidad?

—No hasta que nos dijeron que no estaba en el palacete y sus padrinos se alarmaron. No se va a rendir, ¿verdad, Gabriela?

—¿Se va a rendir Barcelona?

Las puertas de la ciudad estaban cerradas a cal y canto, al igual que su mente, pero sólo podía dar gracias. A oscuras, tumbado en aquel jergón de detrás de la carpintería, intentaba imaginar, a más de unos tres mil pies alrededor de la muralla, el cerco de trincheras tras las que quedaban las provisiones, las municiones, las tiendas y las hogueras de las fuerzas enviadas por Felipe de Borbón para someter la ciudad. Por toda Barcelona habían corrido las noticias de lo sucedido en Manresa: casas quemadas, murallas demolidas... Sabía cómo olía un cuerpo quemado, casi podía oír los gritos del horror, pero desconocía en qué momento podía haberlos escuchado. No sentía indignación, ni siquiera miedo por si algún día, como era de esperar, empezaban a usar los cañones como había ocurrido en Manresa. No sentía nada. Y se preguntaba cómo podía saber que el tal Felipe se disputaba el trono de España con Carlos de Austria en una larga guerra, pero no tenía ni idea de cuál podía ser su propio nombre, no sabía de sus orígenes, de su procedencia o si, en alguna ocasión, había luchado en alguno de los dos bandos.

Había pasado más de un mes y medio desde que los Noguera lo acogieron. Con el asedio a las puertas, insistieron en que se quedara: «Podría ser nuestro Guillem. No podemos dejarle vagar. Ni siquiera él mismo sabe quién es», dijo Georgina, la madre. Desde entonces, disponía de aquel jergón y comida caliente que pagaba con trabajo. Al principio ayudaba con la sierra a recortar listones y poco más. Luego, Sebastià tuvo aquel accidente, ni un mes atrás. El martillo se desvió con tan mala fortuna que aplastó el dedo meñique de su mano izquierda y, en el Hospital de la Santa Creu, tuvieron que cortar parte del mismo. Entonces su ayuda cobró más importancia, con el mediano de los Noguera explicándole todo con más exasperación que paciencia. Y mientras aprendía a usar el cepillo adecuado para cada madera, se preguntaba por qué trabajar tanto, cada día, si la ciudad iba a quedar cerrada y nada pasaría de las murallas para venderse a ultramar.

Fuera, oyó el sonido de un *flabiol* con un tamboril. Con su alegría, la melodía parecía querer ahuyentar el temor y le trajo la sonrisa de Maragda. Sabía de aquellos instrumentos, los había oído antes, pero ¿cuándo?, ¿cómo? Sentía que la niña era su ancla en aquel mundo, pues convertía su falta de identidad en afecto, le invitaba a descubrirlo todo a través de sus ojos diáfanos, y le hacía olvidar aquel peso en el pecho que se le instalaba siempre que caía en la cuenta de su pérdida de memoria. Dejó que la música le meciera mientras sus ojos caían más pesados a cada parpadeo, hasta que la melodía se cruzó con otra, procedente de algún lugar recóndito que confundía sueño, recuerdo y realidad. Y entonces, los ojos verdes de Maragda se transformaron en otros, cobrizos, los de aquella muchacha de largo cuello, descalza sobre la yerba fresca, con aquella flauta de arcilla tan extraña. Un incendio la amenazaba, detrás, pero ella parecía no darse cuenta y sólo le hacía un gesto para que se acercara. Él quería advertirle, pero no sabía su nombre, no le salían palabras. La angustia lo estrangulaba. Hasta que despertó, sudoroso, sobre el jergón.

El *flabiol* había callado. Se puso en pie, ya acostumbrado a las angustias que le sacudían por las noches. Salió a la huerta y se refrescó con el agua que Maragda le había dejado allí, en un cubo. La noche era estrellada, sin luna. Estaba perdido y, a la vez, tenía un hogar. ¿Cómo podía ser? Angustiado, entró a la carpintería. No podía tumbarse de nuevo en el jergón. Encendió una vela y volvió a la huerta. Entró en el trastero, donde sachos y palas descansaban junto a muebles desvencijados cuya madera aprovechaban en el taller. En un rincón de una estantería, una caja de color oscuro y forma alargada llamó su atención. Al acercarse, notó que le temblaban las manos. La abrió y, asombrado por su falta de sorpresa, el contenido cobró sentido a sus ojos. «¿Cómo?» Por primera vez en aquellos meses, le dio igual la falta de respuesta. Fue más fuerte la impresión, la alegría que le despertó de pronto aquel clavicordio. No pudo resistirse y, a pesar del silencio de la noche, tocó una tecla, luego dos. ¿Sabía tocar? No, los dedos que veía deslizarse eran femeninos. Y aun así, intentó encadenar unos acordes.

—¡Vaya! —exclamó en un susurro una voz detrás de él—. A mi padre le hubieras venido bien antes del bloqueo y la guerra, si sabes cómo usar un clavicordio.

—No creo que sepa, pero está desafinado —comentó dando un paso atrás.

—¿Te intimidó, Julià?

Julià, el nombre que recibía en la familia por el mes de julio en el que llegó a ellos, observó a Guillem hijo, el primogénito de los Noguera, vestido con el uniforme de la Coronela al completo, a pesar del calor. Era tan parecido a Maragda, la piel, los ojos, el cabello oscuro y ondulado... Y a la vez, en nada se asemejaban.

—No te esperaba, eso es todo —respondió.

—Hoy me han relevado de la guardia antes y he entrado por la puerta de atrás. —Descargó el fusil que llevaba tras la espalda y se acercó—. Mis padres te han cogido cariño, por no hablar de Maragda. Y si tu plan es hacer daño a la ciudad, les harás daño a ellos. Por eso tengo que mantener también un ojo en esta casa.

—No soy un espía *butifler* —se indignó Julià.

Guillem tocó un par de teclas y dijo:

—Pensé que no sabías quién eras.

—Y no lo sé, por eso no puedo ser espía —insistió Julià—. Además, si lo fuera, ¿qué podría espiar en esta casa?

Guillem sonrió y le dio una palmada en la mejilla.

—Eso espero. —Volvió la vista hacia el clavicordio y cerró la tapa—. Alguien lo trajo para arreglar la caja, pero nunca lo reclamó. Habrá que tirarlo. Tiene carcoma, y en una carpintería la carcoma nos puede arruinar. ¡Una lástima!

En una ciudad rodeada de trincheras, la aparente calma y la tensión contenida parecían darse de la mano, al igual que la rutina de vestirme cada mañana entre la resignación y la esperanza. La falta de noticias acerca de Álvaro era tan inquietante como tranquilizadora, y formaba parte de mí, como el resto de costumbres adquiridas en los últimos meses. Todas ellas para obligarme a mantener la cordura, inmersa en una lucha interior entre fe y duelo, al son de las batallas en la colina de Montjuïc, donde se concentraban la estrategia del Duque de Pópoli para rendir la ciudad.

El pan del día anterior, sumergido en un caldo denso, aún humeaba cuando entré en el comedor solitario. Me costaba desayunar, pero me obligaba, lo mismo que me imponía despertarme cada mañana ante un amanecer otoñal que resultaba sombrío. Cuando ya daba las primeras cucharadas, la madrina entró y dejó sobre la mesa un cuenco intacto con el mismo aroma intenso que el mío. Con los hombros caídos y las arrugas del rostro más marcadas, se sentó y clavó los ojos, hundidos por el cansancio, en el recipiente humeante.

—¿Tampoco lo ha querido hoy? —pregunté.

—Intentaré que luego beba un poco —respondió con melancolía—. Necesita dormir. Si al menos encontráramos a Álvaro...

—¿Y la llegada del barco de Cerdeña no lo ha animado?

—Eso pensé. Pero él no le da tanta importancia: Pópoli sólo cuenta con seis galeras y poco más, lo cual hace ineficiente su bloqueo por mar. Extender la guerra en el resto de Cataluña no está dando los resultados que se esperaba, por lo que en algún momento el *botifler* debería recibir refuerzos para sitiar Barcelona. No podemos tardar otros cuatro meses en tener un barco totalmente cargado. —Eulalia me dirigió una sonrisa amarga—. El problema, querida, es que su mente funciona a la perfección, pero el cuerpo no le responde igual.

—¿Y cuál es el plan?

—Hablar con algunos mercaderes de la ciudad y llenar el barco entre todos. Hemos hecho contactos con el emisario del Emperador.

—Puedo ayudarla a escribir las notas. Si vienen a casa, él podrá...

Eulalia me interrumpió mientras extendía su mano para ponerla sobre la mía:

—Gracias, pero ahora mismo es más difícil de lo que parece. El *Consell de Cent* está dividido, así como las estrategias y las prioridades. Dicen que van a mantener la elección de nuevos *consellers*, y habrá que esperar a ver si entran los que quieren seguir con la estrategia de Villarroel y ganar tiempo con los embajadores enviados a las cortes europeas, si consiguen algo, o los que optan por una defensa menos conservadora. En función de lo que salga, veremos la prisa que hay que darse y qué debemos cargar.

—Con las prioridades podría ayudarnos Ramón, madrina. Él no se rige por un interés político, sino por la necesidad del día a día. Pase lo que pase con el *Consell de Cent*, podríamos adelantar tiempo con ello.

—¿Y no tienes bastante ya con el hospital?

—Sólo voy por las mañanas. Y aunque los días cada vez sean más cortos, las tardes se hacen eternas. Necesito estar ocupada.

—Y lo estás. Te he oído. La viola parece que vuela entre tus manos y con el violín de Ramón...

—Precisamente, madrina, podría aprovechar esos encuentros.

—No sé, Gabriela. Necesitamos un poquito de libertad, y nos la dais cada día con vuestra música.

De pronto, el mayordomo nos interrumpió:

—Disculpe, señora, pero Gaspar de Ferners aguarda abajo. Pregunta por el señor.

—Otra vez —murmuró Eulalia con cierto fastidio. Luego miró al mayordomo y respondió—: Dígame que aún duerme. O mejor, espere, ya hablo yo con él.

Eulalia se puso en pie, me dio un beso en la frente y salió del comedor. Yo aparté definitivamente el cuenco del desayuno, ya frío. Me levanté y salí hacia la escalera de servicio, que daba al patio trasero. Gaspar solía aparecer por casa, casi como antes de la marcha de la corte. Siempre preguntaba por Eusebi y, cuando no podía verlo, yo parecía ser la siguiente de la lista. Pero su caballerosa, e incluso galante, atención a menudo me incomodaba y ello me hacía sentir culpable, pues a pesar de mis recelos por sus sentimientos, había sido correcto, siempre había querido ayudar y me parecía que era injusta con él. Aun así, o por ello, aquella mañana no quería darle la oportunidad de que me escuchara.

Bajé la escalera tan ligera como me permitía el vestido. La conversación con Eulalia me había dejado un regusto amargo. Tocaba, sí, cada tarde, dos veces a la semana con Ramón. Era parte de su plan para no dejarme caer e intentar que volviera a componer. Tras lo sucedido en verano a la salida del Hospital de la Santa Creu, era obvio que no podía andar por ahí sola y, con las tropas ya rodeando la ciudad, podíamos acudir a barberos y recorrer las calles, pero debíamos reducir la búsqueda. Comprendí que Ramón tenía razón, que no podía convertirla en el centro de mi vida o me devoraría. De ahí su plan: «Disciplina, Gabriela, para no decaer. Se lo debe a sí misma, y si no es por usted, hágalo por su hermano y por sus padrinos». Una parte de ello se había convertido en acudir al hospital y, como otras damas, ayudar en alguno de los dos pabellones de mujeres o en la sala de los expósitos, que habían aumentado con el sitio. La otra era retomar la composición. Pero el ave que sentí libre en la catedral de México al descubrir la música hacia mucho que había volado para abandonarme. Ramón insistía en que seguía ahí, pues la música era alimento para el alma. Sostenía que ante el dolor, el ave podía agazaparse hasta que fuera imposible sentirla, y me pedía que la obligara a desplegar las alas de nuevo llevando la música al hospital. Pero ante el dolor o el abandono de aquel lugar, me parecía trivial. Era más práctico dar comida a quien no podía tomarla por sí misma o cambiar los pañales de los bebés que no tenían ama de cría que se los llevara a casa.

Agradecí llegar abajo para sacudirme aquellos pensamientos. Todo el patio trasero se había convertido en una huerta. Arrinconado el carruaje, se habían dado los caballos para uso del ejército y, en su lugar, había algunas gallinas cuyo cloqueo llegaba desde la cuadra. Pensé en los niños abandonados, de dos o tres años, que pululaban por el hospital, acabada ya su necesidad de leche. Eran como las gallinas, encerradas, incapaces de volar y con el paso vedado para que no picotearan la huerta. Me volví hacia atrás y subí las escaleras con la melodía de la canción de cuna en la cabeza. Yo también había sido huérfana, como mi hermano, y aquellas flautas de arcilla fueron nuestro consuelo.

\* \* \*

El olor a mar sobrevolaba la ciudad mezclado con el de pólvora y fuego. A pesar del fresco levante que traspasaba las murallas, el sudor perlaba sus sienes y sentía la camisa pegada al cuerpo. Dos hombres de la Coronela guardaban el carro en el que se amontonaban las sacas de grano a las puertas del Palacio de la Llotja. Le pareció reconocer a uno de ellos, pero este no dio señales de recordarle y, sin decirle nada, siguió cargando las sacas que iban destinadas a la Iglesia bajo el estricto control del cura enviado por el palacio episcopal.

Tenia la espalda dolorida y quizá sus manos, tan cuidadas hasta entonces, no pudieran tomar el violín aquella tarde. «Deberías tocar esta mañana», le había recriminado Valls al borde de una furia inusitada en él. Por eso Ramón agradecía el aire fresco, el sudor y el cansancio. Hasta hacía poco el maestro había tolerado que se marchara de la catedral para ayudar con la parte del reparto de viveres de la Iglesia. Pero las liturgias no cesaban, al contrario, en la situación en que estaban, para el maestro cobraban mayor importancia. Y a la par, él se perdía ensayos y ya no estaba a su lado tanto como Valls requería para elegir las piezas y trabajarlas. Cada vez le costaba más entender que necesitaba ayudar, no sólo al alma como haría a través de la música, sino también al cuerpo que la contenía.

«—Espero que al menos te des cuenta de que abandonas tus obligaciones para con el Señor, Ramón.

«—Me siento llamado a hacerlo desde otro lugar, maestro.

«—¿Seguro, Ramón? Por supuesto, ayudas desde la caridad de nuestra Madre Iglesia, pero ¿es lo que ella te pide? ¿Es lo que ella te ha dado? Otros pueden cargar sacas, distribuir alimento, pero no todos pueden tocar el violín o el órgano. Entra en contradicción con todo el agradecimiento que decías te frenaba a la hora de ordenarte. No logro entender el punto en que estás tú fe, porque me temo que te mueve más la muerte de tu hermano que los mandatos del Señor».

Quizá Valls tuviera razón, o quizás aquel fuera otro camino, una prueba. «¿A quién quiero engañar?», se dijo Ramón mientras soltaba el último saco. La música, de pronto, sólo cobraba sentido con Gabriela. Y necesitaba aquel ejercicio, remover sacos, llevarlos a los hospicios, distribuir raciones... precisamente para no perder el rumbo y poder devolver al Señor todo cuanto le debía. Y lo hacía desde el lugar que le correspondía, el de un servidor de origen humilde. Porque no podía olvidar de dónde había salido. Y allí estaba. Ramón se sacudió la camisa, pegada al cuerpo, y tomó la chaqueta negra que había dejado sobre la rueda del carro. El resto de novicios que colaboraban en aquella tarea estaban dejando cada uno de sus últimos sacos cuando notó una mano sobre su hombro.

—¿Ramón! La señora De Prades me dijo que lo encontraría aquí, pero francamente, no esperaba verlo cargando sacos.

Gaspar de Ferners levantó la mirada por encima de Viñals hacia el interior de la lonja.

—No nos va a faltar comida, ni armas, supongo —añadió.

—Bueno, yo no me encargo de eso —respondió Ramón poniéndose la chaqueta. El sudor le empezaba a helar el cuerpo—. ¿Y qué se le ofrece?

—La verdad es que venía a brindar mi ayuda —dijo. El carro empezó a avanzar y Ramón los miró con un suspiro. Al darse cuenta, Gaspar añadió—: Le acompaño.

Ambos se volvieron y siguieron el carro en dirección a la plaza del Born.

—¿Cómo puede entrar todo eso, a pesar de las galeras de Pópoli? —dijo Gaspar como si pensara en voz alta—. La verdad es que me maravilla.

—Bueno, de momento no es difícil burlar su vigilancia. Supongo que el secreto radica en que las rutas las sepan unos pocos, ¿no?

—¿Los que hacen los envíos?

—Supongo. Quizás a eso le responda mejor Eusebi de Prades.

Ramón miró a De Ferners de soslayo. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué había venido en realidad? Con tantos hilos dorados en la casaca, parecía que aún frecuentaría la corte. Se preguntó si se habría vestido así por si tenía oportunidad de ver a Gabriela aquella mañana, ya que había visitado a los De Prades, pero se resistió a indagar. Después de todo, a él no le incumbía. En cuanto acabara aquello y la supiera definitivamente a salvo, él se alejaría, y De Ferners siempre había sido correcto con ella. Por ello, se limitó a señalar:

—Disculpe, Gaspar, pero no le imagino descargando sacos.

—La verdad es que pensé que, no sé, dada su posición cercana al maestro de capilla de la catedral, su ayuda sería más de supervisión, quizá.

—Si estuviera ordenado, puede. Pero probablemente lo rechazaría, pues hay otros sacerdotes más cualificados y con mayor experiencia, eso seguro.

Gaspar asintió con expresión de decepción y Ramón sintió cierta compasión por él. Desde que se marchara el Virrey, parecía algo desorientado. Se había ganado la confianza de los De Prades por no desfallecer en su búsqueda de Álvaro, e iba a menudo a visitarles ofreciendo también su ayuda para cualquier menester. Pero sabía que entre el círculo que los rodeaba había algunos que se habían sentido abandonados por el Rey, y desconfiaban de Gaspar por su proximidad a una corte huida, como si quedarse no fuera muestra suficiente de lealtad y como si don Carlos no hubiera dejado claro su apoyo desde el principio con el envío de dineros, armamento y suministros. Sin duda, la situación de Gaspar le pareció el reflejo de la tensión y las suspicacias que había entre los círculos que regían la ciudad.

—Quizá su ayuda sea apreciada en el Hospital de la Santa Creu, en los pabellones de hombres —le propuso.

—Ya lo había pensado, pero las veces que he ido por sí apareció Álvaro, me he dado cuenta de que no sirvo para ello. Uno debe conocer sus límites.

Ramón entendió que entre los voluntarios sin fusil tampoco tenía lugar, pues se encargaban de las obras de refuerzo de defensas o, en caso necesario, serían los que se encargarían de los escombros, y eso era como cargar sacos.

—¿Y por qué cree que Eusebi de Prades me podría dar más información sobre los envíos? —preguntó de pronto—. Pensaba que todo procedía del Emperador.

Ramón volvió a repasar el vestuario de De Ferners. ¿Cuánto debía de haber ganado con la corte? Quizás aquella fuera una forma de ayudar con la que, además, podría demostrar su lealtad a aquellos que la pusieran en duda.

—No, claro que no. Todo el que puede contribuye, aunque siempre hay el que hace negocio. Pero no es el caso de los De Prades, claro.

—Esta mañana intenté hablar con Eusebi de nuevo y no pude; cada vez está más delicado.

—Pregunte a la señora Eulalia cómo puede ayudar con los envíos. Pero sea directo, no se ofrezca a la familia, sino a la causa. Quizás ella le dé respuesta.

No era lo mismo. Dejé la viola y miré la flauta que me regalaran mis padres. Ramón había excusado su presencia aquella tarde, sabía que vendría al día siguiente, y aun así me sentía desilusionada. Quizá pudiera compartirlo con la madrina, pues aunque sin saberlo, ella me había convencido. Pero necesitaba explicárselo a él porque, ahora que me había atrevido a dar el paso, me daba cuenta de que Ramón me había pedido durante meses que hiciera lo contrario de lo que él estaba llevando a cabo y, de pronto, tenía por su alma.

En la sala de expositos del Hospital de la Santa Creu estaban los bebés abandonados por la pobreza. Algunos, en el torno de la Casa de la Misericordia o a las puertas del hospital, con la idea de que fueran acogidos, otros simplemente dejados entre harapos escondidos en los matorrales de las huertas, tras alguna fuente o en cualquier rincón para que Dios se los llevara como acto de piedad. La primera vez que entré en aquella sala sentí calambres en el vientre y una indignación que se tornó en rabia contra el Señor: ¿por qué me había arrebatado al mío antes incluso de nacer, cuando era deseado y hubiera sido amado? Aquella rabia fue la que me impulsó a tomar a aquel bebé escualido entre los brazos para apaciguar su llanto. Y desde entonces, por la memoria de mi pequeño no nacido, cada día volvía para ayudar a los vivos y rezar por aquellos cuyas almas nos abandonaban.

Había amas de cría internas, otras externas, a sueldo por meses o por días, y aquellas que daban el pecho por caridad. Los que más suerte tenían conseguían ser amantados fuera del hospital. Y cuando ya no necesitaban la leche, si habían sobrevivido, retornaban para pasar sus primeros años de vida aprendiendo algún oficio si eran niños o preparándose para ser sirvientas en el caso de las niñas. Me costó acercarme a ellos, no sé aún si a su pena, que parecía huir con una caricia, o a aquellas sonrisas añoradas a la vida a pesar de estar en aquella casa de dolor y muerte. ¿Hubiera sido así de valiente y fuerte mi hijo? Ellos me enseñaron que la incluía, a pesar de la dureza, también era un hogar de oportunidad y esperanza.

Por ello aquel día, con las palabras de la madrina en mi mente —«Necesitamos un poquito de libertad, y nos la dais cada día con vuestra música»—, saqué la flauta que me regalaran mis padres, la que había sido más furtiva en México, la que estaba reservada a la intimidad de mis noches solitarias para llamar a mi hermano desaparecido y reconfortarlo allá donde estuviera, y me la llevé a los labios, ante la curiosidad de algunos de los pequeños por el colibrí y sus colores. En cuanto la música fluyó, vi en sus rostros cómo desplegaba su vuelo, juguetón, de flor en flor. Temí por un momento que danzas o gritos se alzarán, sería una molestia para enfermos de otros pabellones. Pero los niños se sentaron, uno a uno a mi alrededor, encandilados, y el padre de la sala me pidió que repitiera a la hora del almuerzo para ver si así se evitaban llantos y trifulcas.

El colibrí era un ave muy pequeña, apenas sin recorrido, nada que ver con la de poderosas alas que una vez había sentido en la catedral de México, y que podía sobrevolar los mares del mundo. Pero volaba, y aún la sentía en la sala de música del palacete, llenando el vacío de mi vientre. ¿Cómo esperar a contárselo a Ramón? Anhelaba ver su rostro, sentir sus manos sobre las mías y la caricia de su voz al pronunciar mi nombre: «Gabriela, cuánto me alegro por usted». Casi podía oírlo, pero no era lo mismo. Y la duda me asaltaba: ¿lo diría alegre o melancólico? Sabía que dedicaba menos tiempo a ayudar a Valls y tenía que, a pesar de haberme insistido durante meses para que llevara a cabo lo de aquel día, él estuviera tomando el camino contrario. Para su talento, para alimentar su alma, no podían bastar unas horas a la semana conmigo. Por eso se había entregado a la música desde niño. ¿Y qué pasaría si se perdía? No podría soportar otra desaparición, no de él, mi pilar, fuerte, entero, duro al enfrentarme a mi realidad, y dulce a la vez por lo mismo, como sus enormes manos sobre el violín.

—Disculpe, señora —me interrumpió el mayordomo de pronto—. El señor De Ferners pregunta por usted.

La imagen de las manos de Ramón se esfumó y apareció el rostro de Eulalia aquella mañana cuando le anunciaron lo mismo.

—Hágalo pasar —respondí—. Y por favor, que traigan algo de moscatel de la reserva.

Era por la tarde, no podía huir y tampoco me apetecía. Gaspar sólo pretendía ayudar y aquel momento quizá fuera oportuno para evitar pensar pues, sin Ramón, aquella tarde el clavecín parecía vencido entre mis manos.

—Señora De Oristrell —saludó con una reverencia—, espero no interrumpirla.

—No, justo había acabado de tocar —respondí al darme cuenta de que miraba los instrumentos—. Tome asiento, por favor.

Él así lo hizo, pero no en la butaca frente a mí, sino en la silla que estaba a mi lado.

—¿Ha mejorado su padriño? Esta mañana intenté verlo, pero descansaba.

—Sí, sí, está mejor. Creo que atendiendo una visita, con la madrina. Espero le disculpe a ambos.

—Por supuesto.

El mayordomo entró y le tendió a Gaspar una única copa con el líquido copado y tostado. Luego salió dejando la puerta abierta tras de sí, mientras De Ferners daba un sorbo mirando hacia el clavecín.

—Curiosa flauta. ¿Es de arcilla?

—Sí —respondí.

La tomé y se la tendí para que la pudiera observar mejor.

—¿Por aquí no se ven cosas así? Somos más de tamboril y *flabiol*. ¡Maravillosa! ¿Traída de la Nueva España?

—Me la regaló mi padre antes de morir. Es un instrumento habitual entre los naturales.

—¡Vaya! Y su señor marido, ¿qué opinaba al respecto?

Aquella pregunta me irritó, no sé si porque implicaba presuponer que Tomás hubiera podido tener algún problema con la flauta o por la tendencia política de su padre que tantas susceptibilidades había levantado a nuestra llegada, cuando aún no estábamos rodeados de las tropas de Felipe de Anjou. Por ello, aunque intenté responder con educación, mi voz sonó dura cuando dije:

—Le agradaba, como toda la música.

—Claro, cómo podía ser de otro modo si se casó con usted, ¿no? Siento haberla incomodado.

—Pensé que ya había quedado claro que con él no hablábamos de política. Incluso no parecía ni interesarle. Y usted mismo me llevó a la corte del príncipe Starhembreg.

—Y por ello reitero mis disculpas —respondió devolviéndome la flauta—. Siento que por suspicacias políticas hemos sido injustos con usted. No está bien obligarla a no hablar de su pasado, es como si la hicieramos renegar porque su suegro o su tío sean *botiflers*.

—¿Mi tío? ¿Qué sabe usted de mi tío? —pregunté sorprendida.

—¿Diego de Oristrell? Que es un mercader muy rico, que también enriquecía estas tierras gracias a Eusebi, y que aportó dinero a la causa de don Felipe.

—Cualquiera que pague impuestos allí lo hace, supongo.

—Lo sé, lo sé. Y son su familia, pero no usted. Por eso quiero que sepa que, conmigo, puede hablar de su vida, de su pasado, con total libertad.

Tendió sus manos hacia las mías, pero las retiró enseguida al oír voces desde el pórtico.

—¿Su madrina?

—Sí —respondí—. Supongo que ahora vendrá y la podrá saludar.

Un caballero con el tricornio ya puesto sobre su peluca cruzó el pórtico hacia las escaleras llevando del brazo a Eulalia. No entraron ni saludaron, sino que lo despidió abajo.

—Creí que estaba fuera —oí que murmuraba Gaspar con los ojos clavados en la puerta.

—¿Cómo dice? ¿Lo conoce?

Me miró y sonrió:

—No, no. ¿Recordará mi ofrecimiento, señora?

Gaspar dejó el palacete frustrado, como demasiado a menudo en los últimos meses, y enfiló la calle Montcada cuando las gentes se recogían con las luces frías del crepúsculo. Le resultaba obvio que Gabriela lo atendía por cortesía y sentía que, además, se había equivocado con ella. ¿O no? Quizá la viuda también sintiera algo por Ramón, quizás estuviera perdiendo el tiempo. Sacudí la cabeza. Jamás. La confianza era cara en los tiempos que corrían y su mejor arma siempre había sido la paciencia. Debía continuar su avance. Lo mejor era optar por seguir el consejo de Ramón, e incluso podría mentarlo delante de ella: debía hablar directamente con Eulalia. Durante aquellos meses, con el marido cada vez más débil, le resultaba obvio que la dama participaba más de lo que cabría esperar en una mujer que, como la propia señora De Prades había dicho tiempo atrás, «nada sabe de política ni guerras». Era ella quien había despedido al Conde Juan Francisco Vermeda y Sauleda. Por mucho que llevara la peluca suelta y el tricornio, lo habría reconocido en cualquier lugar. Pero ¿cuándo había vuelto? Sabía que había abandonado Barcelona con la corte de Isabel Cristina. Quizá le recordara de la misma, aunque tenía sus dudas. «¿Y qué más da?», se dijo con rabia. Había conseguido que se le recibiera en casa de los De Prades con asiduidad y esperanza que, tras la conversación de aquel día, Gabriela cediera un poco. Con ella y la confianza de Ramón el siguiente paso sería definitivo. Y además, le permitiría comprobar hasta qué punto ella se sentía cercana a él. Eso le facilitaría más las cosas. Quería asegurarse de que el hombre de Iglesia le rompiera el corazón. Si él se daba cuenta, quedaría más herido que si, simplemente, Gaspar se la arrebatara. Necesitaria con más urgencia a alguien que le lamiera las heridas y él estaría más limpio a sus ojos para hacerlo. Suspiró. ¿Por qué frustrarse? Mejor tomar una copa para celebrarlo.

El día huía ya y pequeños retales de madera, sobrantes de la carpintería, avivaron el fuego que Georgina había mantenido en brasas para no quemar el puchero en el que las coles se habían cocido con los últimos restos de la corteza de tocino. Maragda agregó un poco de pan duro a cada cuenco que su madre le iba pasando y, aún humeante, se lo sirvió a su padre, a su hermano Sebastià y, poniendo un poquito más, no podía evitarlo, a Julià. Luego su madre y, por último, ella. Sobre la cocina quedaba una buena porción de la hogaza para Guillem y Maragda la troceó antes de sentarse a la mesa.

Cuando por fin estuvo ante su cuenco, le sorprendió la cantidad. Se fijó en el de Julià, a su lado, ya medio vacío, y le lanzó una mirada reprobatoria a la que él respondió con una sonrisa.

—Soy rápido —le susurró el hombre mientras soplabla la comida de la cuchara.

Maragda advirtió que Sebastià los observaba con frialdad y prefirió no decir que se había dado cuenta del cambio. Desde que le cortaran aquel trocito del dedo, su hermano se había vuelto huraño y, aunque no sabía definirlo, la niña sentía los celos del muchacho.

Julià, que también se había dado cuenta de aquella mirada, no veía celos tanto como suspicacia. Sebastià admiraba profundamente a su hermano mayor y se contagiaba de los recelos que, a pesar de los meses transcurridos, este mantenía. Pero no le incomodaban ni le ofendían. Al contrario, los entendía, por cuanto eran una demostración de amor hacia una familia a la que él mismo tanto debía. E iba más allá del cobijo o la comida caliente. La angustia de no saber quién era, gracias al trato afectuoso de Georgina, Guillem padre y, sobre todo, de Maragda, se había apaciguado, pues el desconocimiento se había convertido en parte de su identidad: no era nadie, como cuando llegó, sino Julià. Y Julià sabía que tenía que ser él mismo para eliminar aquellas suspicacias. Por ello, tras tomar la última cucharada del cuenco, preguntó:

—Señor Guillem, ¿cuánta madera se necesitaría para construir una viola da gamba?

El padre rió.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—Maragda me contó que usted antes construía instrumentos de cuerda.

—Sí, pero ya hace muchos años de eso.

—Y no podemos malgastar la madera en esas cosas. Necesitamos los encargos —intervino Sebastià con rabia.

—Lo siento, no quería molestar. Sólo era curiosidad. No sé, creo que hacer instrumentos requiere una precisión...

—¿Estamos en guerra! ¿No te has dado cuenta?

—Sebastià, todos nos damos cuenta —intervino el señor Guillem.

Maragda agradeció la intervención de su padre, aunque no pudo evitar morderse la lengua. No entendía la actitud de Sebastià, y le daba rabia, pues aquel hombre siempre se mostraba agradecido hacia el muchacho por todo cuanto le había enseñado en la carpintería y le obedecía como si fuera padre quien disponía la fiema que le tocaba. A la niña le hubiera gustado decirle cuatro verdades a su hermanito, pero Julià le había pedido que lo dejara estar, y por él era capaz de comerse sus palabras y lo que hiciera falta, siempre que le regalara alguna de aquellas sonrisas o le contara alguna de aquellas fantásticas historias de criaturas con extraños nombres, como los *chaneques*, duendecillos con los pies al revés y sin oreja izquierda que cuidaban de bosques, animales y manantiales. ¿De dónde las sacaba? Ni él mismo lo sabía, y Maragda prefería que fuera así, pues si algún día recordaba quién era, estaba convencida de que lo perdería y la sola idea le entristecía.

—¿Y por qué una viola da gamba? —preguntó Georgina con una sonrisa cálida.

—No sé. Sueño con ella. Son mis manos las que la tocan —Julià se las miró, callosas—, creo.

—Pues eso es bueno. Quizá se trate de tu pasado, que regresa —comentó la mujer.

—Tampoco tenemos tantos encargos —intervino el señor Guillem con un suspiro—. Igual construir una te ayuda a recordar. Sebastià sabe cómo hacerlo. Él fue aprendiz del maestro Massaguer, en la calle de Escudellers.

—Pero padre...

—Padre nada —lo acalló—. Como bien ha dicho Julià, requiere de gran precisión. Y este sitio ha de acabar algún día. Sería bueno que no olvidaras lo que has aprendido, hijo.

\* \* \*

Sonaron las campanadas de todas las iglesias de Barcelona y desde la calle le llegaron algunas carreras de quienes se apresuraban a recogerse. Luego, un silencio denso, como si la ciudad entera aguantara la respiración y, bum, el eco del primer cañonazo, puntual, como cada noche desde hacía menos de un mes. Tumbado en el jergón, aguzó el oído, pero no le llegaron gritos de heridos, sólo más explosiones escupidas desde los baluartes contra las trincheras que bordeaban la ciudad. Desde finales de noviembre, las cosas habían cambiado. Las batallas por la fortaleza de Montjuïc continuaban, pero Rafael Casanova, el nuevo *conseller en cap*, había dado orden como general de la Coronela para que se bombardeara, cada noche, al ejército borbónico que cercaba Barcelona con el fin de desgastarlo. A su vez, había hecho salir al coronel Antoni Desvallés para que sus tropas dificultaran la llegada de suministros al enemigo. El sonido, aunque lejano, le parecía insufrible, una temeridad. Aunque procuraba callarlo, Guillem se había hartado de la actitud conservadora de Villarreal, jefe del ejército catalán, y agradecía lo que para él era el impulso de Casanova. Sin embargo, Julià notó que un ligero temblor recorría su cuerpo. No le parecía tan desacertado ganar tiempo, como había pretendido Villarreal, a la espera de ayuda exterior. ¿Acaso era un cobarde? Quizá, pero sólo una noche, al principio, se había quedado arriba, con toda la familia a la espera, y los ojos nublados de Maragda se le habían hecho insufribles. Al parecer no fue el único, pues al cabo de una semana, los Noguera optaron por retirarse poco antes de las campanadas, cada uno a sufrir, en vela o en pesadillas, por su cuenta, como si con ello pudieran dispersar su miedo. Y Julià lo agradeció.

Los cañonazos parecieron ganar intensidad, y se oían ráfagas de mosquete que volaban de un lado a otro. Según Guillem, en la Coronela todos iban a una. Pero temía que el joven estuviera nublado por sus propios sentimientos. Eran cofrades, no un auténtico ejército. Este había respondido a Villarreal sin fisuras, pero ahora Casanova lo cuestionaba y temía una lucha interna cuyas consecuencias, al final, pagarían las gentes de la calle de la Fustería, las del barrio de la Ribera e incluso las que se habían quedado en los palacetes de la parte rica. Decían que luchaban por sus fueros, por sus leyes... ¿Cómo no se daban cuenta? Sí, era su ciudad, pero ¿qué más daba trabajar y pagar impuestos para un rey u otro? ¿Acaso la vida de los Noguera sería tan diferente con fueros catalanes o castellanos? También los conocía, no sabía su diferencia: ¿era su falta de memoria lo que le impedía comprender o acaso la causa se debía a que probablemente era un extranjero?

Unos pasos en la escalera lo rescataron. Sentía que entrar en aquellos derroteros era peligroso, pues se encadenaban preguntas sin respuesta, y la bendita ignorancia de Julià se convertía en el dolor del desconocido que soñaba con aquella jovencita a la que enseñaba a tocar la viola da gamba entre figurillas de aves extrañas, la misma a la que veía sangrar, de mayor, y languidecía en una cama, más muerta que viva. Con los pasos ya cercanos, se incorporó y dejó que una sonrisa asomara a su rostro. Enseguida le llegó el reflejo parpadeante de la vela, pero al ver quién la portaba, apenas pudo disimular la decepción. No era Maragda, que acudía cada noche a acurrucarse con él para que le contara historias hasta que su hermano mayor aparecía, cansado, polvoriento, pero de una pieza, acabados los bombardeos.

Sebastià dejó la vela en una mesa.

—No sé cómo puedes estar tan tranquilo ahí mientras mi hermano se juega la vida por ti —le recriminó.

—Tranquilo no estoy, como tú tampoco —le respondió, reconfortado por el hecho de que, al menos, aquella vez, fuera directo—. Por eso le pregunté a tu padre acerca de la viola. No por darte más trabajo, sólo por tener algo que hacer por las noches.

—¿Algo que hacer? Si yo tuviera edad y un fusil, no estaría aquí. Mi hermano dice que no es normal. No sólo está la Coronela. Y aunque no seas de aquí, bien hay aragoneses, valencianos, navarros, e incluso alemanes y castellanos luchando contra los *botiflers*. De los ocho regimientos de infantería, sólo la mitad son únicamente catalanes.

—Y sólo hay un fusil en la familia.

—Pero ni siquiera te has hecho voluntario para ayudar en otras tareas.

—¿Te quedarías más tranquilo si me hiciera voluntario? —preguntó.

El muchacho se encará con él:

—¿Sabes lo que creo, Julià? Que eras un señor castellano. ¿Viola da gamba? ¡Un señorito! Luchaste con ellos y ahora estás aquí escondido como una rata.

—¿Y por qué no me he largado ya? Total, no hacen más que entrar y salir desertores de uno y otro lado.

—Porque eres un cobarde incluso para eso.

Julià tomó una sierra. Era como un arco, sólo que en lugar de cuerda, tenía el filo serrado metálico. Lo tensó con un dedo hacia un lado y lo soltó. El sonido de la vibración se intercaló con el eco del fuego de mortero y suspiró:

—Puede ser, Sebastià. Lo peor de mi situación es que puede ser que tengas razón.

El chico lo miró desconcertado.

—¿Por qué lo peor?

—Porque no sé quién fui, pero sí sé que quiero a tu familia. Incluido a ti, aunque me odies.

—No te odio, sólo desconfío —murmuró Sebastià. Luego lo miró—. Anda, deja esa sierra y coge el cepillo. Mi padre me ha dicho qué tablero podemos usar. Y hay que trabajar mucho para hacer una viola.

Sus mejillas, a pesar de la flacidez, se veían sonrosadas. Con esfuerzo, se levantó de la butaca para recibirle y observó cómo Eulalia se aferraba al brazo de la suya mientras él se tambaleaba. Pero la esposa no se movió y el caballero se acercó para estrechar la mano de Eusebi.

—Me alegra saber de su colaboración, Gaspar. Eulalia me ha informado. Siento no habérselo podido agradecer antes en persona.

—No se disculpe, por favor. ¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor. El frío se desvaneció y mis pulmones lo agradecen —respondió el hombre sentándose de nuevo con un bufido.

Eulalia le indicó, con un gesto, que él mismo tomara asiento frente a Eusebi. Sólo entonces Gaspar se dio cuenta de que las piernas del hombre se veían muy hinchadas bajo las medias, pero no hizo ningún comentario.

—Su esposa me explicó que el barco ya ha salido de Cerdeña.

—Cierto, y esperamos nuevas hoy mismo, por eso le hemos hecho venir. Así podrá escucharlas.

Gaspar sonrió.

—Se lo agradezco mucho, aunque la mía haya sido una pequeña aportación a la causa.

— Toda colaboración es poca, Gaspar —intervino Eulalia.

—Lo cierto es que me avergüenza no haber recurrido a ustedes antes. Estaba un poco desorientado tras la marcha de la corte, no sabía cómo ayudar. De no ser por Ramón Viñals, jamás se me hubiera ocurrido que la solución estuviera tan cerca. Pensaba que esas cosas las dirigía el mismo Emperador.

—Tampoco se lo pusimos fácil —reconoció Eusebi—. Mi enfermedad me impidió recibirle, y supongo que acudir a mi esposa, no te ofendas, querida...

—Soy una mujer, lo sé —interrumpió ella con una sonrisa—. Y en este caso fácilita la discreción.

—Por eso me siento más tranquilo colaborando económicamente a través de ustedes —confesó Gaspar—. Son mis ahorros y, ante todo, deseo que den un buen servicio. Espías puede haber en todos lados.

Y la labor de Gabriela también contribuye a proteger el barco. Sus listas de provisiones a través del hospital y del obispado, gracias al señor Viñals, me animan. No me malinterpreten, pero después de todo lo sucedido en el *Consell de Cent*...

—No, desde luego. Pero ahora la situación al fin está controlada —dijo Eusebi, aunque con cierto pesar—. La Generalitat ha dado el poder militar a los *consellers* de la ciudad, con lo cual no debería haber más divisiones internas. Villarroel debe limitarse a dar explicaciones a Casanova y punto.

—Ahora sólo falta que llegue el barco —observó Gaspar.

—No creo que haya que preocuparse por ello —comentó Eulalia—. Los *botiflers*, en todo caso, se han hecho fuertes en tierra, no en el mar.

—Lástima de la oportunidad desperdiciada —se lamentó Eusebi—. Si en Barcelona hubiéramos sabido de las revueltas de enero a tiempo...

—Pero no fueron cosa ni del general Moragues, ni del coronel Antoni Desvall, ni del resto de coroneles que combaten en el Principado —comentó Gaspar.

—No, el pueblo se sublevó por los impuestos que pretendía cobrar Felipe en Cataluña. Pero muestra dos cosas: la desafección del Principado y que necesita dinero —dijo Eulalia.

—Se podría haber aprovechado, por lo menos, para romper el bloqueo y agudizar la inestabilidad, ya que fracasamos el año pasado en el intento.

—¿Y qué hubiera pasado, querido? Hay unos cincuenta mil soldados borbónicos en tierras catalanas. Y nosotros, ¿cuántos somos? Rafael tiene buenas intenciones, pero sin refuerzos, los nuestros hubieran caído como moscas. Ya has visto cómo Pópoli ha aplastado los levantamientos. Incluso he oído que en un pueblo del Penedés quemó todas las casas y pasó por la espada a todo el que se encontraba, sin contemplaciones.

—Entonces, señora Eulalia, ¿usted estaba más de acuerdo con la estrategia de Villarroel cuando el mando dependía de él? —preguntó Gaspar con cierta sorpresa, a sabiendas de la amistad que unía a los De Prades con Rafael Casanova, que había conseguido atar al general para ponerlo bajo su mando.

—Razón no le falta —admitió la mujer—. Se necesita ganar tiempo. Sin ayuda externa, es muy difícil ganar.

—Pero la tenemos —intervino Eusebi—. El Emperador no nos ha abandonado.

—Está bien que colabore con provisiones y municiones, pero negocia y no envía tropas —respondió ella con sequedad.

Gaspar vio cómo Eusebi enrojecía, furioso ante las palabras de su mujer, pero no tuvo tiempo de responder, pues el mayordomo les interrumpió.

—Ya ha llegado —dijo sin mentar nombre alguno.

Eusebi asintió y, al momento, el mayordomo cedió el paso a un caballero vestido con una suntuosa casaca escarlata e hilos dorados que hizo que Gaspar se irguiera en el asiento.

—No se levante, señor De Prades —dijo el caballero apresurándose hacia Eusebi.

Le estrechó la mano sin dejar que se pusiera en pie y luego hizo lo mismo con Eulalia.

—Le presento a Gaspar de Ferners —comentó ella señalándolo a continuación—. Ya le he hablé de él. Su dinero permitió completar el barco para que saliera antes.

Gaspar se puso en pie y le estrechó la mano:

—Señor conde Juan Francisco Vermeda, no sabía que había regresado a Barcelona.

—¿Nos conocemos? —preguntó este algo confundido—. Desde luego, me resulta familiar.

—Contrataba músicos para la corte de la reina doña Isabel Cristina.

—Claro, claro —respondió Vermeda—. Me alegra que siga apoyando a nuestra corte tras nuestra marcha.

—¿Sigue al servicio del Emperador? —preguntó Gaspar con expresión confundida.

El hombre sonrió con picardía y se encogió de hombros:

—No se lo diga a nadie. Soy un catalán más en su tierra. ¿Comprende?

Gaspar asintió: era un enviado de Carlos, dedujo que secreto, pues sabía que este buscaba negociar la paz renunciando a Cataluña, pero sin dejar abandonados a los catalanes ante las pretensiones de don Felipe. ¿Cuánto debía de llevar, en verdad, en Barcelona? Tras un intercambio de sonrisas, ambos tomaron asiento mientras Eulalia preguntaba:

—¿Y bien?

—El barco llegó sin problemas a Mallorca y saldrá hoy mismo hacia aquí —respondió Vermeda con cierto tono triunfal—. Está todo dispuesto para que se pueda descargar. Avanzarán desde el Llobregat hacia el puerto. Pero créanme si les digo que...

Un cañonazo interrumpió al Conde y enseguida las campanas dieron el aviso. Primero las de la catedral, seguidas al instante por las de Santa María del Mar, la iglesia del Pi... Un silencio tenso inundó la sala mientras todas las campanas de la ciudad repicaban.

—Qué raro, a esta hora —dijo Eulalia.

—Las salvas no eran nuestras —señaló Eusebi.

El tiempo pareció quedar suspendido en el aire, pero no transcurrió mucho antes de que empezaran los bombardeos: las fuerzas de Felipe atacaban la ciudad.

—¡No puede ser! —exclamó el Conde poniéndose en pie—. Todo este tiempo centrados en la fortaleza de Montjuic y las masías de alrededor de la ciudad y ahora... ¡Es un sinsentido! Disculpen, pero me tengo que marchar con urgencia.

\* \* \*

En la alcoba, las sombras se desdibujaban y el retrato de mis padres languidecía con el ocaso. Sobre el bargeño ante el que me hallaba sentada, la vela parpadeaba indolente y, aun así, su llama crepitaba en mi interior. Tras el primer bombardeo directo a la ciudad, aunque sólo hubiera afectado a las murallas, me di cuenta de que la elegía que vagaba por mi mente no era una lágrima por un difunto, sino una despedida. Y sentía que decía adiós a partes de mí ser, las que se habían llevado a la Nana, a la abuela, a Tomás, a mi hijo nonato e incluso a Álvaro. Y no es que aceptara su muerte, pero a aquellas alturas me resultaba innegable que, aunque algún día lo encontrara, no resucitaría jamás a aquella Gabriela cándida que, con un abrazo de su hermano, podía hallar consuelo ante cualquier desventura. También entendía que no era una parte de mí que hubiera muerto con su desaparición, sino que venía enterrada desde México, pero su ausencia se había convertido en la lápida que lo atestiguaba.

Y más claro lo veía en el hospital. A pesar de los temores de Eulalia y Eusebi, los bombardeos me habían llevado aquellos dos días allí con mayor decisión. Tras meses de acudir, sólo entonces me di cuenta de que siempre había estado buscando a Álvaro, pues cuando menos podía descartar que ingresara herido o enfermo. No es que durante aquellos primeros días de marzo hubiera desaparecido tal idea, al contrario, mi temor iba en aumento. Pero cada bombardeo hacía más evidente que encontrarlo, vivo o muerto, jamás borraría el pavor de los niños a cada estruendo y los gritos de los heridos que llegaban con fuerza suficiente para sentir el dolor. Los pequeños se apiñaban a mi alrededor y permanecíamos unos pegados a otros, mientras yo intentaba que la flauta menguara el estruendo de la guerra. Pero no sé si era la música o el contacto lo que los reconfortaba.

Anoté algunas ideas en un papel: la base de un canto de despedida. ¿Me ayudaría Ramón a expresar mi dolor mediante la música? Jamás antes había tenido una relación así con un hombre. Aun con el amor que me profesó Tomás, e incluso con la calidez y el cariño con el que ahora recordaba el trato del maestro Sumaya, los dos siempre me habían intentado o proteger o educar. Ramón me ayudaba y quería mi bien, como ellos, pero no me trataba como si estuviera un escalón más arriba. Éramos dos personas, dos almas unidas por la música. Y quizá por ello, cada vez más, me tenía que recordar que él no sólo era un hombre, sino también un novicio. Y yo...

Unos golpes en la puerta pugnaron por interrumpir mis apuntes. Los ignoré. Desde que ayudé a la madrina a escribir cartas y notas para abastecer la ciudad, Gaspar de Ferners cada vez buscaba más mi compañía, pero había dado orden de que aquel día no recibiría. Aun así, ante la insistencia, no tuve más remedio que atender al mayordomo. Para mi sorpresa, este anunció a Ramón y me inquieté: no era habitual que viniera a aquellas horas. Dejé la pluma, con la tinta chorreando sobre el papel, y bajé a la sala de música.

En el pórtico crepuscular flotaba una melodía, vibrante y lánguida, de clavecín. Me tranquilizó verlo tocar, pues lo que fuera que le trajo allí, salía con cada nota. Esperé a que acabara, pero en cuanto entré se reavivó mi preocupación por él. No llevaba su habitual peluca, oscura y severa, y su cabello se descubrió lacio, de un castaño cálido que desprendía matices rojizos a la luz de las velas de la lámpara. Vestía de calle, con una hosca casaca parda. Apenas percibí mi presencia, pues permanecía con la mirada fija en el teclado, presa de una extraña expresión.

—Ramón, ¿está usted bien? —pregunté.

Él, de pronto, me miró a mí y a su alrededor, como si sólo entonces se diera cuenta de dónde estaba. Se tocó el cabello y se ruborizó:

—¿Qué pensará de mí? He sido...

—Pienso que necesitaba desahogarse, y me honra que haya venido para ello —le interrumpí mientras me acercaba a él—. Aunque me parece que necesita más el clavecín que mi presencia.

Sus hombros se relajaron.

—No crea eso ni por un instante. Me temo que el clavecín y usted van unidos.

Me senté a su lado y dejé flotar tres alegres acordes como toda respuesta. Sabía que Valls preparaba la Semana Santa apoyado en las *cobles* de las cofradías. En las procesiones, era habitual que las imágenes recorrieran calles al son de tamboril y *flabiol*, *tarota* y gaita. Y aquel año, por el bloqueo y por los recientes bombardeos, cobraban mayor importancia que nunca. En esos momentos no había lugar para Ramón y su violín. Entendía que para él, ahora, la música estuviera en nuestra casa. Pero me abrumaba la razón, pues intuía que su maestro lo castigaba por dar prioridad a otros menesteres. Y no podía por más que estar de acuerdo con Valls. Pues, ¿qué hubiera sido de mí si Ramón no se hubiera esforzado en hacerme entender que la música también era un camino de salvación?

—Ramón, disculpe que me entrometa, pero usted siempre ha hallado la música en la Iglesia.

El sonrió con amargura.

—¿Y si ya no?

—Todo esto acabará algún día. Desde lo que sucedió con la Coronela el mes pasado, no es usted mismo.

—Lo sé. La tenía idealizada, supongo. Jamás imaginé que el inspector del ejército la pudiera utilizar para acabar con Rafael Casanova. Lo que menos necesitamos son divisiones internas, y en los últimos dos meses parece que se suceden.

—Pero al final no pasó nada. El señor Casanova pudo detener a Ramón Rodolat y no llegó la sangre al río. Ahora, el nuevo inspector es leal y la Generalitat ha eliminado toda duda acerca de quién manda.

—Pero me ha hecho plantearme cosas —murmuró—. Me acuerdo tanto de mi hermano... Lo siento, yo no...

Le tomó la mano.

—No lo sienta. Es obvio que es una vergüenza para los caídos que se den pugnans de poder como las que hemos visto. Y para los familiares, entiendo que sea doloroso. Pero Ramón, usted posee un don que los demás no tienen. —Mi mano se desplazó hacia su cabello y le apartó un mechón del rostro, mas al sentir su contacto se apartó, asustada, mientras mi voz decía—: Aplíquese lo que se ha hartado de repetirme. Toquemos.

Me puse en pie, de pronto incapaz de aguantar el calor de su brazo junto al mío, el de su muslo que, sin darme cuenta, había estado rozando durante toda la conversación.

\* \* \*

—Entonces, ¿todo se ha acabado, así, sin más? —preguntó Eulalia, más indignada que sorprendida.

Ambos en el canapé; ella, apoyada sobre su hombro, él la rodeaba con un brazo y notó que su cuerpo se ponía rígido. Eusebi dudó, con la mirada en el fuego de la chimenea. Las noches aún eran frías, y los farolillos que pretendían espantar la oscuridad de las calles y la incertidumbre de sus vidas le entumecían aún más el cuerpo.

—Hoy no ha habido bombardeo —musitó.

—Eusebi, eso no es lo que pregunto —dijo ella deshaciéndose de su abrazo—. Me parece muy bien que a Pópoli le hayan ordenado detener el ataque. Pero ¿la razón? Firmarán ese tratado en Rastatt tanto Francia como el Imperio. ¿Y dónde nos deja a nosotros? Porque al firmar la paz con el abuelo de Felipe de Anjou, es como si don Carlos diera por acabada la guerra. Pero nosotros estamos rodeados por el enemigo.

—Casanova me ha dicho que el Emperador se mantiene como Conde de Barcelona.

—Y corren por ahí rumores de que Pópoli lo niega. Cosa que no me extraña, porque de lo contrario, ¿qué razón hay para que no se retire? Sólo le han ordenado detener el bombardeo. Recuerda al conde Verneda. Seguro que estaba al corriente de las negociaciones, por eso se marchó así en medio de los cañonazos: no era lo acordado.

—Lo sé, lo sé —respondió Eusebi, abrumado—. Pero don Carlos no nos abandonará. Quizá le entregue la plaza, pero no sin respetar los Pactos de Génova.

—Se firmaron con los ingleses, y fueron los primeros en retirarse.

—Tampoco han dejado de negociar por nosotros.

Un sirviente dio un golpe en la puerta y entró con la tisana de tomillo. Eusebi la miró con asco hasta que el mozo le alargó una nota. De Prades la tomó, se la pasó a su esposa, agarró la taza y se obligó a dar un trago amargo. A su lado, Eulalia ahogó una exclamación mientras el sirviente dejaba la sala.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Eusebi al verla con el ceño fruncido.

—Han capturado el barco.

—¿Cómo? —preguntó incrédulo—. Debe ser una equivocación. ¿Con sólo seis galeras?

—Con las seis, todas, esperando.

Eusebi le quitó la nota a su mujer y la leyó por él mismo: «Debían de saber la ruta, pues todas aguardaban. El mismo enemigo se lo comunicó a nuestros hombres cerca del Llobregat, regodeándose con unas salvas».

—Esto te da la razón —dijo Eulalia con resignación—. Pero don Carlos no nos ha abandonado, pues ellos no dan la guerra por acabada.

\* \* \*

Le hubiera gustado confesárselo. La música ya no era suficiente, cuando menos, no en la Iglesia. ¿Por qué había ido en verdad? No era por la necesidad de tocar más que por la de verla. Pero ¿cómo decirselo? Le avergonzaba. Ramón entró en la pequeña celda en la que dormía. Un armario, un jergón y el tenue resplandor de la luna por el ventanuco. Se despojó de sus ropas y las dejó caer al suelo. Desnudo, solo, la vergüenza era aún mayor. Si hubiera hecho caso a Valls, si hubiera dejado de ir a verla, si se hubiera ordenado a pesar de sus dudas... ¿Hubiera sido de otra forma? ¿Se habrían despejado sirviendo al Señor, sin permitirle llegar a aquel extremo?

Gabriela tenía razón. La guerra acabaría algún día. Y si renunciaba a la Iglesia después ya no tendría la música. Y además, ella sería siempre una dama, él el hijo de un campesino. Ordenarse por huir era aún peor que sus dudas iniciales. Y las agravaba, porque hiciera lo que hiciera, sentía que fallaba a la Madre Iglesia, que tanto le había dado. Ni siquiera se atrevía a mirar a Valls a la cara, después de que este le dijera que volviera a su lado una vez ordenado sacerdote. Además, estaba aquello que le quemaba por dentro. Miró el crucifijo que pendía de la pared, sobre la austera cama. Se acercó y lo acarició. Se lo había hecho su difunto hermano con dos trozos de la poda de la vid, la planta que daba el fruto para la sangre de Jesucristo.

Después de saber que querían utilizar la Coronela para derrocar a su propio general, el *conseller en cap*, Ramón sintió que su lealtad a la causa era un insulto a la memoria de su hermano. Cobardía... Y vergüenza que los bombardeos agravaron, porque de pronto pudo comprender con punzante claridad por qué él había dado su vida. Mientras su hermano luchaba en el frente, los sabía a ellos, su familia, seguros, y valía la pena morir por ello. Valls le había dicho que, llegado el momento, oiría la llamada de la fe con claridad. Pero todos aquellos cañonazos, a pesar de que los bombardeos se hubieran detenido aquel día, lo llamaban hacia otro lado. ¿Podía ser el amor una perversa tentación? Acarició la cruz. De pronto comprendió que el Señor no lo abandonaría jamás. Se puso en pie, abrió el armario y sacó el fusil de su hermano. Había una vergüenza que podía acallar. Contra la otra, no podía hacer nada: amaba a Gabriela.

—¿Puede ser cerdo? —preguntó Maragda levantando ligeramente la cabeza.

Julia creía percibir sólo el hedor de las calles, pero la imitó y olfateó.

—Yo sólo huelo a pan recién horneado —respondió—. No creo que queden muchos cerdos en la ciudad.

—Estoy harta de las coles y del pescado en salazón —se lamentó la niña—. Por mi cumpleaños, mis padres siempre conseguían algo de pollo y lo asábamos con un espetón al fuego.

—Huevos, no sé por qué, a mí lo que más me apetece son un par de huevos con ese pan que huelo.

La gallina que los Noguera tenían en el patio había ido a parar a la cazuela.

—Hoy tendrás para el almuerzo, por lo menos, pan reciente, si es que me llega —dijo la niña llevándose la mano al bolsillo del delantal para comprobar que ahí seguía la moneda.

En la plaza del Born, el mercado había amanecido bullicioso, a pesar de los puestos empobrecidos. Fresco sólo había lo que los hortelanos no se quedaban para proveer a sus propias familias. La gente se agolpaba alrededor de las lentejas, y el poco tocino que quedaba en la ciudad se pagaba a precio de oro. Pero en sueños Julià lo había visto con longanizas y pollos y naranjas y especias multicolores. Luego el mercado se le mezclaba con otro, mucho más grande, repleto de intrincadas cerámicas y sedas, y hombres tostados de narices aguileñas, y negros que tornaban en pesadilla el espectáculo al señalarlo y empezar a sangrar cuando sus caras se deformaban, como aplastadas por una lluvia de piedras. El joven se estremeció ante el recuerdo.

—¿Estás bien? —preguntó Maragda.

Él asintió y se dejó tomar la mano por la niña. Sólo entonces notó que la tenía sudorosa y ella comentó:

—No deberías tener miedo. Mi hermano dice que los *botiflers* abrirán fuego, a lo sumo, en mayo.

—No es eso lo que me da miedo, Maragda —musitó.

Ella pareció no oírlo. De pronto se detuvo, dejó caer los hombros y señaló el horno:

—Mira qué cola, será imposible conseguir pan.

—Me quedaré contigo a esperar —le dijo él.

—No, mi hermano se enfiadará. Pensará que te has acobardado. ¡Claro! ¡Como él no se queda en casa sufriendo!

Julia se agachó y le dio un beso en la mejilla.

—Te voy a esperar, y luego te acompañaré a casa. Si nos quedamos sin pan, no quiero que luego alguien te quite la moneda porque te ha visto en la cola. Tu hermano entenderá que cuide de ti, porque él hace lo mismo a su modo.

\* \* \*

Pópoli decía que no, pero era el enemigo, y aquello podía ser un truco. Seguro que don Carlos seguía siendo Conde de Barcelona, pues a pesar de los dos barcos interceptados los dos últimos meses, otro enviado por el Emperador había superado el débil bloqueo de las seis galeras. Y no podía creer que Villarroel o Casanova rindieran la ciudad en mayo, al final del plazo que les habían dado los *botiflers*, insistiendo en que Carlos había dado por perdido el Principado.

El día era claro, y la guardia espesa. Desde el baluarte, al otro lado de las murallas, podía ver una de las galeras rondando la desembocadura del Besòs, por detrás del campamento enemigo, en aquel momento un eco tranquilo, como el propio mar en calma. Pero el nuevo compañero era tan parco en palabras. Le resultaba familiar y, aun así, él había afirmado que no se conocían. Ya no le había arrancado ni una palabra más.

Abajo, la puerta de la muralla se abrió, quejumbrosa. Aguzó la vista, con el fusil preparado. Otros compañeros acudieron para cubrir la zona. Por detrás, oyó el cañón que se preparaba mientras por la puerta salía un grupo de hombres con estacas para reponer las que dificultarían el paso a la caballería enemiga si atacaban. Aquel plazo de Pópoli les venía muy bien para ganar tiempo y reforzar las defensas. Luego... Sacudió la cabeza y se concentró. Su misión no era pensar. Pensar le daba miedo y ¿qué más daba? Si se abría fuego, no alcanzaría al enemigo desde aquella distancia. Se trataba de apoyar a los que estaban abajo, de darles seguridad. Y además, se lo debía a Maragda. Se había encariñado mucho con Julià. Si no fuera una niña, incluso diría que se había enamorado. Y tras los ataques a las murallas de la ciudad, el hombre no dudó en salir para retirar escombros. Debería de haber bastado para disipar sus dudas, si no fuera por la conversación que sabía había tenido con Sebastià. Desde entonces, su hermano pequeño se había mostrado compasivo con aquel nuevo miembro de la familia, y Guillem ansiaba poder hacer lo mismo. ¿En qué le habían convertido aquellos meses? De nadie se podían fiar. Demasiados ejemplos habían tenido, incluso en las filas de la propia Coronela.

No pasaron de gritos e improperios al otro lado, y alguna pedrada inofensiva. ¿Acaso los *botiflers* se reservaban? Guillem volvió a reprimir sus pensamientos. Miró al nuevo, a su lado, rígido, con el fusil apoyado en el muro, dispuesto a disparar. No pertenecía a ninguna cofadía, de eso estaba seguro, aquellas manos no habían trabajado. Pero se necesitaban hombres y, si venían con arma, nadie les iba a decir que no se alistaran.

Se fijó en su cuello, amplio, fuerte. Tenía una pequeña mancha, como piel algo encallecida. Pero Guillem no le preguntó a qué se debía. Tres veces había coincidido con él, y simplemente no hablaba. Hasta ellos subió el ritmo apresurado de los martillos clavando estacas sobre la tierra. No se alejaron mucho, no se pusieron a tiro. Luego, Guillem observó cómo enseguida entraban, pero al no ver a Julià, aquel temor sordo que lo acompañaba desde que sus padres lo acogieran le endureció el rostro. La guarnición se quedó de nuevo en mínimos y le habían ordenado no dejar al nuevo solo. Aun así, no era su primera guardia y, como novato, su atención era mayor que los que llevaban más de ocho meses sirviendo. Por ello, dijo:

—Viñals, cúbreme un momento.

El nuevo asintió y permaneció con el fusil apoyado en el muro. Guillem se colgó el suyo a la espalda y bajó a la base del baluarte. Un murmullo aliviado recorría a los que habían salido, sudorosos como si en lugar de primavera fuera verano. Se escurrió entre ellos, repasando sus caras, pero no lo encontró. Un carro tirado por una mula llegó cargado de ladrillos. Algunos hombres se agolparon para descargar y entonces vio cómo Julià se acercaba, apresurado.

—Lo haces para disimular —le dijo Guillem interponiéndose en su camino—. Mi hermano te dijo que se quedaría más tranquilo si te unías a los voluntarios y pensaste que yo también, ¿no?

—¿Qué dices? —preguntó Julià con desconcertado fastidio.

—Te aseguras no jugarte el cuello. Sabías que saldrían con las estacas y llegas convenientemente tarde.

—Estaba... ¡Ah! Es igual. Estoy ayudando. ¿No es lo que querías?

—No serás de los que cuelgas pasquines *botiflers* por las noches, ¿no? Siempre te pillo despierto.

Julia lo miró con dureza. No estaban en casa, donde era el héroe intocable de la familia. Por ello, lo apartó de un manotazo y pasó por su lado mientras decía:

—No confías porque no te da la gana. Jamás haría nada que perjudicara a tu familia.

Guillem lo agarró del brazo y le obligó a mirarlo.

—Ayúdame —le sorprendió—. De verdad que quiero confiar en ti, Julià. Mi familia te adora. Toma —se desprendió del fusil y se lo tendió—: Sube arriba, haz guardia conmigo y protégela.

Julia miró el arma. A su mente acudió el olor a pólvora y la imagen vaga de aquel hombre tostado, de nariz aguileña, tendido en el suelo, con las tripas en el suelo y una mano con dos dedos. Sintió ganas de vomitar. Sabía su nombre: Damián. ¿Estaba seguro? Negó con la cabeza y se sacudió de Guillem y de sus propias náuseas. Luego se incorporó al grupo que descargaba ladrillos del carro.

Sus poderosas manos se deslizaban sobre el teclado, sutiles y dolidas, y yo, sentada junto al clavecín, no dejaba de imaginarlas empuñando un fusil. ¿Cómo podía sentirse obligado a ello? Había dudado tanto en enseñarle aquellos primeros compases. El brazo eclesiástico no había querido pronunciarse y, al tomar las armas, Ramón sacrificaba el futuro para el que se había preparado. No había sido fácil para él, e incluso se disculpó por ello ante mis padrinos, que tanto le habían apoyado para que llegara, algún día, a ser músico de la catedral o del Palau de la Comptessa. Pero ya no era un novicio y aquella incipiente elegía, ¿podía parecerle una irónica despedida dedicada al hombre de Iglesia que quiso ser? El sol tibio que entraba por la ventana era suficiente para templar la sala e iluminar su rostro. No parecía percibir dolor en aquella pieza, sino paz. ¿Por ello me había decidido a mostrársela? ¿Y por qué me dolía de aquella manera oírlo?

Las puertas de Barcelona no se abrieron cuando finalizó el plazo que había dado Pòpoli para rendir la ciudad tras la firma del Tratado de Rastatt. Y a diferencia de los dos meses anteriores, los cañonazos que castigaban las murallas me hicieron comprender que nunca antes en mi vida había tenido una sensación de miedo como aquella. En el pasado me había obligado a ocultarme, pero en ese momento, incluso sabiéndome atrapada, el miedo era todo lo contrario: un acompañante que me prohibía esconderme. Y todo por él. Me parecía insuñible la idea de perderle. Por eso le enseñé los primeros compases de la elegía. Para que viera que había vuelto a componer, para que sintiera, como él me hizo sentir, que la música también era un instrumento de salvación. Para que volviera a la Iglesia, a la retaguardia, a la promesa de una vida futura. ¡Qué pretenciosa! Con cada acorde del clavecín, al que mi mente, ineludiblemente, acompañaba con las imágenes de mi dolor, sentía que las lágrimas pugnaban por huir de mis ojos. ¿Había conseguido todo lo contrario? Al oírlo, al verlo, comprendía que Ramón ahora estaba más allá de su futuro incierto, pues no aspiraba a él. Aquella paz sólo podía deberse a la aceptación de su propia muerte prematura.

—Pare, por favor —supliqué de pronto.

Él se detuvo, desconcertado.

—Quizás he acelerado un poco el ritmo... —dijo.

No pude evitar una sonrisa amarga.

—¿No le turba? Una elegía, en estas circunstancias...

—Nada me parece más apropiado, Gabriela. Hay que saber decir adiós. Y esta obra... —Se acodó en la parte superior del teclado y me miró—. Sus matices te llevan a un nuevo amanecer. Decimos adiós para continuar, sea en la Tierra o donde el Señor disponga. Y que la esté componiendo usted, ¡Dios! No sabe cuánto me alegra, la fuerza que me da... Siento que estar en las murallas vale la pena.

—No era mi idea —me sinceré—. Sus manos no están hechas para las armas. Y sentirse cobarde por no tomarlas, no sé, quizás es un pecado de soberbia.

—Puede, pero el Señor me juzgará. De momento, yo tengo que vivir en paz con mi alma, Gabriela.

—¿Y qué paz puede hallar en matar? —me irrité.

—Que no entren, que no la toquen...

—No me diga que lo hace por mí, no me diga que arriesga su vida por mi culpa —rogué, con las lágrimas deslizándose ya por mis mejillas.

Bajé el rostro. El se levantó y se acercó. Su mano, áspera, se deslizó hasta mi barbilla y, con delicadeza, me llevó a alzar la cara. Enjuagó mis lágrimas. Su boca se entreabrió, sin mediar palabra, mientras una extraña corriente aceleraba mi corazón. ¿Le amaba? Yo había amado a Tomás, pero no se parecía a aquello. El amor era sosegado y, a través de su mano, Ramón agitaba un torbellino que hacía latir todos los poros de mi piel. Era el miedo, no podía perderle, no otra pérdida más, y mucho menos por mi culpa.

De pronto, se oyó un portazo en el pasillo. Ramón retiró su mano, la miró como si fuera extraña a su cuerpo y se la llevó a los labios, mientras yo acariciaba la trémula calidez que su contacto había dejado en mi rostro. Se aproximaron unos pasos furibundos, acompañados de quedos llantos.

—¿Estabais aquí? —preguntó Eulalia en el quicio de la puerta, intentando recuperar la compostura.

—¿Está bien el padrino? —inquirí a mi vez, alarmada, mientras me ponía en pie.

Ella sacudió la cabeza. Mi mano se deslizó y tomó la de Ramón, con el corazón encogido. Al fin Eulalia asintió:

—Sí, sí. Es que...

Negó con la cabeza, se le cerraron los puños. Ramón me soltó y se acercó a la madrina.

—¿Qué sucede, señora De Prades?

Ella se sentó en una butaca:

—Otro barco, otro... —misitó con los labios prietos por la rabia—. ¿Cómo se lo digo a Eusebi? Justo ahora, que la cosa empeora. No le quise creer, pero tiene que haber un espía.

—Eso no lo dude, los hay por todas partes. Puede ser cualquiera, en el mismo puerto de Mallorca e incluso en Cerdeña.

—La ruta la sabía el capitán antes de partir, nadie más —señalé. Yo misma había redactado la carta.

—Pero los envíos directos del Emperador no han tenido los mismos problemas. Tiene que estar entre nosotros —concluyó Eulalia.

—¿Se refiera a Barcelona o a esta casa? —preguntó Ramón.

—Quizás habrá que interrogar a los últimos que entraron a nuestro servicio —dijo la madrina.

\* \* \*

—Viñals, estate atento, que hoy la cosa se presenta movida —oyó que le gritaba su superior.

—Como cada día —murmuró Guillem a su lado.

Sobre la muralla del antiguo portal de la ciudad, que constituía la parte trasera del baluarte, Ramón dejó de mirar el monasterio de Sant Pere de les Puel·les, se volvió al frente e intentó concentrarse en el otro lado de la zanja, donde se apreciaba movimiento de tropas. Aún le pesaba en los labios el beso que había estado a punto de dar a Gabriela y, en el alma, el deseo, a pesar de las semanas transcurridas desde entonces. Pensaba que era sólo él, pero ambos habían evitado quedarse a solas. Y a pesar de ello, le perseguía la zozobra con mayor intensidad. Dejar la Iglesia le eximía de pecado: podía amar a una mujer. Pero sus sentimientos le parecían desleales a los De Prades e inoportunos para Gabriela, que aún guardaba luto. Y aquella reacción por parte de ella, ¿era porque le correspondía? Una palmada en el hombro lo sacó de sus pensamientos:

—¿Estás bien, Viñals? Pareces ausente y allí hay una carreta con bombas para los cañones —dijo Guillem.

Ramón miró al frente y sólo alcanzó a divisar unos hombres de blanco y alguna carreta.

—Tienes buena vista —comentó.

—No pasarán de las murallas, pero...

—Hay que estar preparados para cualquier cosa.

Ramón observó al enemigo y se recordó a sí mismo por qué estaba allí. Pero aquello lo llevó de las imágenes de la zanja que había a más de tres mil pies al palacete de los De Prades. ¿Estaría segura allí Gabriela? Eulalia estaba tentada de despedir a los dos criados que habían entrado a su servicio poco antes del cerco, y aún le costaba entender por qué su ahijada la había disuadido. Sintió que aumentaba su inquietud y su mano respondió agarrando con mayor fuerza el fusil. «No sería justo, madrina, y menos en una situación así. Debemos actuar con certezas, no con sospechas», había dicho ella. «Demasiado compasiva», pensó Ramón. Y al instante, se mordió el labio inferior. ¿Acaso la misericordia se había quedado enterrada con su noviciado? ¿Era culpa de la guerra o del amor? Sacudió la cabeza para desvanecer la pregunta y se dijo: «Jamás hubiera sido un buen sacerdote».

Un estruendo le hizo volver a la realidad.

—¡Empiezan! —exclamó Guillem.

Una batería de mortero volaba por los aires hacia ellos. El impacto recaería en la muralla, cerca del baluarte, seguro. Instintivamente, Ramón se cubrió la cabeza, aunque sabía que, desde la distancia a la que los atacaban, no le podían alcanzar. Fue un instante, pero le pareció eterno. Al fin oyó el estallido del choque. Y entonces bajó los brazos, alarmado, incrédulo, y miró hacia atrás: el mortero les había sobrevolado y había caído sobre la ciudad. El estruendo de un edificio que se derrumbaba, el polvo y los gritos quedaron atenuados por las campanadas y otra carga más, y otra.

—¡Pero no han salido de la zanja! —gritó Ramón.

—Están utilizando cañones de mayor calibre —respondió Guillem.

Se cubrió ante un nuevo estallido, también movido por el instinto, pues no les tocó.

—¿Y por qué bombardear la ciudad? No tiene sentido, no abrirán una brecha en la muralla, no entrarán...

—Quizás esperan que abramos nosotros —dijo Guillem.

—Pero ¿¡matar a inocentes!? ¡No vale todo!

La rabia se apoderó de Ramón y disparó su fusil hacia el enemigo.

—¡Guarda la munición! —le gritó su compañero—. ¿No ves que desde aquí jamás darás a nadie?

Ramón se sintió impotente, entre estallidos, gritos... ¿Para qué estaba allí si no para actuar? Pasaba el tiempo, su superior había desaparecido, pero aun así debían mantener la posición. Se sintió tentado de tirar el fusil y salir corriendo en busca de Gabriela, de los De Prades. ¿Les habrían alcanzado? ¡Ojalá estuviera en el otro extremo, en el hospital!

De pronto, su superior reapareció con un artillero.

—Vamos fuera, cubriremos la retaguardia, ¡Venga, formad y bajad!

Ramón se puso en pie y siguió al resto de compañeros. Dejaron la muralla y, tras el baluarte, se halló ante dos batallones del ejército de la Generalitat formados. Por detrás, cañones preparados para una salida rápida y los barberos, para auxiliar a los heridos. Aquellos eran a los que tenían que cubrir. Ramón apenas había pasado de un tiroteo sin consecuencias y algún impacto contra la muralla. Nunca había salido y se dio cuenta de que jamás había arriesgado nada, a pesar de sus propósitos. Sintió que la boca se le resacaba y las manos le sudaban. Temió que se le cayera el fusil, temió haberse equivocado.

—Nunca me habían dado tanto calor estas medias —se quejó Guillem.

El sudor perlabo su frente, por debajo del tricornio. Otra batería de mortero impactó contra la ciudad, a sus espaldas, y Ramón supo que no había errado: «Sólo soy humano». Las puertas se abrieron y los batallones se desplegaron entre disparos. La salida se le hizo eterna, le parecía que los cañones y las carretas con la munición apenas avanzaban, pero de pronto se vio fuera de las murallas. Las estacas habían caído pisoteadas por la artillería. Un disparo silbó cerca de él, y tanto Guillem como él y el resto de sus compañeros se agazaparon, al igual que los barberos. Ya estaban suficientemente cerca como para que sus cañones atacaran a las tropas enemigas, y en cuanto empezaron a disparar, todo se convirtió en un caos de humo y polvo y miedo. Ramón no sabía bien qué tenía que hacer, pero Guillem le tiró de la manga y él lo siguió. Entonces se dio cuenta de que los barberos se colaban entre los cañones para acudir a socorrer a los heridos de las filas de infantería. Se alzó para cubrirlos, disparó, unido a su compañero, mientras ante sí se desplegaban uniformes blancos para repeler el ataque. Les sobrevolaba el mortero, les rodeaban las balas, el barbero al que acompañaban se agachaba sobre un herido y, de pronto, aquel dolor. Se miró la chupa. ¿Era aquello sangre? Ladeó la cabeza hacia Guillem y el miedo se convirtió en horror. De pronto, todo se le hizo oscuro.

\* \* \*

Eusebi se encogía a cada explosión. Con algunas, parecía crujir el edificio, e incluso se tambaleaba y arrancaba un lamento a las lámparas. Eulalia había ordenado que las apagaran, y sólo una candela parpadeaba en la sala para espantar la luz gris que entraba por la ventana, de la que permanecíamos alejados. El padrino había dejado que el servicio se marchara con sus familias si así lo deseaban, pero la mayoría permanecía

con nosotros y los habían hecho subir a la planta superior del palacete. Parecía más seguro, pero sabíamos que nos engaÑábamos. ¿Protegíamos entre ellos al espía que nos delataba? Los tres sirvientes que nos habían abandonado eran los mozos más jóvenes, que habían salido dispuestos a ayudar a retirar escombros y socorrer a las gentes. Pero mi mente tenía un sospechoso y no se hallaba entre los que estaban en aquel salón. «Y en caso contrario, ¿qué más da?» , me decía. Ya no representaba una amenaza, no había ningún lugar seguro y compartir el temor era nuestra única tabla de salvación. Todos estábamos en el mismo salón: ellos en butacas, en sillas, en el suelo; nosotros en el canapé, con las manos entrelazadas. No sé si los padrinos me sujetaban para calmarse o para que no me fuera o por las dos cosas. Pero sentía que apretaban mucho, y ya no me pedían que tocara el clavecín o la viola o la flauta para espantar el horror. Los bombardeos lo acallaban todo.

Metódicos, sin apenas tregua, sin importar si daban a una iglesia, a los altos edificios amontonados, sin considerar si aplastaban a niños o a ancianos. Desde hacía tres días, destruían con una rabia ciega. Ya no se trataba de un bloqueo, estábamos sitiados. Y sin noticias de Ramón. Y con la esperanza de hallar a Álvaro vivo saltando en pedazos: «Si se quedó en la ciudad, si no salió...» Sólo quería huir corriendo hacia el hospital, ayudar cuando de verdad se necesitaba, y buscarlos, y sentirme aliviada por no hallarlos entre los heridos.

De pronto, el estruendo se detuvo. Sabíamos que sería por poco rato, pero aun así, un suspiro de alivio recorrió el salón. La cocinera se levantó y miró a sus mozas:

—Hay que comer, a pesar de todo. ¡Vamos! —las azuzó.

Salieron de la sala mientras el mayordomo decía:

—Voy a comprobar que todo esté en su sitio, señor.

—No es necesario —respondió Eusebi.

—Necesitamos cierta normalidad —comentó Eulalia haciéndole una señal de asentimiento al sirviente.

Eusebi rió con amargura.

—Debería ir al hospital —dijo—. Ahora es cuando de verdad...

—No, por favor —suplicó Eusebi—. No quiero perderte a ti también y, ¿cómo llegarás? Las calles son un peligro, te puede caer una bomba encima y...

Le interrumpieron unos golpes en la puerta de abajo. Los que quedábamos en la sala guardamos un silencio tenso. De pronto, oímos pasos por la escalera, acelerados, y Gaspar de Ferners entró en el salón. Su traje de fina hechura estaba polvoriento y, al verlo, sentí que un escalofrío me recorría la espalda.

—Señor De Prades, tienen que salir de aquí —dijo—. Han tomado el Monasterio de los Capuchinos, extramuros. Está demasiado cerca, los bombardeos irán a peor.

¿Cómo sabía aquello si no estaba alistado? Pero las cosas habían cambiado. Quizá recogía escombros, como los demás. Y aun así, me preguntaba por qué su traje no presentaba ni un rasguño.

—¿Y dónde quiere que vayamos?

—Están llevando a las gentes del barrio a la fortaleza de Montjuïc. Vamos, recojan lo esencial.

La madrina miró al servicio que había en la sala.

—Aquí está lo esencial.

Gaspar se volvió hacia ellos.

—No, no. Sólo ustedes tres y quizás el mayordomo. Los demás deben ir a la playa, como el resto del pueblo. ¡Toda Barcelona no cabe en Montjuïc!

—Ni hablar —respondí. No me pondría en sus manos, y menos a los míos, menos solos.

—Señorita Gabriela, vayan —dijo una doncella.

—Iremos todos juntos —aseveré. Luego miré a los padrinos—. Si sólo las familias poderosas van a la fortaleza, debemos ir a la playa con los demás. Si Álvaro estuviera vivo, si...

—¿¡Aún con eso!? —exclamó Gaspar—. Si perece, no podrá buscarlo.

—Pero si trasladan a la gente a la playa es porque también es más seguro que la propia ciudad —intervino Eusebi.

—¿Para su salud? —insistió Gaspar

La madrina me miró, dubitativa, e interpeló a su esposo, que se empeñaba en hacerme caso. Al oírlos discutir, me arrepentí de no haberle dicho nada sobre mis sospechas. ¡Falta de pruebas! ¿Qué más daba? Pero ahora, con De Ferners delante, no podía hablar. Y sin embargo, aquel empeño de Gaspar, tan aparentemente apegado a nuestra familia, incrementaba mi desconfianza. ¿Acaso venía a rescatarnos, o seguía siendo parte de lo que yo sospechaba desde hacía unas semanas? Y es que con el tercer barco interceptado, caí en la cuenta de que sólo habíamos tenido problemas con los envíos en los que él participaba. Y por ello, aquella lejana conversación en la que se ofrecía a hablar de mi pasado no tenía ya el mismo significado.

Pasos de botas, de nuevo, subieron por la escalera y aparecieron dos hombres de la Coronela.

—Señores, disculpen, pero tenemos orden de escoltarlos a Montjuïc antes de que se reanuden los bombardeos.

Nos miramos unos a otros.

—No entiendo por qué dudan tanto —musitó Gaspar.

¿Aquel empeño podía ser fruto de permanecer él mismo donde le convenía? ¿O de verdad simplemente se interesaba por nuestra familia?

—Iremos a la playa —dijo Eusebi—. Estoy muy mayor, jamás llegaría a lo alto de Montjuïc.

—Como ustedes quieran, pero que sea lo antes posible —dijo el hombre de la Coronela.

Los dos hombres se despidieron con un saludo marcial.

—¿Por qué no ha ido con ellos? —pregunté a Gaspar.

—No voy a dejarles.

\* \* \*

No había suficientes jergones y los heridos, más civiles que soldados, yacían por los suelos, quejumbrosos. Había despertado con una venda alrededor del brazo y un intenso dolor de cabeza. Comprobó que no la tenía vendada, pero notó un enorme chichón. Entonces recordó a su compañero, la chupa ensangrentada. Oyó gemir a su derecha. Ladeó la cabeza: era él. Le habían arrancado las ropas para poder atender la herida que le atravesaba la parte derecha del abdomen. Estaba pálido, los labios azulados y, entre delirios afebrados, repetía diferentes nombres, una y otra vez. Se arrepintió de no saber más de él, después de tantas guardias juntos. ¿Y si moría? Se incorporó, ligeramente mareado. Cerró los ojos y, cuando la cabeza dejó de darle vueltas, miró a su alrededor. Médicos, barberos, monjes... todos estaban demasiado ocupados en el desolador paisaje del hospital. Agua, necesitaba encontrarle agua y buscar a la familia de su compañero.

Maragda tomó el hatillo de ropa que su madre le tendió y enfiló las escaleras abajo. Julià había dicho que volvería a dormir, pero la noche había pasado sin su regreso y, ni ayudando a su madre a empaquetar ropa y comida, se le pasaba la angustia. De hecho, ni siquiera se podía creer que de veras se fueran a marchar. Pero al llegar abajo, vio a su padre depositando las herramientas de la carpintería en aquella sábana vieja que cubría su mesa de trabajo y soltó el hatillo con un bufido.

El padre la oyó pero no la miró. Desde la calle le llegaba el sonido del desfile de quienes aprovechaban para refugiarse en la playa antes de que se reiniciara el bombardeo. Repasó a su alrededor, no se dejaba nada, ni un clavo. Envolvió las herramientas con sumo cuidado. Eran lo más valioso que tenía, pero no se lo iba a llevar. Entonces miró a Maragda, sentada sobre el hatillo, mordisqueando una punta de su cabello, y al instante apartó los ojos, incapaz de soportar la reprobación que veía en el rostro de la pequeña. Ella no lo entendía: no podían esperar. Su primogénito no luchaba para que ellos murieran allí atrapados como ratas. Y sin embargo, habían tardado en tomar la decisión, pues Maragda insistía en quedarse hasta saber algo de él, de su paradero: «Si está herido, nos lo vendrán a decir aquí. ¿Cómo nos van a encontrar en la playa?» No había podido hacerle entender que en aquella situación lo prioritario no era informar a las familias.

El señor Noguera salió a la huerta, arrasada por ellos mismos. Habían tomado todo cuanto habían podido, y Sebastià había destrozado las plantas y removido la tierra para disimular el agujero que ahora cavaba.

—Es suficiente, hijo —le dijo poniéndole una mano en el hombro.

Este se detuvo y Guillem padre depositó el hatillo en el agujero. Enterrarlas le parecía la mejor forma de protegerlas si alguien aprovechaba para robar en las casas vacías. No se podían fiar.

—Déjame ir por lo menos al hospital, padre —le dijo de pronto el chico.

—¿No está en el hospital! —gritó como toda respuesta, mientras le quitaba la pala para tapar el agujero.

—Pero Julià ha preguntado, padre, y...

—Lo que ha podido, Sebastià. Ni siquiera ha podido hablar con nadie del sexto batallón. Julià tampoco sale por gusto: tiene un deber.

—¿Y si él también ha resultado herido?

—No nos vamos a separar. Una vez en la playa, veremos.

Desde la carpintería oyeron un grito ahogado de Maragda y padre e hijo se precipitaron a ver quién era: alivio y desasosiego en uno. La chiquilla se había lanzado a los brazos de Julià, quien sudoroso y mugriento, con el torso descubierto, se había agachado para recibirla. Era justo lo que necesitaba: un abrazo de la pequeña, viva, cálida. Dejó caer la camisa que llevaba en una mano, hecha un ovillo, y apretó.

—¿Cuidado, que me haces daño! —se quejó. A regañadientes, él la soltó y ella añadió—: ¿Por qué vas medio desnudo?

—Empieza a hacer calor y hay muchos escombros que retirar.

—¿Por qué no subes a ayudar a tu madre, Maragda, y le dices que ha vuelto Julià? —intervino Guillemal observar los ojos humedecidos del joven. Aquella sería la siguiente pregunta.

La pequeña asintió y salió corriendo escaleras arriba mientras Guillem daba un sobrio abrazo al recién llegado. Sebastià se quedó con la mirada fija en la camisa tirada:

—¿Es sangre? —preguntó con aprehensión.

—No quería que tu hermana se asustara. En la plaza del Pi ha habido una...

Julià se interrumpió y se sentó en el suelo, vencido. El cuerpo exhausto se podía sobrellevar, pero las imágenes de los cadáveres bajo los escombros que retiraba, durante apenas tres días, eran mucho peor que sus pesadillas y sentía agotado el corazón. ¿A qué les llevaba todo aquello? ¿De qué valían fieros y libertad a los que morían?

—Está bien, chico —dijo el señor Noguera dándole una palmada en la espalda—. Sube arriba y Georgina te dará algo de comer antes de salir. Así verás dónde nos instalamos y podrás descansar un poco.

—Eso espero —musitó el joven—. ¿Se sabe algo de Guillem?

El padre negó con la cabeza.

—Entonces, nada de descansar. Comeré algo y saldré a buscarlo. Ya os encontraré en la playa.

\* \* \*

Carretas cargadas. Pies que se arrastraban. Hatillos. Niños con los ojos nublados. Y el olor a orín de las callejas devoradas por el polvo, los cascotes, e incluso algún edificio caído. Cuando al fin llegó a la calle de la Fustería, le pareció estar en otro mundo. Silencio y desierto. Temió haber muerto en verdad en el hospital y que lo que vagara por allí fuera su espectro, condenado sin los últimos sacramentos. Un chaval mancebo salió de una de las casas con un bulto entre las manos. En cuanto lo vio, gritó hacia dentro:

—¿La Coronela!

Y huyó corriendo. De la casa salieron otros chicos que le siguieron. Pero él no estaba allí para aquello. Del orden en la ciudad ya se encargaba la Compañía de la Quietud. Avanzó y se detuvo ante una puerta. Llamó. Las campanas de la catedral repicaron. Nadie. Ya se habían marchado.

\* \* \*

En la ciudad todas las iglesias daban la alarma, preludio de un nuevo bombardeo. Pero él continuó por la calle que le había indicado Maragda en su despedida, después de que ella se enfadara porque no lo acompañara a la playa. Tuvo que confesarle la verdad, qué remedio. Y el beso que le dio en la mejilla bien valía la pena. Nunca antes había atravesado las Ramblas. No había sido de los que trasladaban heridos al Hospital de la Santa Creu. Sólo había levantado piedras con esperanza furiosa cuando creía que podía haber algún superviviente bajo los escombros. Y cuando los hallaba, era peor que la visión de aquellos hombres negros, deformados, de sus pesadillas. Por eso no desfallecía, sólo por eso. Ahora, tras lavarse y ponerse ropa limpia, le dolían las manos en carne viva a pesar de que Georgina se las había vendado con harapos. Corrió a través de aquella avenida reseca y agrietada y bordeó un huerto arrasado mientras los estallidos de horror sobrevolaban de nuevo el cielo para impactar en los abigarrados edificios.

El enorme hospital no tardó en aparecer ante sus ojos. En la pared norte pudo ver gente que aguardaba a entrar por una portezuela, unos con trapos que cubrían alguna herida en la cabeza, otros con brazos rotos, cortes abiertos en las piernas... Todos civiles, ni un soldado. Aun así, examinó rostro a rostro, pero no vio a Guillem y bordeó el muro hasta la puerta principal. Estaba cerrada a cal y canto y la guardaban hombres armados, ante una veintena de personas que se arremolinaban suplicantes.

—No se puede pasar. No podemos dejar entrar a todo el que busca familiares. Dentro están intentando salvarlos —gritaba un monje.

Julià se arrepintió de haberle dicho a Maragda dónde iba. ¿Cómo regresar y contarle que ni siquiera había podido entrar? No podía fiarle, pero... Un carronato tirado por un buey se hizo paso entre la gente. Iba vacío y Julià se estremeció. «¿Para los muertos?» No se dio tiempo a sí mismo a pensar. El portón se abrió. En un impulso, se escurrió debajo del carro y, gateó con el mismo hasta que, de pronto, se vio dentro del patio del hospital. Nadie pareció darse cuenta, aun así, se apartó rápido hacia un lateral y accedió a un amplio pasillo. Enseguida, y a pesar de todo lo visto bajo los escombros, se cubrió la boca y la nariz con la manga. Aquel olor... Sangre, heces, orín, podredumbre... Y lamentos, gritos a lo lejos. Había heridos en el suelo, y pasó examinando cada rostro. Viejos, mozos, chiquillos... Y de pronto, se cruzó con una mirada extraviada que articuló con dificultad:

—Te conozco.

—¿Guillem, gracias a Dios!

\* \* \*

Ramón corrió a la playa para huir del bombardeo. Sabía que debía reincorporarse pero, preguntando entre compañeros de la segunda compañía del sexto batallón, había llegado a la calle de la Fustería. Bien podía hallar a los Noguera entre las gentes de la playa. Se lo debía a Guillem, aunque también debía reincorporarse al servicio. ¿Y Gabriela? Miró hacia lo alto de la montaña, por donde se ponía el sol. A la salida del hospital le habían dicho que las gentes que quedaban en los palacetes habían ido a Montjuïc. Rogó al Señor por que ella estuviera entre ellos y hundió los pies en la arena de la playa, donde los barceloneses estaban acampando mientras las bombas caían dentro de la ciudad.

Aquella noche no había farolillos encendidos en la ciudad. Sólo el resplandor de las bombas iluminaba sus callejas desiertas, mientras en la playa las hogueras se extendían por la arena y las ollas que calentaban despedían una mezcla de olores que se convertían en ecos del hogar abandonado entre las murallas. El miedo abastecía las charlas, entre mantas a cielo raso e improvisados toldos. Algunas criaturas se arrebujaban en los brazos de sus madres, mientras otras correteaban emulando al hermano o al padre que batallaba en la Coronela.

Desprendidos de nuestras lujosas ropas, con palos y cortinas del palacete, los sirvientes que nos acompañaron habían improvisado una tienda para que el padrino quedara resguardado de la brisa marina. Acomodado entre almohadones, Eulalia procuraba mantenerlo abrigado, pues sus pulmones no le permitían estar cerca del fuego. Pero aun así, la humedad entumecía sus manos, sus piernas estaban muy hinchadas y me arrepentí de haberme empeñado en que nos quedáramos en la playa. Además, la presencia de Gaspar de Ferners me inquietaba, a pesar de que su intención era la contraria. Y cada estallido, aunque estuviera alejado, me angustiaba más que en el palacete y me traía el recuerdo de Ramón, del calor de su presencia, de la firmeza de su mano en mi mejilla... ¿Aquel torbellino que él provocaba y yo identificaba como miedo, acaso no me lo hubiera despertado también Tomás si lo hubiera sabido en peligro? ¿Qué hubiera pasado aquella última tarde en que vi a Ramón si no nos hubieran interrumpido? Cada bomba me recordaba que quizá jamás obtendría respuestas, y ya no me contentaba saber si estaría sano y salvo, o empeñarme en creerlo, sino que necesitaba verlo para desterrar aquel dolor que se apoderaba de mi cuerpo con cada fogonazo.

Y entre todo aquello, algunas guitarras buscaban el recuerdo de la gresca, pero ni sus alegres melodías conseguían eliminar la preocupación del rostro de Eulalia, la consternación del de Eusebi ni la resignación del de los sirvientes. ¿Y Gaspar? Prefería no mirarle. Era el único que había venido a la playa con sus lujosas ropas, y se limitaba a jugar con sus pies descalzos en la arena. Parecía que el silencio entre los que estábamos fuera de la tienda alimentaba nuestros temores como los leños que el mayordomo daba a la hoguera e, incapaz de soportarlo más, me puse en pie:

—Necesito caminar un poco —comenté.

—La acompaño —se ofreció De Ferners.

—No irá muy lejos, gracias —respondí, y me alejé.

Agitadas por la brisa húmeda, la playa se veía salpicada de fogatas alrededor de las cuales se arremolinaban las familias, y sólo a lo lejos, de vez en cuando, divisaba algún refugio a base de cañas y sábanas que cobijaba a niños pequeños y ancianos. Me acerqué a la orilla plácida y, cuando pensé que nadie podía oírme, saqué la flauta de mi delantal para reencontrarme con la melodía de esa época lejana en la que fui feliz. Como me pasara en el hospital, pronto aparecieron varios niños, e incluso algún anciano y alguna madre se les sumó. Enlacé una melodía tras otra hasta que, de pronto, oscuridad y silencio invadieron la ciudad.

—Es hora de dormir. Aprovechemos que han parado un rato —comentó un abuelo, que se alzó tomando a un niño en brazos.

Todos se dispersaron excepto una niña. No tendría más de ocho años. Había dejado un candelil a sus pies que tejía sombras sobre su moreno rostro, y entre los brazos llevaba un muñeco tallado en madera. No sé si se quedó prendada del colorido colibrí de la flauta o del sonido, pero no se movió.

—Yo no creo que pueda dormir —se lamentó sentando el muñeco a su lado—. Por lo menos, antes Juliá me ayudaba mientras mi hermano hacía guardia. Usted me recuerda a Juliá.

No quise preguntar quién era, pensando que habría fallecido y mi curiosidad sólo aumentaría su dolor. Conmovida, me acerqué a ella, me senté a su lado y le acaricié la espalda.

—¿Quieres probar tú? —le pregunté tendiéndole la flauta.

La niña negó con la cabeza, tomó el candelil y antes de alejarse musitó:

—Me estarán esperando.

Se levantó un aire frío. Me estremecí y me incorporé para volver a la fogata. Recogí el muñeco, que había quedado olvidado en la arena, cuando vi que su dueña regresaba para buscarlo.

—Gracias —dijo la pequeña. Y añadió—: ¿Volverá mañana?

—No sé dónde estará mañana. Y ahora, a dormir.

—¡Maragda, no molestes a la señora! —nos interrumpió una mujer.

—No me molesta, al contrario —respondí.

—Se lo agradezco, señora, pero debe acompañarme —Y dirigiéndose a ella, añadió—: Ha venido un compañero de tu hermano Guillem, y quiere decirte algo.

—Mamá, ¿me tengo que preocupar? —preguntó de pronto la niña, solemne.

La mujer se arrodilló y la abrazó mientras decía entre llantos:

—No, querida, no, está vivo.

La niña acunó a su madre y me sonrió, sin la pena ya en los ojos. Luego se separaron y la mujer me miró abrumada:

—Disculpe...

—No pasa nada —le dije.

Luego se marcharon de la mano. Se detuvieron a los pocos pasos y la madre saludó a un hombre que, con los brazos cruzados, debía de habernos observado desde el principio. Estaba cerca, pero la oscuridad sólo me dejó distinguir su silueta. Se agachó ante la niña y dijo:

—No hace más que preguntar por ti.

Me dio un vuelco el corazón. Me puse en pie mientras Maragda y su madre se perdían en la playa y me colgué de su cuello para fundirme en un abrazo.

—Cuidado —se lamentó.

Me separé al momento:

—¿Estás bien? ¿Estás herido, Ramón?

Desaseado, con la barba ya espesa sobre sus mejillas, en su sonrisa hallé todas las respuestas a mis preguntas, y aun así, dijo:

—Sólo ha sido un roce, en el brazo. Esperaba que estuvieras en Montjuïc, pero...

No continuó, pues tomé su rostro entre mis manos y me apoderé de sus labios.

\* \* \*

El bombardeo se había detenido cuando Eulalia salió de la tienda. Observó las caras de sus sirvientes alrededor de la hoguera y Gaspar vio cómo la inquietud se reflejaba en su rostro. Entonces se sintió obligado a levantarse para ir en busca de Gabriela, aunque ella había dejado claro que no quería compañía. Pero apenas dio dos pasos cuando, en la penumbra de las hogueras más cercanas a la orilla, la vio abrazada a Ramón y sintió que algo le atenazaba por dentro. Pronto se separaron, pero la punzada de dolor no lo abandonó. Estaban demasiado cerca el uno del otro. «Nada ha salido como tenía planeado», se recriminó con rabia. Debería de haber variado la estrategia en el momento en que él tomó las armas. Sin el sacerdocio de por medio, ¿qué impedía a Gabriela seducirlo? «Pero quizás aún esté a tiempo», se dijo. A él también podía beneficiarle quitarse a la Iglesia de encima, pues, en cuanto todo aquello acabara, podía hacerse el dueño de su futuro como músico y, con ello, de su vida. No dejaría que ninguna mujer se lo arrebatará. Y entonces... Fue ella quien lo besó, pero Ramón no la apartó. Gaspar sintió que el estómago se le revolvía a la par que una mano se posaba en su hombro.

—Lo siento por usted —dijo Eulalia con voz queda.

—¿No le repugna?

—De poco vale el luto en la circunstancia en que nos hallamos, ¿no le parece?

—Él es muy inferior.

—Mire a su alrededor, señor De Ferners. ¿Acaso sobra alguna vida en esta playa?

«Desde luego, la de ella», pensó Gaspar.

\* \* \*

Alrededor de una fogata consumida, cerca, muy cerca unos de otros, los reconoció por la voz de la pequeña:

—Era una flauta de arcilla, padre, de verdad —decía entusiasmada.

Todos rieron hasta que Sebastià lo vio.

—¡Juliá!

Maragda se levantó al oír su nombre y se lanzó a sus brazos.

—Ya sé que lo has encontrado en el hospital —susurró.

Y le dio un beso en la mejilla. Luego lo tomó de la mano y lo acercó a la hoguera, para que se sentara con el resto de la familia.

—¿Cómo está? —preguntó Georgina.

—¿Cómo lo sabéis?

—Ha venido un compañero. Estaban juntos cuando resultó herido —explicó el señor Noguera—. Gracias, sin embargo, por haber ido al hospital. Los chicos nos lo han contado.

Juliá sonrió con amargura y vio los ojos de ansiedad de Georgina, por lo que al fin le respondió:

—Está bien, dentro de la gravedad. Un monje me ha dicho que si le baja la fiebre, todo se arreglará. Sería bueno llevarle algo de comida: caldo. En el hospital hacen lo que pueden, pero hay muchos heridos.

—Puedo ir yo, madre —se ofreció Maragda enseguida.

—Tú no —la atajó Juliá.

—¡No soy una cría! —se rebeló la pequeña.

—Está en un pabellón de hombres. Para entrar, decid el nombre. Está arreglado para que no haya problemas.

—¿Y tú? ¿Ocuparás su lugar en la Coronela? —preguntó Sebastià.

Juliá bajó la cabeza y negó.

—Tu hermano vivirá. Yo no soy quién para ocupar su lugar.

—Juliá tiene una misión y es tan importante como empuñar un arma, hijo —respondió Guillempadre.

—Pero te lo ha pedido, ¿no? —insistió el muchacho.

Por toda respuesta, Juliá miró a Maragda y le preguntó:

—¿Una flauta de arcilla? ¿Cómo es eso posible? ¿Dónde la has visto?

«¿Dónde la he visto? —pensó—. En sueños...»

El palacete volvía a estar en orden tras nuestra obligada ausencia, la tapa del clavecín abierta, yo ante el teclado y la viola de mi hermano mirándome mientras intentaba concentrarme en los acordes de una despedida que, ahora, se me resistía. «Sus matices te llevan a un nuevo amanecer», me había dicho Ramón. ¡Cuánta razón veía ahora en ello! El eco de los bombardeos entre los baluartes de Santa Clara y el Portal Nou llegaba teñido del cambio que presagiaban los refuerzos enviados por el Rey francés, y que ya se apostaban alrededor de toda la muralla. Y en mi interior, también todo había mudado desde aquel primer beso con Ramón. De pronto, más que una jaula, era consciente del muro interior en el que me había encerrado desde niña. Y me daba cuenta de ello porque ahora lo percibía derruido: advertía que a Tomás lo había dejado entrar, pero para llegar a Ramón había tenido que salir de entre sus ruinas, pues sentía que los mismos bombardeos que asediaron a Barcelona en mayo lo habían derribado.

En ningún momento nadie se resignó al destierro en la playa y, como si fuera parte de la lucha, a pesar de las incansables bombas, durante el día la gente volvió a sus trabajos, a los mercados cada vez más precarios, al hormigueo entre callejas. La arena para adormecer nuestras pesadillas, la ciudad para recuperar las riendas de nuestras vidas. Y al fin, regresamos a nuestras casas, sin saber bien si había sido la impotencia de los atacantes, que no habían conseguido que los propios barceloneses abrieran las puertas, lo que acalló las mortíferas bombas o el cambio de mariscal entre sus filas: Pópoli había sido relevado y desde Francia, con los refuerzos, llegó el Duque de Berwik.

Con él, se hizo efectivo un bloqueo marítimo que, a principios de mes, había capturado un convoy de dieciocho embarcaciones enviadas por Carlos de Austria. Ya no me parecía tan importante probar si teníamos un espía entrando y saliendo de nuestro hogar, pues no había sido la causa de aquella captura: la flota de quienes nos sitiaban también había aumentado gracias al Rey de Francia. Menos municiones, más hambre. La delicada salud de Eusebi se resentía, y no por la estancia en la playa o porque ya nos hubiéramos quedado sin comida. La captura de los barcos con aprovisionamiento se debía a la necesidad del *conseller*, que había hecho esperar aquel necesario convoy para que entrara a puerto un barco mercante de su propiedad, lo cual había propiciado que cayeran en manos enemigas. Eusebi sentía que nos había condenado. Postrado en cama, Eulalia le animaba para que no se rindiera aún, para que luchara por su propia vida, para recuperar a Álvaro tras el desenlace de todo aquello, pero él no parecía querer ver el final.

Los cañonazos enmudecieron y, con el silencio, retumbó mi ansiedad. Sabía a Ramón en el Portal Nou y mis propias murallas derruidas ahondaban el vacío que dejaba mi hermano desaparecido. Ahora sólo me tenía a mí misma, sin defensas para enfrentarme al mundo. Pero a la vez me sentía capaz, sin los lastres que yo misma me había creado en mi muralla interior. Me levanté, dejé el teclado atrás y, después de poco más de un año, que me parecía una eternidad, tomé la viola da gamba. Al sujetar el arco, me temblaron ligeramente las manos, pero todo desapareció en cuanto los dedos fluyeron por el mástil y la música emergió. El instrumento, su canto y yo volvíamos a ser uno, el deseo de libertad no era una quimera ni un monstruo amenazador, era la realidad de una melodía ascendente, energética y tenaz, que hacía flotar las grietas de la sala producidas por las bombas, diluyendo cualquier amenaza sólo porque estaba allí, viva y tenía aquella gozosa oportunidad de dejarme llevar.

Al acabar, las paredes volvieron a su sitio y era yo la que flotaba. Con mi mejilla, acaricé el mástil de la viola y sólo entonces percibí un sollozo quedo. Ladeé la cabeza y vi a Ramón apostado en el quicio de la puerta. Las lágrimas, sosegadas, arrastraban la pólvora que tiznaba su rostro. Dejé el instrumento, me acerqué y acallé sus lágrimas con mis besos.

—Jamás te había oído —musité—. Álvaro intentó explicármelo, pero...

Lo hice callar con un abrazo. El sollozo en mi hombro. Al fin, me separé y lo obligué a mirarme.

—La idea no era deprimir a nadie —le dije. Ramón sonrió con amargura y añadió—. ¿Qué ha pasado?

—Tengo mucho miedo, más que antes. Se están acercando.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que antes de masacramos con las bombas, Pópoli intentó tomar Montjuïc para obligar a la rendición de la ciudad. Pero Berwik tiene otra táctica: pretende entrar por la parte levante de la muralla. Y es la más débil, te lo aseguro. Hoy había una trinchera a unos mil seiscientos pies. Villarrol ha hecho salir a las tropas y les ha obligado a parar la obra, pero ¿durante cuánto tiempo lograremos detenerlos? Son muchos, Gabriela, demasiados, y sus trincheras cada vez estarán más cerca. Justo ahora que tú y yo...

—Justo por eso, Ramón —le acaricé la mejilla, áspera por la barba que volvía a salirle—, no nos quedemos aquí lamentándonos.

Le tomé de la mano y subimos a mi habitación.

\* \* \*

El sol veraniego se colaba por el ventanuco, cuyos cristales habían encontrado rotos a su regreso. Menos mal que era verano, e incluso resultaba gratificante la fina brisa que espantaba el sopor reinante en la habitación. Antes de salir a buscar comida al Born, su madre la había dejado a cargo. Y como si fuera un niño, Maragda daba de comer a su hermano mayor. Guillem había regresado a casa con ellos en cuanto la fiebre se esfumó, pero aún estaba muy débil y no podía levantarse del lecho, que por las noches compartía con Sebastià. Ella sabía que estaba mal, pero daba gracias al Señor. Así no podía volver a la Coronela a jugarle la vida. ¡Había tenido tanta suerte! ¿Por qué tentarla más? Sabía que a él le molestaba, quería recuperarse rápido. Decía que no podía abandonar a sus compañeros. «¿Y a su familia?», pensaba Maragda.

Abajo, en la huerta marchita, oyó a Sebastià:

—La guardé aquí. ¿Para qué la necesitas? Ya tienes una.

—No es para mí.

Al oír la voz de Julià, Guillem apartó la mano que Maragda acercaba con comida.

—Dile que suba.

—No —se rebeló la pequeña. Siempre que hablaban, Guillem se alteraba.

—Pues mira que no como, ¿eh?

—¡No seas niño!

—Por favor —le suplicó.

A regañadientes, Maragda dejó el cuenco en la mesilla. No podía resistir aquella mirada de su hermano. Salió de la habitación, bajó corriendo. En la puerta de la carpintería, su padre abrazaba a Sebastià mientras Julià aguardaba con una pala en cada mano.

—Quiere verte —le dijo la niña mientras su padre y su hermano se separaban y se volvían hacia ellos.

El joven suspiró y Maragda supo que se negaría, pues a él tampoco le gustaba que Guillem se alterase. Sin embargo, Sebastià tiró de él y ambos siguieron a la pequeña escaleras arriba.

Del hombre fuerte de la Coronela quedaba un torso demasiado delgado, pero la fuerza de la determinación seguía en sus ojos y ya no había rastro del color amoratado que había asomado a sus labios o alrededor de sus ojos en el hospital. Guillem miró las palas de Julià con desprecio, pero preguntó angustiado:

—Los bombardeos se han concentrado en la muralla de levante. ¿Qué está pasando, Julià?

Este suspiró con alivio, le dio las palas a Sebastià y se acercó con calma. No se lo contaría todo, ¿para qué hablarle de la aproximación del ejército contrario? Se sentó en el borde de la cama.

—Han conseguido abrir brechas en la muralla.

—¿Y para qué necesitas las palas? Seguro que hacen falta hombres que empuñen las armas y las cubran. No entiendo esa manía tuya, ese...

—Tú no has estado recogiendo muertos —lo atajó Julià.

—Pues evítalos, mata tú primero o quizá nos tengas que enterrar a nosotros. Si yo pudiera levantarme...

—Ahora cavarías. La guerra no es sólo disparar, Guillem. Están vaciando un buen espacio entre los baluartes del Portal Nou y Santa Clara. Fuera huertas y casas. Hay que levantar un terraplén y luego coronarlo con una trinchera. Así se podrá frenar a los *botiflers* cuando superen las minas que se están instalando en las brechas. Hasta los de la Coronela cavan, ahora ya no hay diferencia entre tú y yo. Se necesita toda la ayuda posible, toda.

Maragda se llevó una mano a la boca y miró a Sebastià. Ahora que tenía a Guillem a salvo... Él, henchido de orgullo pues por fin podía ayudar de verdad, se acercó a su hermana y le acarició la espalda:

—No nos pasará nada.

Guillem agarró a Julià del brazo y dijo:

—Tráelo si entran... ¡Por Dios, tráelo!

\* \* \*

El palacete había quedado desierto. Todos los sirvientes se habían ido con Ramón, sólo nos acompañaba una mujer delgada y triste en la que no se reconocía a la lozana cocinera que tanto nos había animado con su buen humor. El agua ya había empezado a hervir en la enorme olla y el olor a tomillo impregnó la cocina.

—Ya no nos queda miel —se lamentó.

—No creo que le dé menos asco porque la infusión esté amarga —respondí mientras acababa de pelar una cebolla.

Poco más teníamos para echar a la sopa, pero la comida caliente les reconfortaría cuando volvieran de cavar. Todo el servicio, como gran parte de la ciudad, llevaban días levantando el terraplén, asediados por los morterazos que llegaban desde el convento de los Capuchinos. Ramón tenía razón, no habían tardado en reemprender las obras y las tropas de Berwik habían cavado ya una segunda trinchera paralela a escasos setecientos pies de la muralla, desde donde los cañones la castigaban, a pesar de la respuesta de la ciudad, también a cañonazos. «Y yo aquí atrapada entre cebollas», me recriminaba mientras las echaba en la olla. Bien tenían que comer, pero más que inútil, me sentía impotente. «Hazlo por mí, es por ti que lucho, no me quites la razón», me había suplicado Ramón, pero de poco me servía ya saber que estaría más tranquilo si me quedaba en casa. Yo también tenía un motivo para luchar: quería que su cuerpo desnudo dejara de ser un refugio ocasional y se convirtiera en mi hogar.

El estruendo de las bombas en la muralla se reanudó, una vez más, si es que en verdad había parado antes o sólo mis pensamientos lo habían amortiguado. Removí la olla. Miré a la cocinera, que cortaba el pan. Salí a la huerta, rodeé nuestras precarias esperanzas que afloraban en forma de pequeños brotes, y entré al cuarto de los aperos. La leña en la que habíamos convertido los arcones estaba revuelta, pero rebusqué. Sabía que quedaban al menos un par. Hallé el mango y tiré. La azada salió y volví hacia la cocina.

En la puerta ya aguardaba Gaspar, al lado de la madrina.

—¿Está lista la tisana? —oí preguntar a Eulalia.

La cocinera dejó el pan que estaba cortando y se la tendió mientras decía:

—Espere, señor De Ferners, me falta el pescado en salazón y se lo preparo todo.

Hasta él era más útil que yo, pero se iba a acabar. Y pensar que había temido que fuera un espía. Cada día venía y se arriesgaba para llevarles la comida al terraplén.

—Hoy le acompañaré, Gaspar —dije a sus espaldas.

Se volvieron y Eulalia miró la azada con temor.

—¡No, Gabriela, por Dios!

—La cocinera no me necesitará más en todo el día.

—Pero yo sí, y Eusebi.

—Madrina, lo que necesitamos es acabar con esto. Y cavar, y defendernos y rezar para que llegue comida, porque si no, pronto no tendremos nada para darle al padrino y, entonces, sí que lo perderemos.

—Déjela, señora De Prades —intervino Gaspar—. Tiene razón. Yo estaré con ella, a su lado. Gabriela, ¿no tendrá otro sachó por casualidad?

\* \* \*

Una traca de explosiones y el estruendo de la roca al desprenderse le impulsó a soltar el cubo, se tiró al suelo y se cubrió la cabeza con los brazos.

—Ha sido en la muralla. Vamos, Sebastià, levanta—le dijo Julià tomando el cubo vacío—. Debemos aprovechar la tregua que nos dan desde el convento. Esos sí que caen directos.

Sebastià se puso en pie temblando como una hoja. Sudaba, notaba la piel ardiendo, pero no se veía el sol, entre el humo de los bombardeos y el polvo que levantaban al cavar. Otro estruendo. Julià ni se inmutó. Metía arena en el cubo, al lado de otro ya lleno que aguardaba a Sebastià. Esta vez el muchacho aguantó de pie, como pudo, aunque cerró los ojos por un instante. De buena gana hubiera salido corriendo. Pero ¿cómo mirar luego a Guillem, a sus padres, a su hermana? Tomó el cubo, dejó a Julià atrás y enfiló solo hacia arriba para añadir la tierra a la zona que debían elevar.

Se le clavaba la anilla en la mano, mas no servía de nada emplear la otra, pues estaba igual, malherida, mal vendada por su madre para que aguantara. Pero lo peor era el miedo constante. «Eso es la valentía, tener miedo y seguir», le había dicho Julià. ¿Cómo lo soportaba? Él estaba siempre cavando, estático, en su puesto. Y desde el primer día, al percibir el temblor del muchacho, le había dicho que llevara y trajera cubos: «Así no te darán, porque te mueves. No te pasará nada, tranquilo». Pero no lo podía asegurar. Sebastià había visto a hombres y mujeres alcanzados por el mortero, pero Julià jamás le dejó entrar a casa salpicado de sangre: le hacía quitar la camisa. Y Guillem ya no le insistía para que tomara las armas. ¡Gracias a Dios! Sebastià no lo hubiera soportado. ¡Y pensar que alguna vez creyó a Julià cobarde! ¿Cómo? Su hermano no había visto aquello, siempre en el baluarte, seguro.

Otro estallido, y otro más. Las lágrimas le humedecieron los ojos. Sólo quería volver a casa, entero, y dejar de tener miedo un rato. Pero ¿cómo? Ni dormido podía. Y otra bomba. Cayó cerca, la oyó detrás. Se tiró al suelo, de nuevo. Notó una mano a la espalda.

—¿Estás bien, chico? —le preguntó una mujer.

Sebastià levantó la cabeza. ¡Todo derramado! ¡El cubo, el trabajo de Julià! Empezó a recoger la arena con las manos y su desesperación.

—Espera, que te ayudo. Eres el hermano de Maragda, ¿no?

Él la reconoció. Recordaba la flauta que había seducido a su hermanita y, al ver una azada entre las manos de la mujer, sollozó.

\* \* \*

Gaspar se detuvo y bufó. Miró hacia la brecha de la muralla y murmuró algo. Luego retomó la labor y le pareció que contaba. Seguí llenando el cubo. Ramón estaba cerca del Portal Nou, hacia donde nosotros cavábamos. Debía permanecer donde le habían destinado, como yo, como todos. Y sabía que, por ello, cuando nos reencontráramos, estaría de peor humor. No soportaba saberme allí; en nuestros últimos encuentros nuestros cuerpos se habían entrelazado entre la furia, el miedo y el dolor. Pero aquello era un hormiguero de hombres, mujeres, clérigos e incluso niños. ¿Acaso valían menos sus vidas que las mías? ¿Acaso valía menos la de Ramón? Gaspar se detuvo de nuevo. Tenía las manos llagadas y yo también me paré.

—Llénelo usted ahora —dije.

La madrina, desde el primer día, me había obligado a protegerme las manos con harapos y me puse a cavar. Él miró de nuevo a la muralla, luego metió arena en el cubo mientras murmuraba algo acerca de las minas.

—¿Granada!

Una explosión de mortero y todos nos tumbamos en el suelo, cubriéndonos de la mejor manera posible. El tiro parabólico pasó de largo. Agucé el oído después, no oí la explosión. Pude intuir la zona donde había caído porque la gente se retiraba rápido y al cabo de un poco: ¡bum! Escuché de nuevo, con atención. Nada de gemidos. Aliviada, retomé mi trabajo. Había visto por primera vez la muerte en la hacienda, y ello mató mi infancia, aunque mi vida no corriera peligro. Ahora así era y, sin embargo, después de haber perdido a un marido y a un hijo, después de no saber nada de mi hermano, después de admitir mi amor por Ramón, me habían salido garras. ¡Me aferraría a la vida! ¡Claro que lo haría! Clavé con furia la azada en la tierra.

Gritaron otro aviso. Esta vez fueron varias explosiones. Sentí que Gaspar me empujaba y caí de bruces, sin control. El sacho que De Ferners había dejado en el suelo me rasgó la manga y sentí un dolor en el brazo.

—¿Por qué ha hecho eso? —grité indignada cuando hubieron pasado las ráfagas. Habían explotado en el aire.

—Para protegerla. Parecía distraída.

Lo miré con desprecio y acabé de romper la manga.

—¿Se ha hecho daño? Lo siento. Deje que la ayude.

Tomó la manga y me la ató alrededor de la herida a modo de vendaje.

—¿No se habrá puesto de acuerdo con Ramón? En esas charlas que tienen bajo la parra...

—¿Qué quiere decir?

—Que no pienso volver a casa por esta magulladura.

—Ni yo se lo pediría.

Me tendió la azada y volví a la labor. ¿A qué había venido aquello, entonces? Si había querido protegerme, ¿por qué no me había cubierto con su cuerpo tras tirarme, como hacían otros a nuestro alrededor? De pronto, se oyeron timbales al otro lado de la muralla, y unos violines empezaron a entonar una alegre melodía.

—¡No se detengan, vamos, ahora urge más que nunca! —gritaron desde lo alto del terraplén.

Los oboes pronto se le unieron formando un arco de color melódico que me encogió el corazón. «¿Se burlan?», pensé. Miré a Gaspar extrañada, mientras él tomaba el cubo con una sonrisa.

—Voy a subirlo —dijo.

Y se volvió. Yo seguí cavando, atónita. ¿Cómo podía ser que, a pesar de aquel horror, mi corazón fuera capaz de poner atención a aquella música? ¿Cómo podía ser que estuviera pensando en comentarla con Ramón?

—Por fin te encuentro —oí que resoplaban a mis espaldas.

—¿Qué haces aquí, Ramón?

—Tengo un descanso —respondió recuperando el aliento—, pero poco rato. Debes irte, Gabriela. Regresa a casa.

—¿Por qué?

—La música... Parece que es una costumbre francesa, anuncian el ataque con una orquestina. ¡Te lo suplico, por favor!

Miré hacia lo alto del terraplén y todas mis sospechas se reavivaron: no había rastro de Gaspar de Ferners.

—Pero no será inminente, no han ordenado que nos retiremos —dije.

Ramón se había quedado paralizado. ¿Todas mis reticencias para confesar mis sospechas se centraban en el temor a aquella reacción? Estábamos solos, en aquel gran comedor lleno de polvo, con los ecos del bombardeo sobre la muralla en medio del silencio tenso que yo misma había provocado con mis palabras. Agotado, con la barba cubriendo su fuerte mentón, me miraba atónito. Al fin, negó con la cabeza y dijo:

—Eso es absurdo, Gabriela. No tiene ningún sentido. Después de lo del terraplén, se ha quedado como voluntario, justo en el momento en que más ayuda necesitamos. Ya hay siete brechas en la muralla de levante, hay que hacer barricadas y...

—¿Y no puede ser parte de su estrategia? Antes lo teníamos siempre metido en casa, hasta que conseguí ayudar a los padrinos con los barcos. Y justo las cargas de provisiones en las que participé fueron las que capturaron. Ahora Eusebi guarda cama, no le sirve ni la madrina y, además, nos tienen ahogados por mar. Apenas viene y, ¿dónde está? ¿Qué información necesita realmente el enemigo?

Ramón condujo su dedo para silenciar mis labios y sonrió:

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que no viene por ti, por nosotros? Creo que te pretendía, y sabe que estamos juntos.

—Parte de su plan. Le serví de tapadera.

—Lo siento, Gabriela, pero es descabellado.

Bajé la mirada, buscando en mi mente. Mi conclusión partía de una suma de señales, pequeños detalles, desde su extraña actitud en el terraplén. No lograba explicarme por qué, pero tenía la sensación de que me había tirado con la intención de hacerme más daño del que realmente me había hecho. Y en los días que siguieron antes de que ordenaran la retirada, estaba segura de que lo que contaba eran las minas. Pero aun así había callado por temor a equivocarme. Aunque, cuanto más tiempo pasaba, más me convenía. ¿O era la presión por los bombardeos? No, también eran las visitas de Gaspar, cada vez más espaciadas y fugaces ¿Y el miedo por Ramón? Sí, eso sobre todo. Por ello le había confesado mis temores, todo lo que había observado. Pero no era suficiente. Entonces recordé algo:

—Él me dijo... Sabía que mi tío, Diego de Oristrell, había financiado la causa de Felipe de Anjou.

—Gabriela, si paga impuestos en la Nueva España...

—Eso le dije yo, pero... Creo que me tanteaba. Dime, ¿qué sabes de él realmente, Ramón?

—Que siempre nos ha ayudado, incluso en la búsqueda de Álvaro.

Aquello me dolió. Ya ni siquiera sabía si guardaba esperanzas de hallar a mi hermano algún día. Ramón me dio un suave beso de tacto áspero y me acarició la mejilla.

—El miedo genera demasiados fantasmas. Déjalo. Procura mantener la mente ocupada. ¿Por qué no me enseñas algo más de tu elegía? Toquemos, antes de que me tenga que marchar, por favor.

\* \* \*

Hacia calor, el sudor brillaba en las pieles oscurecidas de sus compañeros. La noche, que ya había caído, escondía el paisaje desolador. Desde la muralla trasera, que cerraba el baluarte del Portal Nou, miraba hacia el vecino de Santa Clara, pero ya no le daba seguridad ni le inspiraba esperanza. Uno de los vértices de la cara norte se había convertido en un amasijo de piedras en ruinas. Se preguntó si desde allí, sus compañeros tenían la misma sombría mirada sobre el Portal Nou, con una brecha en la punta. Miró hacia abajo. La puerta seguía intacta, al igual que el puente que salvaba el desnivel que los protegía. Pero las trincheras del enemigo estaban al lado, de momento acallada su artillería. ¿Cuánto tardarían en volver a empezar?

El silencio le angustiaba más que el constante bombardeo al que habían estado sometidos. Con la tranquilidad, entre los dos baluartes, las dos brechas de la muralla parecían una invitación de brazos abiertos para el enemigo. La más grande debía superar ya los trescientos pies. Y el terraplén de detrás coronado por la trinchera, o las minas en las aberturas de la muralla que sabía estallarían si intentaban entrar, sólo le impulsaban a aferrarse con mayor ansia a su fusil.

¡Y Gabriela pensando en espías! Ramón se limpió el sudor con la manga de la casaca. Si hubiera visto a Gaspar de Ferners aquellos últimos días, reforzando las defensas. Toda la desorientación que padeció al principio del conflicto se había esfumado. Y cierto, no sabía nada acerca de su vida antes de la corte de don Carlos en Barcelona, pero le había demostrado que era un caballero, incluso un amigo que dice verdades a pesar de que estas puedan doler. Bajo la parra del palacete de los De Prades, le había confesado sus pretensiones hacia Gabriela y, al mismo tiempo, le había manifestado que las abandonaba. Y no por ello, después, le había dejado de hacer pensar en el futuro: «Esta guerra acabará, ¿y qué será de la relación y de usted, Ramón? No me gustaría que se llevara un desengaño. Los De Prades son una estirpe noble desde los tiempos del Conde Berenguer. ¿Y usted?»

Los cañones se ajustaban a las troneras, donde había algo de movimiento. Ramón entornó los ojos. Poco le importaba el mañana, sólo tenía presente, y todo valdría la pena si ella salía indemne de aquel asedio. No aspiraba a más, aunque Gaspar no lo entendiera. ¿Cómo podía Gabriela juzgarlo con tanta ligereza? Dejó de pensar en la mujer, vehementemente por angustia, que había acusado a De Ferners para evocar a la que había venido después. Por primera vez había tocado la viola da gamba para él, grácil, sensual, y la melodía se elevó por encima de los pasos de las tropas en el baluarte. Si él hubiera sido el rechazado...

La música se mezcló con timbales que no seguían el compás que bailaba en su cabeza. De pronto, un estallido sacudió el baluarte por completo. Ramón abrió los ojos, la música desapareció. El sonido de cascotes cayendo del muro se mezcló con el bombardeo, las carreras y los gritos. Miró hacia las brechas, intactas.

—¡Están subiendo! Vamos, moveos.

Se puso en pie, siguió a sus compañeros por la muralla hacia el acceso al baluarte. Notaba las manos sudorosas, la boca seca, no entendía nada, excepto la sensación de peligro. Sólo lo comprendió al subir por la rampa del baluarte. Habían derruido un extremo y por las ruinas escalaba el enemigo. El peligro se convirtió en miedo, no por ella, no por su propia vida. Era una tenaza férrea que le retorció las entrañas. Las brechas de la muralla permanecían sin tropas que las traspasaran, pero en el baluarte de Santa Clara se veía una marea ascendente que bramaba.

—¡Dispara, Viñals!

¿Quién había gritado? Le había parecido la voz de Guillem Noguera, pero él no estaba allí. De pronto, alguien se le abalanzó encima. Su fusil cayó al suelo, él rodó. Vio un relámpago de metal, se le venía encima. Desenvainó la bayoneta. Frenó el ataque, le crujió la muñeca, la imagen de las manos de Gabriela sobre el mástil de la viola le cruzó ante los ojos, alzó una pierna que se estrelló en el costado del atacante, este cayó mientras él se ponía en pie de un salto. De pronto, dejó de oír el furor de la batalla, sólo había música, la música de ella en su cabeza. Y aquella pistola que le apuntaba temblando desde el suelo y el terror. ¿Tendría hijos? ¿Un ser amado? No había tiempo para la compasión: era él o el hombre del suelo. Su brazo armado descendió para acabar con el atacante. Recuperó su fusil y se volvió. Disparó. Abrió un boquete en el vientre de un hombre. Recordó la imagen de Guillem Noguera en el hospital, amoratado, sediento y delirante. Pero no había tiempo: algunos ya habían llegado arriba. Se acodó en la muralla y disparó hacia los bultos blancos que ascendían por las ruinas.

\* \* \*

Fusiles, morteros, granadas. El fuego era tan vivo como el sol que, inexorable, se acercaba a su cenit. «Son los guerreros de mis antepasados quienes lo suben con su carro, pues es su dios.» ¿Quién le había contado aquello? Era una mujer de tez rojiza, ojos oscuros y cálidos. La imaginaba acunándolo, casi podía sentirla, y le reconfortaba a pesar de estar allí acurrucado, con la mirada en la trinchera interior que salía del antiguo portal de Sant Daniel, a los pies del perdido baluarte de Santa Clara.

El día anterior habían conseguido expulsar a los *botiflers*, después de que empezaran su ataque con una voladura en el baluarte del Portal Nou. Pero por la noche habían vuelto a atacar, con más hombres y con Santa Clara como claro objetivo. Y ahora, el baluarte era suyo. Estaban allí, entre el fuego de la defensa, rodeado por los fusileros de la torre de Sant Joan y constantes ataques de los cañones del Camalatge y disparos desde la trinchera de Sant Daniel. No avanzaban, pero no se retiraban. Y su mente volaba, de aquella mujer que le contaba historias a un cadáver con la cabeza aplastada. La angustia de no saber quién era, de no saber si alguien le echaría en falta si moría se mezclaba con Maragda y su familia.

Una palmada en su brazo interrumpió sus pensamientos. Desconcertado por unos instantes, miró al barbero. Luego, lo siguió a él y a otro hombre. A pesar de sentir las piernas entumecidas, corrió agachado, de la esquina en que se resguardaban, hasta la trinchera. Saltaron al interior. El barbero sabía dónde iba: un fusilero, herido en el hombro. Taponó la sangre como pudo, con trapos, y Julià y su compañero lo alzaron.

Cubriéndolo, cubriéndose, corrieron hasta quedar de nuevo resguardados del fuego por los edificios.

—Que lo cautericen —indicó el barbero.

Se volvió a refugiarse, hasta la siguiente salida, y la carrera de Julià y su compañero se convirtió en paso ligero, espoleado por los gemidos del herido. ¿Cuándo acabaría aquello? ¿Cuándo? Con el inicio de aquel segundo ataque, no le había costado convencer a Sebastià para que se quedara en su casa y, a pesar de que su única misión era transportar heridos, Guillem hijo le había pedido que tuviera cuidado. ¿Podía ser la última vez que los viera? Apenas pudo probar bocado antes de regresar a los alrededores de Santa Clara, el hambre se le había atragantado después de lo visto durante el día anterior. Y envidiaba el miedo de Sebastià, pues a él sólo le quedaba la resignación que lo mantenía en movimiento, a pesar del cansancio acumulado.

El día anterior había amanecido claro, burlón. La camisa permaneció pegada a su espalda, totalmente sudada, cuando dejó las varas en el suelo con un bufido. ¿Cuántas había llegado a transportar tras el primer ataque? Montones de ellas se apilaban en los alrededores del portal de Sant Daniel, donde ejército y voluntarios se afanaban en unirlos en fajos para reforzar los parapetos de las trincheras. Le ordenaron que entrara a ayudar en el baluarte de Santa Clara para retirar cadáveres. Siguió a sus compañeros hacia el interior y subieron por la rampa. El sol ardiente alumbraba la realidad. La torre de Sant Joan, en el extremo sur del baluarte, estaba medio en ruinas y el ejército reponía parapetos en la parte norte, donde habían hecho construir trincheras. Y a su alrededor, cadáveres, muchos de ellos enemigos, cuyos cuerpos desfigurados volvían a decir que eran seres humanos.

Los *botiflers* habían llegado a ocupar parte del baluarte con el primer ataque, la defensa barcelonesa los había echado, pero no se respiraba aire de victoria en ningún lugar. Desde allí arriba, se había dado cuenta de la gravedad de la situación. Sabía afectado el Portal Nou, que la Coronela había defendido con fructífero ahinco. Pero por primera vez veía la parte derruida del baluarte de Llevant, al otro lado del de Santa Clara, en un marco de mar calma y límpida. Los molinos de viento apenas se movían y, ante ellos, la muralla que estaba entre ambos baluartes presentaba dos brechas. Durante el día ya se presumía la batalla que por la noche se reemprendió en aquel segundo ataque que aún duraba. Ahora no eran varas lo que debía cargar, eran heridos, y aún seguía en ello. Luego tocaría retirar a los muertos, si es que había un después.

A toda prisa, entraron en la basílica de Santa María del Mar. La nave central se había convertido en un hospital para la Coronela. Fueron sorteando heridos hasta llegar al lugar donde una quemadura intentaría salvar la vida de aquel hombre lívido que transportaban, de cuyo cuerpo la sangre manaba sin misericordia. Lo dejaron y se volvió. Quizá ya estuviera muerto. Se apresuró a salir para evitar averiguarlo. Fuera, aspiró con ansia para eliminar el olor a carne quemada y dolor. Pero el aire le sabía a pólvora y muerte. Y se dio cuenta de que era allí, herido tras herido, donde el abrazo de Maragda se había convertido en una bruma tan confusa como las imágenes de la joven que tocaba aquella flauta en sus sueños. ¿Era como la que la niña había visto en la playa? ¿Era la misma mujer? Jamás lo averiguó. No tuvo tiempo. ¿Y por qué le inquietaba tanto, justo en aquel momento? «Vive en un palacete de la calle Montcada, pero no es una criada, no. Es una dama —le había asegurado— y es mi amiga.» Y él, ¿quién era? Ni siquiera un carpintero.

—Vamos, tenemos que volver —le apremió su compañero.

Julià asintió y lo siguió. En el lateral este de la basílica, los cadáveres aguardaban para dejar sitio dentro. ¿Cómo podría soportar todo aquello? Sintió ganas de huir. No lo haría. Pero cerró los ojos y corrió hacia el estruendo. De pronto, alguien lo detuvo y se vio ante un caballero con una vistosa casaca que lo escuchaba.

—¿Le conozco? —preguntó Julià.

Las campanas anunciaron el mediodía. Repicaron timbales, tronaron gritos y disparos: un ataque en masa. Pero ¿de quién? El hombre sacudió la cabeza y se metió por una callejuela.

—¿De pronto corres y ahora te paras? —le preguntó su compañero que acababa de alcanzarlo—. No es momento de charlar, los nuestros van a por todas.

Ambos corrieron hacia la muralla de levante, pero por encima del fragor de la batalla, para Julià sólo flotaba una imagen: la de aquel hombre, mientras él mismo tocaba una viola da gamba y una hermosa muchacha lo miraba sentada frente a un clavecín. ¿Quiénes eran?

Las cortinas de la alcoba cerradas dejaban algún resquicio por el que se colaba la luz crepuscular. Le intentaban ocultar la situación, pero podía sentir los bombardeos diarios consumiendo su propia vida. Languidecía en la cama, en los esfuerzos de Gabriela por animarlo, en la angustia de los ojos de Eulalia. Y en los silencios de ambas cuando preguntaba. Su esposa le traía caldos cada vez más aguados, y ella tenía que el hambre vestida de muerte se lo llevara. Pero Eusebi sabía que la muerte no estaba en la despensa vacía, el huerto desolado o a los pies de la cama. La sentía ya dentro, le carcomía, despacio, le perdonaba a cada respiración. Su ahijada parecía verlo, y se empeñaba en ahuyentar el pesar que vivía en la alcoba con su flauta, y lo conseguía pues, a través de ella, lo llevaba a un mundo de recuerdos felices. Eusebi sentía cada vez más el deseo, la necesidad, de quedarse en ellos, en especial, en aquel en que Eulalia y él danzaban, jóvenes, uñanos, llenos de esperanzas. Justo lo que ya no le quedaba.

Su cuerpo se iba, arrastraba a su alma, pero su mente aún estaba en aquella tierra. Y no quería dejarlas en aquella situación. Sabía que Villarroel había abandonado la dirección del ejército. El mayordomo aún respondía a sus preguntas como si fuera el señor de la casa, y no un viejo moribundo. Todo quedaba en manos de Rafael, el *conseller en cap*, que se mantenía en el cargo aunque había apostado también por la capitulación. Buen hombre, pero no era militar. A pesar de la victoria del Marqués del Poal en Talamanca el mismo día en que expulsaron a los borbónicos de Santa Clara, no tenía ejército suficiente para atacar el cordón de saqueo desde detrás, y deberían haber aceptado cuando Berwik ofreció la paz: él había tenido bajas, pero su ejército seguía superándolos y, para Barcelona, ochocientos muertos, novecientos heridos en la defensa de agosto eran demasiados. El mismo Villarroel lo había dejado porque en la resistencia veía un suicidio, al igual que Casanova. La población, Eulalia, Gabriela, ¿Álvaro? Ojalá hubiera huido, ojalá no lo hallara cuando se reuniera con el Señor en su Reino.

La puerta de la alcoba se entreabrió y una vela entró seguida de un ensombrecido uniforme azul y rojo de la Coronela. Ramón se acercó con sigilo y, sólo entonces, Eusebi se dio cuenta de que los cañones permanecían callados, aunque su cuerpo seguía estremeciéndose como si los bombardeos siguieran azotando aquellas murallas por donde cada día salía el sol, a pesar de todo.

—¿Ha pedido verme? —musitó dejando la vela en la mesilla.

El hombre asintió y se dejó tomar la mano.

—¿Las cuidarás? —le preguntó.

Ramón sintió una inesperada punzada de dolor, pero su mente se reveló incapaz de pensar:

—¿Señor?

—Gabriela no puede volver a México, con su tío, y Álvaro no está. Y Eulalia, sola... La necesita. Sin cabeza de familia en Barcelona, tú eres su única esperanza.

—El cabeza de familia es usted.

Eusebi sonrió.

—Hasta que te llegue el turno.

\* \* \*

Aquel dolor en el pecho pujaba hacia arriba, le comprimía la garganta y sentía los ojos húmedos. Cerró la puerta de la alcoba tras de sí. En el pórtico aún persistía la humedad de las lluvias de los últimos días, pero la noche caía clara. Apagó la vela y, al oír pasos, Ramón se enjugó las lágrimas que rodaban por sus mejillas. ¿Por qué Dios era tan generoso con quien había dejado el seno de su templo? Eusebi buscaba la paz antes de marchar y, en el camino, se la daba a él. Tanto sigilo aquellos tres meses por no disgustarlo y, en verdad, Eusebi y Eulalia lo sabían todo. ¿Y lo aprobaban! Y sin embargo, ¿cómo garantizarle que las cuidaría? El enemigo se había reforzado con ocho batallones más y ellos estaban mermados, ellos y las murallas. Hasta entonces sólo había arriesgado su vida por ella, y no le importaba morir. Pero ahora... Eulalia y Gabriela se aproximaban. ¿Cómo la paz que le daba su aprobación podía a la vez generar aquel miedo a fallar a Eusebi?

\* \* \*

¿Había sucedido ya? Los ojos de Ramón parecían envueltos en una espesa niebla y tenía que, para desvanecerla, tuviera que darnos la noticia que Eulalia se negaba a aceptar.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó ella con ansiedad en cuanto lo alcanzamos.

—Ha pedido que entre usted.

El alivio murmuró a mis oídos: «Aún no».

Eulalia entró en la alcoba de su esposo y yo miré a Ramón:

—¿Se está despidiendo? —logré preguntar, a pesar de la garganta oprimida.

Él asintió.

—Tengo que contarle, hablar...

—Lo sabe, Gabriela —musitó—. Y nos da su bendición.

Me abracé a él, incapaz de contener los sollozos. No sé cuánto tiempo permanecimos así, pero cuando mi cuerpo dejó de temblar, sentí sus besos que se escurrieron por mi cuello.

—Me tengo que ir al baluarte del Portal Nou —susurró.

—No vayas —le supliqué—. Estás demasiado cerca de la brecha, de las minas... Pueden tener más información de la que parece sobre ellas. ¿Y si lo vuelven a intentar?

Él se separó y me miró, sin dejar que sus brazos se desprendieran de mi cintura.

—¿Aún sigues con eso? Es igual, Gabriela, que haya espías. Ahora el peligro está en todas partes. —Me sonrió con amargura. Sus labios se aferraron a los míos y luego añadió—. Te quiero.

\* \* \*

Tomé un pañuelo para la cabeza, como cuando me escapaba de casa de mis tíos, y me asomé a la ventana. No me daba igual. Necesitaba tiempo, un poco más de tiempo para Eusebi, para Eulalia, para nosotros. Y me sentía amenazada con él entrando y saliendo de nuestro hogar. Había venido a casa, como siempre, con su pulcra casaca. Estaba hambriento, pero ¿quién no tenía hambre aquellos días? Mientras comía, hablé acerca de las tareas de refuerzo de las deterioradas defensas, tan castigadas por los últimos bombardeos. Y su charla adivinaba en mi furia y temor, y no dejaba de recordar que en agosto no habían entrado por las brechas, sino que se habían concentrado en los baluartes. Ramón me dijo que era una estrategia lógica, para cubrirse del fuego que podían lanzarles desde lo alto. Pero también podía ser que supieran cuántas minas había en las brechas y optaran por otro camino.

Estaba segura de que Gaspar no se había puesto en riesgo entonces. No se le vio cansado como a los sirvientes que habían ido a ayudar a retirar heridos o a lo que se necesitara. Más que hambrientos, querían dormir para luego volver a ayudar. Ninguno lo había visto. Y en el palacete, de él no hubo ni rastro. Sólo había vuelto a ayudar, o a simular que ayudaba, después de la cruenta batalla, y nunca cuando volaban morteros. El día que tocó la orquestina, luego en agosto... Debía de saber que atacarían. Por ello, ahora que había abandonado la casa, permanecí en la ventana hasta que lo vi bajar hacia la plaza del Born. Luego, me cubrí la cabeza con el pañuelo y salí por la puerta.

Los cañones acallados me parecieron inquietantes, entre los farolillos que alumbraban la calle plácida aquella noche. Agradecí que, por fin, no amenazara lluvia. Él estaba ya por detrás de Santa María del Mar cuando algunos hombres, embarrados, escuálidos, pasaron con palas apoyadas en el hombro, mientras Gaspar, ajeno, insultante con su elegante casaca, giraba a la derecha. Me apresuré para no perderlo. Aquello era una temeridad, quizá no me condujera a nada. Pero la angustia afilada por el temor de saber a Ramón en el baluarte del Portal Nou, con el cerco a sus pies, me impidió volver. Doblé la esquina de la basílica y entonces lo vi parado ante otro hombre que me daba la espalda. Cubierto con un gorro y una gran piedra en una mano. Me pareció que Gaspar miraba hacia mí, por encima del hombro de su acompañante, y me escondí.

\* \* \*

¿Le devolvía aquello a la infancia? Una sombra felina cruzó la calleja encharcada justo en el momento en que se ajustaba el gorro en la cabeza. Cuando logró dar con una piedra, ya se había esfumado y, con el mismo sigilo de la vaga imagen de un niño entre espesos maizales, Julià avanzó. Sentía que había hecho aquello antes, de la misma forma que sintió que, una vez acabada la viola, sabría tocarla. Yo al gato intentando subir a un tejado y le arrojé la piedra, aunque con tan poco acierto que el animalillo retrocedió y dobló una esquina, raudo. Julià se apresuró, imaginando qué diría Guillemhijo de aquello. En el lecho, había sacado fuerzas de algún lugar para una risa muda en cuanto le explicó sus intenciones:

—¿No te daban miedo las armas?

Sebastià dormía a su lado, inquieto, y Guillem lo acarició. La debilidad lo mantenía en un duermevela angustioso, a veces delirante como cuando lo encontró en el hospital, otras lúcido como quien sabe lo que le espera. Sus heridas habían sanado, pero la vida se le escurría.

—Mañana comerás —le había respondido Julià antes de salir con sigilo para no despertar a la familia.

Tomó otra piedra antes de seguir. Los ojos de Maragda, agrandados por la extrema delgadez, se le aparecieron estremecedores cuando dobló la esquina y se descubrió a sí mismo en un lateral de la basílica de Santa María del Mar. No quería pensar en lo que sucedía entre sus paredes. No podía. Corrió hacia el gato y, entonces, chocó con un hombre. De nuevo él. Lo reconoció al instante.

—¿Con eso te defenderás? —le preguntó mirando con desdén su mano.

—Usted me conoce, ¿verdad? Nos vimos antes, en alguna casa, yo tocaba una viola da gamba...

El caballero le interrumpió con una carcajada que resonó en la calleja. Las campanas anunciaron la una de la madrugada.

—Me sorprende que sepa lo que es una viola da gamba. No es lo que se escucha en las tabernas.

Luego tomó la callejuela por la que Julià había salido. A sus espaldas, el gato maulló y lo siguió corriendo hacia el Born.

\* \* \*

No pude evitar un sobresalto al oír su risa seguida de las campanas de la basílica. ¿Tan tarde era? La una. El hombre con la piedra pasó corriendo tras un gato. Me asomé con decisión. No había ni rastro de Gaspar. Pero no había tenido tiempo de recorrer todo el lateral de la basílica. Me metí por la calleja frente a la que se había detenido y lo vi al fondo, con paso ligero, solo.

Luego dobló la esquina, enfiló hacia el Portal del Mar. Todo era extrañamente tranquilo. El baluarte de Migdia parecía dormir, el de Llevant se erigía fantasmal. Entonces se dirigió hacia la playa, hacia

una barca donde un fornido hombre cubierto con un sombrero de ala ancha aguardaba apoyado en un remo. Me acerqué lo más que pude, escondida entre las barcas de pescadores varadas. Al fondo, la flota enemiga amenazaba el puerto.

—Será esta misma noche, entre las cuatro y las cinco. Quieren aprovechar que ha parado la lluvia. En cuanto oiga las salvas, aléjese del barrio de la Ribera y guárdese —oí al hombre, inmutable.

—¿No voy contigo?

—Los barcos no serán más seguros.

—Pero don Felipe ha ordenado saquear la ciudad. Sólo respetarán a mujeres y niños. ¿Acaso se lo parezco?

El hombre sacó una carta de su chupa y se la entregó.

—Esto le protegerá. Es un último esfuerzo, por si acaso. No se puede vender la piel del cordero antes de matarlo. Ya vio lo que pasó en agosto. ¿Seguro que no han repuesto las minas mojadas por la lluvia?

—Si no lo están haciendo ahora mismo...

El hombre asintió y se despidieron con un apretón de manos. Luego empujó la barca y se perdió en la oscuridad. Sólo entonces Gaspar dio una patada furibunda a la arena y se volvió. Me tuve que agachar, rápida.

Sentí un tirón y el pañuelo de mi cabeza voló.

—¡Vaya, vaya! Gabriela ¿No sabe ya cuán peligroso es salir de casa a estas horas?

Me puse en pie. De Ferners, apoyado en la borda de la barca que nos separaba, sonreía con desdén. Mis labios hicieron ademán de responderle que él era el único peligro, y entonces caí en la cuenta de que debía avisar a Ramón. Corrí entre las barcas, los zapatos se perdieron en la arena, tropecé con mi vestido, o quizá con mi angustia al saberme perseguida, y entonces él cayó sobre mí. Me revolví, furiosa, él me inmovilizó. Yo boca abajo, su brazo en mi cabeza, la arena en la boca, De Ferners y su olor dulzón sobre mi cuerpo.

—Debería deshacerme ya de usted. No sabe cuántas ganas tengo —murmuró a mis oídos—. Pero quizá la pueda utilizar por los mismos motivos por los que deseo que salga fuera de mi vida y de la de Ramón. Me acompañará, si no quiere que le pase nada, ¿verdad?

Asentí como pude, desconcertada, medio ahogada: sólo quería respirar. Él retiró el brazo de mi cabeza y la levanté mientras aspiraba el aire. Las campanadas anunciaron las dos. De Ferners se puso en pie y yo me incorporé y lo miré a los ojos.

—Si quisiera ayudar a Ramón, le avisaría del ataque —escupí.

De Ferners se rió y me tendió la mano para que me pusiera en pie.

—Elija, morir ahora o acompañarme y morir salvándole la vida.

La rehusé y me levanté por mí misma. Si me mantenía con vida, siempre podría hacer algo. Miré a mi alrededor, él enseguida me aferró la mano.

—Supongo que lleva siguiéndome desde su casa —me dijo tan cerca que pude sentir su aliento—. Lástima que no se haya podido despedir de Álvaro, ¿verdad? Tan empeñada en seguirme, no se dio ni cuenta de que hablaba con él en Santa María del Mar.

Era una sala lóbrega en la segunda planta de una casona desportillada. Sus dedos tamborileaban sobre el rústico bargueño, iluminados por una única vela casi consumida, cuya cera derretida se había reseca­do, gota a gota, y ocultaba el candelero. Pausadas, melancólicas, sonaron cuatro campanadas.

—Se acaba el tiempo —apremió Gaspar.

No tomó el cálamo que me aguardaba en el tintero. Permaneci inmóvil ante el papel en blanco. Le había dejado hablar, pedir, exigir mientras me conducía, forzada, desde la playa. Pero en mi cabeza sólo se repetía la imagen de aquel hombre cubierto con un gorro. Había pasado ante mí, corriendo tras un gato. ¿Cómo no lo había reconocido si era él? Intentaba ver su rostro, mas no lo lograba. Me aliviaba saberlo vivo, aunque en aquel momento mi vida pendiera de un hilo. ¿Lo volvería a ver? ¿Por qué no había vuelto con nosotros?

—¿No le reconoció? —pensé en voz alta.

—¿Es eso lo que le priva de escribir, su hermanito?

Miré a Gaspar. Severo, esbozó una sonrisa. Y entonces lo supe, lo entendí, llena de dolor.

—Fue usted. Usted provocó su desaparición.

—La idea era matarlo, pero ha funcionado igual. No me dejaron otra salida. Intenté ser bueno, la verdad. Pero no podía dejar que sus padrinos se fueran de la ciudad.

—Nos ha utilizado. Han sido su fuente principal de información —La congoja se tornó rabia en mis labios.

—Y una estupenda tapadera tras la marcha de la corte. Ahora, escriba.

Tomó el cálamo y me lo tendió. Negué con la cabeza. Unas gotas de tinta cayeron sobre el papel.

—Si le ama, no lo castigue como a su hermano o a sus padrinos. Esta guerra ni le va ni le viene. Si se hubieran marchado sólo ustedes dos, les habría puesto a salvo, Ramón no habría tomado las armas y ahora no estaríamos en esta tesitura. ¡Escriba!

—¿Y luego? ¿Me matará a mí y a mis padrinos porque ya no le somos útiles?

Dejó el cálamo en el tintero y se apoyó en el bargueño.

—De los De Prades se encargará don Felipe cuando se apodere de la ciudad. Si viven, o hincan la rodilla o adiós linaje. Pero usted morirá, desde luego, ya se lo dije en la playa. No consentiré que se apodere de su vida. Mire dónde lo ha llevado: a las murallas, a la muerte. Excepto si escribe... Yo le daré mejor futuro a Ramón. Por usted saldrá de su puesto, incluso en medio del ataque. —De pronto, noté que su mano apretaba con fuerza mi hombro—. Escriba que la tienen secuestrada. ¡Ya! ¿O acaso no le ama?

—¡Más que usted, que nos ha vendido! —exclamé en una sacudida para zafarme de su mano.

—¿Venderlos? ¿Pensaba que le daba igual quién reinara?

—¡Pero no quién muera! —respondí poniéndome en pie, con el candelero en las manos.

Sin pensar, le di con él en la cabeza, con toda la furia acumulada por Álvaro, Ramón, mis padrinos. La vela se apagó, oí un ruido seco, un quejido. Luego bramó, mientras yo me abalanzaba hacia la puerta y corría escaleras abajo. Alcancé la salida, pero la puerta estaba cerrada. Forcejeé. No cedió. Oí sus precipitados pasos en las escaleras. Me quité el delantal, cubrí mi brazo con él y rompí una ventana. Salí, noté que un cristal me rasgaba las medias, quizá la carne. Me dio igual, corrí por la calle. Las murallas de levante quedaban al otro extremo. ¡Tenía que avisarle!

\* \* \*

La tierra reseca, empeñada en aprisionar sus frutos, y aquellas manos nudosas en rebeldía, con la hoz para exigir el pan de sus hijos. Y aun así, insuficiente. Las mismas manos callosas obligadas a sujetar aquella barretina, estrujada, alisada y vuelta a estrujar para delatar el dolor que aquella dura mirada, destinada a darle ánimos, disimulaba. Fue el día en que Ramón dio la espalda a su padre para entrar en la abadía, aunque era ahora cuando la sensación de abandono del niño que fue se tornaba una reprimenda hacia sí mismo, pues sólo miró atrás años después, ante las mismas manos, pero de un cadáver que no era el de su progenitor. Su hermano, unido a la Compañía de Osona, las tenía igual. Habían cambiado hoz por fusil de montaña, habían vencido, bajo las órdenes del general Moragues, al empezar la guerra, y habían perecido sin tocar el final. ¿Por qué se reprochaba, ahora que había puesto remedio? ¿Era por el tacto? Ramón no lo recordaba. Ni el de su padre ni el de su hermano, sólo podía sentir el roce de la fatiga, mullido, lánguido en las manos de Eusebi de Prades.

La cabeza de Ramón se deslizó hacia abajo, se sacudió y, de pronto, se irguió. ¿Se había dormido? Sudaba. Las estrellas titilaban como si quisieran recordarle que Dios le observaba con aquel fusil entre las manos. Se las miró. Ya no eran suaves, ni siquiera el instrumento del Señor que tanto había enorgullecido a su familia al saberle músico. Eran como las de su padre y su hermano. Y sería pecado, pero ahora era él quien se sentía orgulloso. No porque hubieran cambiado violín por fusil o porque hubieran disfrutado del cuerpo de Gabriela, sino porque sabían más; como las de ellos, sabían del sacrificio que a veces se le exige al alma para luchar por aquellos a quienes se ama. El miedo que sintió al salir de la alcoba de Eusebi se había esfumado como los nubarrones amenazantes que los habían hostigado días atrás y, en la noche clara, sólo la paz de una conciencia limpia le acariciaba como una brisa plácida. «Claro que las cuidaré», se dijo apostado en la muralla, tras el baluarte del Portal Nou. La mirada al frente, ojos bien abiertos, y un fõgonazo. Luego otro y otro más, con tres estallidos cuyo eco quebró todo pensamiento.

Los tambores resonaron, un bramido de hombres recorrió las trincheras enemigas, desde el baluarte del Portal Nou hasta el de Llevant, como una marea furiosa que de pronto se les lanzó encima. Las campanas de la ciudad repicaron en respuesta, avisaban, clamaban ayuda de todo hombre que pudiera llamando a *sometent*. Los cañones de uno y otro bando se habían enzarzado en su propia lucha mientras los soldados intentaban escalar por la parte más dañada del baluarte y los disparos de los fusiles arreciaban para expulsarlos. Al otro lado, el baluarte de Santa Clara se veía invadido por la brecha abierta en su flanco, en el antiguo portal de Sant Daniel. Y cerca del mar, los gritos llegaban desde el reducto de Santa Eulalia, extramuros, cerca del baluarte de Llevant. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba ante un ataque en masa. Ramón desvainó la bayoneta, la encajó en la punta del fusil y empezó a disparar justo cuando las granadas ya sobrevolaban el camino del baluarte y caían sobre el valle que quedaba detrás.

\* \* \*

El gato lo llevó hasta la calle Montcada y, ante un palacete, un rayo le atravesó la mente e iluminó a la mujer del clavecín de sus sueños entrando a aquel portal. Dejó caer la piedra. Estaba cerrado a cal y canto, pero podía ver el interior con claridad: el patio, una parrá, las escaleras hacia el pórtico de columnas salomónicas. Y música. Oía la melodía, la tocaba él mismo, ante el caballero que se rió de él al lado de la basílica. Y aquel anciano, reflejo de paz. Era feliz, pero estaba dolido por algo, ¿por ella? Entonces pasó. Tres cañonazos, campanadas, confusión.

Se volvió hacia la plaza del Born. Salieron de las casas, tomaron las calles. Soldados ajustándose los calzones y miembros de la Coronela con fusil en mano corrieron hacia los baluartes asediados mientras hombres y muchachos se apresuraban hacia la plaza de la Casa de la Ciudad para recibir instrucciones ante la bandera de Santa Eulalia. Julià ahora también corría, entre la muchedumbre, pero a contracorriente. La artillería, los disparos y los gritos de la batalla llegaban desde las murallas de levante en un pálpito atronador, jamás antes oído en el año que Barcelona llevaba sitiada. La noche se iluminaba con fõgonazos que se burlaban de los farolillos que pendían de los edificios abigarrados. Y él huía, del anciano, de la dama, de los agujeros de su memoria convertida en remiendos. Sabía cuál era su sitio, lo sabía. Dobló la esquina y se apresuró hacia Santa María del Mar: no tardarían en necesitar ayuda en la basílica convertida en hospital.

\* \* \*

Tarde, por poco, tarde. En mi carrera, vi el fulgor de los cañonazos que anunciaron el principio de la batalla. Había que subir para llegar al baluarte del Portal Nou, pero ¿tenía ya algún sentido? No podría llegar a él y, aunque pudiera pasar, Ramón no dejaría jamás su puesto. Quizá debería de haber obedecido a De Ferners, escribir aquella carta para sacarlo de allí, aunque hubiera significado perder la vida. ¿Había sido egoísta? ¿Cobarde? Con las campanas repicando, las gentes salieron de las casas en respuesta a la llamada de la ciudad y yo caí de rodillas. Desde donde estaba, podía ver las ruinas de la Ribera que habían dejado los bombardeos de mayo.

Y entonces noté que me agarraban por los brazos y estiraban hacia arriba. Me vi forzada a ponerme en pie para evitar el penetrante dolor. Me soltaron. Al volverme, el cielo se iluminó con fõgonazos de la batalla y pude ver la brecha ensangrentada en su frente y el fulgor de sus ojos antes de que su mano sestellara en mi rostro.

—Por tu culpa morirá. ¿No lo oíste en la playa?! Arrasarán la ciudad —gritó De Ferners mientras me daba un puñetazo en el estómago.

El dolor me hizo caer de nuevo de rodillas, ahora ante él. Otro resplandor en el cielo, su pie voló hacia mi rostro. Con el impacto, a mi mente acudió el recuerdo de la Nana. ¿Cuántas veces habría notado ella el sabor de su propia sangre? Ahora inundaba mi boca, pero no sentía dolor.

—¡Cobarde de mierda! —gritó alguien—. ¡Una pobre mujer! ¿Ese es tu enemigo?

—No se meta, viejo, o también le daré lo suyo.

—¿Ah, sí? —dijo un chico.

Alcé la mirada y vi cómo De Ferners derribaba al hombre mayor para abalanzarse sobre alguien. La batalla a nuestras espaldas parecía cada vez más cerca. Gaspar cayó al suelo, de espaldas. La sangre manaba de su pecho entre espasmos, ante un mozo que lo miraba paralizado, como si no comprendiera lo que acababa de suceder. Sujetaba una bayoneta.

El hombre se levantó y le quitó el cuchillo al chico.

—Está bien, hijo, no pasa nada.

—Hay que ayudarle, padre.

—¡No! —bramé.

La sangre ya formaba un charco al lado del cuerpo. El mozo se apresuró a quitarse la camisa y se abalanzó sobre el herido. Yo me alcé como pude para intentar detenerle. El chico, arrodillado al lado de Gaspar, rompió a llorar. Su padre lo sujetó de los hombros para intentar apartarlo. Cuando llegué hasta ellos, los ojos de De Ferners estaban fijos en el cielo nocturno y las centellas de la batalla.

—Era un espía, sabía lo de esta noche. Por eso me quería matar —dije para consolarle. El muchacho me miró y lo reconocí, lloroso, de cuando cavamos la trinchera.

\* \* \*

Aguantar. Disparar. Embestir. Expulsar. Alguien había dicho que estaban en las murallas, que habían ocupado la torre de Carnalatge, que habían acabado con las fuerzas que defendían el baluarte de Llevant. En Santa Clara llamaban a retirada y se escabullían hacia el convento que quedaba detrás. Desde la brecha de Sant Daniel habían coronado el terraplén, por lo que los defensores de la trinchera interior también se retiraban. Los pudo ver corriendo hacia el convento de Sant Agustí mientras tiraba a aquel soldado desde lo alto del baluarte. Por la brecha más grande entraban regimientos franceses enteros, casi en formación. Y las minas no explotaban. ¿Se habían mojado? ¿Se quedaban solos? ¿Qué más daba aquello ahora? ¿Qué más daba? Un hombre, otro más, se abalanzaba sobre él. Ramón tenía que disparar a bocajarro, pero ya no le quedaba pólvora. Utilizó el fusil para parar un golpe, le crujieron las ya doloridas manos, se le cayó al suelo. «No temo morir. Ya estoy en el infierno», pensó. La elegía de Gabriela sonó en sus oídos y su mano,

fúriosa, se deslizó hacia la espada prendida del cincho, a la espalda. «Pero aún no.» La espada del enemigo se le venía encima. Y entonces el atacante cayó al suelo, abatido por un proyectil perdido. La elegía desapareció. Volvieron los disparos, más que antes, o eso le parecía, o ya no sabía.

—A las murallas, a las murallas.

Reconoció la voz de su oficial. Recuperó el fusil, arrancó la bolsa con la pólvora del caído y corrió. Las tropas que habían entrado por la brecha atacaban ahora desde la retaguardia. Estaban prácticamente rodeados, pero no solos. Desde los conventos, los que quedaban seguían disparando.

\* \* \*

La dama se dejó limpiar la sangre que le manaba del labio y se marchó. ¿Cuánto hacía de aquello? Todos estaban en la misma habitación. Maragda se aferraba a su madre, la cabeza sobre el pecho. Georgina, sentada en la cabecera de la cama, acariciaba el cabello de su hijo mayor, la cabeza en su regazo, él postrado. Labios resecos, ojos cerrados, como si pudiera eludir con ello la realidad que bramaba en la calle. Pero lo sabía despierto, se le notaba cada vez que sus manos estrujaban las sábanas, no sabía si por miedo o por frustración. Su padre estaba a los pies de la cama, pero miraba a Sebastià. Él, sentado en el suelo, permanecía con aquella carta en las manos que la dama había sacado de la chupa del muerto y que probaba que, en verdad, había matado a un enemigo.

Al principio, el papel no le consoló: había asesinado a un hombre, así, sin más, casi sin darse cuenta. ¿Tan frágil era la vida? Había visto muertos por granada, mortero, pero un agujerito tan pequeño en un cuerpo, ¿cómo podía provocar aquello? Y al mirar a aquella mujer, aliviada, furibunda, mayor fue su desazón, pues se preguntó dónde estaba la dulce dama de la playa que con su flauta había distraído el miedo de Maragda. ¿Acaso no tenía conciencia? A él, la suya había pasado horas revolviéndole el estómago y comprendió la resistencia que siempre había mostrado Julià a tomar las armas. Pero ahora... Caído el baluarte de Llevant y el de Santa Clara, la batalla caminaba hacia el Portal del Mar. La oía cercana. Si él, con tan poco, había matado, ¿qué no harían los *botiflers* si lograban tomar la ciudad? Entendió a la dama, y la insistencia de Guillem con Julià. Miró a su familia. No quería perderlos. No podía permitirlo. Se levantó. Fue hacia el arcón. Su padre había limpiado la bayoneta y la había puesto junto al fusil, la espada y el uniforme de su hermano.

—Ni se te ocurra —bramó su padre mientras se acercaba para cerrar el arcón.

—No tienes edad —dijo su hermano.

Su madre y Maragda le miraban, aterradas. Era cierto, hasta los dieciséis no tenía que responder a la llamada a *sometent*. Y su padre sobrepassaba los sesenta, tampoco debía. Y aun así, el muchacho no se pensaba dejar acorralar.

—¿Para qué no tengo edad? ¿Para morir? ¿Lo tendrán en cuenta cuando lleguen a casa? ¿Y para matar?

Sebastià abrió de nuevo el arcón y tomó la espada, el fusil y la pólvora.

—Iré yo —dijo su padre—. Ya he vivido y tú...

Sebastià lo tenía decidido. Su padre no había matado jamás a nadie. No le dejaría pasar por aquello. Lo miró y corrió fuera de la casa, dejando tras de sí gritos de frustración.

Ya en la calle, se dirigió hacia el Portal del Mar. Los disparos cada vez eran más cercanos. Unos hombres arrastraban barcas de pesca para unirlas a las que ya habían colocado hacia el este, para cortar el paso de las tropas que, intimidantes, marchaban hacia ellos a ritmo de tambor. Fusileros cubrían su avance disparando hacia la barricada defendida por sus propios vecinos. Corrió hacia ella, agachado, cubriéndose del fuego. Al llegar, se descolgó el fusil, lo cargó como le había enseñado su hermano, y se alzó para disparar. Apretó el gatillo, sintió un silbido, un profundo dolor por debajo del hombro y cayó al suelo, de espaldas. Gritos, explosiones, disparos, tambores. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba el enemigo? Sólo había estrellas. Silencio. Sonrió. Ya no vio más.

El amanecer se insinuaba con una luz mortecina y la parra del patio parecía la amenazante garra de un águila. Al recorrer el pórtico de la segunda planta, la batalla que ya intuía cercana desde mi alcoba se dejó entrever con lo que recordaba a una tenue neblina, pero impregnada de olor a pólvora. Desde el convento de Sant Agustí se oían aguerridos disparos, mientras que pocos eran los que llegaban ya desde el de Santa Clara. Quizás, uno y otro ejército tomaban aire para continuar, pues de haber perdido el convento, el ejército francés estaría prácticamente a la puerta de casa. Acaricié la flauta que llevaba en el bolsillo del delantal. Apaciguó mi miedo, pero no desvaneció ni un ápice el dolor. Los batallones franceses, presionando ya sobre las calles de la ciudad, me hacían sentir la noticia de que mi hermano estaba vivo como una puñalada. Y el baluarte del Portal Nou... Me aferraba al desconocimiento de lo que allí acontecía como única esperanza, pues a aquellas alturas ya sabíamos, por un mozo, que los defensores del de Llevant habían sido aniquilados y el de Santa Clara no había resistido, aunque algunos se habían podido retirar.

Me detuve ante la puerta y contuve la respiración. Me había cambiado la ropa ensangrentada para que no la vieran los padrinos, pero notaba la mejilla hinchada. Y no quería explicar a Eusebi, en su estado, que todo su año por ayudar se había visto desvirtuado por su propia posición como destacado ciudadano de la ciudad, pues había servido de fuente y tapadera a un espía. Al fin y al cabo, la misma corte de Carlos de Austria lo había albergado en su seno, la corte que, a la hora de la verdad, más de un año atrás, había dejado Barcelona en manos de un cordón de saqueo que ahora nos desbordaba. Tomé aire, buscando en mi mente alguna excusa para mi rostro por si preguntaba, y entré.

Las cortinas estaban cerradas, como antes de irme, y había una única vela en la mesilla, al lado del lecho. Y el olor... No llegaba allí la pólvora, no tenía sitio. La alcoba estaba impregnada de un olor rancio, pasado y antiguo. La madrina permanecía sentada al lado de la cabecera de la cama. Una mano tomaba la de su esposo, la otra acariciaba su frente y sus ojos parecían quererse impregnar de él, serenos y frágiles a un tiempo. Me sentí una intrusa, pero el mayordomo había dicho que requerían mi presencia, por lo que me acerqué. Entonces ella me miró, sin la determinación que me había regalado durante toda mi estancia en Barcelona. Luego acercó sus labios al oído de su esposo y susurró algo. Él me miró y sonrió.

—¿Quiere que toque, padrino? —pregunté sacando la flauta del bolsillo.

Eusebi negó con la cabeza y me hizo un leve gesto para que me inclinara. Obedecí, dejando caer un beso sobre su frente. Entonces él, con la voz entrecortada y gran esfuerzo al respirar, musitó:

—Llévatela a la Capilla del Palau de la Comtessa. Os tenéis que marchar. Están demasiado cerca, niña. Rezad allí por mi alma.

Miré a la madrina. El brillo de las lágrimas recorría sus mejillas mientras negaba con la cabeza.

—Sólo hay un modo de cumplir con su voluntad, padrino —le dije—. Nos iremos todos.

—No quiero morir siendo una carga.

—¿Y quiere hacerlo dejando una carga sobre nuestra conciencia?

\* \* \*

El terraplén coronado por la trinchera interior había sido superado ya por las fuerzas borbónicas y los defensores supervivientes se habían parapetado en los edificios próximos para frenar el avance. Julià lo supo en el momento en que le pidieron no acercarse más a la zona, igual que supo que la basílica de Santa María del Mar, pero también la iglesia de Santa Ana y gran parte de las de la ciudad se habían convertido en hospitales que apenas daban abasto. Sentía las garras del atacante sobre Barcelona, no en la aguerrida defensa que parecía espantar la noche con el resplandor de la pólvora, sino en el torrente de heridos que sabía no vivirían para ver un nuevo día y que, a sus ojos, convertían la valentía en un castigo al orgullo.

Ya no les acompañaba ni siquiera un barbero. Tras una cuadrilla de mozos encabezados por un manco, Julià sobrepasó a la carrera el lateral de la basílica, donde se apilaban los muertos sin enterrar. ¿Cuánto hacía que había cambiado miedo por resignación como consecuencia de aquel empecinado sacrificio de vidas? Enfilaron el camino hacia el Portal del Mar. A su izquierda, una barricada de barcas intentaba frenar un ejército que ya hacía retroceder a hombres, mujeres, gentes del pueblo que habían defendido la ciudad. A su paso, llevaban a los heridos ellos mismos, dejando el reguero de muertos atrás.

Los recién llegados corrieron para ayudar, entre silbidos de fusil procedentes de la maraña blanca del otro lado de la barricada que algunos aún intentaban contener para cubrir la retirada. Varios cuerpos yacían a un lado de la calle, caídos probablemente al principio, cuando aún alguien los apartaba para poder ocupar su lugar y continuar la defensa. Espantados al ver el uso de cuchillos y bayonetas en luchas cuerpo a cuerpo, algunos mozos a los que seguía se volvieron sobre sus pasos o se retiraron por las callejuelas. Julià temió su final allí, en una ráfaga, en un instante. Pero siguió tras el manco al recordar el miedo de Sebastià en la trinchera y las pesadillas que le fustigaban al yacer al lado de su hermano herido. Amaba a los Noguera y comprendió que no sólo Maragda le había rescatado de sucumbir a aquellas oscuras noches en que se le aparecían rostros desfigurados, incendios demoledores o el fantasma de aquel hombre de dos dedos que siempre le señalaba.

En su carrera, desvió la mirada, de la barricada desbordada al lateral de la calle, y de pronto sintió un ardiente dolor en el pecho que le paró el corazón y detuvo sus pasos en seco. Cayó de rodillas junto a un cuerpo. Oscuridad en su alma y, alrededor, aquella horrible luz, desfilicida, a pesar de ser anuncio del amanecer. ¿Cómo, por qué estaba allí? Su rostro se desmoronó sobre el que yacía junto a él, ya frío.

\* \* \*

Más elevado ahora en su posición, podía verlo, cerca: el baluarte del Portal Nou, ya en manos enemigas. Quizás aún pudieran recuperarlo. Decían que el general Villarreal había vuelto al mando de la defensa en cuanto el ataque empezó y eso le daba ánimos para mantenerse allí, en las murallas del baluarte de Sant Pere, fusil en mano, a pesar de la pólvora esquilmada. Alguien tenía una estrategia, debían de tenerla, aunque su percepción hasta que ordenaron la retirada del Portal Nou había sido de caos. Luego, cansancio. Y la melodía de la elegía de Gabriela, esquiva; no así el recuerdo de su piel. El monasterio de Sant Agustí seguía protegiendo la entrada a la ciudad y, hacia el mar, los edificios cercanos al perdido convento de Santa Clara parapetaban todavía la defensa. Aun así, el palacete de la calle Montcada estaba demasiado cerca, y él lejos de ella, cada vez más. Rezaba por Gabriela, por los De Prades. Eusebi estaba enfermo, pero ¿tendría fuerzas aún para imponer sentido común?

Los tambores resonaron y los de la primera fila del escuadrón a su izquierda se arrodillaron, con el fusil apoyado en el hombro. Sobre las murallas del baluarte del Portal Nou, por donde ellos se habían retirado, aparecían ya las fuerzas enemigas. Ramón apoyó la culata del fusil en su hombro, una vez más. Respondió a la orden de fuego y la culata rebotó sobre su cuerpo. Ignoró el dolor, olvidó sus músculos exhaustos y disparó y disparó para volver de nuevo al caos que se abalanzaba sobre ellos. Hasta que dejó de ser él mismo, el hombre que se había armado del amor por Gabriela y de las razones de su hermano muerto para tomar el desvío de un camino que fuera seguro antes de empezar todo aquello. Y se convirtió en alguien que luchaba por su propia supervivencia a costa de la muerte de los demás.

Les sobrepasarían. Se veía. No sólo eran las fuerzas que avanzaban por la muralla. Pero aquello le daba igual. Se colgó el fusil a la espalda cuando no le quedó pólvora y desvainó la espada. Aún no se les habían abalanzado encima, pero venían, no tardaría en poder usarla. Entre el fuego cruzado, los tambores se impusieron en una orden de retirada, pero Ramón no se movió. En el baluarte los hombres corrían por el túnel de salida, en un embudo, hacia el monasterio de Sant Pere de les Puel·les. Alguien le sujetó del hombro y le obligó a agacharse.

—¡Vámonos! ¿Estás loco?

Los de la muralla retrasaban posiciones, cubriéndose unos a otros. Sobrevivir ya no era matar, sino retirarse con la esperanza de llegar al baluarte de Jonqueres. ¿Cuánto más cederían? ¿Cuánto resistirían?

¿Dónde estaba la estrategia para recuperar la ciudad?

\* \* \*

Le había puesto una casaca para disimular la herida y la espada entre las manos, como se veía en los sarcófagos de piedra de los antiguos caballeros catalanes que descansaban en las capillas de la ciudad. Sobre la mesa desnuda yacía el cuerpo de Sebastià cuando su madre, entre lágrimas, se abalanzó sobre él, sin dejar de besarle los ojos cerrados. Maragda lloraba en brazos de su padre, que observaba a su hijo pequeño con la mandíbula contraída, mientras Guillem, apoyado en el quicio de la puerta del dormitorio, permanecía con la mirada perdida. Por primera vez, Julià se sintió un intruso entre los Noguera y se volvió hacia la escalera para dejarlos a solas con su dolor.

Abajo, en el taller, las piezas de la viola por montar dieron rienda suelta a su propio pesar y sintió que, de alguna manera, les había fallado. El fragor de la batalla se percibía amortiguado, o eran sus propios sentimientos los que lo alejaban. A aquellas alturas, la artillería atacaba desde el baluarte de Migdia al ejército invasor ya en la ciudad, atrincherado en huertas. Y de ese baluarte hacia las murallas de levante, habían perdido ya cuatro. El siguiente que dominaban los barceloneses era el de Jonqueres, y si no les habían arrasado aún era porque los edificios habían acabado convirtiéndose en una segunda muralla defendida por fusiles. Pero él había estado sacando heridos y muertos. ¿Cuánto más resistirían? Acarició el extremo del mástil, que debería de haber acabado con la talla del rostro de una hermosa mujer de la que, en verdad, sólo había rasgos desdibujados. Le pareció ver en el reflejo de su propia memoria y sintió que se despedía, pues debía volver a las calles, a ayudar a otras familias cuyos heridos todavía pudieran salvarse, aun a riesgo de su propia vida. Entonces, sintió una presencia tras de sí. Se volvió y se halló ante la mirada de Maragda, profunda, demasiado para una niña, con la espada de su hermano entre las manos.

—¿Qué haces con eso? —preguntó Julià.

—No tiene sentido que se quede sobre su cuerpo —dijo la pequeña mientras se la tendía—. Es mejor que se la des a alguien que pueda empuñarla.

Julià asintió y la tomó. Giró hacia la puerta y notó que la pequeña le agarraba del brazo.

—Vuelve —le suplicó—. Entrégala y vuelve.

Él abrazó a Maragda y le susurró:

—Regresaré cuando todo acabe, mi niña.

Le dio un beso en la mejilla y salió del taller. Avanzó hacia la basílica de Santa María del Mar, entre una neblina de pólvora, gritos y disparos que quedó amortiguada por una melodía que envolvía su mente como si fuera una armadura. Manaba de la acogedora sombra de un hombre y del tacto de la mano de una mujer sobre su frente. Supo que eran sus padres, a pesar de no distinguir sus rostros.

De pronto, se vio en la plaza del Born. La batalla parecía tomarse un respiro por ambas partes y, a pesar de las tropas que se reagrupaban en los alrededores, sintió la ardiente necesidad de correr hacia la calle Montcada. ¿Y si dentro de aquel palacete, cuya imagen interior había visto con tal claridad, vivía alguien que hubiera sollozado por su ausencia como la familia Noguera lloraba sobre el cuerpo de Sebastià? Se ató la espada al cinto y avanzó a pasos agigantados, pero se detuvo antes de llegar al gran portón entreabierto. Desde allí le llegaba la melodía, la que instantes antes había fluido de su mente, pero ahora podía imaginar con claridad quién la tocaba con aquella flauta de arcilla.

—Gabriela...

Y del mismo modo que sus labios musitaron aquel nombre, su corazón la identificó como su hermana y su mente dotó de sentido sueños y pesadillas. El portón se abrió del todo y salió una comitiva de sirvientas, seguidas por una carretilla con Eusebi entre mantas, y Gabriela del brazo de Eulalia. Pero Álvaro no corrió hacia ellas. Observó cómo se alejaban, calle arriba, y luego doblaron una esquina. Si ya le habían llorado, ¿por qué obligarlas una segunda vez? Por su lado pasaron unos hombres corriendo y uno de ellos le gritó:

—¡Por fin van a sacar el estandarte! ¿A qué esperas? Se necesita a cualquiera que tenga armas.

Palpó la espada, aún en su cinto. De pronto entendía por qué Julià sentía tal repulsión ante la idea de tomar las armas. Álvaro había matado antes, ahora ya lo recordaba. Pero esta vez sería con sus propias manos y por una causa, los Noguera y los De Prades: su penitencia definitiva en agradecimiento a todo el amor recibido.

\* \* \*

Apoyado en la muralla, resguardado por el baluarte de Jonqueres, Ramón se sentía tan agotado tras más de tres horas de combate que ni siquiera tenía fuerzas para dormir. El bando contrario también debía de estar exhausto y, a pesar de superarles en número, les daba un respiro. Pero él hubiera preferido seguir, no parar, pues el miedo que había guiado sus movimientos para sobrevivir ganaba tal espacio que dejaba paso a la desesperanza. A su mente acudía aquella conversación con Gabriela cuando le presentó los primeros compases de la obra que consiguió componer tras su marcha de México: «¿No le turba? Una elegía, en estas circunstancias...», había preguntado ella. Ahora le turbaba. Le turbaba el nuevo amanecer al que pudiera llevarles aquello. Entonces él se sentía preparado para morir, pero ahora sólo deseaba verla una vez más, oír la música que fluía de sus manos una vez más...

—Viñals, muévete, mira —le dijo un compañero, asomado desde la muralla.

Ramón utilizó su fusil como bastón para ayudarse a ponerse en pie y miró hacia donde señalaba su compañero. En una huerta se reagrupaban en formación miembros de la Coronela, hombres armados y algunos a caballo alrededor de la bandera de Santa Eulalia.

—Dice el oficial que avanzaremos todos por la muralla para recuperar baluartes hacia el mar. Villarroel atacará a la vez desde el Born.

La formación empezó a acceder al baluarte y Ramón reconoció al hombre que iba al mando y a quien tantas veces había visto en casa de los De Prades: era Rafael Casanova. «Es un intento a la desesperada», pensó. Nunca antes habían sacado el estandarte carmesí de la santa y, aunque no la llevaba el *conseller en cap*, reconocía al segundo *conseller* como el abanderado y a otros prohombres de la ciudad a los que tantas veces había visto en misa, en la catedral. Pero cuando los vio a todos formar y engrosar las fuerzas que allí había, volvió a sentir cómo la esperanza corría por sus venas. No eran muchos en comparación con los enemigos, se había tenido que recurrir a gente del pueblo, se habían tenido que reorganizar los batallones de la Coronela, pero en adelante, la muralla no era tan ancha, no cabrían más de diez hombres alineados, luchando cuerpo a cuerpo. El coraje les podía salvar, y más si Villarroel y sus tropas conseguían su cometido y avanzaban por el Born para hacer una pinza sobre el enemigo. Los tambores resonaron. La batalla volvía a empezar.

\* \* \*

La marcha fue lenta. El fragor de la batalla había menguado y cruzamos la plaza de la Casa de la Ciudad, desierta, fantasmagórica sin siquiera la guardia de honor que guardaba la bandera de Santa Eulalia. Sólo cirios quedaban a los pies del palacio. ¿Qué estaba sucediendo? Quise acortar, subir por la calle del Bisbe hacia la catedral. Lo que importaba era hallar refugio en suelo sagrado, pero Eusebi se empeñó en que debíamos bajar al Palau de la Comptessa y los ojos de la madrina me suplicaron que no lo contradijera. A medida que nos acercábamos, podía oír la artillería próxima al baluarte de Migdia y temí habernos equivocado. Pero entendí las razones del padrino cuando nos dejaron entrar a la capilla. Con delicadeza, los criados nos ayudaron a acomodarlo en una de las bancadas. Él abrió los ojos ante el altar mayor y sonrió al ver la imagen de la Madre de Dios de la Victoria.

—¿Llevas la flauta, Gabriela? —murmuró.

Me llevé la mano al delantal y al notar su tacto se me escapó una sonrisa amarga. «¡Es un juguete indio, no un instrumento para la iglesia!», había dicho la abuela cuando Álvaro y yo quisimos honrar la memoria de nuestros padres en la misa de Santa Cecilia. La saqué, miré a la Virgen y dejé que la música fluyera. El padrino se aferró a la mano de Eulalia y susurró:

—Te echaré de menos.

\* \* \*

Cerca de dos horas habían pasado ya desde que iniciaran la batalla. Desde el monasterio de Sant Pere habían ayudado con disparos y por un momento eterno les pareció que, sobre las murallas, eran imparables, a pesar de los caídos o del coraje redoblado precisamente por ellos. Recuperado el baluarte de Sant Pere, la lucha siguió hacia el del Portal Nou, pero no consiguieron atravesar la entrada. Cayó herido Casanova, pero al mando del general Bellver, avanzaban, retrocedían. Ramón ya no lo sabía. Sólo luchaba. Contra blanco, contra gris. Ya sin fusil, también sin pensar. Un enemigo se abalanzó sobre él, bayoneta en mano, y lo esquivó para soltar la espada, de arriba abajo, sobre su cuerpo. Se le incrustó en la espalda, tenía que darse prisa en liberarla. El fulgor de otra espada voló sobre su cabeza, pero alguien desde atrás lo empujó para apartarlo. Tenía de nuevo la espada en la mano e intentó cubrirse de la estocada que se le venía encima, pero el metal se interpuso clavándose en el vientre del enemigo. Y desde el suelo reconoció a quien le había salvado. Vestido con una camisa ensangrentada, sudoroso como todos. Y entonces notó un dolor agudo. Sólo fue un momento. Se llevó la mano al lado de la cara. Sangraba. Sangraba mucho. Pero el dolor había desaparecido. Una bayoneta se precipitaba sobre su pecho y giró sobre sí mismo, pero hacia el atacante, que trastabilló. Como pudo, se incorporó de rodillas y lo remató cortándole un brazo. A su espalda, Álvaro le cubría. Reconocía su voz en bramidos furiosos contra el enemigo. «Gabriela, está vivo», pensó. Tenía que aguantar, decírselo, llevárselo vivo. Se intentó poner en pie, pero todo empezó a dar vueltas y se desplomó. ¿Tocaban retirada? Daba igual. Sintió el tacto de la mano callosa de su padre en la mejilla, y luego se tornó suavidad y vio que Eusebi, erguido como cuando lo conoció en la abadía, le sonreía.

—No quedarán solas.

\* \* \*

La madrina ya no lloraba. Incluso había soltado su mano. Aun así, lo acariciaba, aunque estuviera ya helado. Quería llevarse su cuerpo a casa, velarlo, dejar aquel lugar. Y yo también lo anhelaba, pero la retenía allí, como él hubiera querido, pues guardar a la madrina era lo único que me impedía derrumbarme. No había llegado a ver a Álvaro vivo, ni siquiera había podido decírselo. Y mi único consuelo era que, al menos, se fue con la esperanza, sin conocer las noticias que, pasadas las nueve de la mañana, llegaron hasta la capilla. En el intento de avance por el Born, la caballería de Villarroel había caído ante las tropas atacantes apostadas en los edificios e incluso el mismo general había resultado herido. En las murallas, las cosas no habían ido mejor. Se seguía luchando en los monasterios de Sant Pere y de Sant Agustí, recuperado este por el coronel Thoar. Pero el contraataque había fallado. ¿Cuánto hacía ya de aquello? Las campanas habían tocado ya las tres de la tarde. Seguían dentro de la ciudad y rogaba a la Madre de Dios, pues para mí, la única victoria residía en que Ramón estuviera entre los vivos y que pudiéramos encontrar a Álvaro.

De pronto, los portones de la capilla se abrieron y una luz intensa me obligó a entornar los ojos acostumbrados a los cirios. Mi primer impulso fue cubrir a la madrina, temerosa por la entrada del enemigo. Pero de pronto gritaron:

—¡Han tocado la corneta para parlamento! La ciudad pide capitulación.

Suspírela aliviada. Miré el cuerpo de Eusebi y tomé la mano de la madrina.

—¿Se acabó?

Ella asintió con los ojos reseco mientras, pétrea, decía:

—Hemos perdido.

Se puso en pie y al poco la carretilla volvió a llevar al padrino hacia su casa. Como cortejo fúnebre, acompañadas por las sirvientas, avanzamos entre el hedor a fuego y carne quemada. No éramos las únicas que portábamos un cadáver. Daba la sensación de que toda la ciudad se había convertido en una plañidera muda, como la propia madrina. Tomamos la calle Montcada cabizbajos, pero antes de llegar al portón, la carretilla se detuvo. Eulalia tuvo que sujetarme para que no tropezara con ella.

—¡Dios bendito!

Miré hacia delante y entonces lo vi. Sin camisa, sucio y macilento, Álvaro avanzaba hacia nosotros. Me abrazó, lloró sobre mi hombro como un niño pequeño y entonces musitó:

—Ramón, Ramón... No sabía dónde llevarlo.

Me aparté de él y miré hacia la puerta del palacete. Allí había un cuerpo tendido. Corrí desesperada y me arrodillé junto a él. Una venda le cubría la cabeza. Besé sus labios reseco y entonces sentí su calor. No todo estaba perdido, no todo.

Han pasado diez años desde la caída de Barcelona y, por primera vez, me dispongo a regresar a la ciudad. Hoy, 11 de septiembre, he recibido carta de mi hermano anunciándome la muerte súbita de la madrina, que será enterrada en suelo sacro junto a su esposo. Me hubiera gustado despedirme de ella, pero a la vez no siento que haya quedado nada pendiente entre nosotras. Junto a Álvaro, han venido a menudo a visitarnos a Ramón y a mí, y ha podido conocer a nuestros dos hijos, así como asistir a numerosos conciertos con obras de uno y otro.

Tras encontrar las puertas abiertas del castillo de Monjuïc el 12 de septiembre, las tropas borbónicas entraron el día 13 en una ciudad, donde talleres y tiendas se abrían de nuevo en busca de la normalidad. Cinco días después caía el único reducto de resistencia catalana que aún quedaba: la fortaleza de Cardona. Pero no sucedió nada de lo que había previsto Gaspar de Ferners: no hubo saqueo alguno, tal y como había ordenado don Felipe. El contraataque final a la desesperada por parte de Villaruel y Casanova hizo temer a Berwick una derrota y por ello aceptó la capitulación. No sólo respetó personas y propiedades, sino que se ofreció a los miembros del ejército catalán seguir su carrera militar con don Felipe o dejarla libremente si así lo deseaban.

Sin embargo, habían sido muchas las bajas. Sin contar a la población, unas 6.800 entre los catalanes y más de 14.000 del bando borbónico. El 22 de septiembre de 1714 llegó Juan Francisco de Bette, marqués de Lede, como nuevo gobernador de Cataluña. Y entonces, por orden de Felipe V, empezaron las represalias contra militares catalanes. Tras la ejecución del general Moragues, bajo las órdenes del cual había luchado el hermano de Ramón, a este se le hizo insoportable permanecer en Cataluña. Recuperado tras haber perdido una oreja, nos casamos poco después y vinimos a vivir a Nápoles. Aquí nos hemos labrado una vida alrededor de la música: componemos, damos conciertos y tengo algunas alumnas, con una de las cuales se casó mi hermano hace ya cinco años.

A pesar de perder aquello por lo que luchaban, los fieros catalanes y sus libertades, e incluso tener una enorme ciudadela en lo que había sido el barrio de la Ribera, con los cañones apuntando a la ciudad, la madrina no quiso moverse de su casa de la calle Montcada, y Álvaro se quedó con ella y su nueva familia, los Noguera. Desde entonces, ha preservado los negocios del padrino a través de un administrador, así como los que posee en México, pero él pasa la mayor parte de sus horas en el taller de violero que creó con Guillem.

## Nota de la autora

*La compositora* es una novela que transcurre entre 1711 y 1714, hacia el final del movimiento barroco e, históricamente, en el marco de la Guerra de Sucesión Española, que enfrentó a Felipe de Anjou y a Carlos de Habsburgo por el trono. En este sentido, y aunque la vida y el personaje central de la novela son ficticios, todas las referencias a dicho conflicto son reales, tanto en las alusiones que se hacen desde la Nueva España (actual México) como en la recreación del sitio a Barcelona y todo aquello que le precede.

Asimismo, personajes ficticios de las familias De Oristrell y De Prades interaccionan con personajes reales, como Rafael Casanova, *conseller en cap* de Barcelona en 1714, la Marquesa del Valle de Orizaba o Fernando de Alencastre, Virrey de la Nueva España. En el caso de este último, cabe señalar que si bien son reales las alusiones a sus acciones de gobierno, a la reforma del palacio virreinal o al encargo de la primera ópera representada en México, su hijo, Tomás de Alencastre, es fruto de una licencia literaria.

A su vez, los protagonistas de *La compositora* también interaccionan con maestros de capilla reales en la época, como Manuel de Sumaya (principal exponente del barroco musical en México y compositor de la *Perséfone* que allí se representó) o Francesc Valls (compositor destacado por su visión innovadora dentro de las formas musicales de la época, del cual se hace una alusión adelantada al tiempo de su *Mapa Armónico Práctico*, en el que trabajó tras jubilarse). Del mismo modo, las menciones de otros músicos (Milans, Scarlatti, Corelli, Prossile...), centros musicales u obras también son reales.

Asimismo, durante el barroco, la improvisación tenía una importancia fundamental, pues había partes de la partitura totalmente escritas y otras en las que el compositor marcaba tan sólo la nota más baja (bajo continuo) para que el intérprete completara el acorde. Esta realidad se ilustra en la novela a través del debate entre Sumaya y Gabriela, y la improvisación ornamental y creativa. De igual modo, en Barcelona, y gracias a la corte de Carlos de Habsburgo, entran las innovaciones musicales de la escuela italiana, de las que se hace alusión a través de Ramón y Gabriela.

A nivel costumbrista, toda referencia a instrumentos (diferencias entre clavecín y clavicordio, la viola da gamba o los instrumentos populares) están fundamentadas en la realidad histórica del momento. Y lo mismo sucede con las alusiones al contrabando imparable en las colonias, la Laguna de Términos, los lugares citados en México y Barcelona, vestuario, comida, etc.

## + info



<http://www.umbrieeditores.com>



<http://www.facebook.com/umbrieeditores>



[http://www.twitter.com/ediciones\\_urano](http://www.twitter.com/ediciones_urano)



<http://www.edicionesurano.tv>